

SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA

Vol. XIV

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Viajeros de Francia en Santo Domingo



EDITORA DEL CARIBE, C. por A.

Santo Domingo, R. D.,

1 9 7 9



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA
Biblioteca Dominicana de Geografía y Viajes

- Vol. I. — Emilio Rodríguez Demorizi, **Relaciones Geográficas de Santo Domingo**, Vol. 1, S. D., 1970, Editora del Caribe, 455 p.
- Vol. II. — Ing. Juan 'Ulises García Bonnelly, **Sobrepoblación y Subdesarrollo y sus consecuencias socioeconómicas**. (Ensayo de biogeografía dominicana), S. D., 1971, 482 p.
- Vol. III.— Juan B. Pérez, **Geografía y Sociedad**, S. D., 1972, Editora del Caribe, 700 p.
- Vol. IV.— Carlos Larrazábal Blanco, **Toponimia**, S. D., 1972, Editora del Caribe, 82 p.
- Vol. V.— E. Rodríguez Demorizi, **Samaná pasado y porvenir**, S. D., 1973, Editora del Caribe, 513 p.
- Vol. VI.— R. J. Dídiez Burgos, **Guanahaní y Mayaguaín**, Análisis del Diario de Colón, S. D., 1975, 433 p., Editora Cultural Dominicana.
- Vol. VII.— E. Rodríguez Demorizi, **Nueva fundación de Puerto Plata**, S. D., 1975, 444 p. Editora Arte y Cine, C. x A.
- Vol. VIII.— E. Rodríguez Demorizi, **Noticias de Puerto Plata**, S. D., 1975. 260 p. Editora Educativa Dominicana, C. por A.
- Vol. IX.— Juan Jacobo de Lara, **Léxico y nomenclatura en documentos del Descubrimiento**. S. D., 1975, 87 p.
- Vol. X.— E. Rodríguez Demorizi, **Derrotero de la Isla de Santo Domingo**. S. D., 1975, Editora Educativa Dominicana, C. por A., 200 p.
- Vol. XI.— Lic. C. Armando Rodríguez, **Geografía de la Isla de Santo Domingo y reseña de las demás Antillas**. S. D., 1976, Gráficas Pareja, Barcelona, 513 p.
- Vol. XII.— E. Rodríguez Demorizi, **Relaciones Geográficas de Santo Domingo**. Vol. II, S. D., 1977, Editora Taller, 322 p.



- Vol. XIII.— C. N. de Moya, Atlas de la Isla y de la ciudad de Santo Domingo. S. D., 1978, Editora Taller.**
- Vol. XIV.— E. Rodríguez Demorizi, Viajeros de Francia en Santo Domingo. S. D., 1979. Editora del Caribe.**
- Vol. XV.— E. Rodríguez Demorizi, Lugares y monumentos históricos de Santo Domingo, Editora Taller, 1979.**



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Boletín de la Sociedad Dominicana de Geografía, 1-7

DIRECCION:

**Calle Mercedes 50 (Tel. 689-4584).
Santo Domingo, República Dominicana.**

SOCIEDAD DOMINICANA DE GEOGRAFIA

Vol. XIV

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Viajeros de Francia en Santo Domingo



EDITORA DEL CARIBE, C. por A.

Santo Domingo, R. D.,

1 9 7 9



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Liminar

Esta obra es, propiamente, una primera parte de La Era de Francia en Santo Domingo, que publicamos en 1955. Se edita con las notas ilustrativas indispensables ya que realizar esta labor, como lo requiere la importancia de los documentos, sería faena que sobrepasaría el tiempo de que disponemos a estas alturas de la vida.

Se trata de documentos inéditos que hallamos en nuestras últimas visitas, en la primavera de 1974, en los Archivos Nacionales, París. ()*

Aquí está la porción hispánica de la Isla, vista por viajeros franceses que revelaron un mayor interés, una marcada preferencia por lo que es hoy República Dominicana, en detrimento de la parte Occidental, del Haití actual.

Es, sin dudas, una ancha cantera para el conocimiento de nuestra historia, en lo que respecta a Francia, desde antes de su dominación.

Claro que los textos originales aparecen en francés. Así, pues, en la necesaria faena de la traducción, por demás extensa y difícil, nos auxilió doctamente, con generosidad sin medida, el maestro Fray Vicente Rubio, continuador entre nosotros de la ingente obra de Fray Cipriano de Utrera.

No se trata, sólo, de relatos descriptivos, histórico-geográficos, sino de estudios de todos los aspectos de la vida dominicana

(*) Salvo el relato final, de Robin, estos documentos, manuscritos, proceden de Archivos Nacionales, Sección Outre-Mer, París, calle Ou-



de la época, de su gobierno, de su economía, de las riquezas y posibilidades materiales del Este de la Isla.

En el feliz hallazgo de estos documentos estaba a nuestro lado, participando de nuestro júbilo, Silveria R. de Rodríguez Demorizi. Ello es incentivo para que esta obra se publique al amparo de su nombre, que ya es pasado. Las cosas del espíritu no deben quedar atrás en ningún afán del hombre.



dinot, 27. Se trata de documentos anteriores a la dominación francesa. Los posteriores, relativos al Gobierno de Ferrand, se recogerán en otro volumen.

**NOCIONES SOBRE LOS PRINCIPALES LUGARES
DE LA
COLONIA ESPAÑOLA
POR UN
INGENIERO FRANCÉS QUE LA VISITÓ EN 1764 (1)
(Por Daniel Lescallier) (2)**

DAJABON (*)

Dajabón es un poblado nuevo que aumenta todos los días, pero a expensas de la Colonia. Está formado por pequeños núcleos de habitantes que han abandonado sus hatos para venir a establecerse allí, aprovechando algunas ventajas que se les ofrecen. Se encuentra situado a la orilla derecha del Masacre, a 14 leguas de Cap, 22 de Hincha, 4 de la bahía de Manzanillo, 5 de Fort-Dauphin y 8 de Monte Christi. Cuenta con una compañía de caballería guardacosta. Y es la residencia ordinaria del Comandante de todos los Departamentos de Dajabón, Monte Christi,

(1) Acerca de Lescallier noticias biográficas en E. R. D., **Relaciones geográficas de Santo Domingo**, Vol. I, 1970.

(2) Noticias de Dajabón y demás pueblos de la parte española de la Isla, en Tolentino Rojas, **La división territorial de la República Dominicana**, S. D., 1944, y E. R. D., **Relaciones geográficas de Santo Domingo...**, Vols. 1-2.

(*) El terreno de los alrededores de esta población, por regla general, no es bueno; pero cuenta con algunos sitios muy apropiados para la agricultura. Sus habitantes no tienen otro comercio que el ganado vacuno, criado en sus sabanas.

N. B. — Dajabón tiene 2,000 habitantes. (Las notas con asteriscos corresponden al texto. Las numeradas son del Editor. E. R. D.)



Puerto Plata y Santiago. Dicho Comandante tiene bajo sus órdenes tenientes gobernadores en cada uno de los lugares indicados.

SANTIAGO (*)

Santiago de los Caballeros está situada en la orilla derecha del río Yaque, sobre una sabana en forma de eminencia que domina el río. Este, que empieza a ser muy encajonado en esta parte, se halla dominado por una altura al Norte—¼—Noreste, a tiro de fusil, y cubierto de bosques muy claros. La ciudad está también dominada por otra colina al otro lado del río, como a media distancia de un tiro de cañón, al Sur, y más baja que la primera.

Se trata de una población totalmente abierta. Jamás ha tenido murallas. Posee una plaza bastante grande en el centro. Las calles están muy bien alineadas y se cortan todas perpendicularmente. Puede contener más o menos 400 casas, de las cuales unas 80 son de piedra o de ladrillo, y las demás de madera. Se le calculan 8.000 habitantes, comprendiendo bajo esta cifra a los que se hallan diseminados en gran número de hatos existentes por las cercanías hasta una distancia de 10 leguas a la redonda.

El aire que goza todo este Departamento es muy saludable, seco y fresco. Por eso se conocen allí pocas enfermedades y la gente alcanza gran longevidad.

Santiago está a 23 leguas de Dajabón, 8 de La Vega, 10 de Cotuí, 16 del fondo de la bahía de Samaná y a 41 y media de Santo Domingo. De acuerdo a la configuración descrita en esta Memoria Topográfica, se sobrentiende que Santiago es un verdadero puesto militar. Como que es la sola salida y la única comunicación de todo el Este de la Isla con la Parte Francesa de ella por la llanura del Yaque. Sería, pues, de desear que se fortifica-

(*) Los habitantes de Santiago y de sus alrededores no cultivan más que tabaco y un poco de cacao. No poseen mucho ganado. En cambio, tienen buenos platanales. Su principal comercio es el tabaco, que no se cultiva más que en los hatos y no en la ciudad, donde no se ve un huerto ni siquiera una legumbre. Pero esto no se debe a deficiencia del terreno, que es muy bueno.



se, no la ciudad, la cual bastaría con quedar cerrada, sino la altura al Norte— $\frac{1}{4}$ —Noreste, antes mencionada, y donde uno parece esperar el llamado de la Naturaleza, para construir en ella un magnífico baluarte.

LA VEGA (*)

Esta otra ciudad está situada sobre la orilla derecha del Camú, a $\frac{1}{4}$ de legua de ella, en medio de una sabana casi redonda que apenas tendrá media legua de diámetro. El Camú la rodea por la mitad de la circunferencia, pero de la que el río se aleja a medida que avanza hacia el Este. Dicha sabana se halla rodeada de bosques bastante claros. La ciudad, que propiamente hablando no es más que un villorrio, está abierta. Cuenta con una plaza pública en el centro. Las calles están muy bien alineadas. Y las casas, que son todas de madera, se hallan separadas unas de otras, formando un conjunto de 200 viviendas. Tiene 2.500 habitantes.

No se ve nada digno que decir de *La Vega* desde el punto de vista militar que lo que puede pensarse de un lugar enclavado en la llanura y en medio de una foresta para su defensa. Pues el Camú es vadeable casi en su totalidad. Los mismos bosques, aunque de árboles muy grandes, al ser poco cerrados, permiten una fácil comunicación. *La Vega* está a 8 leguas de Santiago, 10 de Cotuí y 16 de Samaná, o mejor dicho, de la desembocadura del Yuna.

(*) En *La Vega* apenas hay cultivos, pero sus vecinos poseen platanales y cacaotales. Allí se pueden contar una docena de plantaciones de caña, de la que sólo sacan jarabe, pero tienen gran cantidad de ganado vacuno y caballar. El terreno de la llanura de *La Vega* es muy bueno y de una fertilidad que supera todo encomio. No se puede viajar por esta región sin experimentar indignación y disgusto, al ver tan poca industria entre sus habitantes, a los cuales esta tierra, demasiado productiva, surte espontáneamente y sin esfuerzos de plátanos y de mucho cacao que apenas se dignan recoger. El aire es muy sano y casi siempre fresco. La tierra parece demandar brazos laboriosos para colmarlos con sus ricos productos. El azúcar, el café, el añil, el algodón, etc., podrían cultivarse aún en mayor escala. El plátano y el cacao se dan allí por sí mismos, y de ambos frutos están llenos los bosques.



COTUI (*)

Cotuí está situado sobre la ribera derecha del Yuna, a media legua del mencionado río, y en el centro de una pequeña sabana que apenas tiene $\frac{1}{4}$ de legua de extensión.

Esta villa es todavía menos importante que La Vega y de menor regularidad en su trazado. Sus casas son todas de madera, reducidas y separadas entre sí. Serán como unas 160, contando unos 1.800 habitantes, comprendidos los de los hatos. Nada tocante a lo militar puede decirse de *Cotuí*.



(*) *Cotuí* y sus alrededores hasta *Samaná*, gozan precisamente de la misma constitución que La Vega, bosques por doquiera, cacaotales y platanales, algo de tabaco, pero poco cultivo. En cambio, hay mucho ganado.

**IDEA GENERAL DE LA BAHIA DE SAMANA
SEGUN INDICACIONES Y PROYECTOS
DEL**

**SEÑOR DON MANUEL DE AZLOR,
PRESIDENTE DE SANTO DOMINGO,
Y LA VISTA DEL PLANO DE ELLA (*)**

Ya conocemos bastante de la utilidad de la *Bahía de Samaná* y su importancia para la Marina de Francia y de España, así como la enorme ventaja que ofrecería defender el paso de su entrada y el puerto de Banister, que es un excelente carenero.

Esta *bahía de Samaná* está formada por la península del mismo nombre, que la cierra por el Norte. Tiene cerca de 12 leguas de larga, de Este a Oeste, contando desde el Cabo de Samaná hasta la desembocadura del Yuna, y 6 leguas de ancha.

En su orilla meridional y a la misma entrada de la bahía hay un gran arrecife que mide en su arranque alrededor de 3 leguas de ancho, más o menos, y luego va disminuyendo en punta en dirección al puerto de Banister. Casi forma un triángulo equilátero, como si la base estuviese en el litoral sur de la bahía y el vértice frente al puerto de Banister, dejando un espacio más que

(*) Todas las tierras que rodean la bahía de Samaná son tan buenas como las de La Vega. La región entera de Santiago, La Vega y Cotuí hasta Samaná es sobremanera fértil, porque en ella llueve mucho y más frecuentemente que en la llanura de Cap. De ahí que en ella no se experimenten las sequías ardientes y continuas, que duran alguna vez de 8 a 10 meses del año en la mayor parte del resto de la Isla.



suficiente para el ingreso de los buques, entre dicho vértice y la costa septentrional.

En el centro de ese espacio existe un islote bastante considerable. Parece expresamente haber sido colocado allí para proteger el paso.

La ensenada de Banister es un puerto magnífico y un carenero admirable.

Toda la península de Samaná es muy montañosa. Forma parte de la cordillera Norte, que arranca de Monte Christi, pero queda cortada por una cañada cuya profundidad está casi al nivel del mar en el istmo de la península. Don Manuel de Azlor, (3) conociendo toda la importancia de este puerto, donde él dejó fundada una pequeña población, creyó de su obligación defenderla. Para esto, propuso fortificar la isleta, colocar las baterías necesarias y asegurarse la altura que domina el puerto de Banister. Su proyecto está bien pensado, pero dando por supuesto que la cañada de la península resulte impenetrable, pues de lo contrario todo lo que podría hacerse de bueno a la entrada de la bahía se volvería completamente inútil, si fuese posible a tropas enemigas llegar hasta el fondo de la bahía por la cañada en cuestión, metiéndose en ella desde la Gran Bahía comprendida entre el Cabo Cabrón y el Cabo Francés. He aquí lo que es preciso estudiar. La cañada apenas es conocida, y el Señor Don Manuel de Azlor no tiene todavía certeza alguna sobre su configuración exacta. Unos pretenden que el fondo de ella es grandemente pantanoso, con lagunas muy profundas y con bosques repletos de lianas tupidas. Otros piensan que puede tener tres leguas de una mar a otra, interrumpida al medio por una minúscula cordillera que une la gran cadena de Monte Christi a las montañas de la península. Yo aceptaría mejor esta opinión, ya que me parece más verosímil. Pero todo resulta dudoso y queda sujeto a un examen más detenido. Mas sea de ello

(3) El progresista don Manuel de Azlor y Urries, gobernador de Santo Domingo, en 1759-1771. Ver nuestra obra **Relaciones geográficas de Santo Domingo**, Vol. I, 1970, y Vol. II, 1977. Fundación de Dajabón, relación de sus familias, en diciembre de 1776, en A. G. I. S. D., legajo 979.. Erigido en Común el 29 de octubre de 1864.



lo que fuere, el proyecto de Don Manuel de Azlor no queda anulado, antes bien nos obliga a defender esa cañada, pues por algo este General tomó tan a pecho el establecimiento de Samaná, que hubiese querido asentar en él a todos los habitantes de Santo Domingo. Me propongo no descuidar nada en orden a adquirir los conocimientos necesarios sobre ese lugar, a fin de llevar a la práctica un proyecto que él meditó por largo tiempo.

Algunos marineros de cabotaje estiman que la salida de la bahía resulta muy difícil al no poder contar con la ayuda de la brisa que viene de la tierra, que casi nunca es bastante fuerte. Si se presentare cualquier dificultad, esta sólo sobrevendría de las calmas que allí reinan por las mañanas. Pero si de verdad el terral nunca sopla, entonces nada hay, bajo ningún aspecto, que exima de peligro la entrada de la bahía. Sin embargo, aun dado caso de que las calmas fuesen allí continuas, este obstáculo se evitaría mediante "muertos" que podrían fijarse por aquí y por allá, y con el auxilio de los cuales los barcos serían halados hasta ponerlos en alta mar.

SANTO DOMINGO (*)

Esta ciudad, capital de la Parte Española de la Isla, se halla situada en la margen occidental del río Ozama. Tiene alrededor de 450 toesas de extensión de Este a Oeste, y 400 de Norte a Sur. Se ve amplia, muy bien construida y con gallardo aspecto.

(*) Los habitantes de la ciudad de Santo Domingo no se dedican al comercio ni conocen la agricultura. Sin embargo, todos tienen viviendas. La mayoría de sus tierras está compuesta de hatos donde mantienen muchos bueyes, plátanos y algún cacao, de los cuales cada particular apenas saca lo necesario para su propio consumo. En cuanto a los bueyes, no rinden mucho en Santo Domingo. Se puede adquirir el buey más hermoso por 4 piastras. Apenas los ricos comen pan. La mayor parte de ellos se alimentan de cizabe, plátanos y carne. En los alrededores se encuentran algunos ingenios languidecientes y de los cuales salen muy pocas exportaciones.

Se ven también varias plantaciones de cacao bastante hermosas y recientemente establecidas por algunos fugitivos franceses. El terreno de toda la llanura de Santo Domingo es, por lo general, bueno, pero le hacen falta hombres e industrias. Todavía todo es aquí bosque o sabana hasta el pie de las murallas de la ciudad, sin un jardín ni la menor legumbre. No hay ni siquiera un mercado en esta ciudad, la capital más antigua de América. Las pocas cañas que se ven en las viviendas son muy lozanas y llenas de jugo. El cacao es también muy bello y de la



Su plano forma como un trapecio, cuyo lado Suroeste sería el mar y su lado Este el río. La ciudad se encuentra cerrada por una muralla sin fosos que, en realidad, sólo es un muro con un camino de ronda encima. Este muro tiene una elevación de más de 7 pies y medio en casi todos los sitios, 8 en bastantes lugares y 12 en algunos pocos debido a la irregularidad del terreno exterior. Su parapeto alcanza 3 pies y medio de altura por 1 y medio o 2 de espesor, mientras el camino de ronda, que ellos llaman "la defensa", no tiene más de 3 ó 4 pies de ancho. Por lo demás, todo el muro está sólidamente construido y, en conjunto, muy bien conservado, sobre todo, del lado del Ozama hasta el mar. Al Norte y al Oeste se halla flanqueado, a intervalos regulares, por baluartes reducidos, de poca capacidad, de 5 toesas de frente y 2 de lado. El terraplén está a la misma altura que el camino de ronda. Desde ahí uno puede ser visto hasta el recodo, así como sobre las cortinas que se hallan enfiladas a la altura de los Isleños que dominan totalmente la ciudad, rodeándola un poco desde el Ozama hasta bastante cerca del mar. Por el lado del río y del mar está nutrido de baterías y erizado de cañones.

En el mismo ángulo del Ozama con el mar existe un especial recinto amurallado, en forma de rectángulo, de 45 toesas de largo, en dirección Norte-Sur, por 30 de ancho. Denomínase la Fortaleza. Su lado septentrional está adosado a un cuerpo de

mejor calidad, dándose todo casi sin cultivo, prueba cierta de la gran fertilidad del terreno.

La ciudad de Santo Domingo cuenta con 15.000 habitantes, tanto blancos como mulatos y negros, sin incluir los esclavos, de los cuales cerca de 2.000 están en condiciones de empuñar las armas.

Casi todos los habitantes son mestizos y sólo hay tres familias que no están en este caso. ¡Quién creería que ya no hay concesiones por encontrar en una Colonia tan extensa y con tan pocos habitantes!

Desde hace mucho tiempo no queda ni una pulgada de tierra que no tenga su dueño, de modo que toda esta vasta tierra está repartida entre los principales señores de la capital que las explotan y son los propietarios de ellas.

De esta manera, un particular que quiera establecerse aquí, tiene la obligación de comprar un terreno que le será vendido muy caro, o de alquilar el que sea, haciéndose así el rentero un puro granjero del dueño o señor.

¡Señores en una colonia...! ¡Y dueños de tierras!



cuarteles nuevamente construidos. El del río se ve terminado con una batería de 2 de altura, dispuesta en gradas y formando como un anfiteatro, aprovechando la escarpadura de esta parte, que tiene 20 pies de alta. El lado del mar se halla cerrado por otra estupenda batería con un pequeño polvorín. El lado que da a la ciudad es una simple muralla, de 15 pies de altura, en la cual se abre la Puerta, todo frente a una calle que allí acaba, viéndose interiormente, en lo alto de este muro, los vestigios de un camino de ronda que en él había sido construido.

En el centro del recinto e inmediato a las baterías del Ozama, se yergue un torreón cuadrado, a modo de Torre del Homaje, como de 50 pies de alto, rematado por una plataforma donde existe un mástil de bandera para la observación del mar y hacer las señales. El piso bajo de él está repartido en calabozo. Su primera planta es una sala de armas, la cual guarda 2.000 fusiles en buen estado, con un taller de armería donde se trabaja para conservarlos. (4).

A 10 toesas al Sur del torreón se encuentra un hermoso y fuerte polvorín a prueba de bombas, que actualmente custodia 1.000 quintales de pólvora. Una parte del resto de este recinto se ve ocupada por hierro para fundir, pero en cantidad exigua. También se aprecian por allí 8 morteros de hierro colado, de 12 pulgadas de calibre fuera de agua y sin ajustes. Hay aún en esta plaza de Santo Domingo 150 piezas de cañón para baterías, de las cuales más de 80 son de 18 y 24 pulgadas. Debemos añadir a esto una veintena de grandes y pequeñas piezas, igualmente de hierro colado, en la muralla de la ciudad. A los 2/3 de ella, siguiéndola hacia el Norte, se contempla todavía el antiguo palacio del famoso Colón. Se trata de un pesado torreón cuadrangular en ruinas, sobre el río, y con unas baterías a sus pies.

El palacio está casi derruido, pero quedan en pie esas baterías que sirven de flancos a su circuito. Muy cerca de la misma

(4) Véase el bello artículo de María Ugarte, **Fortaleza de Santo Domingo, eje de la conquista de América**, en su magnífica obra **Monumentos coloniales**, S. D., 1977.



muralla hacia el Norte-Noroeste se halla otro polvorín, el cual guarda hoy en día poca pólvora.

Hay dos edificios para Cuarteles: uno, al lado de la batería más grande de la Fortaleza, en la parte de ella que da al mar y en inmediata vecindad con éste, capaz de alojar dos Batallones; el otro, cae sobre el Ozama, adhiriéndose al recinto de la misma Fortaleza por el lado Norte de ella, y en el cual se puede alojar un solo Batallón. En ambas construcciones hay muy buenas cisternas.

De ordinario, sólo hay un Batallón de guarnición en Santo Domingo. Todos sus oficiales y soldados son criollos, aunque de color blanco. También cuenta con una Compañía de Artilleros, de 45 hombres, los cuales no tienen idea alguna sobre artillería ni están adiestrados en su oficio. Actualmente hay un Ingeniero en plaza. Es el único para toda la Colonia. Se trata de un oficial del Cuerpo de Ingenieros de España con grado de Teniente Coronel. Pero la Compañía de Artilleros también es criolla, y, por ello, agregada a la Artillería de España.

De acuerdo a lo que venimos exponiendo, cualquiera se percata de que la ciudad de Santo Domingo no puede ser considerada como plaza fuerte. No es lógico pensar que uno pueda defender en ella todas sus baterías, las cuales tienen dos defectos comunes, como ocurre en general con casi todas las demás de la Colonia, a saber: estar directas y con merlones demasiado débiles. Hay merlones en Santo Domingo que sólo tienen 2 pies y medio de espesor, y, los más fuertes no exceden de 5 pies. Se han comprobado las dimensiones del resto de las fortificaciones, donde no existe un solo subterráneo. Por otra parte, ¿puede alguien envanecerse de tener en la Colonia el número de tropas suficientes para defender un circuito de 2.000 toesas de extensión desarrollada? ¿Acaso se espera que eso lo harán los colonos? ¿Qué confianza puede tenerse en semejantes tropas que de inmediato se sentirán hondamente afectadas por el temor de perder sus bienes más que animadas por el valor de defenderlos? ¿No buscarán ellos enseguida implorar la clemencia del enemigo a quien desde el primer instante mirarán ya como vencedor? ¿Cómo pensar que una sola hilera de Infantería



bordeando el estrecho camino de ronda, cuyo parapeto sin fosos, apenas está elevado sobre el terreno de la campiña 7 u ocho pies podrá oponerse al empuje de una o varias columnas que avanzarán con bayoneta calada y que sin gran esfuerzo escalarán la muralla? ¿Dónde se refugiarán ellos? ¿En ese castillo con pretensiones, que no es más que un simple torreón, al cual llaman la Fortaleza? ¿Acaso a ellos no les quedará nunca otra salida que la de caer prisioneros? ¡Basta ya de tantas preguntas! Acabemos por decir que para tomar Santo Domingo no son necesarios cañones ni pólvora, pues tan pronto como cualquier enemigo se haga dueño de la altura de los Isleños, la ciudad está perdida. Se requiere buscar, pues, un medio de impedirle que se apodere de este sitio. Sólo hay uno. Hasta ahora lo contemplamos como única defensa de la plaza, y de él hablaremos en el artículo que consagremos a Haina.

El puerto de Santo Domingo está en la desembocadura misma del Ozama, río muy profundo hasta su confluencia con el Isabela. Los barcos más grandes podrían fondear en él, si no fuese por unos arrecifes que hacen su entrada difícil y peligrosa. Tales arrecifes se encuentran en la vuelta del río y de la costa del mar. Es hacia el ángulo de ese rodeo del mar donde ellos surgen, y desde ahí parecen dirigirse hacia el Oeste, dejando cerca de la batería más grande de la Fortaleza un paso estrecho y tortuoso, que hace la embocadura del río penosa en extremo. Nadie se atreve a exponerse por allí, viéndose obligados los mismos buques españoles a anclar en la bahía de Ocoa, distante de Santo Domingo unas 20 leguas. Sin ese obstáculo, el puerto sería muy bueno y el Ozama constituiría una verdadera dársena natural o ensenada con careneros innumerables. Se ven pocos navíos y allí no entran más que algunas goletas de cabotaje. Sin embargo, algunas veces se han visto fragatas en dicho puerto.

Las orillas del Ozama son escarpadas, al igual que las del mar, teniendo éstas ciertos batientes que salen hacia adelante, pero poco alargados. He visto con atención que esta escarpadu-



ra mantiene 20 pies de altura debajo de la Fortaleza y luego va disminuyendo poco a poco hasta alcanzar sólo 4 pies al extremo Norte de la ciudad. También desde la Fortaleza comienza a bajar yendo hacia el mar, y tornando al Oeste logra 4 y 5 pies de altura, continuando así hasta Haina, es decir, hasta 3 leguas, con algún que otro saliente que tiene cerca de 20 y 30 toesas de anchura. Pero esto no impide que los barcos puedan anclar o apostarse a 100 toesas de la plaza, inutilizando por aquí sus débiles baterías y fatigando mucho a la ciudad.

FUERTE DE SAN GERONIMO

El Fuerte de San Jerónimo, propiamente hablando, no es más que un reducto de mampostería, pero construido con arte y capaz. Se halla situado a media legua larga de Santo Domingo, hacia el Oeste, en la misma orilla de la costa, a la izquierda del vecino camino principal y en una llanura dominada totalmente por él. Su obra es un cuadrado fortificado, de 20 toesas de lado y aproximadamente 20 pies de elevación, con un foso sin revestir y sin camino cubierto. El parapeto tiene 6 pies de espesor; el terraplén, alrededor de 25, dejando un interior de 15 pies que podría blindarse en caso de necesidad. Bajo el terraplén se han construido cuatro subterráneos a prueba de bombas, con un reducido polvorín y una cisterna. Pueden acogerse allí 150 hombres con los víveres, municiones, etc., que sean más indispensables. Un comandante inteligente se sentiría altamente honrado defendiendo este pequeño Fuerte, que no podría tomarse sin antes abrir en él una brecha enorme. (5).

Parece ser que cuando los españoles construyeron ese reducto tenían en mente que cualquier enemigo, si quería apoderarse de la ciudad de Santo Domingo, nunca podría hacerlo por la orilla izquierda del Ozama, según lo hicimos notar en el Ensayo Topográfico. (6) Por eso cayeron en la cuenta de que, en

(5) En efecto. Allí se cubrió de gloria, en defensa del reducto, el Coronel francés Aussenac, en 1809, sitiado por las tropas de Sánchez Ramírez. Por tal motivo se le dio, transitoriamente, el nombre de Fuerte Aussenac.

(6) Figura a continuación del presente escrito.



caso de acercarse, él estaba obligado a venir por el lado de la costa Oeste de Santo Domingo, y temiendo por esta parte, donde los salientes están a intervalos unos de otros y el acantilado apenas tiene 2 pies de altura y no cortado a pico, edificaron el Fuerte de San Jerónimo que, en función de estas consideraciones, se encontraba bastante bien colocado. Tanto mejor, cuanto que al tiempo de su erección —según se dice—, todo el territorio comprendido entre él y la bahía de Haina se hallaba cubierto por bosques impenetrables. Hasta hace algún tiempo él no contaba para comunicarse con Azua más que un estrecho sendero, donde uno se veía forzado a echar pie a tierra, aunque transitara por terreno llano. Fue después de unos años acá que don Manuel de Azlor hizo abrir el camino principal, cuando ya esta parte se encontraba más abierta debido a algunos desmontes y los bosques eran más claros. Esto es lo que ha dado toda su importancia a la posición de Haina, posición ventajosa, como se verá en el artículo que a continuación vamos a dedicarle. He aquí las razones por las cuales, una vez ponderadas las cosas y hechas las observaciones de rigor, ellas lógicamente nos inducen a pensar, después de la primera ojeada y puesto que la configuración del terreno se halla un tanto cambiada en la actualidad, que el Fuerte está mal colocado, porque se encuentra muy alejado de la ciudad, y, además, porque situado todavía hoy a la misma orilla del mar y ante una llanura completamente abierta, resulta casi inútil para cualquier sorpresa.

HAINA (*)

Haina es un pequeño poblado, o, mejor dicho, dos o tres casas nuevas situadas en el extremo Este de la propia bahía de Haina, a la orilla izquierda del río del mismo nombre. Aproximadamente

(*) El terreno comprendido entre Santo Domingo y la bahía de Haina es francamente bueno. Se encuentran por aquí algunos ingenios, el más importante de los cuales no llega a producir dos millares de azúcar. Hay también algunas matas de cacao y se ven plantas de añil por todas partes, que crecen espontáneamente y en gran cantidad. ¡Qué sería ni se cultivaran! Pero hacen falta brazos y ganas de trabajar.



madamente hay una distancia de 200 toesas entre la desembocadura del río y el poblado. El terreno comprendido entre el mar y el río es una lengua de tierra en meseta, contorneada por el Haina, el cual, desde su desembocadura se dirige hacia el Norte durante 300 toesas, tuerce luego al Este— $\frac{1}{4}$ —Noreste durante un cuarto de legua, para volver a dirigirse hacia el Norte a medida que se aleja de la costa.

En su recodo, el río tiene un encajonamiento de más de 60 pies de profundidad. Este encajonamiento comienza a unas 30 toesas del borde del mar y va aumentando según se acerca al meandro. Por eso, es de suave y fácil acceso desde la desembocadura hasta el mismo recodo, para volverse desde aquí más pronunciado y elevado. El río Haina no es vadeable en todos sus puntos. Las pendientes de su orilla derecha son bastante verticales y están cubiertas por tupidos bosques.

De acuerdo a lo arriba expuesto se comprenderá que la meseta mencionada es verdaderamente una posición estratégica que no nos resta otra cosa que ocuparla. Su lado derecho colinda con el recodo del río y su lado izquierdo con el mar.

Su frente domina por completo la bahía de Haina. Si la conformación del territorio es tal, que a ningún enemigo le será posible desembarcar a lo largo de la costa comprendida entre el Fuerte de San Jerónimo y el propio río Haina, y que la posición estratégica de la cual estamos tratando jamás podrá ser cercada por la derecha, resulta entonces bien claro que el puesto de Haina es sumamente ventajoso y que constituye, incluso, la única defensa de Santo Domingo, según lo mencionado en relación con este tema en el Ensayo Topográfico.

Ahora bien, esto mismo ya lo afirmó Don Manuel de Azlor. En consecuencia, él hizo edificar una batería, bastante bien construida, al lado izquierdo de la posición. Sin embargo, hubiera podido disponerla mejor, ya que sólo tiene cabida para dos piezas de artillería apuntando a la bahía de Haina. También asentó aquí algunos colonos y se propuso hacer una línea desde esta batería hasta el meandro del río, terminada por otra ba-



tería que dominaría a su vez todo el frente de la línea y todo el recodo del río, al cual batiría de flanco por las dos suposiciones susodichas.

Esta posición, naturalmente buena, debe ser muy digna de tomarse en consideración. Su terreno, si se trabajara, es muy fértil y el sitio agradable y sano. Hasta se encuentra un pequeño puerto detrás de la punta que separa nuestra posición de la bahía, y por allí abunda el agua. Además, vemos sobre esa punta de roca los vestigios de una vetusta batería que parece indicar cómo los antiguos españoles ya supieron valorar la posición de Haina.

Los españoles lograron cierta seguridad a derecha e izquierda de esta posición, basándose quizás únicamente en la precaución.

Pero... ¿habremos demostrado con esto que la posición no puede ser cercada? Aunque sea cierto que el litoral comprendido entre Haina y Santo Domingo sea de roca escarpada a pico, casi vertical por lo general, contando de 6 a 12 y 15 pies de altura, y que incluso se extienden arrecifes mar adentro, ¿estamos por eso seguros de que no se encuentre ahí algún paso o que la escarpadura, de más de 4 leguas, no tenga una interrupción en algún lugar?

Se comprende la importancia de adquirir sobre este tema el más exacto conocimiento. Un enemigo audaz y buen marino no teme escoger como puntos de desembarco aun aquellos sitios que parecen de difícil ingreso, y lo hace con tanta más razón y seguridad, cuanto más cierto está de no encontrar por ahí ninguna o poca resistencia. La última guerra nos suministra ejemplos de esto bastante recientes. Una operación aquí por lo demás bien fácil, dada la tranquilidad que por lo común reina en los mares de todas las Antillas.

Idéntica situación se torna por lo que respecta a la derecha. Se supone que los bosques que cubren las alturas de esta orilla derecha del río Haina son impenetrables. ¿Podría ser! Pero hay que asegurarse bien de ello, pues la menor posibilidad de que se pudiera penetrar a través de ellos, sería una desven-



taja para nuestra posición, ya que quedaríamos al descubierto tanto por los flancos como por detrás.

Aquí tenemos dos puntos de vista esenciales que, por ahora, no son más que conjeturas. Mientras tanto sabemos que una posición capaz de ser cercada, se vuelve inútil.

Por otro lado, esta posición encima de una lengua de tierra en meseta, tal como la hemos descrito, es obviamente vista de flanco desde el mar. De ahí la necesidad de alzar un buen espaldón, porque... ¿quién resistiría el fuego continuo de buques que podrían acercarse a 200 toesas? ¿Será la batería que ahí se estableció? Mas... ¿qué puede esperarse de ella frente al fuego del mar, y, sobre todo, qué puede aguardarse de su construcción, tal como se ve en casi todas las de las Colonias?

Las baterías directas son admisibles solamente para la defensa de la entrada de un puerto o para proteger un fondeadero, a condición de que estén provistas en buena parte de morteros, pero se consideran nulas e ilusorias para la defensa de una costa en general.

Las baterías que tienen por objeto la defensa de costas susceptibles de desembarco, deben hallarse dispuestas de tal modo que puedan hacer fuegos laterales y cruzados, y que, a su vez, estén bien protegidas del fuego del mar mediante un buen espaldón, e inclusive que se hallen cerradas en algunos casos. Encontrándose entonces libres del fuego directo e inútil, que no duraría mucho tiempo para con las naves, podrían actuar con más seguridad y éxito contra las lanchas de desembarco cuando éstas van acercándose o contra las tropas, cuando echado pie a tierra, van formándose, listas para atacar. Esas ventajas no se logran con una batería directa.

BANI (*)

El pueblo de Baní está situado en la orilla derecha del río de su mismo nombre a poco menos de un cuarto de legua de

(*) El terreno de Baní es muy bueno, sobre todo la sabana donde está situado el pueblo, que fué comprado hace poco por la comunidad



distancia, en una grande y bella sabana a legua y media del mar. Este pueblo, que no es antiguo, fue formado por la reunión de varios hateros de los alrededores, y cuyo número aumenta poco a poco. Sólo tiene 80 casas dispersas e irregularmente colocadas, y, 900 almas, comprendidos los pobladores de los hatos de su territorio, de los cuales únicamente 100 están en condiciones de tomar las armas. Hay una gran cantidad de vacas y muchos caballos.

Al Oeste— $\frac{1}{4}$ —Suroeste del pueblo está el llamado Cerro de la Vigía. En él finaliza una gran cadena de montañas que viene de la del Cibao, y que deja, al igual que el pueblo, un espacio de legua y media entre dicho cerro y el mar.

Nada que interese desde el punto de vista militar podemos decir de Baní. Si el Cerro de la Vigía estuviese más próximo al mar, serviría para obstaculizar el avance a todo aquel invasor que viniese por la bahía de Ocoa; pero el territorio está demasiado abierto y no puede utilizarse como posición para resguardo.

AZUA

Azua es una población bastante grande. Hállase colocada en la margen derecha del río Bía, a un cuarto de legua del mar por el Suroeste, y a media legua escasa por el Noroeste de otras dos cadenas de montañas que vienen de la del Cibao, y que forman el valle por donde corre precisamente el Bía. La ciudad está agradablemente situada, en una posición muy sana y de buen aspecto. Hay una plaza muy grande en el centro de ella. No hace aún veinte años que Azua fue aquí reconstruida, cuan-

a un particular. (7) Pero sus habitantes no se dedican a ningún cultivo. No conocen otra cosa que el ganado, y de éste tienen mucho. Sin embargo, allí se da el tipo de hombre más laborioso de toda la Colonia Española y el más blanco, aunque fuesen mestizados al principio. Son altos y bien proporcionados, y tienen a mucha honra no casarse más que con blancas o "mistives". Muy pocos descienden ya de los antiguos castellanos. La mayoría procede de las islas Canarias. Los españoles les denominan "isleños".

(7) En efecto. Baní acababa de ser fundado, el 3 de marzo de 1764. En esa fecha fue realizada la compra mencionada. Ver nuestro opúsculo *Fundación de Baní*, S. D., 1974.



do los pobladores de los diferentes hatos existentes por las cercanías, donde ellos vivían dispersos, se reunieron en este sitio, tras haber estado refugiados allí largo tiempo después del temblor de tierra que destruyó por entero Azua la Vieja, que se hallaba más cerca del mar, al Suroeste. La nueva Azua tiene actualmente como 300 casas, 2.500 habitantes y 450 hombres de armas, de los cuales 50 integran una Compañía de Caballería. Abunda mucho el ganado. Nada adecuado a lo militar puede decirse de Azua, aislada y en llanura abierta, pues de esto ningún partido puede sacarse.

BAHIA DE OCOA (*)

La bahía de Ocoa o de Neyba es muy amplia y poco profunda, debido al enorme saliente del Cabo de la Beata. Si se tirase una línea imaginaria desde este Cabo al de las Salinas, que forman los extremos de su entrada, llevaría dirección Oeste-Suroeste, con una longitud de más de 15 leguas. Tomando la profundidad desde el centro de esta misma línea en dirección Norte-Noreste, y que corresponde más o menos a la desembocadura del río Neyba, mediría alrededor de 10 leguas. La bahía presenta un bello aspecto. Con razón los antiguos españoles le dieron el nombre de Puerto Hermoso. Pero ella está demasiado abierta y por eso demasiado expuesta a los disparos. No obstante, un corto número de barcos puede permanecer en la más pequeña ensenada de Ocoa, donde el fondeo es excelente y queda a cubierto de los vientos por el Cabo de las Salinas. Es el fondeadero ordinario de los buques españoles.

Las orillas de esta bahía son, en general, de arena y sumamente fáciles para efectuar en ellas un desembarco. Sin embargo, la configuración del territorio de los alrededores, como puede apreciarse por nuestro Ensayo Topográfico y por el mapa, harían que semejante empresa se tornara infructuosa, tanto si

(*) La naturaleza del terreno que colinda con la parte Este de la bahía de Ocoa es muy árida y estéril, donde no se ven más que palmas, guazábaras y otras muchas especies de plantas agrestes. No se encuentra ningún hato y muy poco ganado que apenas puede alimentarse. El aire es malo.



los enemigos quisieran penetrar por el lado de Santo Domingo, como por el lado de la Llanura de San Juan, o por la posición de la Cruz o tal vez por el puerto al Oeste.

SAN JUAN (*)

La ciudad de San Juan (8) está situada un poco más allá del centro de la llanura del mismo nombre, a la orilla izquierda del río Neyba, casi en el borde de su encajonamiento. (9) Es un poblado enteramente nuevo. Se acrecienta todos los días con nuevas casas que construyen los vecinos procedentes de los cercanos hatos, los cuales abundan esparcidos en gran cantidad. En consecuencia, San Juan puede llegar a ser pronto un pueblo pujante. Sus casas no son todavía demasiado numerosas, pero cuenta con 3.600 habitantes, comprendidos los de los hatos; de ellos, sólo unos 300 estarían capacitados para llevar armas. Posee no menos de 18.000 vacas y más de 10.000 caballos. Si sus

(*) El terreno de San Juan es muy bueno, pero sus habitantes son haraganes y no se dedican a ningún cultivo. Sólo los "isleños" conservaron un poco de industria. En todas partes encontramos sabanas donde pace una inmensa cantidad de ganado.

El aire es sano y fresco, pero muy a menudo se padecen grandes sequías, sumamente costosas para los habitantes, por lo mismo que hacen perecer gran número de animales.

De ahí vienen las enormes manadas de bueyes y caballos en todas estas comarcas, por la necesidad en que se halla cada particular de criar muchos, a fin de asegurarse suficiente copia de ellos para su propio uso y para venta, en caso de alguna desgracia.

La llanura de San Juan es singularmente fresca e inclusive puede decirse que sus noches son frías, aun en el tiempo más caluroso.

(8) La villa San Juan Bautista de la Maguana fue fundada por el célebre conquistador Diego Velásquez en 1503, durante el Gobierno de Nicolás de Ovando. Es, por ello, una de las más antiguas ciudades del Continente. Muy temprano tuvo la gloria de ser blasonada. Por Real Provisión del 7 de diciembre de 1508 se le concedió escudo nobiliario: "Un escudo blanco, y en él un águila negra, con un libro en la mano, con una orla dorada, y en ella cinco estrellas de sangre".

(9) Acerca del río Neyba véase eruditos artículos del Lic. Víctor Garrido y del Prof. L. Núñez Molina, en *Boletín de la Sociedad Dominicana de Geografía*, S. D., No. 2, 1971. (Edición dedicada a los ríos de la Isla).



sabanas son excelentes, sus ganados gozan de fama merecida (10).

San Juan no puede ser tenida en cuenta para operaciones del arte militar.

BÁNICA (*)

Bánica es un pueblo más apiñado y mejor construido que San Juan, pero mucho menos rico. Está situado en la orilla izquierda del Artibonito y del lado de su encajonamiento, a escasa media legua de la desembocadura que en él hace el Tocino. Le rodea una preciosa, aunque corta sabana, cercada por bosques de alto follaje al pie de un promontorio que pone fin a una gran cadena de montañas que bordean la orilla siniestra del Artibonito y arrancan del macizo central del Cibao. La orilla derecha del mismo río se halla también bordeada por otra gran cordillera que viene de la del Cibao, y va a terminar en la confluencia del río Bánica alrededor de 14 leguas y media más abajo del pueblo. Así se comprende cómo ambas cadenas montañosas forman el valle por donde discurre el Artibonito. Bánica cuenta con 250 casas, 3.000 habitantes, comprendidos los hatos y 250 hombres en disposición de empuñar las armas. Posee menos ganado que San Juan. No es susceptible de defensa alguna, rodeada como está por diversas altura que la dominan. Sin embargo, la cadena montañosa de la margen derecha del Artibonito puede ofrecer una magnífica posición para oponerse a quienes intentaran venir a través de la Llanura de San Juan, al no dejarles más salida que una garganta por donde va el camino principal. Es, pues, un punto para atacar bien definido, que la constitución del territorio hace por sí mismo muy ventajoso, y al que un poco de arte, en caso de necesidad, haría todavía más respetable. Lo mismo ocurre con

(10) San Juan todavía tiene la fama de sus buenos caballos. Véase nuestra obra *Enciclopedia Dominicana del Caballo*, S. D., 1960.

(*) Nada de cultivos en Bánica, territorio generalmente malo y muy montuoso, cortado y recargado por bosques. A causa de esto, sus habitantes son pobres, debido a la poca cantidal de ganado que la mediocridad de sus sabanas allí les permite alimentar. El aire es excesivamente caliente por encontrarse la población metida entre pantanos.



la cadena de la izquierda para la defensa del Tocino; de modo que, con plena seguridad, pagaría muy cara la conquista de Bá-nica cualquiera que a ella se viera forzado.

SAN RAFAEL (*)

San Rafael es una población nueva y todavía en formación. La mayoría de sus habitantes son Isleños. Está situada a la orilla del río Bouyajá, en un valle que llaman La Puerta, a un cuarto de legua más o menos de una estrecha garganta por donde se entra en la Llanura de Gojaba. El valle es bastante cerrado y sus vertientes son rápidas, lo que facilita tanto la defensa como el ataque contra cualquier enemigo que intentara introducirse en la Parte Francesa por esta garganta, que es un verdadero desfiladero, y con tal de que previamente uno se haya hecho dueño de las alturas que hay a derecha e izquierda.

HINCHA

Como esta población no es uno de los puntos del camino principal de Santo Domingo, no puede decirse gran cosa de ella, salvo otra indicación.

Hincha está situada en la confluencia de los ríos Guayamuco y Samaná. Tiene 500 casas, 4.500 habitantes, 500 hombres capaces de tomar las armas, 1.600 bueyes y 1.400 caballos. Es la residencia fija del Comandante de toda la Parte occidental de la Colonia Española. Cuenta también con una Compañía de Caballería.

(*) El terreno de San Rafael, así como toda la llanura de Gojaba, es por lo común bueno. Las sabanas son muy bellas, con hierba abundante, pero sin más cultivos. El aire de toda la llanura es muy saludable y fresco. La aldea de San Rafael, en cambio, es sumamente calurosa, por estar ubicada en una cañada.

La llanura de Gojaba está más o menos al mismo nivel que la de San Juan. Y las dos al mismo nivel, aproximadamente, que el Dondón. Sin embargo, estimamos que la población se encuentra casi a 500 toesas de altura encima de la llanura de Cap. De ahí resulta que la temperatura de ambas comarcas debe ser diferente dada su altitud, diferencia que es muy considerable y que sensiblemente experimentamos viajando desde Cap a Santo Domingo.





ENSAYO TOPOGRAFICO Y MILITAR
SOBRE LA
PARTE ESPAÑOLA DE SANTO DOMINGO
POR UN
INGENIERO FRANCES
QUE LA VISITO EN 1764
(Por Daniel Lescallier)

Hacia el medio de la Isla, comenzando a fijarlo en el punto donde se cortan unas líneas imaginarias desde la bahía de *Port-au-Prince* hasta *Cabo Engaño*, dirección Oeste-Este, y desde *Puerto Plata* a la desembocadura del *Nizao*, dirección Norte-Sur, aparece una cordillera, muy elevada, que se llama *Cibao*. Constituye la parte más alta de toda la Isla y en ella tienen su nacimiento los principales ríos que la riegan. Tales ríos separan, a su vez, diferentes cadenas de montañas, más o menos elevada, que emanan de esa cordillera, y que al alejarse en todas direcciones, como otros tantos radios del mismo centro común, van formando una gran cantidad de estribaciones de menor altura que, entre sí, dan lugar a pequeños valles y hondonadas por donde discurren riachuelos y arroyos. Casi podría decirse que toda esta masa montañosa no es sino un solo sistema de sierras, limitado al Norte por la *Llanura del Yaque*, al Noreste por la de *La Vega* y la *bahía de Samaná*, al Este por la *Llanura de Santo Domingo*, al Sureste y al Sur por una parte de esta misma llanura y el mar, al Suroeste por el río *Neyba* y la *Llanura de San Juan*, al



Oeste por la de *Goajava*, hasta el Noroeste, donde se encuentra el *Dondón*, que es una continuación de la principal cadena dependiente del grupo del *Cibao*, y desde el Noroeste al Norte por la *Llanura del Cap*.

La región formada por las *Llanuras de San Juan* y de *Goajava* es un territorio generalmente liso, interrumpido hacia la parte de *Bánica* por pequeñas alturas, de pendientes agudas, aunque poco elevadas. Esta comarca atraviesa la Isla en dirección Sureste-Noroeste. Comienza en punta, casi en la desembocadura del *Neyba*, en una sabana que precisamente se denomina *Sabaneta* y va alargándose siempre hasta terminar en *San Rafael*, es decir, en el origen del río *Bouyajá*, que nace en las montañas del *Dondón*; desde allí continúa al Oeste-Noroeste hacia la Parte Francesa. Todo ello forma una extensión con más de 50 leguas de longitud; su anchura, a la altura de la ciudad de *San Juan*, no es más que de 6 a 7 leguas, pero se hace mucho más amplia a medida que va dilatándose por el Noreste. Al Oeste queda limitada por una gran cadena de montañas que sube desde el *Cabo de la Beata* hasta *Mirebalais*. Se ve que esta cadena, de suyo muy encumbrada, no depende por completo de la central del *Cibao*, pues se halla enteramente separada de ésta gracias a la *Llanura de San Juan* y al *Neyba*. La región de *San Juan* y de *Goajava* es, pues, una meseta unida desde *Sabaneta* hasta los hatos de *Hobes* sobre el río de este nombre. Ella forma una extensión de 14 leguas y se llama *Llanura de San Juan*.

Desde el río *Hobes* hasta los hatos de *Bojorca*, situados aproximadamente a la altura de *Hincha*, la región aparece llena de promontorios y de colinas diminutas, entrecortadas por una enorme cantidad de ríos y arroyos, sobremanera encajonados y cubiertos por bosques, especialmente hacia la parte de *Bánica*, es decir, entre los ríos *Artibonito*, *Bánica* e *Ibara*, donde por ser las alturas más rápidas y elevadas hacen el tortuoso camino pésimo en extremo durante 18 leguas largas.

A partir de los hatos de *Bojorca* hasta *San Rafael*, por un dilatado espacio de 6 leguas, el camino se muestra llano y uniforme, salvo el encajonamiento de los ríos. Ahí está, propiamente



hablando, la nombrada *Llanura de Goajava*, la cual se dilata considerablemente hacia el Oeste-Noroeste, bordeando siempre la cadena del *Dondón*, que la termina por el Norte.

En la parte de la Costa septentrional surge otra gran cadena de montañas muy altas y cubiertas de vegetación, siendo en exceso empinadas sus laderas. Esta nueva cadena nace en *Monte Christi* y muere en la península de *Samaná*. Su dirección general va desde Oeste— $\frac{1}{4}$ —Noroeste al Este— $\frac{1}{4}$ —Suroeste, con una extensión de más de 45 leguas. Dicha cadena no depende en nada del grupo del Cibao, hallándose aislada en absoluto de este maciso central. Lo que sí hace es separar las *Llanuras de Dajabón*, del *Yaque* y de *La Vega* de la orilla del mar. No hay otro paso a través de esta cadena que el camino de *Santiago* a *Puerto Plata*, y eso gracias a un desfiladero que allí se encuentra.

CADENAS DEPENDIENTES DE LA DEL CIBAO

La más larga y destacada de todas las cadenas que emanan del grupo del Cibao es aquella que desde este céntrico sistema se dirige al Noroeste— $\frac{1}{4}$ —Oeste por un espacio de 15 leguas. Tuerce enseguida, bastante derechamente, hacia el Oeste— $\frac{1}{4}$ —Noroeste hasta el *Dondón*. Y de aquí prosigue, casi en idéntica dirección, a concluir en *Port-de-Paix*, o mejor aún, en el *Mole de San Nicolás*.

Las faldas de esta cadena que miran al Norte están primeramente rodeadas desde el *Dondón* hasta el río *Masacre* por las *Llanuras de Cap* y de *Saquezy*, con una anchura de 7 a 8 leguas hasta el mar y con una longitud de 14 leguas, que es la distancia desde *Cap* a *Dajabón*; a continuación por las *Llanuras de Dajabón*, *Santiago* y *La Vega*, una vasta región formada entre esta cadena y la de *Monte Christi*, y por donde discurre el río *Yaque*. Toda la región, a partir del *Masacre* hasta la bahía de *Samaná* mide 47 leguas de larga, variando su anchura, pues oscila desde 3 y 4 hasta 7 y 8 leguas. Desde el *Masacre* a *Santiago*, y desde aquí a *La Vega* ella se hace más cerrada y menos uniforme, es decir, desde el *Yaque* hasta el *Camú*. Pero a partir de este último



río se abre mucho, y eso es lo que se denomina *Llanura de La Vega*. Las laderas de esta misma cadena que miran al Sur son aquellas por donde vierten sus aguas los ríos *Bouyajá*, *Goaba*, *Bojorca*, etc., los cuales confluyen todos en el *Artibonito*.

La *Llanura del Yaque* se halla regada por este mismo río y por algunos otros que en él desaguan, los cuales nacen todos en la primera cadena de que estamos hablando.

En cambio, la *Llanura de La Vega* queda bañada por el río *Yuna*, el cual recibe innumerables arroyos que brotan en el macizo del *Cibao*.

La segunda cadena resulta casi imperceptible. No obstante, ella separa las corrientes fluviales del *Yaque* y *Río Verde* de las del *Camú* y del *Yuna*. En realidad se trata de una serie de suaves mesetas en dirección Norte, que van a alcanzar la cadena de Monte Christi, pero las cuales se hacen tanto más encumbradas cuanto más se aproximan al núcleo del *Cibao*.

Divide al *Camú* del *Yuna* la tercera cadena. Es de corta extensión, y, además, poco elevada en la confluencia de esos dos ríos, pero va ascendiendo según se acerca al *Cibao*.

La cuarta cadena es la de *Cevicos*. Resulta más amplia, alta y escarpada en los arranques que tiene en el *Cibao*, ocurriendo lo contrario a medida que se aparta de él. Lleva dirección Este— $\frac{1}{4}$ —Noreste, yendo a acabar insensiblemente en la *bahía de Samaná*. Separa los ríos *Yaque* y *Cevicos*, de manera que por sus pendientes norteñas corren las aguas que vierten al *Yuna*, mientras por las meridionales se deslizan las que lo hacen en la *bahía de Samaná*. Esta cadena es extremadamente sinuosa y cubierta de vegetación. De ella salen otros pequeños contrafuertes que hacen todo el territorio comprendido entre *Cotuí* y el *Cibao* demasiado montañoso y de difícil acceso.

La de *Pardavé* es la quinta cadena, la cual se dirige al Este. Podemos decir que es tan elevada como la de *Cevicos*, teniendo, además, la misma configuración. Despega el río *Yasa* al Sur— $\frac{1}{4}$ —Sureste del *Bermejo* al Norte— $\frac{1}{4}$ —Oeste— $\frac{1}{4}$ —Norte



(sic), los cuales desembocan en el *Ozama*, en ese intervalo que entre el propio *Ozama* y el *Isabela* recorre el camino que lleva a la ciudad de Santo Domingo.

Se ve ahora un terreno bastante llano, en el que da inicio la *Llanura de Santo Domingo*. Pero enseguida puede apreciarse que él va empinándose según se acerca al macizo del *Cibao* por el Norte. Esto es lo que debemos considerar como sexta cadena, aunque sea de poca amplitud. Más que cadena mejor diríamos que son estribaciones del *Cibao* mismo, cuyas laderas vienen a extinguirse en el camino principal, un poco antes de las sabanas denominadas *La Monja*, *Cansamancebo*, *Prieta* y *Luisa*, las cuales aislan los ríos *Limón*, *Canoa*, *Ozama*, *Itabo*, *Guayacusa*, *Cribeplata* e *Isabela*.

Este último río se encuentra separado del *Haina* por otro contrafuerte del *Cibao*, el cual deja un gran espacio llano hasta el mar. Se trata de la séptima cadena.

La octava cadena va bordeando la orilla izquierda del *Nizao*. Su dirección es Suroeste— $\frac{1}{4}$ —Sur. Como sus pendientes avanzan paralelas al *Nizao*, esto hace que ellas viertan sus aguas por toda la zona de costa comprendida entre el *Haina* y el *Nizao*, y gracias a ciertas lomas suyas que aún descuellan muy al Sur, quedan divididos entre sí los ríos *Itabo*, *Nigua*, *Sainaguá* y *Najayo*.

La cadena novena parece serpentear a lo largo de la orilla izquierda del *Yaque*. En el declive de ella las aguas se arrojan a la costa desde el *Nizao* hasta la desembocadura del *Neyba*, dirección Suroeste. Esta misma cadena recibe el nombre de *El Puerto* en el alto paraje donde el camino de Santo Domingo sube desde el torrente de *Tábara* y el río *Sangosto*, indicados en el "Itinerario". Es una de las cadenas más extensas y elevadas. De ella brotan otras muchas cadenas que se dirigen al Sur, dejando siempre espacios llanos entre los remates de ellas y el mar, de 1 a 4 leguas de anchura. Tales cadenas separan los ríos *Paya*, *Baní*, *Ocoa*, *Cepicepí*, *Bía* y *Tábara* con infinidad de arroyos intermedios. Las más alargadas de estas ramificaciones vienen a ter-



minar así: la primera en el *Cerro de la Vigía*, junto a Baní, la segunda en el *Llano de la Cruz*, la tercera, después de rodear la orilla derecha del *Ocoa*, en la *bahía de Ocoa*, sin contar otras dos que forman el valle del *Bía*, y acaban cerca de *Azua*.

Desmembra el *Neyba* del *Yaque* la décima cadena, dirigiéndose al Suroeste— $\frac{1}{4}$ —Oeste. También ella origina distintas cadenas que van a extinguirse en la *Llanura de San Juan*, separando los ríos *Mijo*, *Yávano* y *Jínova*, los cuales vacían su caudal en el *Yaque*.

La undécima cadena aísla el río *Neyba* del *Hobes*. (11) Subdivídese ella, igualmente, en otros tantos contrafuertes que, al finalizar en la citada *Llanura de San Juan*, van dispersando por aquí y por allá los ríos *Higuera*, *Río del Oro*, *La Ceyba* y gran cantidad de arroyuelos, entre los cuales los dos más importantes son el *Nibaguana* y el *Bagonay*.

La duodécima cadena semeja despegar el *Hobes* del *Artibonito*, yendo luego a concluir en el pueblo de *Bánica*. Se esparce también en un sinnúmero de cadenas minúsculas, que forman otros tantos arroyos, apartando así el *Tocino* del *Artibonito*.

Encaminándose hacia el Oeste, la décimatercera cadena aleja el *Artibonito* del *Bánica*.

La décimacuarta cadena aísla, por fin, el *Bánica* del *Ibara*. (12)

Conviene advertir que estas dos últimas cadenas no nacen en el macizo central del *Cibao*, sino en aquella gran cadena, que es la principal del *Cibao*, la cual fue considerada por nosotros al principio del presente Ensayo como primera cadena, y cuyas pendientes septentrionales dijimos que terminaban en las *Llanuras de Cap*, *Dajabón* y *Yaque de Santiago*. En cambio, desde el nacimiento del *Ibara* hasta el *Dondón* se ven los declives meridionales de ella. Estos dan origen a una ingente cantidad de pequeñas cadenas particulares y contrafuertes que separan los ríos *Samaná*, *Lag*, *Coladera*, *Bojorca*, *Goaba* y *Bouyajá* con un considera-

(11) En un *Itinerario*, de 1780, (A. G. I., S. D., 945) se dice: (...de los bohíos de los Jovos, tiene un arroyo..."

(12) *Tábara*.



ble número de arroyuelos, demasiado estrechos, sobre todo, a partir del *Ibara* hasta el *Goaba*. Todas las aguas nombradas son afluentes del *Artibonito*, y, generalmente, se dirigen al Oeste— $\frac{1}{4}$ —Suroeste.

RIOS

No pueden detallarse aquí todos los ríos que riegan la Parte Española con las precisiones que hubieran sido de desear. Para conocerlos bien, es necesario seguir su curso lo más posible, y como todavía no nos hemos visto en el caso de hacer esto, hablaremos de ello según lo que hemos podido apreciar viajando por el camino principal de Santo Domingo. En relación con las cadenas de montañas que dividen unos ríos de otros, se pasan 35 ríos y 29 arroyos por la ruta de *Santiago*; por la de *Azua* 33 y más de 100 torrenteras.

Los ríos principales cuyas aguas van a parar a la costa Norte son: el *Amina*, el *Yaque*, el *Camú*, el *Río Verde*, el *Jima* y el *Yuna*, los cuales nacen todos en el macizo del *Cibao*. El más caudaloso y largo de todos ellos es el *Yaque*, quien entra al mar por la *bahía de Monte Christi*. Este río recibe, a su vez, el *Masacre*, el *Goaba*, el *Jácuba*, el *Macabón*, el *Chacuey*, el *Maguaca*, el *Guayubín*, el *Cañas*, el *Gurabo*, el *Mao*, el *Amina* y el *Río Verde*. Todas estas corrientes fluviales, a excepción del *Río Verde*, se originan en la primera cadena, encaminándose por lo común al Noroeste. El *Puñal* desagua también en el *Yaque*, y el *Guaco* en el *Río Verde*. El *Camú* lo hace en el *Yuna* después de haber acogido al *Jima*, mientras el *Caya* se enriquece con el *Voma* y el *Guamita*. La dirección de estos últimos ríos es casi siempre la misma, hacia el Septentrión, brotando todos ellos en las partes bajas de las estribaciones del macizo del *Cibao* que miran al Norte y al Noreste. El *Yuna*, que es el que sigue en caudal al *Yaque*, parece encaminarse desde un principio al Noreste hasta su confluencia con el *Camú*, de donde tuerce al Este, y cuando llega más abajo de *Cotuí*, se dirige desde aquí hacia el Este-Suroeste hasta su desembocadura en la *bahía de Samaná*. Acrecienta su caudal con el *Maguaca*, el *Yaquí*, el *Blanco*, el *Cevicos*, el



Naranjo y el *Arainos*. En cambio el *Yasa*, el *Bermejo* y el *Limón* se arrojan al *Ozama*, que nace en el *Cibao*, metiéndose en él por su orilla izquierda. El *Icaco*, el *Guayacusa* y el *Cribeplata* le regalan sus aguas por su orilla derecha. También el *Isabela* se hace uno con el *Ozama* en un hermoso lugar cercano a la desembocadura de éste en el mar junto a la ciudad de *Santo Domingo*. Debo señalar que el *Isabela* nace igualmente en el *Cibao*.

De todos los ríos sobre los cuales hemos venido hablando solamente el *Goajaba*, el *Macabón*, el *Cañas*, el *Gurabo* y el *Puñal* no conservan su caudal en tiempos de sequía; los restantes, en cambio, jamás se agotan, y las aguas de ellos son excelentes y de buena calidad.

La conformación general de estos ríos es la misma más o menos. Todos ellos se ven encajonados desde 4 a 10 ó 12 pies. El *Amina* lo está a más de 25 en algunos parajes por donde pasa. El *Yaque* lo está a más de 40, y es bastante escarpado, tanto arriba como abajo de *Santiago*, pero ya frente a esta ciudad las cuevas son más suaves.

También están todos cubiertos por espesa vegetación y festoneados en sus orillas por un lindero de árboles, de mayor o menor anchura, lo cual es grandemente ventajoso para su defensa.

El *Yaque* puede navegarse con canoas hasta 15 leguas cerca de *Santiago*. Poco trabajo haría que el *Amina* también lo fuese. Igualmente se navega el *Yuna* desde la bahía de *Samaná* hasta un poco más allá de *Cotuí*. Se asegura aún que un bote o piragua entró por este río al *Camú* y lo remontó hasta cerca de *La Vega*. Del mismo modo, el *Ozama* y el *Isabela* se surcan con canoas hasta 7 u 8 leguas más arriba de su confluencia, más o menos, en razón de la altura de sus aguas.

El *Ozama* y el *Isabela* no son vadeables más que desde los sitios por donde se les cruza hasta el mar; los demás, sin embargo, lo son en casi todos los puntos de su recorrido, exceptuados el *Yaque* y el *Yuna*, los cuales cesan de serlo, el primero 4 ó 5 leguas más abajo de *Santiago*, y el segundo en *Cotuí*.

Los principales ríos que vierten sus aguas a la costa Sur son: el *Ozama*, el *Isabela*, el *Nizao*, el *Ocoa*, el *Tábara*, el *Neyba*



y el *Artibonito*. Todos ellos nacen en el *Cibao*. Precipítanse al mar directamente, a excepción del *Isabela*, que lo hace en el *Ozama*, como antes dijimos. Los otros ríos intermedios en los espacios comprendidos entre el *Ozama*, el *Nizao*, el *Ocoa*, y el *Neyba* se arrojan igualmente al mar y, por lo general, en dirección Sur. Tales son el *Haina*, el *Nigua*, el *Sainaguá*, el *Najayo*, el *Paya*, el *Baní*, el *Cepicepí*, el *Bía* y el *Tábara*.

Los que están comprendidos entre el *Tábara* y el *Neyba*, pero que entran en éste, son el *Biajama*, el *Río Salado*, el *Yaque*, que es muy caudaloso y nace en el *Cibao*, no lejos de las mismas fuentes del otro río, el *Yaque de Santiago*, el *Mijo*, el *Yávano* y el *Jinova*. Su dirección es hacia el Suroeste— $\frac{1}{4}$ —Oeste.

Cuantos se hallan entre el *Neyba* y el *Artibonito* son: 1º) El *Higüera*, el *Río del Oro* y *La Ceyba*, los cuales vierten sus aguas en el *Neyba*, y cuya dirección es Oeste-Suroeste.— 2º) El *Hobes* y el *Tocino* afluyen al *Artibonito* con dirección Oeste.

A su vez, los que riegan el espacio comprendido desde el *Artibonito* hasta el *Bouyajá*, es decir, hasta el *Dondón*, son: el *Bánica*, el *Ibara*, el *Samaná*, el *Lag*, el *Coladera*, el *Bojorca*, el *Goaba* y el propio *Bouyajá*, los cuales se arrojan todos en el *Artibonito*, y cuyas direcciones van aproximadamente Oeste— $\frac{1}{4}$ —Suroeste.

De cuantos ríos hasta aquí hemos nombrado únicamente el *Itabo*, el *Paya*, el *Jura*, el *Tábara*, el *Yávano*, el *Higuera* y el *Río del Oro* nada de agua reservan durante los tiempos secos. En el *Tábara* sólo se ve el agua cuando hay lluvias o inmediatamente después de las tormentas.

Los ríos de esta parte mantienen la misma configuración que los de la costa Norte, es decir, son encajonados y se encuentran rodeados de vegetación. También por esta ruta, al igual que por la otra, resultan todos vadeables, excepto el *Haina*, el cual deben pasarlo personas y bestias de carga en barcas, pues únicamente los caballos son capaces de atravesarlo a nado.

Los más difíciles de cruzar son: el *Yaque de Santiago*, el *Yuna*, el *Amina*, el *Neyba* y el *Artibonito*, sobre todo el *Yaque*, debido a que tiene una anchura de más de 60 toesas y alrededor de



4 pies de profundidad en su cauce ordinario, amén de una corriente rápida.

Los demás, en su cauce normal, no tienen más que 1 ó 2 pies y medios de altura. Pero no sucede lo mismo con los arroyos, donde los viajeros se ven forzados a esperar varios días a que cesen los aguaceros en tiempo de lluvia o esas tormentas que descargan en las montañas del Cibao, donde son muy frecuentes.

COMUNICACIONES

Las dos vías principales de comunicación entre la Parte Española y la Francesa son: *El camino del Norte*, por Santiago y La Vega, y *el camino del Sur*, por Azua y San Juan.

Desde *Dajabón* a *Montechristi* la comunicación se realiza a través de la misma *Llanura de Dajabón*.

Existe también un camino que conduce desde *Dajabón* a *Hincha*, y otro que lleva a *Bánica*, pasando éste por una montaña denominada *La Sierra*, la cual integra la misma cadena del *Dondón*.

Por el camino principal que lleva a *Santiago*, a 5 leguas de *Dajabón*, hasta la *Sabana de la Canoa*, un poco antes de llegar a *Los Dos Montecillos*, indicados en el "Itinerario", hay comunicación con *Monte Christi* a través de un espacioso y bello camino.

Santiago se enlaza con Puerto Plata atravesando la gran cadena de Monte Christi por un desfiladero. Pero este camino, hoy poco frecuentado, ha venido a quedar en pésimas condiciones.

Había en otro tiempo un camino que desde *Santiago* conducía a *Monte Christi* siguiendo la orilla derecha del *Yaque*. Actualmente se halla casi destruido. Sin embargo, algunas personas todavía transitan por él, aunque a pie.

Originándose también en *Santiago* un camino más corto que el principal y más pegado al macizo del Cibao lleva hasta *Santo Domingo*.

Se asegura que este camino es muy malo, y nada más verosímil, a juzgar por el relieve del País y aún por el camino prin-



cial, que en estos parajes resulta sumamente dificultoso. Pocas personas circulan hoy por él. Es que, en realidad, no es más que una simple trocha, adonde confluyen otras muchas, la mayoría de ellas enmarañadas por bosques y maleza, que parecen haber sido antaño las únicas comunicaciones con las minas del Cibao. Estas minas, después de tan largo tiempo, resultan hoy desconocidas. Los habitantes más viejos de *Santiago* y *La Vega* ignoran en absoluto su localización. El escaso oro que algunos de ellos recogen todavía, no se encuentra sino en el lecho de ríos y arroyos después de los aguaceros y, a pesar de ser poca su cantidad, constituye un buen índice de que los yacimientos existen aún.

En otro tiempo había comunicación directa entre *Cotuí* y *Samaná* que ya desapareció. Sin embargo, puede irse hasta allá, pero dando muchas vueltas y atravesando hatos.

Desde Santo Domingo un camino bastante bueno empalma con *El Seybo* y la región de *Higüey*, es decir, con el Este de la Isla.

Un mal sendero, muy penoso, entrelaza *Santo Domingo* y *Samaná* bastante directamente. Pero no es franqueable más que en tiempo de seca, debido a las múltiples lagunas que uno se ve obligado a pasar. Este sendero atraviesa también por bosques tan tupidos que, aun los peatones, tienen que ir machete en mano para avanzar a través de tanta maleza.

De *Samaná* parte un atajo que por el hato de *Guya* lleva a *Santo Domingo* en 5 horas, el cual tampoco es transitable más que durante tres meses en la mejor temporada.

El camino principal desde *Santo Domingo* a *Azua* que pasa frente al *Fuerte de San Jerónimo* es una antigua vía que, en otra época, era la ruta más comúnmente utilizada para llegar a la Parte Francesa. Este camino apenas se ve hoy frecuentado, a causa de no ser muy franqueable.

Del hato de *Tábara* sale un camino que lleva al pueblo de *Neyba*, sobre la orilla derecha del río del mismo nombre, y a un



cuarto de legua de su cauce, se abre el acceso a la Parte Francesa por el Oeste.

Algunos vecinos de *San Juan* pretenden que ciertos prácticos del territorio pueden llegar desde aquí a *Santiago* y *La Vega*, a caballo, en 5 días, siguiendo en buena parte el valle del *pequeño Yaque*, para bajar luego al *Yaque grande*. Pero es necesario conocer muy bien la región, ya que no hay en ella ningún camino trazado. Creen también que los peatones pueden comunicar con los mismos parajes por el valle del *Neyba*. Ambos pasos deben ser sumamente difíciles, y se requieren largas y penosas vueltas para atravesar la cordillera del *Cibao*.

Desde los hatos de *Las Matas* la comunicación con *Port-au-Prince* se hace mediante un buen camino.

A partir de *Bánica* otro camino conduce a *Dajabón* pasando junto al manantial de aguas minerales, nombrado "La Fuente". Otro camino, cerca de la margen del río *Coladera*, lleva a *Hincha*.

Desde los hatos del *Papayo* otro camino nos permite el traslado hasta la citada población de *Hincha*.

Un amplio camino guía desde los hatos del *Piñón* a otros hatos esparcidos por la *Llanura de Goajava*, desde donde él enlaza con la Parte Francesa y con *Cap*.

Y sin salir de los dichos hatos del *Piñón* otro camino distinto conduce a *Dajabón*. Trátase, sin duda, de la comunicación de *Dajabón* con *Hincha* ya aludida.

CONSIDERACION MILITAR

Si después de cuanto aquí hemos expuesto aún es posible formarse alguna idea de la Parte Española, vemos que pueden reducirse a dos los puntos de ataque para cuantos enemigos quieran apoderarse de esta Isla de Santo Domingo por la costa Norte o la del Este, es decir, por todo el litoral comprendido desde *La Granja* hasta el *Cabo Rafael* y *Cabo Engaño*, lo que hace más de 190 leguas de desarrollo, abarcando dentro de éste la *bahía de Samaná*. Esos dos puntos son *Santiago* y *Monte Christi*. De ahí nace la necesidad de fortificar bien estas dos plazas. Ya hemos



visto que *Santiago* es susceptible de una óptima defensa, y que allí podemos establecer un excelente puesto militar.

No puede decirse tan categóricamente lo mismo sobre la *bahía de Monte Cristi*, pero hay indicios seguros de que ella puede quedar bien defendida. Los españoles han hecho algunas obras al efecto y todavía subsisten algunas baterías.

En cuanto a las partes Este y Sur de la costa hasta *Santo Domingo*, incluso hasta *Haina*, no se prevé que ningún enemigo se atreva jamás a desembarcar por allí para venir luego a ocupar la *Llanura del Yaque*. Estimamos esto como una maniobra imposible. Si se recuerda cuanto ha sido dicho sobre la configuración del territorio entre los ríos *Yuna* y *Bermejo* y las montañas de *Pardavé* y *Cevicos*, la cantidad de bosques, ríos y arroyos encajonados, por los cuales esta parte se encuentra cortada, entenderemos que a poco que se quiera defenderla, ningún enemigo podrá penetrar por ella. Pero aún en el supuesto de que él venciera todos los obstáculos que la sola naturaleza le opone, aparte de las dificultades que allí habrían de sorprenderle, siempre habrá de detenerse delante de *Santiago*, donde él no podrá abatir el artificio que juntarse puede a la naturaleza que de suyo es demasiado ventajosa en este lugar. ¿Por dónde hará venir sus cañones? Ningún camino existe en toda la región por donde pueda conducir su convoy, ni siquiera por la *bahía de Samaná*. Y para abrir un camino... ¡qué trabajos! ¿Y en cuanto tiempo se haría? Más aún, dado caso que él ocupara toda la región de *Samaná*, *El Seybo* e *Higüey*, encontraría en ella pocos recursos para hacer desde allí la guerra. Queda muy poco ganado que pueda reunirse y ser conducido, en caso de necesidad, a la parte acá de *Santo Domingo*, o sea, a las sabanas de la costa meridional.

Por la parte de *Santo Domingo*, aunque esté la tierra más abierta y aun cuando ciertas zonas de *El Seybo* e *Higüey* sean también, por lo general, llanas, en las cuales el enemigo hallará siempre oportunidad de desembarcar, no tendrá él allí mayores ventajas para caer sobre la ciudad de *Santo Domingo*. Podrá llegar bien y sin gran esfuerzo hasta el *Ozama*, cosa que el camino de *El Seybo* favorecerá mucho, pero al fin habrá de atravesar



este río que no es vadeable sino a 8 leguas más arriba de su desembocadura; y como él no puede pensar en transportar allí sus efectivos por barco, será preciso buscar ganar el camino principal que va a *Santo Domingo* por la *Sabana de la Luisa*. Pero su operación resultaría tan larga como penosa, sobre todo, con tropas que acaban de llegar de Europa fatigadas por la navegación. Además, es necesario cruzar muchos ríos fáciles de defender. Y supuesto que él intentara penetrar por la *Sabana Prieta*, se verá obligado luego a internarse desde ahí en las montañas *Prieta* y *Cribeplata*, con bosques hendidos por arroyos muy profundos y donde resulta fácil a un pequeño número de hombres oponerse con ventaja a los esfuerzos de un número más grande. Este cúmulo de dificultades nos lleva a concluir que no es lógico soñar que los enemigos que intenten apoderarse de la Isla de *Santo Domingo* nunca buscarán sus puntos de desembarco a lo largo de la amplia faja costera que va de la ciudad de *Santo Domingo* a *Punta Espada*, *Samaná* y *Monte Christi*. No sucede igual con cierta porción de la costa Sur, al Oeste de *Santo Domingo*, a sólo 3 leguas de esta ciudad, donde existe una ensenada bastante amplia, llamada *Bahía de Haina*, poco metida en tierra y extraordinariamente adecuada para efectuar un desembarco. Toda ella es de arena y tiene más de tres cuartos de legua de extensión. Pero si esta bahía es tan favorable al enemigo, podemos decir que donde brota el mal aparece el remedio, debido a la posición de *Haina*, detallada en el artículo de nuestras "Nociones sobre los principales lugares de la Colonia Española", y donde puede verse cómo el único punto para un descenso ya no deberá ser objeto de ningún temor, al menos en relación con la ciudad de *Santo Domingo*.

Existen otros cien puntos de desembarco a lo largo de la costa comprendida entre el río *Haina* y el *Neyba*. Por eso no es preciso proyectar nada para defender los pueblos de *Baní* y *Azua*, que el enemigo siempre quedará dueño de robar e incendiar. Pero también he aquí a lo que se reducirán sus fuertes expediciones, que naciones cultas jamás deberían permitirse enviar. Aunque ellos desembarcasen por esta parte, nunca podría ella facilitarles la conquista de la Isla, y hasta se podría impe-



dirles el robo de ganado, refugiándolo en la *Llanura de San Juan*, donde no les será tan cómodo penetrar.

Debido a la posición de *El Puerto*, donde es necesario resistir, y que puede hacerse inatacable, se experimenta la importancia de estorbar al enemigo entrar en la *Llanura de San Juan*, a causa del estrago inmenso que él podría producir en el ganado, lo cual llegaría a ser igualmente perjudicial para la Parte Española como para la Francesa. Esta posición se halla en la misma cadena que nace en la del *Cibao* y muere en el mar separando el *Tábara* del *Neyba*, ya indicados en el "Itinerario". Se trata de un verdadero desfiladero por donde es forzoso pasar a través de pendientes abruptas y fáciles de defender, sin que haya necesidad alguna de remover la tierra, a menos que sólo se contase con un exiguo número de tropas que colocar allí o con milicias poco aguerridas.

En resumen, todos los puntos de desembarco desde el *Haina* hasta el *Neyba* jamás podrán ser favorables al enemigo para una acometida seria, tanto más cuanto que la constitución del terreno es excesivamente montuosa en *Bánica* y sus alrededores, indicado también en dicho "Itinerario". Y aun cuando por un imposible, el enemigo se adueñara de la *Llanura de San Juan*, le tomaría mucho tiempo llegar a la de *Goajava*; es más, nunca podría llegar hasta ella, si sabemos defendernos. Porque poniendo nuestros ojos en el mapa se verá que desde el río *Hobes* hasta el *Goaba*, todo lo cual ocupa una extensión algo mayor de 16 leguas, hay 40 ríos o arroyos que vadear, separado cada uno del otro por diferentes alturas, que son otras tantas posiciones donde no se podría derrotar así como así a gentes que saben protegerse.

No consideraremos para nada los pasos de *San Juan* a *Santiago* a través del *Cibao* como comunicaciones reales, y suponiendo que ellos pudieran favorecer las operaciones del enemigo, en un terreno como el del *Cibao* creemos que será siempre fácil interrumpirlas u oponerles resistencia con poca gente. De todos modos, perseveraremos en disposición de conocer esos pasos más a fondo para casos de necesidad.





ITINERARIO DESDE SANTO DOMINGO A CAP-FRANCAIS
Y
DESDE ESTA CIUDAD HASTA EL LIMITE DE SAN RAFAEL
PASANDO POR AZUA Y SAN JUAN

75 LEGUAS Y ½ (13)

(Por Daniel Lescallier)

PRIMERA JORNADA: 2 LEGUAS Y ½

Saliendo de Santo Domingo, el camino tuerce hacia la izquierda para acercarse al mar, el cual queda a mano siniestra y a una distancia de 50 a 200 toesas. Por este camino seguimos hasta el Fuerte de San Jerónimo, que también dejamos a la izquierda, y se encuentra a media legua de la ciudad de *San Jerónimo* (sic). Continuamos por la orilla del mar, pero a una mayor distancia de ella, hasta Haina, nuevo poblado español situado al extremo Este de la bahía de su mismo nombre, sobre una lengua de tierra formada por el río Haina y el mar, y a tres leguas de distancia de Santo Domingo. Sin embargo, una legua antes de llegar se ven algunos asentos, recientemente roturados, pero poco considerables. Desde el poblado de Haina el camino pasa por debajo de una batería, descendiendo así de la meseta formada por aquella lengua de tierra, para cruzar por de-

(13) Al margen: S. Domingue, 1764.



lante del río, a una distancia de 200 toesas, muy cerca de su desembocadura. Este río no es vadeable. Hay que atravesarlo en canoa, y los caballos pueden hacerlo a nado.

Desde Haina el camino sigue bordeando la bahía del mismo nombre hasta unos tres cuartos de legua, donde se encuentra un arroyo con un hato a la orilla izquierda del camino, mientras a la derecha dejamos la costa y llegamos al poblado de Nigua, enclavado sobre una prominencia rematada en una sabana, a la cual se sube por una pendiente bastante abrupta después de haber atravesado el arroyo Itabo, totalmente seco, y en cuya margen siniestra se hallan dos hatos, a uno y otro lado del camino. Durante esta jornada, siempre en dirección Oeste, el terreno resulta liso y muy uniforme, gracias al espacio de llanura que deja la terminación de una estribación del Cibao y el mar, con una legua de ancho por legua y media de largo. Todo está cubierto de árboles. El camino es sumamente bello. Nigua queda a dos leguas y media de Santo Domingo.

SEGUNDA JORNADA: 9 LEGUAS

En Nigua se desciende de la meseta para transponer precisamente el río Nigua, que siempre lleva agua, y el cual divide-se en dos brazos en este lugar. Luego hay que subir otra meseta, de pendientes suaves, que separa el Nigua del Sinaguá. A la derecha del camino de esa meseta encuéntrase, como a medio cuarto de legua antes de llegar al Sinaguá, un hato llamado Hato de Boca de Nigua, después se cruza este río, muy cerca de su desembocadura en el mar, tras de lo cual se avanza por la orilla, que es arenosa y llana, durante una media legua, al término de la cual el camino dobla un poco a la derecha para llegar al Najayo, río que también ha de atravesarse muy próximo a su desagüe, alcanzando así la ensenada de Najayo, separada de la anterior por un pequeño cabo rocoso que dejamos a la izquierda. El Najayo perennemente tiene caudal. Hasta él la distancia desde el Sinaguá es de legua y media, y éste, a su vez, queda a tres cuartos de legua del Nigua. Desde el Najayo se sigue por la caleta del mismo nombre hasta un arroyuelo que vierte en medio de la ensenada, a media legua de distancia de



aquel. De ahí subimos a otra meseta, bastante amplia, donde hay una bonita sabana que recibe el nombre de Sabana Grande, y en la cual aparecen varios hatos a la derecha del camino, situados en los linderos del bosque. Bajamos la meseta, terminada en un torrente, que debemos atravesar, ubicado a una legua larga de distancia del anterior. Desde este torrente se llega al primer brazo del Nizao en cosa de una legua, luego de haber pasado cinco pequeñas sabanas. Las cuatro primeras son muy reducidas; la quinta es más dilatada, encontrándose en ella los hatos llamados de Niagua. Desde el primer brazo del Nizao se llega al brazo grande, situado a media legua escasa y después de haber dejado otros brazos suyos atrás. Hay mucha agua en el brazo grande y casi ninguna en los restantes. En realidad, el agua no se halla más que en las grandes playas. Toda esta parte del Nizao está cubierta de pequeñas rocas que dificultan el camino. Desde el Nizao se dobla un poco a la izquierda hasta llegar a un arroyo que aparece a tres cuartos de legua, no sin antes haber atravesado tres sabanas exiguas. En las dos primeras se ven unos cuantos hatos. Un poco más tarde se entra en la Sabana Catalina, que parece redonda y con un cuarto de legua de diámetro. También aquí contemplamos algunos hatos. Luego viene otra pequeña sabana desde la cual penetramos en un bosque. Allí descubre la vista un camino a la izquierda que conduce a la ciudad de Azua. Por esta espesura ganamos la Sabana de Paya, con la misma amplitud más o menos que la Catalina, y donde también existen ciertos hatos. Desde esta sabana se ingresa a su vez en otro bosque, para cruzar poco después el río Paya, a legua y media del último arroyo. Tan pronto como lo hemos pasado a pie enjuto, aparece otra sabana con un cuarto de legua de extensión; ella nos introduce en otra nueva foresta hasta llegar al río Baní, a una legua de distancia del Paya. De ordinario, en el Baní siempre hay agua. Sin embargo, a veces se seca, pero tales ocasiones son raras. Una vez que hemos vadeado el río, llégase a una sabana enorme y bella donde está situado el pueblo de Baní, a medio cuarto de legua del río. Este es el término de la segunda jornada, que tiene 9 leguas. La dirección general es Oeste— $\frac{1}{4}$ —Sudeste. El camino es francamente



hermoso y el territorio llano, sobre todo, desde el Nizao a Baní, donde la llanura es siempre continua aunque cubierta de vegetación. Todo es bosque o sabana.

TERCERA JORNADA: 9 LEGUAS

Partiendo de Baní llegamos a los Hatos de Don Pedro Martín, a la derecha del camino, a siete cuartos de legua de Baní, después de haber rodeado el Cerro de la Vigía y pasado siete cañadas. Medio cuarto de legua más allá del camino entramos por un bosquecillo, que debemos atravesar, en el centro del cual corre un arroyo. A la salida de esta foresta se encuentran los hatos de La Mantenne, que señalan el comienzo de la sabana del mismo nombre, a un cuarto de legua de los últimos Hatos de Aarroyo Hondo y a cinco cuartos de los de Don Pedro Martín. Inmediatamente después de haber cruzado un arroyo, de donde se baja para atravesar otro gran arroyo encajonado, y luego subir a una amplia meseta, bastante elevada, se presenta una sabana bella en extremo llamada Sabana de la Cruz. Esta meseta se extiende mucho de Norte a Sur, llegando a tener media legua de ancha. Desde ella se descubre la bahía de Ocoa que ofrece un espectáculo de singular hermosura. Descenderemos seguidamente por una pendiente bastante accidentada, la cual va a terminar en el primer brazo del río Ocoa, situado a legua y media de distancia del último arroyo. En la Sabana de la Cruz, más o menos en el centro de ella y a la derecha del camino, se encuentra el Hato de la Cruz, y, efectivamente, en el arranque de una cuesta cerca del Ocoa se ve una Cruz de madera a la izquierda del camino. Del primer brazo del Ocoa llegamos al brazo grande del mismo río, casi a legua y media del primero. Hállase allí en todo tiempo mucha agua.

En este intervalo cruzamos cantidad de diminutos brazos secos muy pedregosos, con muchas guazábaras y tupida maleza. Sin embargo, se denomina este lugar Sabana de la Bahía. En medio de él, a la derecha del camino y a un cuarto de legua, hay unos hatos, nombrados Hatos de la Bahía. En cambio, a la



izquierda, divisamos cabe la orilla del mar el Cerro del Morro. El brazo grande del Ocoa corre por la parte baja de la falda de una montaña que marca el fin de una cadena perteneciente al macizo del Cibao. Desde el río Ocoa nuestro camino dobla hacia la izquierda para bordear la loma y alcanzar la ensenada, o, mejor dicho, la bahía de Ocoa. A media legua del río se encuentra a la izquierda, contiguo al camino, un antiguo ingenio totalmente en ruinas. Un poco más lejos, a medio cuarto de legua, nace un camino que lleva al mar. Es la única vía de comunicación con el fondeadero de los buques españoles. A un cuarto de legua de tal bifurcación hay una diminuta sabana llamada Sabanita de Ocoa, que llega casi hasta el mar.

A partir de esta sabana seguimos por la orilla del mar, que es de arena y guijarros, a lo largo de legua y media, después de lo cual dejamos la bahía para entrar en un bosque y ganar así la Sabana de Cepicepí, una legua más allá. El espacio comprendido entre la Sabanita de Ocoa y el sitio donde abandonamos el litoral que va a la par con el camino, es una escarpadura de 15 a 20 pies de altura que festonea la orilla y que sólo deja entre ella y el mar una playa estrecha, que es lo que forma el camino, y donde hay muchas piedras que hacen el avance sumamente dificultoso. La playa sólo tiene de 8 a 20 pies de ancha. Esta escarpadura es superada por una pendiente menos abrupta que es el reverso de la cadena misma de que antes hablamos. La Sabana de Cepicepí llega a tener un cuarto de legua de largo por trescientas toesas de ancho, con apariencia más o menos ovalada. Todo el bosque desde Ocoa hasta la Sabana de Cepicepí es de palmeras y se llama El Palmar de Ocoa.

Esta jornada de 9 leguas lleva dirección Noroeste— $\frac{1}{4}$ —Oeste. El camino resulta bastante bueno, excepto en la ensenada de Ocoa a causa de la playa, pero es hermoso en el trayecto comprendido entre Baní y Ocoa. Sin embargo, todo este intervalo aparece seco, árido y yermo, formando a ratos bosque y a ratos sabana, o por mejor decirlo, todo es un bosque claro que deja pequeños intersticios, los cuales hacen las veces de sabanitas, aunque casi sin hierba alguna.



CUARTA JORNADA: 8 LEGUAS

A un cuarto de legua de la Sabana de Cepicepí se encuentra el río del mismo nombre, donde siempre hay agua. Después de una legua llegamos a una encrucijada del camino para el paso del ganado, luego de transponer dos arroyos. Desde este mismo cruce se llega a la ciudad de Azua no sin haber atravesado el riachuelo Bía, a dos leguas y cuarto de la aludida encrucijada. Más o menos en medio de ese espacio, se deja a la izquierda un cerro bastante elevado que llega hasta el mar. Una vez que hemos salido de Azua, como a cosa de media legua, se encuentra el río Jura, que apenas tiene agua. Media legua más allá hay un camino que conduce a Neyba. A cinco cuartos de legua aparece ya el torrente de Tábara, que es grande y muy rápido. Su lecho presenta sesenta toesas de ancho en bastantes lugares con un encajonamiento de 12 a 15 pies de profundidad, casi verticalmente cortado a pico. Allí tampoco se ve agua, salvo en tiempo de lluvias o de tormentas, pero hay pequeños manantiales más arriba del hato de Tábara los cuales juntan sus caudales, permitiendo así abreviar en ellos los caballos. Desde el punto donde se entra en este torrente de Tábara continuamos la marcha hasta el hato del mismo nombre, sitio en que damos por terminada nuestra jornada. El camino pasa por diferentes brazos secos sumamente pedregosos. El hato queda a la orilla derecha; desde él arranca un camino para Puerto Príncipe. La dirección de esta jornada es siempre Noroeste— $\frac{1}{4}$ —Oeste. El terreno es malo, árido y pedregoso, con sabanas secas, cubiertas de maleza, matorrales y guazábaras sin fin.

QUINTA JORNADA: 8 LEGUAS

Partiendo del Hato de Tábara se sigue por el torrente hasta su confluencia con el río Sangosto, lo cual hace un espacio de casi dos leguas. Allí dejamos el torrente de Tábara para doblar a la izquierda y entrar en el río Sangosto, que también seguimos durante media legua, de donde el camino vuelve un poco hacia la derecha para subir la montaña del Puerto. De la cima de esta montaña hasta el Hato de Tábara hay tres leguas. Enseguida bajamos la montaña hasta la cañada de El Mole, a



media legua. De esta cañada se sube un poco para volver a bajar hasta el Hato Biajama, no lejos de su desembocadura en el Neyba. Desde este hato a la montaña del Puerto hay una legua y media. Esta montaña del Puerto es una cadena considerable y muy alta que separa las vertientes del Neyba de las del Tábara. Desde el Hato de Biajama el camino va bordeando el Neyba hasta San Juan donde se cruza este río. Así llegamos al Hato del río Salado, a medio cuarto de legua después de haber transpuesto el propio río Salado. Desde este hato al último hay legua y media. En la mitada de este espacio el camino atraviesa un arroyo que desagua en el río Salado y un cerro que debemos subir para bajar enseguida y cruzar este pequeño río. Del Hato del Río Salado se llega a la llanura de Villalpando a una legua. Después de este hato se encuentra el río Yaque a un cuarto de legua, el cual vadeamos muy cerca de su desembocadura en el Neyba, y medio cuarto de legua más allá se encuentra el Hato de Louvenco. De ahí se llega a la sabana llamada Sabaneta, a tres cuartos de legua, después de haber atravesado cinco pequeños arroyos que separan otras tantas mesetas. Como el camino sube desde Sabaneta llégase a una pequeña isla formada por el río Mijo, a una legua. En este intervalo transponemos dos arroyos y tres pequeñas sabanas. En medio de la isleta del Mijo hay un sendero que conduce por el lado izquierdo al Hato de Elgorite a un cuarto de legua y a media legua de distancia del Neyba.

Aquí termina la jornada. Todo el territorio está cubierto por bosques hasta el Mijo y la llanura de San Juan comienza en este río. De todos los ríos atravesados durante esta jornada, solamente el Biajama, el Yaque y el Mijo tienen agua, sobre todo el Yaque que siempre lleva mucha. El terreno es bastante malo hasta la montaña del Puerto. Luego mejora a medida que nos acercamos a la llanura de San Juan, viéndose a través de los bosques montes bien altos. El camino únicamente resulta malo en la montaña del Puerto. La dirección de esta jornada es hacia el Noroeste.



SEXTA JORNADA: 4 LEGUAS

Desde el Hato de Elgorite sale un sendero que se junta con el camino principal a un cuarto de legua. Topamos luego con el río Yávano precisamente a legua y media de distancia de Elgorite.

A mitad de camino se encuentran dos arroyos que se atraviesan un poco más arriba de su unión. A partir del lugar donde cruzamos el Yávano hasta el Neyba hay media legua. La llanura aquí se ensancha, hácese uniforme y el terreno mejora. Una vez transpucsto el Yávano se dejan a la izquierda los Hatos de Puena, llegando al río Jínova a tres cuartos de legua. Estos dos ríos siempre tienen agua, están encajonados y bordeados de árboles.

Desde el Jínova hubimos de abandonar a la izquierda algunos hatos más para entrar, por fin, en la ciudad de San Juan a dos leguas. Durante esta jornada el camino es muy bello y el terreno bastante bueno. La dirección, invariablemente, es hacia el Noroeste—1/—Oeste.

SEPTIMA JORNADA: 8 LEGUAS Y MEDIA

Saliendo de San Juan el camino descende para cruzar el Neyba, que corre profundo y festoneado por tupida vegetación. Luego se encuentra el río Higüera a una legua. El intervalo entre uno y otro se denomina Sabanas de Santomé. Hay que atravesar un paqueño arroyo, más o menos en medio de ellas, y dejar atrás algunos hatos por el lado derecho. Desde el Higüera llegamos al riachuelo Río del Oro, encajonado y bordeado de árboles, distante del anterior tres cuartos de legua. Se pasa un pequeño bosque a medio camino. Desde el Río del Oro alcanzamos el río La Ceyba casi a siete cuartos de legua. Un cuarto de legua antes de llegar penetramos en una espesura por donde discurre este río, y el espacio entre ella y el Río del Oro denomínase Sabana de San Roque. Casi a una legua dejamos atrás, por el lado derecho, un cerro llamado Punta Caña. Al salir del Río del Oro se ven a la diestra algunos hatos, y partiendo de éstos



hasta el bosque de La Ceyba la sabana se vuelve un poco irregular y pedregosa. Entre el Higüera y el Río del Oro dejamos también a la derecha un pequeño cerro nombrado Caracola.

A tres cuartos de legua de La Ceyba se encuentra el río Nibaguana, de cauce hondo y con las orillas pobladas de vegetación. Media legua más allá hallamos el arroyo Bagonay con idéntica configuración que el anterior. Del Bagonay se llega al Torrente Grande, a cinco cuartos de legua, no sin haber pasado otro torrente chico a sólo medio cuarto de legua del Bagonay. A mitad del espacio entre el Ceyba y el Nibaguana surge un arroyuelo que debemos vadear. Media legua adelante de aquel Torrente Grande encontraremos otro arroyo, pero a partir de éste y como a medio cuarto de legua ya el camino se bifurca. El ramal de la izquierda conduce a Puerto Príncipe. Desde esa bifurcación se alcanza, tras una legua, el río Hobes. (14) Sólo un cuarto de legua más allá, contando desde la bifurcación señalada, se hallan los Hatos de las Matas. El Hobes está muy encajonado y árboles sin fin lo bordean. Una vez que lo hayamos atravesado veremos todavía al lado siniestro varios hatos, el último de los cuales queda a tres cuartos de legua del mismo paraje por donde esguazamos el río. Apreciamos, además, que ellos se hallan situados a la orilla izquierda y en lo alto de la barranca fluvial, así como al borde de un bosque que aparece en un recodo del río. Todos estos hatos reciben el nombre de Hatos de Hobes. Aquí finaliza la jornada. A lo largo de ella el camino ofrece muchos paisajes bellos. El territorio se compone en parte de bosques y en parte de sabanas; el terreno, en cambio, parece bastante mediocre. La dirección es, invariablemente, hacia el Oeste-Noroeste.

OCTAVA JORNADA: 9 LEGUAS

A legua y media de los Hatos de Hobes arribamos a un gran arroyo, muy profundo, después de haber transpuesto cinco arroyos, también algo encajonados, y cuyos intervalos entre unos y otros son un poco desiguales. Desde aquel gran arroyo se

(14) Jobs.



llega a otro similar, a cosa de una legua de distancia. Durante este trayecto contemplaremos una corta cadena de pequeñas lomas llamadas Puerto de Bánica. Justamente, en el lugar por donde se cruza el último arroyo toparemos, a un cuarto de legua, con un bosque, dentro del cual, y también a un cuarto de legua de habernos introducido en él, nace un camino a la izquierda que enlaza con Puerto Príncipe. Luego de esta bifurcación se encuentra la Sabana de la Cruz, donde podemos ver los hatos del mismo nombre, a la diestra del camino y en la orilla derecha del quinto arroyo que es necesario vadear para llegar a ellos, el postrero de los cuales queda a una legua de distancia de aquella bifurcación de la Sabana de la Cruz. Pasarse deben tres sabanitas más para llegar al río Tocino, distante media legua de la Sabana de la Cruz, y el cual nos toca cruzar a medio cuarto de legua de su desembocadura en el río Artibonito. A partir del Tocino se entra en una pradera muy reducida donde dejamos un hato a la izquierda. Hállase después otra corta pradera, desde la cual penetramos en la sabana donde está enclavado el pueblo de Bánica, a tres cuartos de legua del Tocino, en la orilla izquierda del Artibonito, al borde de sus mismos precipicios. Desde Bánica se baja para cruzar el río, y de aquí volvemos a subir luego para atravesar el Bánica a tres cuartos de legua del Artibonito. La confluencia de ambos ríos y la del Tocino ponen fin a las dos cadenas que forman el valle del Artibonito, las cuales arrancan del macizo del Cibao. A media legua del Artibonito se encuentra un camino que se dirige a Dajabón y a las aguas minerales de cierta fuente del propio río Bánica. Llegamos así al río Ibara (15) que ha de pasarse por una pequeña isla a tres cuartos de legua del Bánica. Poco después de haberlo transpuesto, se encuentra el llamado Hato de Luciana, a un cuarto de legua, a la izquierda del camino, y al cual uno puede allegarse por diferentes senderos.

A cinco cuartos de legua del Ibara se ve un arroyo considerable y una legua más allá se atraviesa otro arroyo encajonado bastante grande. De aquí se llega, en un cuarto de legua, a la Sabana y al Hato de la Laguneta, que señala la meta de esta

(15) Tábara.



jornada. El territorio, por lo general, es muy malo y muy irregular, debido a que los espacios entre los ríos forman incesantes barrancos que a su vez levantan pequeñas lomas y mesetas que tornan el camino bastante difícil y tortuoso. Todo el terreno, a partir del Artibonito, es estéril, malas sabanas y algún que otro bosque. La dirección siempre es hacia el Noroeste.

NOVENA JORNADA: 10 LEGUAS

Saliendo del Hato de la Laguneta nos acercaremos a un enorme arroyo, muy profundo, a casi legua y media, después de haber cruzado dos arroyos igualmente hondos. Desde ahí, a cinco cuartos de legua, se alcanza otro arroyo grande denominado Aguas Hediondas, no sin haber atravesado tres arroyos más.

Desde Aguas Hediondas se llega a los Hatos del Pastel tan pronto como hemos pasado otros tres arroyos. A partir de esos hatos, situados a la izquierda del camino y a una legua de Aguas Hediondas, aportamos a los Hatos del Papayo a siete cuartos de legua. Este trayecto se ve cortado por seis arroyos que forzoso es salvar, no obstante ser profundos en demasía. Un cuarto de legua antes de llegar a los mencionados hatos, dejamos atrás, por el lado siniestro, un camino que conduce a Hinchá. Desde estos Hatos del Papayo pasaremos por un nuevo arroyo para luego esguazar el río Samaná a una legua de distancia. A su vez, a una legua del Samaná toparemos con el río Lag (sic) después de vadear dos arroyos. Después de este último río hay que atravesar de nuevo un par de arroyos; entonces descubrimos el río Bojorca, a cinco cuartos de legua, y en cuya orilla izquierda están los Hatos de Bojorca, a la derecha del camino. Un cuarto de legua antes de arribar al Coladera, hay un sendero por la siniestra que también lleva a Hinchá. Del Bojorca se alcanza el Goaba a cinco cuartos de legua. El Goaba se ve muy hundido e igualmente bordeado de árboles. Un cuarto de legua después de haberlo cruzado ganamos el Hato del Piñón o de San José junto a la barranca misma del Goaba. Aquí concluye la jornada. En todo el espacio comprendido entre el Hato de la Laguneta y los Hatos del Papayo los ríos y arroyos son muy angostos, hallándose separados unos de otros por cadenas de ver-



des colinas con abundante vegetación, las cuales emanan todas de la cadena principal del Cibao y van a extinguirse en los Hatos de Bojorca. Después de los Hatos del Papayo las colinas se hacen más suaves, menos altas y el terreno mejora a medida que nos vamos acercando a los Hatos de Bojorca, punto donde comienza la llanura de Goaba. El camino resulta malo y tortuoso hasta el río Bojorca, volviéndose más fácil posteriormente. El intervalo entre este río y el Goaba se denomina Sabana del Pidal, regada por tres arroyos, los cuales necesariamente hay que pasar. Poco antes de alcanzar la Llanura de Goaba, veremos un hato a la izquierda del camino, llamado Hato del Caimán; la pradera donde está situado el Hato de San José se llama igualmente Sabana del Caimán. Al llegar aquí tenemos enfrente y al Oeste-Noroeste un montículo aislado apellidado Cerro del Piñón, a un cuarto de legua de distancia. Este cerro deja entre él y las montañas de la derecha un espacio con un cuarto de legua más o menos de anchura por donde pasa el camino, que en este preciso lugar vuelve a bifurcarse. El ramal de la derecha va a Dajabón. Poco antes de acercarnos a esa bifurcación se ve otro camino que, dando la vuelta al Cerro del Piñón, por la izquierda, conduce a algunos hatos esparcidos por la llanura, desde donde prosigue hasta Cap. Al pie del cerro, a la derecha, hay un hato que también recibe el nombre de Hato del Piñón. En realidad, toda esta parte se llama El Piñón. La dirección de la jornada es, constantemente, hacia el Oeste-Noroeste.

DECIMA JORNADA: 5 LEGUAS

Saliendo del Hato de San José o del Piñón y siguiendo por la parte baja de la pendiente del Cerro del Piñón llegamos al Hato de Buenavista, a la derecha del camino, y a dos leguas y media del montículo aludido. Un cuarto de legua antes de llegar a ahí se encuentra un camino que, por la izquierda, conduce a los Hatos de la Llanura de Goaba. A media legua de ellos hay que atravesar el arroyo de Mata-Agua. Más allá y a igual distancia ha de cruzarse todavía otro río apodado Cañada Seca un poco más arriba de su desembocadura en el río Bouyajá. Aquí es donde queda la Entrada o Puerta del Dondón y donde



termina la Llanura de Goaba, formada por la montaña de Juan Rodríguez, que se prolonga al Suroeste, y por la loma de Cabrito, que viene del Noroeste, constituyendo entre ambas prominencias el valle de Bouyajá o de la Puerta. Al lado siniestro vemos los Hatos de la Cabuya, que están como a media legua del camino, alcanzables gracias a un sendero que hasta ellos lleva, dirigiéndose luego hacia otros hatos. Del río Cañada Seca se gana la Puerta y se atraviesa el río Bouyajá para llegar a la villa de San Rafael. A media legua de San Rafael nos topamos a la derecha con el Cuerpo de Guardia. Al arribar a él se contemplan diversos hatos pequeños a derecha e izquierda del carril. Desde ese Cuerpo de Guardia ha de pasarse por un arroyo muy rápido, pero ordinariamente sin agua, desde donde volveremos a esguazar el Bouyajá, para alcanzar otro Cuerpo de Guardia que marca el límite de las posesiones francesas y españolas. Este queda a tres cuartos de legua del primer Cuerpo de Guardia. El valle es bastante estrecho y se halla cubierto de espesura hasta el pueblo de El Dondón. El camino que lleva a San Rafael resulta sobremanera bueno, pero desde esta nueva población hasta la frontera es muy malo.

La dirección de toda la jornada solamente es al Noroeste. La Llanura de Goaba es bella, verde y cercada por bosquecillos claros, tanto de árboles como de maleza. A partir de San Rafael un camino realmente hermoso conduce a la población de Hinchá por la orilla derecha del río Bouyajá.





**ITINERARIO DESDE EL RIO MASACRE A SANTO DOMINGO
POR SANTIAGO, LA VEGA Y COTUI**

64 LEGUAS Y 1/ (1764)

(Por Daniel Lescallier)

PRIMERA JORNADA: 7 LEGUAS Y ½.

Después de haber atravesado el Masacre se entra en Dajabón, población española a la orilla derecha de este río. De Dajabón, el camino, dirigiéndose al Sur—¼—Sudeste, cruza la Sabana de Dajabón, para arribar así al pequeño río de Goaba, donde no se encuentra agua sino en los tiempos lluviosos, a media legua de distancia del Masacre. Del Goaba el camino recorre la sabana de Santiago, que tiene media legua de anchura, y termina en el río Jácuba, que siempre lleva agua. A la margen derecha de este río hay una hacienda llamada el Hato de don Luis de Tende, por donde pasa el camino, el cual atraviesa luego la Sabana de Jácuba, con tres cuartos de legua de anchura, llegando al río Macabón, donde apenas nada de agua hay. Después de haberlo vadeado, penetramos en la Sabana Larga, de menos extensión al Norte y al Sur que las precedentes, festoneada de árboles y terminando hacia adelante en punta a medida que uno se acerca al río Chacuey. En la extremidad de esta punta se encuentran varios hatos a derecha e izquierda del camino, a una legua del Macabón. Desde esos hatos el camino entra en un bosque, que por esta parte no tiene más que medio cuarto de legua de ancho y en medio del cual corre el río Chacuey, donde hay agua. Poco después de habernos introducido en



la Sabana Larga, se ve hacia el Sur un hato hermoso y grande al borde del bosque que termina esta sabana, bastante cerca del Macabón. Casi a una legua del río Chacuey, luego de haber salido del bosque, hallando la Sabana de Talanquera, que sólo cuenta con media de anchura entrando posteriormente en otra foresta hasta llegar al río Maguaca, no sin previamente atravesar una sabanita que se halla en medio de la espesura. Desde el río Maguaca al precedente hay tres cuartos de legua. La Sabana de Talanquera es algo irregular. Allí cruzamos dos pequeños arroyos separados por lomas suaves que el camino escala. A partir del Maguaca, que invariablemente ofrece agua, continúa la caminata por el bosque durante casi doscientas toesas(para franquear la Sabana de Escalante, en el centro de la cual hay un hato que ostenta el mismo nombre. Esta sabana, donde el camino ingresa y donde serpentea un arroyuelo, es poco considerable y está rodeada de matas. Pasado el bosque hallamos otra sabana muy extensa a derecha e izquierda que termina más allá en otro arroyo, salpicado de vegetación, que se encuentra hacia la derecha, a lo largo de un cuarto de legua, desde donde por el lindero de la espesura vuelve hacia el Sur, poniendo fin de este modo a la gran Sabana de la Canoa, que el camino atraviesa y que cuenta con legua y media de latitud. Esta sabana la vemos limitada por una foresta, en la cual penetramos, y cuya extensión hasta el río Guayubín es de casi un cuarto de legua. Poco antes de llegar a ella, topamos a la diestra con un pequeño sendero que conduce al Hato de la Antonia, casi en la raya de la foresta misma, a un cuarto de legua del camino principal. La Sabana de la Canoa es muy extensa al Norte y al Sur. Sus límites no se perciben. Ella forma parte de la vasta y espléndida llanura por donde discurre el Yaque y que proporciona la vista más bella cuando uno llega cerca de los Dos Montecillos, muy próximos uno a otro, entre los cuales pasa el camino, situados en el tercio de la sabana. Descúbrese desde allí La Granja al Noroeste— $\frac{1}{4}$ —Norte y las montañas de Monte Cristi, las cuales forman una cadena continua hasta la península de Samaná. Antes de llegar a Los Dos Montecillos aparece un camino amplio y magnífico que viene de Monte Christi. La Sabana de la Canoa no es como las otras, que son lisas y donde no hay más



que hierba, antes al contrario, en ella abunda mucho la maleza y una gran cantidad de bosquesillos de tupida vegetación. Desde el río Guayubín el camino continúa por un bosque durante un cuarto de legua y de aquí se entra a la Sabana de Renchadero. Más tarde una estrecha vereda conduce por la izquierda a un hato, a una cuarto de legua del bosque. Crúzase luego una punta del mismo bosque para llegar al Hato de Renchadero, a una legua del río Guayubín. Este es el fin de la primera jornada. Hay suficiente hierba para los caballos, lo cual no sucede en las sabanas anteriores, por lo menos en tiempos de sequía. Durante todo el trayecto el camino por lo general se dirige al Sudeste— $\frac{1}{4}$ —Este. Al Norte se ve constantemente la cadena de Monte Christi que separa el Yaque del litoral marítimo, y al Sur otra gran cadena de montañas muy elevadas por detrás de las cuales vierten las aguas al Artibonito. El camino es muy hermoso en tiempo seco, siempre avanzando por llanura y el terreno parece bueno.

SEGUNDA JORNADA: 7 LEGUAS Y MEDIA.

Saliendo del Hato de Renchadero una senda conduce al camino principal a un cuarto de legua. El camino principal atraviesa una gran sabana llamada Sabana del Hospital hasta el río Cañas, distante dos leguas del Hato de Renchadero. Un cuarto de legua antes de llegar al Cañas vemos a la izquierda un hato nombrado también del Hospital.

Desde el Cañas el camino se adentra en otra sabana grande, llamada Sabana del Rompino, cerca de este río, y luego en otra apodada Sabana del Piloto, al lado del río Gurabo, que la corta por delante. Estos dos ríos carecen de agua. A un cuarto de legua después de haber esguazado el Cañas el camino pasa entre dos pequeños promontorios, muy cercanos uno de otro; el de la izquierda es algo más elevado y escarpado que el de la derecha. Desde el río Gurabo se adentra el carril en una sabana muy grande que finaliza en un bosque bastante tupido y de alto follaje. Esta sabana alcanza dos leguas de extensión Este-Oeste. Media legua más allá, luego de haber atravesado el Gurabo, un



sendero estrecho conduce por la derecha a un hato encima de un arroyito, el cual debemos cruzar trescientas toesas más abajo. Ya al extremo de esta sabana penetramos en cierto bosque por donde corre el río Mao. Ese bosque tiene cerca de siete cuartos de legua de amplitud serpenteando casi por el medio de él el propio río Mao. Allí abunda siempre el agua. Antes de abandonar esta espesura nos vemos obligados a transponer dos arroyuelos que discurren dentro del bosque mismo. Desde el Cañas al Gurabo hay legua y media, y desde el Gurabo al bosque dos. Al salir de la floresta franqueamos la Sabana de Amina, que tiene un cuarto de legua poco más o menos de ancha Norte-Sur y algo más de larga. Esta termina en el río Amina, que es bastante considerable y se halla encajonado como a veinte pies de profundidad, con tres o cuatro pies de caudal. La pendiente es suave contando sólo con siete u ocho toesas de anchura en el lugar por donde debemos vadearlo. Aquí damos por concluida nuestra segunda jornada. La Sabana de Amina es sumamente adecuada para acampar en ella, ya que los caballos pueden ser allí muy bien apacentados. El camino resulta hermoso por doquiera y, por lo general, va en dirección Este—¼—Sudeste. Las tres grandes sabanas que hubimos de atravesar, comprendidas entre los ríos Guayubín, Cañas y Gurabo, así como el bosque por donde corre el Mao, pueden ser consideradas lo mismo bosques que sabanas, pues el boscaje es lo que más domina en ellas. Se trata, en realidad, de bosquecillos continuos o bien de maleza y árboles en gran cantidad. Sin embargo, se denominan sabanas. Véanse en ellas bueyes y en los intervalos de los mismos bosques abunda mucho la hierba. Siempre se tiene a la vista la cadena continua de Monte Christi al Norte y la del Cibao al Sur.

TERCERA JORNADA: 8 LEGUAS.

Desde la Sabana de Amina el camino desciende casi al Norte para cruzar el río, tornando de nuevo por el Este hacia un bosque, por donde caminamos durante casi una legua, después de lo cual encontramos la Sabana Sin Provecho, que tiene alrededor de dos leguas de largo Este-Oeste y cerca de una legua de ancho. Esta se remata por todas partes con espesuras frondo-



sas, al igual que todas las sabanas que encontraremos de aquí en adelante. Por eso puede uno imaginarse toda la Isla de Santo Domingo como un bosque o más bien como una selva enorme que tan sólo deja aquí y allá algunos claros naturales que son las sabanas y otras partes cultivadas que los antiguos tuvieron que demontar. A partir de la Sabana Sin Provecho el camino se mete en otro bosque durante tres leguas. Hallamos luego otra bonita sabana circundada al Norte y al Este por el río Yaque, con un cuarto de legua de ancho Este-Oeste y un poco más de largo. En medio de ella hay un ható bastante extenso. Llegados junto al Yaque, descendemos a él por un declive muy pronunciado, vadeándolo en un punto que tiene cincuenta toesas de ancho por cinco pies de altura del agua en el medio. Este río es muy rápido y difícil de atravesar. Luego subimos la pendiente opuesta, pero menos elevada, pasando a continuación por desfiladero de una especie de pequeña península que forma el contorno del río, donde se encuentran algunas viviendas. Desde el lugar donde se acaba de transponer el Yaque, nuestro camino vuelve un poco hacia la izquierda para llegar a Santiago, a una legua de distancia del sitio por donde hubimos de cruzar el Yaque. Aquel desfiladero de la península puede que tenga un cuarto de legua de anchura. Después se atraviesa medio cuarto de legua de bosque y entramos así en una magnífica sabana, que forma una llanura muy hermosa, encontrándose en lo alto de ella la ciudad de Santiago. En el mismo lugar donde se alcanza el Yaque, al Este de la península aludida, un sendero paralelo al río conduce a un laborioso ladrillar, después de haber pasado cerca de un ható. Este ladrillar, al borde del agua, se halla como a cuatrocientas toesas de la ciudad al Sur— $\frac{1}{4}$ —Sureste. El camino durante esta jornada avanza siempre en dirección Este. Es sumamente pintoresco y se ve siempre la cadena de Monte Christi al Septentrión y la gran cadena del Artibonito al Mediodía.

CUARTA JORNADA: 8 LEGUAS.

Saliendo de Santiago el camino desciende de la llanura y va a alcanzar el río Yaque, muy encajonado en esta parte, a un



cuarto de legua de la ciudad. Se encuentra a la izquierda un Cuerpo de Guardia y el camino va bordeando el río, que se deja atrás, para introducirse en un bosque, el cual continúa sin interrupción hasta La Vega. A otro cuarto de legua de Santiago se topa un amplio camino que lleva por la derecha al Hato Mayor. A media legua de esta bifurcación se cruza ya el río Puñal, que no siempre tiene agua, y que corre por un pequeño valle cuyos declives son saves. Desde este río se sube por una cuesta imperceptible para luego volver a bajar y atravesar el río llamado Río Verde, a dos leguas del Puñal. A partir de aquí se sigue la orilla derecha de este Río Verde durante un cuarto de legua para tornarlo a vadear. En el intervalo de las dos travesías del citado Río Verde se encuentran tres hatos con algunas plantaciones de cacao. Estos se denominan Sitios de Río Verde. Desde este río se sube un poco por la izquierda para volver a bajar y atravesar un riachuelo, el Guaco, a tres cuartos de legua del Río Verde, desde donde se pasan tres arroyos más, bastante encajonados, para ascender a una llanura poco elevada. Esta llanura es el punto más alto del valle del Yaque, es decir, de toda la parte comprendida entre Dajabón, Sabana, la cadena de Monte Christi y la del Artibonito. Las pendientes de ella que miran al Poniente forman las vertientes del Yaque, y las que miran al Naciente lo son a su vez del Camú y del Yuna, los cuales se juntan cuando se dirigen hacia la Bahía de Samaná. Desde esta misma llanura se vuelve a bajar por una cuesta moderada al río Camú, tan pronto como hayamos atravesado dos diminutos y encajonados arroyos. Entre el Río Verde y el Camú se cuentan dos leguas. Ambos ríos, al igual que el Guaco, llevan siempre agua. Del Camú se llega pronto a La Vega, pues sólo queda a un cuarto de legua de dicho río. La ciudad de La Vega se halla situada en una sabana algo pequeña, rodeada de bosque por todas partes. Durante la presente jornada el camino, que es sobremanera hermoso, se dirige al Este—¼—Sureste, pero nada de los alrededores puede descubrirse desde él, ya que una tupida foresta lo cubre constantemente desde Santiago.



QUINTA JORNADA: 8 LEGUAS.

Una vez abandonada La Vega, nuestro camino alcanza de nuevo el Camú, y siguiendo paralelo a él por su orilla derecha continúa así hasta dos leguas y media en que lo vuelve a cruzar, para avanzar todavía junto a él durante cinco cuartos de legua hasta el río Jima, el cual debemos esguazar también un poco más abajo de su confluencia con el Camú. A legua y media de La Vega se encuentra una sabanita denominada Sabaneta, donde la vista contempla varios hatos con bonitas plantaciones de cacao, guineos y algunas piezas de caña. El intervalo entre La Vega y Sabaneta es, en realidad, una sabana alargada, muy estrecha, por donde pasa el camino, la cual se ve circundada por un bosque cerrado con árboles de alto follaje. Desde Sabaneta hasta el río Jima todo es espesura. Incluso a partir del Jima, que corre por un profundo cauce, el bosque continúa durante un cuarto de legua. Hállase luego la Sabana de Boca le Jima, con media legua de ancha por algo más de larga en dirección Norte-Sur. A la entrada de esta sabana hay un hato a la izquierda, contiguo al camino. Desde la Sabana de Boca de Jima el camino conduce al río Caya, que en todo tiempo lleva agua, a dos leguas le distancia del Jima. Después se atraviesan tres sabanas más, menores que la primera, separadas por hileras de árboles y donde pululan hatos con plantaciones de cacao. Desde el río Caya el camino llega al río Voma, que queda a una legua. Este espacio está integrado por dos sabanas, las cuales se ven separadas entre sí por un arroyo con márgenes arboladas. Desde el Voma se alcanza el río Guamita gracias a una sabana bastante grande con una legua de extensión en toda dirección. Al entrar en ella se divisan varios hatos al extremo meridional y uno a la izquierda del camino, no lejos del Guamita, situado sobre una pequeña prominencia. Aquí concluye la quinta jornada. Se puede acampar en una u otra orilla del Guamita, que está algo encajonado y bordeado de árboles. El camino de esta jornada es aún muy bello, dirigiéndose, por lo general, hacia el Este. Hay bosques por todos los lados. Sin embargo, desde la Sabana del Vo-



ma se ven las montañas del Norte y del Sur que forman el valle del Yaque. También se comienza a perfilar el macizo del Cibao al Sur— $\frac{1}{4}$ —Suroeste.

SEXTA JORNADA: 7 LEGUAS.

Partiendo desde el Guamita, el camino cruza la sabana del mismo nombre con media legua de anchura. Penetra luego en un bosque hasta el río Yuna, adonde llegamos después de haber atravesado dos arroyos. La distancia entre el Guamita y el Yuna es de cinco cuartos de legua. Siempre hay agua en el primero, aunque poca, y mucha en el último. Desde el Yuna el bosque continúa hasta Cotuí, pueblo situado en una pequeña sabana a tres cuartos de legua del río Yuna. Desde Cotuí hay que traspasar unas hileras de árboles para ingresar en una sabana con cerca de media legua de ancha, terminando hacia adelante en un arroyuelo, que es donde comienza otro bosque hasta el río Maguá, a una legua de Cotuí, el cual lleva agua en toda época. Del Maguá se continúa caminando por otro nuevo bosque, durante medio cuarto de legua, hasta entrar en una sabana sumamente bella y dilatada, llamada Sabana Grande. Es, pues, bastante extensa. Hállase cercada de espesuras por doquiera, rematándose por delante, o sea, al extremo, por un arroyo, que queda a cinco cuartos de legua del Maguá. Sabana Grande puede que tenga legua y media de extensión Norte-Sur. A partir de ella se cruza un arroyo y se franquea otra sabana, de media legua de ancha y una de larga, también dirección Norte-Sur. Esta sabana es desigual, ya que varias pequeñas prominencias forman su superficie. Un arroyo algo hondo, que debemos transponer, la separa de una meseta cubierta de vegetación, a la cual subimos para volver a bajar seguido al río Yaquí, a cinco cuartos de legua de Sabana Grande. Desde este río, el camino escala la montaña de Cevicos, que separa el Yaquí del riachuelo Blanco y del río Cevicos. Esta montaña es una estribación un poco alejada de las ramificaciones que por este lado tiene el macizo del Cibao; resulta bastante elevada; sus pendientes son demasiado abruptas, de manera que el camino se hace a toda hora malo y difícil. La montaña, por lo común, está llena de árboles;



sin embargo, se ven algunos lugares sin ellos, así como reducidas sabanas por aquí y por allá. La distancia real desde el río Yaquí al riachuelo Blanco es casi de cinco cuartos de legua, pero a esta medida hay que agregar por lo menos un tercio a causa del gran número de sinuosidades que ostenta el camino. Al llegar a la cima de la montaña queda uno agradablemente compensado del cansancio que haya tenido que soportar, debido a la contemplación del hermoso y vasto valle de La Vega y al territorio comprendido entre la Bahía de Samaná y Monte Christi, todo lo cual presenta el aspecto más grandioso e interesante. A partir del riachuelo Blanco, que siempre brinda agua, lo mismo que el Yaquí, llegamos por un terreno llano hasta el río Cevicos, mucho más caudaloso que los dos anteriores, muy encajonado y con sobrada agua. La distancia entre ambos ríos es de un cuarto de legua, siendo cubierto este espacio en parte por bosques y en parte por sabanas. Desde el Cevicos, con sus márgenes arboladas, entramos a la sabana del mismo nombre. Seguimos todavía el camino principal durante un cuarto de legua, al cabo del cual hay que abandonarlo para dirigirnos al hato de Cevicos, gracias a un sendero que hasta él nos guía por el lado izquierdo. La Sabana de Cevicos es muy amplia y se ve como salpicada por minúsculos bosquecillos. Durante toda esta jornada el camino es asaz bueno desde el Guamita hasta la Sabana Grande inclusive, dirigiéndose invariablemente hacia el Este-Sureste; pero desde esta sabana hasta el Cevicos se torna muy malo, siendo la dirección general Sureste- $\frac{1}{4}$ —Sur. De vez en cuando se divisa el macizo del Cibao al Suroeste- $\frac{1}{4}$ —Oeste.

SEPTIMA JORNADA: 7 LEGUAS Y MEDIA.

Saliendo del Hato de Cevicos, un sendero —como ya dijimos— nos lleva en alcance del camino principal. Atravesamos luego la Sabana de Cevicos, que termina en el río Naranjo, llamado también El Pequeño Cevicos, a media legua del hato del mismo nombre. Desde el Naranjo entramos en la Sabana de la Paciencia, que cuenta cerca de legua y media de longitud Sureste- $\frac{1}{4}$ —Sur por un cuarto de latitud. Penetramos inmediatamente en una espesura para cruzar el Arainos, a dos leguas de



distancia del Naranjo. A ambos ríos nunca les falta caudal. Todo este intervalo, por lo general, es bosque, que deja muchos espacios pequeños completamente claros que hacen el oficio de otras tantas sabanas. Desde el Arainos el bosque continúa, aunque se vuelve más estrecho. Llegamos así al río Yasa, que siempre tiene agua, y está distante del último como un cuarto de legua.

Por ahí proseguimos, bosque adelante, hasta media legua, donde se encuentra un gran arroyo adonde vienen a terminar las faltas de la montaña de Pardavé, que comenzamos a subir por una bonita sabana, nombrada Sabana del Aguacate. Ascendimos luego al bosque que cubre la montaña dejando algunos reducidos claros de trecho en trecho. Ahí el camino se vuelve muy escarpado y de tránsito difícil. Este no mejora en la bajada, continuando las dificultades hasta otro gran arroyo, que les pone fin como a legua y media del arroyo anterior. En la cima de esta montaña, que es tan alta como la de Cevicos y con idéntica configuración, disfrutamos de una vista no menos agradable, pues desde allí se descubre la hermosa llanura de Santo Domingo, o sea, todo el territorio comprendido entre la península de Samana, Cabo Rafael, Punta Espada, Santo Domingo y el macizo del Cibao, es decir, las tierras del Seibo y de Higüey. El grupo montanoso del Cibao distingue sobradamente bien hacia el Occidente. Desde un gran arroyo encajonado se atraviesa un poco cierto bosque para entrar en la Sabana de Don Juan, donde se encuentra un hato llamado de la misma manera. Esta sabana va extendiéndose hasta el río Bermejo, bordeado de vegetación y a media legua de distancia del último arroyo. Una vez transpuesto este río, entramos en una hermosísima y dilatada pradera, que recibe el nombre de Sabana de San Pedro. La seguimos durante casi un par de leguas, después de lo cual atravesamos unas hileras de árboles que la separan de la Sabana de la Guita, donde hay un hato con idéntica denominación, a un cuarto de legua de dichas hileras de árboles. La última sabana se hace cada vez más ancha que la anterior de San Pedro, que



sólo tiene un cuarto de legua de anchura como máximo y en medio de la cual se alza el Hato de San Pedro.

Desde el Hato de Cevicos hasta la montaña de Pardavé, el camino no es malo, orientándose al Sureste— $\frac{1}{4}$ —Sur; en cambio, a partir de la Sabana de Don Juan hasta la de Guita, es decir, desde la parte baja de la falda Sur— $\frac{1}{4}$ —Sureste de Pardavé, el camino se torna muy bueno, dirigiéndose hacia el Sur— $\frac{1}{4}$ —Sureste. Se siguen viendo los picos del Cibao al Oeste-Noroeste.

Si del hato de la Guita pudiéramos ir a Santo Domingo en línea recta, dirección Sur, la jornada sólo se haría en seis leguas, como mucho. Pero la configuración de la llanura por esta parte no permite semejante tipo de comunicación, debido, sobre todo, a los ríos Ozama e Isabela, que no son vadeables en los lugares por donde cabría esguazarlos, y a las incontables lagunas que allí se encuentran a cada paso. Verdad es que los caminantes pueden atravesar fácilmente éstas en tiempo de sequía, al igual que cruzar el Ozama en canoa o a nado, como lo hacen algunos moradores de estos parajes. Sin embargo, nada de eso resulta fácil para los caballos. Quedamos obligados, en consecuencia, a seguir por entero el camino principal, el cual, para llegar a la ciudad de Santo Domingo, situada al Mediodía, da una vuelta hacia el Oeste recorriendo once leguas a través de notables y frecuentes sinuosidades.

Así, pues, desde el hato de la Guita nos es forzoso continuar por la sabana del mismo nombre hasta el río Limón, a una legua de dicho hato. Inmediatamente después se pasa una sabanita que termina en un arroyo llamado La Caoba, el cual hay que transponer para entrar en la Sabana de la Luisa, limitada al Norte por el río Ozama, a una legua de distancia del Limón. Al ingresar en esta sabana dejamos a la izquierda el Hato de la Luisa, enclavado en el lindero de un bosque que circunda la propia sabana. De ordinario el Ozama es vadeable por este sitio, pero en tiempo de lluvias hay que subir mucho más arriba con objeto de buscar el punto adecuado para efectuar el paso, de lo contrario habrá que esperar algunas veces hasta ocho días a que



haya disminuido el caudal de los aguaceros. Lo mismo sucede con los demás ríos, algo importantes que se deben cruzar por las dos rutas de Santo Domingo.

Desde el Ozama el camino dobla a la derecha para franquear la Sabana Sanguino, que comprende una legua de ancha y finaliza en el riachuelo Icaco. Después del Icaco dirígese de nuevo el carril hacia la izquierda por la Sabana Prieta, poco más o menos igual que la anterior, colindando muy cerca, por la derecha, con Sierra Prieta, que es un collado de poca altura y cubierta de bosques. Aquí el camino dobla otra vez a la derecha y, casi hacia el Norte, se mete por entre ciertos promontorios y rodea un cerrito adyacente a Sierra Prieta, para atravesar enseguida al Oeste dos pequeños arroyos, muy cercanos uno a otro, apodados Los Arroyos del Yuca, ingresando así en la Sabana Cansamancebo, que domina hasta el río Guayacusa, distante del Icaco a legua y media, aunque cabría añadir algo más por las raras vueltas y revueltas del camino. Cruzamos luego la Sabana de la Monja hasta un cuarto de legua, donde nos topamos con el pequeño río Cribepata. De ahí el camino penetra en un bosque volviendo en dirección Suroeste. Ese bosque continúa hasta las murallas de Santo Domingo, quedando solamente interrumpido de vez en cuando con algunas viviendas esparcidas por él y alejadas unas de otras. A legua y media del Cribepata se atraviesa el río Isabela, río bello y navegable para canoas, Desde el Isabela proseguimos todo el tiempo metidos dentro de un bosque, avanzando por en medio de algunos hatos que se divisan a derecha e izquierda. El camino pasa muy cerca, por la diestra, de una estancia situada en una pequeña prominencia, a dos leguas del Isabela. Allí se ve cacao y un trozo muy hermoso sembrado de caña. Media legua más allá un camino sale por la derecha y conduce a otros hatos y viviendas que hay por los alrededores. Desde esta bifurcación se caminan aún cinco cuartos de legua más, llegando finalmente a la ciudad capital de Santo Domingo, que sólo se descubre cuando uno está encima de ella y al bajar la colina de los Isleños, cuyas pendientes terminan al pie de las mismas murallas. Entramos a a capital por la Puerta Nueva o del Conde. Una legua antes de llegar



a ella el carril se bifurca, yendo el de la izquierda al pueblo de los Isleños, desde donde enlaza otro con la ciudad. Durante esta jornada el camino, por lo común, no es malo, tornándose bellísimo desde el Isabela a Santo Domingo.

A partir del hato de la Guita la dirección a Santo Domingo es hacia el Sur, pero nuestro camino dirígese primero al Oeste—1/Suroeste hasta la Sabana Prieta, se encarrila luego al Norte-Noroeste, durante tres cuartos de legua, inclinándose luego para tornar por fin al Sur-Sureste hasta Santo Domingo.

La ciudad de Santo Domingo se halla situada a la orilla derecha del Ozama junto a la desembocadura de él. Este río, realmente magnífico, asciende hacia el Norte hasta unos cinco cuartos de legua, donde recibe al Isabela, que es también otro río espléndido. A medio camino de la confluencia de ambos hasta Santo Domingo hay un ladrillar en la margen izquierda. Un poco más arriba está el pueblo de Los Minas. Como a dos tercios existe otro ladrillar en la propia orilla derecha. Y en la confluencia misma se ve el ladrillar de Coca, en la ribera siniestra del Ozama. (16).

Desde esta confluencia el Ozama se encamina hacia el Noroeste durante legua y media, hallándose a una legua el caserío de Botto, (?) que es una refinería bastante considerable, construida en la orilla diestra.

El Isabela sube al Norte— $\frac{1}{4}$ —Noroeste. Todos los terrenos confinantes con estos dos ríos, hasta muy lejos, se ven cubiertos de vegetación. Encuéntrense por ellos muchas lagunas y cantidad de pequeñas lomas, pero en general, el terreno es excelente y extremadamente fértil.

Frente por frente de la ciudad, a la orilla izquierda del río, hay un pobladito. Un camino lleva desde él al Seibo e Higüey; otro camino, por no decir un pésimo sendero, comunica con la Bahía de Samaná, pero éste es poco o nada frecuentado.

El río Ozama resulta navegable para toda clase de barcos hasta su confluencia, siéndolo todavía desde aquí para los botes,

(16) Estas fábricas de ladrillos existían desde los comienzos de la Colonia. Ver E. R. D., *El pleito Ovando-Tapia*, S. D., 1978.



hasta una distancia máxima de siete leguas. En cambio el Isabela, solamente lo es para toda suerte de canoas hasta cuatro o cinco leguas después de su junta con el Ozama.

Para copia a archivar, firmado *La Merveillère*.

A N E X O

(NOTICIAS DE DANIEL L'ESCALLIER)

Exposición de los medios para poner en valor y administrar la Guayana, engalanada con una carta de Daniel L'Escallier, antiguo administrador de esta Colonia.— En la edición de la Casa de Pons, calle de la Ley, París, año VI.

Mr. B. Moreau de St. Mery, 8° (56) p. 9°

Introducción, página IX, L'Escallier dice:

Comencé mi aprendizaje de las Colonias en Santo Domingo, año de 1764, bajo el gobierno del General Estaing.

Hube de empezarlo haciendo un viaje por tierra, de 200 leguas, y permaneciendo 4 meses en la Parte Española de esta isla de Santo Domingo, cuya belleza virgen, obra de la pura naturaleza, cuyos variados paisajes, tapizados del más hermoso verdor, y cuya soledad majestuosa e imponente no queda interrumpida más que a ciertos intervalos demasiado largos por algunas sabanas, donde numerosos ganados están confiados a una raza, mezcla de europeos e indios, y por algunas minúsculas plantaciones y algún que otro poblado, de poca importancia, si exceptuamos la capital de Santo Domingo.

Se encuentra allí una población más íntegramente española, con el mismo carácter y costumbres que los de esta Nación, pero modificadas por los encantos y la vivacidad que naturalmente inspiran el luminoso cielo de estos parajes y la vida plácida e independiente que en ellos se lleva”.

Los mapas e itinerarios, fechados en 1764, corresponden al viaje de L'Escallier (*).

En el dossier de L'Escallier figuran dos piezas, las cuales son:

1°) Una nota del 10 de abril de 1778, firmada por Estaing, en que éste certifica que por recomendación del duque de Neamours (?), en-

(*) Al pie de esta primera página manuscrita aparece consignado por otra mano: “Anotaciones de Paul Rossier, Primer Archivero de las Colonias, arch. y pal.”

(Estos mapas figuran en volumen aparte, en prensa).



viado L'Escallier a Santo Domingo, en el Mole de San Nicolás, quiso él que desde un principio aprendiera el español, y teniendo necesidad de enviar un hombre de confianza a la ciudad de Santo Domingo, mandó precisamente a L'Escallier. Este permaneció allí 4 meses y triunfó en su misión. Además, aprendió el español, entregó unos mapas hechos por él, aparte de un diario del itinerario que siguió en sus dos rutas: una, por Santiago, La Vega y Cotuí; otra, por Haina, Azua, San Juan y Báñica.

2*) Una hoja de sus servicios, dirigida por el propio L'Escallier a Boulon (?) en 1768.

Hemos preparado los dos mapas de sus itinerarios en aquel País, que no eran conocidos de los geógrafos. Estos fueron pedidos, junto con su diario, bien detallado, por el General Estaing para las noticias de sus Memorias sobre Santo Domingo, que están en el archivo de mapas del Ministerio de Marina. En esta obra se halla incluido un plano de la ciudad de Santo Domingo, anteriormente ignorado, y que L'Escalier levantó y midió sobre el propio terreno a escondidas de los españoles.





RESEÑA TOPOGRAFICA
DE LA
PARTE DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO
HABITADA POR LOS ESPAÑOLES

(Por Albert) (17)

Puesto que un verdadero ciudadano nunca es indiferente a los intereses de su Patria, he aprovechado el tiempo de mi estadía en Fort-Dauphin para recabar de los españoles cultos algunos informes tocantes a la parte de Santo Domingo que el Rey de España acaba de ceder a la República. (18) Esta reseña

(17) Sin indicación de año. Escrito por el 1795.

(18) Ver Jean Francois Bourgoing, *Modern State of Spain*. London, 1808, 7 vols. (El vol. II, p. 185-210, trata de la cesión de Santo Domingo a Francia); W. Adolphe Roberts, *The French in the West Indies*, 1942, 335 p.; *Documentos para estudio*. Marco de la época y problemas del Tratado de Basilea de 1795..., Colección de J. Marino Incháustegui, Buenos Aires, 1957, 2 vos.; y E. R. D., *Cesión de Santo Domingo a Francia*. Correspondencia de Godoy, García, Roume, Hedouville, Louverture. Rigaud y otros, 1795-1802, S. D., 1958, 679.

Aludiendo a la insólita cesión de Santo Domingo a Francia, dice el sabio don Santiago Ramón y Cajal: "Y tampoco recuerdan estos flamantes nacionalistas enviados a las Cortes por Viscaya, que, conquistada Euzkadi por los franceses, en el siglo XVIII, hubo que rescatarla, cediendo al invasor, a guisa de honorarios, la Isla de Santo Domingo". Ramón y Cajal, *El Mundo visto a los ochenta años*. Colección Austral. Madrid, 1960, p. 119.

No trata de Santo Domingo, parte oriental de la Isla, sino de Haití. parte occidental, la obra *Viaggio del cittadino Carlo Mantegazza a S. Domingo nell anno 1802*. Milano, 1803.



no es otra cosa que el esbozo de una descripción topográfica más detallada que me propongo hacer de las ciudades, pueblos y aldeas, llanuras y calidad de sus terrenos que, desde el punto de vista de la agricultura y del comercio pueden presentar sus diferentes secciones. Sin embargo, al querer que este trabajo fuese el resultado de conocimientos y noticias ciertos tomados sobre los mismos lugares en cuestión, tuve que realizarlo trasladándome a ellos y llevando el ojo clínico del médico observador y veraz.

La parte Española de Santo Domingo comprende alrededor de los tres quintos de la totalidad de la Isla. Es muy montañosa, aunque mucho menos que la parte ocupada por los franceses. Su superficie se halla cortada y separada en todas direcciones por cadenas de montañas, que la dividen naturalmente en valles de diverso frescor y en llanuras de sublime belleza. Incontables son sus ríos, y la Naturaleza parece haberlos dispuesto de la manera más conveniente para producir, bajo la mano emprendedora y laboriosa del agricultor, el oro y las riquezas que los españoles buscaron inútilmente durante largo tiempo en el seno de la tierra, cuando ellas se encontraban verdaderamente sobre su superficie.

Su población no es numerosa; de acuerdo a los últimos censos apenas excede de cien mil almas. No obstante, según ciertas personas que llevan residiendo en el País hace años y han ejercido aquí funciones públicas, cosa que les ha permitido conocer a fondo la población, aseguran que ésta ha subido ya a ciento veinticinco mil almas. Valverde, que es el que mejor ha escrito acerca de la Colonia Española, se refiere más o menos al mismo número, como veremos en un cuadro adjunto. Los africanos, hasta ahora esclavos, y casi constituyen la séptima parte del total.

Santo Domingo, capital de la Parte Española, es una ciudad bastante importante, edificada en la orilla occidental del río Ozama, en el centro de una llanura de veinticinco o treinta leguas



de extensión aproximadamente y una de las más hermosas de toda la Isla. Por el lado de tierra, esta ciudad tiene como defensa un simple muro sin fosos, aunque se halla flanqueado por algunos fuertes muy bien defendidos con artillería gruesa. Sin embargo, por el lado que da a la mar, está sobradamente fortificada y protegida de los ataques exteriores merced a numerosa artillería. El Fuerte de San Jerónimo la defiende de manera mucho más eficaz que cualquier otra batería. La posición de dicha ciudad es muy malsana y la menos apropiada de toda la Isla para un lugar de comercio, debido a los múltiples vados de ríos, que son numerosos por estos parajes, los cuales van a desembocar todos en el mar del Sur; a las montañas que la aislan, en cierto modo, de las demás ciudades; y a la casi imposibilidad de construir vías de comunicación, tan indispensables para el acarreo de los artículos de primera necesidad y de comercio. Su puerto, en la desembocadura misma del río Ozama, tiene poco o ningún valor, por falta de abrigo y por la dificultad material de dar cabida a grandes embarcaciones, así como por el peligro que incluso allí corren los pequeños barcos, a causa del obstáculo impuesto por la barra del propio río Ozama, que hace la entrada del puerto muy peligrosa.

Toda la espléndida llanura de Santo Domingo, en vez de ser aprovechada para la agricultura, está cubierta en gran parte por hatos, que, desde hace cuatro o cinco años, es decir, desde las desgracias de la Parte Francesa de Santo Domingo, han propiciado algunas plantaciones de azúcar, café y cacao, pero en módica cantidad, por ser la tierra de esta zona sureña poco fértil, generalmente hablando.

Ocoa es el único puerto de la costa meridional que podría acoger grandes embarcaciones y hasta buques. Está formado por un entrante hacia el Norte, al fondo del cual se encuentra la desembocadura del río Ocoa y de varios otros riachuelos, así como por la bahía y la pequeña ciudad de Azua, edificada sobre un terreno arenoso y casi estéril. Su población es exigua y muy



pobre, teniendo como único bien y ocupación el cuidado de ganados que cría tierra adentro.

Samaná y Sabana de la Mar son dos pequeños pueblos sumamente míseros, sin agricultura y sin industria, aunque su tierra sea una de las mejores de toda la Isla, y susceptible de cualquier especie de cultivo, principalmente, del índigo. La bahía de Samaná, que lleva este mismo nombre, es inmensa y de una sorprendente belleza. Hasta ahora, Santo Domingo ha dejado desprovisto de fuerzas y puestos militares lugar tan estratégico. Estando Samaná en la cabeza de la Isla y siendo un buen punto de reunión para los barcos de todas las naciones que comercian con América, parece haber sido dotada por la Naturaleza en orden a convertirse en la capital de toda la Isla, debido a su posición favorable y a la concurrencia de tantos medios que pueden aún transformarla en la más rica y poderosa de toda la Zona Tórrida. Los vientos alisios que predominan regularmente en las partes Este y Sureste durante el día, así como en las del Suroeste durante la noche le brindan una ventaja sobre los demás establecimientos situados al Occidente o al Septentrión, a saber: la comodidad para trasladarse en muy poco tiempo desde su puerto a los otros, más todavía, hallándose expuesta esta bahía a los vientos del Este y teniendo al extremo de ella un canal que, después de ser sometido a algunos trabajos, facilitaría por ahí la salida de las embarcaciones a determinadas horas del día y de la noche, cosa que no es posible con la ayuda de tales vientos, proporcionará todo ello un beneficio inapreciable para el arsenal general de las bases francesas en América.

A la entrada de la bahía, en la costa meridional, se encuentra un cabo que sobresale demasiado, de formación rocosa, donde podría establecerse un Fuerte. En la parte opuesta, o sea, en la costa Norte hay una lengua de tierra, llamada Punta Rezón, que permite también el asiento de otra batería temible y, por lo mismo, capaz de defender la entrada. A su vez, por el interior de la bahía aparecen ciertos islotes dispuestos de tal mane-



ra que en ellos se podrían edificar y construir otros tantos bastiones, los cuales se consideran necesarios para su seguridad. Entre el Norte y el Sur de la parte donde está Punta Rezón se halla el Cabo de Samaná, sobre el cual es igualmente posible fabricar una Fortaleza que dominaría la misma ciudad de Samaná, o al menos, un lugar de observación desde donde se descubrirían hasta más allá de 15 ó 20 leguas de mar, los barcos que vienen de Europa y a los cuales se les facilitaría el punto de reconocimiento mediante la construcción de un faro, que anunciaría desde lejos a los navegantes inquietos el término de sus fatigas y peligros.

El río Yuna, que desemboca en la bahía, es navegable hasta 20 leguas tierra adentro. El territorio regado por él es de los más fértiles y sobremanera abundante en maderas de construcción, así como en otras muchas cosas que faltan en las restantes partes de la Isla. El Yuna sube hasta la Vega Real. Podría servir de salida natural y poco costosa a los productos industriales y agrícolas de la soberbia llanura por donde él discurre.

Puerto Plata es una pequeña ciudad en la parte Norte. Cuenta con un puerto suficientemente cómodo para los buques mercantes, amparado por una Fortaleza asaz importante. Su suelo es pantanoso y, por consiguiente, malsano, aunque bastante fértil y abundante en madera de construcción. Sus cultivos reducen a algunos víveres; su comercio a ganado.

Monte Christi también es una ciudad pequeña en la parte Nordeste de la bahía de Manzanillo, y un tanto apartada en el interior de la tierra. Conserva un reducido Fuerte de tapiería de poco valor. Pero en la orilla del mar hay una batería que protege y asegura la entrada de su rada. La famosa bahía de Manzanillo, que está al lado, ofrece un puerto excelente, bien abrigado, para las escuadras que hacen crucero. La importancia de esta bahía y su buen fondeadero merecen la atención del Gobierno Francés. La ciudad de Monte Christi, la cual se halla a dos leguas de aquí, queda completamente alejada y no sirve de ayu-



da alguna a esta ensenada, la cual está todos los días a merced de nuestros enemigos hasta el punto de haberse convertido en el lugar de cita general de todos ellos, que vienen a llevarnos los desafortunados restos de Santo Domingo, y ello, por falta de un Fuerte que pueda defender el fondeadero de tales adversarios. Sería digno del Gobierno hacer que se trasladase la ciudad de Monte Christi a la playa de esta rada, que es fácil de proteger mediante dos baterías cruzadas, establecidas sobre dos puntas que se encuentran a la entrada de ella; la nueva ciudad, a la cual llamaríamos Manzanillo, se transformaría, por su privilegiada situación en el arsenal de Santiago, ciudad ésta la más importante de la Isla, situada a treinta leguas tierra adentro, al lado del río Yaque, que es el más caudaloso de toda la Isla y navegable en toda su extensión. Este río arroja sus aguas a la bahía de Manzanillo y se convierte por su navegación, en la salida natural de toda la bella llanura del Norte, la cual se extiende desde el río Masacre hasta la Punta de Samaná. La costa y el terreno que separan esa llanura de Monte Christi están desiertos y sin habitar.

Aquí terminan las ciudades que bordean el litoral marítimo. Pasemos a las del interior de la Isla.

Al Este de Santo Domingo se encuentran los pequeños pueblos de Monte Plata, Higüey, Boyá, Bayaguana y El Seibo, todos muy pobres. Las inmensas sabanas que los rodean no son tan abundantes en ganado como las otras.

Al Oeste se hallan los pobladitos de San Lorenzo de las Minas, de negros libres, Haina, Los Ingenios y Baní. En el caserío de Haina se ve un parapeto importante que protege el camino que comunica la capital con la ciudad de Ocoa.

Muy en el interior de la tierra se encuentra San Juan de la Maguana, ciudad bastante importante. Sus llanuras son las más abundosas de toda la Isla en animales, como bueyes, caballos, mulos, etc. Las parroquias de Neyba, Bánica e Hinchá son de



menos importancia y muy poco pobladas. La agricultura es casi nula en ellas.

En Bánica existen aguas termales altamente renombradas. Parece que la Naturaleza quiso favorecer con el mismo don la Parte Este de Santo Domingo como ya lo había hecho con la Parte Oeste. En efecto, las aguas termales sulfurosas de Port-a-Piment, antes de las desgracias de Santo Domingo, formaban el establecimiento más bello de su género, gracias a los esmeros de sus antiguos administradores, animados por la inmensa concurrencia de enfermos que atrajo allí la reputación y la propiedad de esas aguas.

Los pueblos de Las Caobas, San Miguel, San Rafael son todavía más pequeños y pobres en extremo.

En la parte Norte está situada la ciudad de Santiago, ciudad grandemente poblada, en la ribera del Yaque. Su tierra es suficientemente fértil y productiva para cierto tipo de cultivos, como azúcar, café, cacao y sobre todo, tabaco, el cual es de primera calidad. Sus habitantes son muy inteligentes y laboriosos para esta clase de cultivos de los que obtienen pingües beneficios. Allí sólo se ven dos ingenios, cuyos trabajadores no sobrepasan en número a cien. Los otros son tan poco significativos que apenas merecen el nombre de ingenios. La exportación de los productos de toda esta región se efectúa por Puerto Plata, pero podría hacerse con más facilidad a través del río Yaque que, como hemos dicho, es navegable hasta 30 leguas tierra adentro y aún más allá de Santiago, el cual lanza su caudal en la bahía de Manzanillo, si se decidiera el traslado de Monte-Christi a la orilla del mar, de modo que allí se hiciera un puerto amparado por las dos baterías proyectadas.

La Vega es menos importantes. Esta ciudad queda aproximadamente hacia el centro de toda la Colonia y en medio de la famosa llanura de La Vega Real, que tiene cerca de 35 leguas de largo por 6, 8 y 9 de ancho, bañada por diferentes ríos, y se



parada de Santo Domingo por un macizo considerable de montañas inhóspitas. Las maderas de construcción abundan mucho en ellas. Sus terrenos son muy productivos, pudiendo dar cabida fácilmente a 200 ingenios, regables en parte por el río Yuna, que desagua en la bahía de Samaná; incluso a través de éste podrían transportarse los diferentes productos hasta Samaná, para llevarlos luego desde ahí a los almacenes de Europa, por ser el Yuna navegable en toda su longitud hasta casi La Vega.

Cotuí es un pequeño poblado sumamente pobre, aunque linda con el feraz territorio de La Vega. Tiene abandonada la agricultura, dedicándose por entero al comercio de animales.

El carácter de los colonos españoles es, generalmente, bueno. Son sobrios, pacientes, hospitalarios, y, más que nada, muy devotos; también aguerridos y valientes cuando se trata de defender su País. Si no son ingeniosos, es por falta de acicate o por tantas trabas y vejaciones como el Gobierno Español les ha puesto, cuya política ha sido siempre la de mantenerlos en un estado de indigencia y miseria, al parecer hecho a propósito, para alejar de sus puertos a las naciones comerciantes. Este espíritu infernal llegó a tal extremo hace 100 años, que la Corte de Madrid ordenó arrasarse Santiago, la famosa Vega Real, cuyos restos se ven todavía, Bayahá, hoy Fort-Dauphin y otras ciudades, sólo porque su comercio, como el oficio y actividad de sus habitantes atraían a los vecinos, provocando en ellos la codicia de un País que, efectivamente, hoy sería preferible al Perú, si hubiese pertenecido desde mucho tiempo atrás a la Nación francesa. (19).

Entre los colonos se encuentran individuos altamente meritorios, de los cuales el Gobierno Francés puede sacar el mayor rendimiento, por su inteligencia y los conocimientos que tienen del territorio que habitan desde largos años ha; el crédi-

(19) Se alude, en forma errónea, a las devastaciones de 1605 y 1606, de Bayajá, La Yaguana, Monte Cristi y Puerto Plata. Ver E. R. D., *Relaciones históricas de Santo Domingo*. S. D., 1945, Vol. II.



te y la confianza que debe merecerle el espíritu de esta buena gente, se basa en una larga práctica de virtudes de las que sólo un agricultor filósofo puede apreciar todo su encanto.

**ESTADO DE LA POBLACION
DE LAS
CIUDADES, PUEBLOS Y ALDEAS
DE LA PARTE ESPAÑOLA DE SANTO DOMINGO**

Santo Domingo	25.000	almas
San Carlos	2.500	"
Santiago	26.000	"
Concepción de la Vega	8.000	"
Cotuí	4.500	"
Pobladros entre La Vega y Cotuí	3.000	"
San Lorenzo	300	"
Parroquias		
Haina	2.000	"
Los Ingenios	2.500	"
Baní	1.500	"
Azua	3.00	"
San Juan	4.500	"
Neyba	1.500	"
Bánica		
Las Caobas (20)	7.000	"

(20) Permiso para fundación de Las Caobas, 1768, a expensas de Fernando Espinosa.



Las Ermitas

Hincha, San Rafael y San Miguel	12.000	”
Monte Plata	600	”
Boyá	25	”
Bayaguana	1.000	”
El Seybo	4.000	”
Higüey	-500	”
Samaná y Sabana de la Mar	500	”
Monte Christi y Puerto Plata	5.500	”
Dajabón	4.000	”
	<hr/>	
	TOTAL	119.425 ”
	<hr/>	

He aquí poco más o menos el estado aproximado de las ciudades y población de esta Parte tan interesante de la Isla que, desde tiempo atrás, es objeto de la ambición de aquellas potencias que aprecian la ventaja de poseer colonias. El punto esencial en este momento, el primero que debe reclamar la solicitud del Gobierno es el establecimiento de Samaná, lo cual se torna indispensable: 1) Por la necesidad de fortificar un puesto tan privilegiado por su situación, que proteja a toda la Isla y que resulta muy fácil de guarnecer por lo mismo que la Naturaleza se ha encargado de poner allí los primeros cimientos de las fortificaciones. 2) Si este asentamiento se puede lograr, como deseamos, es probable que todos los habitantes honestos, arruinados por el peso nefasto de las circunstancias, se apresuren a adquirir allí porciones de terrenos que ellos tratarían de cultivar, llevando a tal efecto los conocimientos de una experiencia en agricultura larga y sufrida y aquella sorprendente actividad que sólo es dada a los franceses. Si como digo, este establecimiento prospera, Samaná y sus alrededores podrán tener antes de una década, 200 ingenios en actividad, los cuales produciendo entre unas cosas y otras 200 millares de



azúcar en bruto, formarían un total de 20 millones de este artículo de consumo.

En el proyecto en cuestión, los gastos estarían a cargo del Gobierno más que de los Colonos, pero el Gobierno podría disminuir sus dispendios, si busca efectuar la venta del terreno (a bajo precio) en lugar de hacer concesiones. El dinero que producirían estas ventas ayudaría al Estado a construir una ciudad al extremo de la bahía de Samaná, que ostentaría este mismo nombre, y que pronto se convertiría en el almacén de todas las ciudades de Europa. El Gobierno, por tanto, tendría pocos gastos que hacer para llevar a cabo semejante proyecto, que es de los más interesantes y dignos de reflexión, así como de la sabiduría del genio tutelar que va a gobernar Santo Domingo.

ALBERT
D. M. M.





RECONOCIMIENTO MILITAR

DE LAS CUATRO COMUNES DE

DAJABON, SANTIAGO, PUERTO PLATA Y MONTE CHRISTI

así como la porción de Costa que se extiende desde Fort-Liberté a Puerto Plata inclusive, seguido de un proyecto de sistema defensivo para la Costa Norte del País (*).

(Por Vincent) (1797)

PORT-LIBERTE

Puesto que la defensa de esta plaza ha sido tratada ya con detalle en una Memoria particular, así como la poca inquietud que ella debe causar a un Comandante activo y diligente, me contentaré con repetir aquí que las baterías de la Boca y de la Bahía, del lado del mar, al igual que la posición avanzada sobre el Masacre y los límites de la guarnición, del lado de tierra, ofrecen medios poderosos para defender con éxito este punto importante.

BAHIA DE MANZANILLO

La amplia bahía de Manzanillo, que se encuentra en la Costa, inmediatamente después de Fort-Liberté, presenta un

(*) Para mantener la claridad necesaria en esta Memoria, se me hace indispensable dividirla en dos partes: en la primera consideraré solamente la defensa de la Costa, su estado actual y todo lo que conviene hacer en ella.

En la segunda, que necesariamente abarcará muchos detalles que no parecen más que civiles, hablaremos de las cuatro grandes



fondeadero de los más seguros al Oeste de la Punta de Icaco. Este fondeadero, muy frecuentado por los ingleses, resulta para ellos de máxima utilidad en estos momentos. Es ahí donde ellos vienen habitualmente a proveerse de agua y madera, de animales y víveres de toda especie, al mismo tiempo que están dispuestos a llevarse, sobre todo, los barcos de largo curso que se hacen a la vela para la Colonia Francesa, ellos no se conforman aún con la sola ventaja de privar a ésta de sus relaciones extranjeras a favor de su anclaje, sino que arman chalupas y canoas y arrojándose sobre las más pequeñas bahías, cortan toda comunicación entre los puertos de la Parte Francesa y Española; es así como en este instante ninguna canoa puede subir ni bajar desde la Parte Francesa a Monte Christi, por lo mismo que los ingleses, surtos en Manzanillo, están ocupados en provisionarse a nuestras expensas de todo aquello que pueda serles útil.

El fondeadero de Manzanillo, ya tan dañino para los franceses aún les será más perjudicial, si al puerto de Monte Christi le es cedida la comunicación, que si hoy apenas tiene lugar más que para cambios fraudulentos, llegará a tornarse legal y mucho más intensa, haciéndose indispensable tomar alguna medida para protegerla.

El medio más sencillo, aunque al mismo tiempo se teme que parezca poco efectivo, vista la grandísima distancia a la cual el enemigo puede anclar, sería fijar dos morteros en Punta de Icaco, y otros dos en la de El Tapión. Ambas baterías se encontrarían así colocadas a barlovento y sotavento del fondeadero de los ingleses, que está reconocido como el mejor de la bahía, y suponiéndolas ya establecidas, es más probable que el enemigo que no estuviese advertido de tal cosa, sería castigado al osar anclar entre ellas; y aun en el caso de que lo estuviese, no podría tomar otro anclaje en la Bahía más que el que se ha-

comunes de Dajabón, Santiago, Puerto Plata y Monte Christi, para deducir de ahí cuanto corresponda al sistema defensivo de toda esta extensión de la Costa y del País.



lla al Sur-Suroeste de la Punta de Icaco, cerca del Masacre; anclaje donde los vientos baten siempre de lado, y donde el fondo enteramente erizado de arrecifes hace la posición de los barcos muy peligrosa.

Parecería de sobra, pues, para la defensa de la Bahía de Manzanillo, y sobre todo, para la protección que hay que dar a la comunicación por mar entre Fort-Liberté y Monte Christi, establecer las dos baterías que antes indicamos; es este un asunto que creemos de la máxima importancia. Cada una de ellas sería custodiada por cinco hombres, a los cuales podría añadirse, en caso de necesidad, algunos otros de las Milicias del País o los mismos soldados de la guarnición de Monte Christi.

Desde la Punta de Icaco a la de las Dunas se encuentra un buen fondeadero cerca de otra punta llamada de los Mangles, pero batido por los vientos del Norte *Oil (sic)*, es poco frecuentado y merece escasa atención.

BAHIA DE MONTE CHRISTI

Entre los cabos Las Dunas y el muy conocido de La Granja se encuentra la bahía de Monte Christi, que no sería digna de consideración alguna (los vientos habituales azotan allí de lado constantemente), si ella no encerrara la isleta de Monte Christi, situada a 600 toesas de la La Granja, que contribuye a hacer a hacer un fondeadero bastante peligroso para las del Oeste y Noroeste. Sin embargo, en este momento es de una gran utilidad para las naves que vienen a Cap, en la Parte Francesa, ya que proporciona a muchas de ellas un asilo contra los cruceiros enemigos anclados en Manzanillo.

La verdadera defensa del fondeadero de esta Bahía de Monte Christi consistirá en el establecimiento de una batería de tres piezas de 24 y dos morteros de 8 pulgadas sobre la isleta que forma la ensenada. Dicha batería tendría un efecto cierto, ventaja que no tiene la batería actual, colocada en el extremo de la Bahía y fortificada con cinco cañones malos que no protegen más que débilmente el ancladero y apenas valdrían pa-



ra oponerse a un desembarco que podría intentarse por muchas otras partes de esta misma Bahía.

EL FUERTE ALTO DE MONTE CHRISTI

Fué sin duda el miedo a un desembarco, tanto en la Bahía como en la Punta de Icaco, lo que movió a construir un Fuerte en lo más alto de la villa de Monte Christi para la defensa de ella. Esta obra, que ahora mismo alberga once piezas de cañones malos, de pequeño calibre, por toda batería, está en el más lamentable estado y resquebrajada por todas partes. Parece poco urgente reconstruirla, pues es sobre la costa y sobre los puntos de desembarco donde conviene prevenirse contra el enemigo.

Los españoles no conservan en el momento actual más que 25 hombres en Monte Christi, y este número es por demás suficiente en tanto que las defensas no sean aumentadas, pero suponiendo que se fortificaran la isleta y las dos posiciones de la Bahía de Manzanillo, entonces sería preciso elevar a 50 hombres la fuerza de esta guarnición.

FONDEADERO DE LA ISABELA

De la Bahía de Monte Christi al fondeadero de La Isabela, en una longitud de siete leguas, la costa está cubierta, legua y media hacia adelante, por arrecifes que la vuelven inaccesible. Estos mismos arrecifes facilitan por medio de un canal que dejan entre ellos y la costa, el paso de pequeñas embarcaciones que son usadas en el comercio de navegación costera de un puerto al otro. La naturaleza todo lo ha hecho aquí para la defensa de esta porción costera, a la cual nada tiene que añadir el artificio humano.

El surgidero de La Isabela, al cual se llega siguiendo un estrecho canal que dejan los arrecifes, es uno de los primeros que Colón reconoció. Él hizo construir allí, en 1493, en su punta más avanzada y en la dirección del viento del fondeadero, un reducto cuyo trazado todavía se percibe; en su parte delantera, y sobre el borde del mar, se ven aún los escombros de una to-



re en lo alto de la cual aquel navegante ilustre hizo ondear la bandera española.

Este reducto no era otra cosa que una edificación de piedra, de 140 pies de largo por 12 de ancho, rodeada por un camino cubierto, de 7 a 8 pies de ancho, para defender su acceso.

Semejante puesto tenía sin duda por objeto principal proteger sus huestes contra los ataques de los indios, con los cuales él comerciaba el oro que ellos acumulaban a lo largo de La Isabela, y no parece ser hoy de utilidad alguna. Bastará sobradamente para guardar el fondeadero establecer dos piezas de cañones de gran calibre, en el mismo punto que el célebre Descubridor sabiamente eligió para enclavar allí con éxito sus medios de defensa por tierra y por mar. (21).

Nada comentaré aquí sobre las precauciones a tomar contra cualquier desembarco, que nunca puede ofrecer ninguna esperanza al enemigo, pues no hallaría la facilidad misma de provisionarse de agua, ya que el río no proporciona agua potable más que a una distancia a la cual jamás nadie se expondría para ir a cogerla. Además, estando también la Bahía de la Isabela demasiado metida en tierra y no pudiendo los barcos hacerse a la vela con las brisas ordinarias, no brinda tampoco las mismas ventajas a los cruceros enemigos que el fondeadero de Manzanillo. Por eso, bastará realmente colocar allí dos o tres piezas de artillería para proteger en dicho lugar algunos buques de navegación costera que tuviesen necesidad de refugio.

EL PUERTO DE PUERTO PLATA

Situado a barlovento y a varias leguas del fondeadero de La Isabela, el puerto de Puerto Plata es más seguro y capaz de defensa que aquél, aparte de tener la ventaja de ser el más cercano a las ciudades de Santiago y La Vega que encuentran por allí su salida natural al mar. Por eso merece, bajo estos aspectos, ser protegido con mayor cuidado. Los españoles construye-

(21) Estas interesantes noticias de La Isabela vienen a ilustrar los escritos concernientes a dicha Villa, la primera del Nuevo Mundo, que figuran en E. R. D., *Relaciones geográficas de Santo Domingo*. S. D. 1977, Vol. II.



ron allí, hace 223 años, una fortaleza, cuya base estaba defendida por una trinchera. Algunas partes de la fortaleza parecían susceptibles de ser conservadas, pero el progreso del arte en la defensa de las costas ha hecho añadir a la primera una batería baja, perforada por seis cañoneras, que abatirían muy ventajosamente los barcos que trataran de conquistar la rada, si ella está sobre todo armada en acecho de costa. Es a estas partes, demasiado sencillas y muy poco costosas, a lo que debe reducirse en este momento la protección de este punto importantísimo. Se podría también reparar la plataforma de la torre para impedir que las aguas sigan penetrando en ella, y así sacar partido de dos buenos sitios donde se agruparía una pequeña guarnición, que, en caso de ataque, podría obtener una capitulación honrosa combatiendo desde lo alto de este antiguo edificio. (22).

Tres o cuatro piezas de 24 al acecho de la costa y dos de ellas actualmente en la misma batería, nos parecen suficientes para completar el armamento de la batería baja, al cual se añadiría como último recurso la resistencia que hay que esperar de la torre, sobre la cual se podría colocar provechosamente artillería ligera para interrumpir las pequeñas maniobras de los barcos enemigos e impedirles acercarse a la batería baja.

No se puede excusar al tratar sobre la defensa del puerto de Puerto Plata hablar de la mala calidad del agua que allí se bebe. Los mejores temperamentos no parecen estar al abrigo de sus perniciosos efectos, y nadie viene jamás a establecerse en este lugar sin experimentar una cruel enfermedad, que si ella no hace sucumbir al que llega, le deja al menos un color lívido y una hinchazón de carnes que atestiguan a todos un estado de mala salud permanente. Uno de los más grandes servicios que se pueden hacer a todo el poblado, una cosa de primera necesidad que procurar a los marineros y a la guarnición, sería llevar a la ciudad por medio de un canal el agua que no se va hoy a coger más que con mucho esfuerzo a media legua de la población, donde el manantial se utiliza para uso común de las personas y de los animales de los alrededores, quienes la ensu-

(22) Ver E. R. D., *Noticias de Puerto Plata*, S. D., 1975, y *Nueva Fundación de Puerto Plata*, S. D., 1975.



cian y corrompen continuamente. Esta misma agua, interrumpida en su curso para ser conducida a la ciudad, adquiriría una cualidad tal que no parecería haber brotado del lodazal de donde hoy se coge.

Prácticamente es al puerto de Puerto Plata, en la costa misma, a lo que se ha limitado el reconocimiento de todos los puertos situados al Este de Fort-Liberté. Hubiese podido ser útil, sin duda, llevarle más adelante, pero no se sabe que exista, incluso a una gran distancia de Puerto Plata, ningún fondeadero importante; existen en cambio muchos pequeños que serían infinitamente beneficiosos a los habitantes que se ocuparan de establecerse a lo largo de esta porción de costa, la cual bordea tierras de primera calidad para la agricultura. Pero la dificultad de procurarse embarcaciones, recurso primero en un País carente de toda industria, y por encima de todo, los peligros que se pueden correr a la vista de un enemigo que arrasa constantemente nuestras playas, me imponen la necesidad de tomar la decisión de no llevar más lejos los reconocimientos que se deben hacer, reconocimientos que daremos aquí por terminados, presentando el cuadro de Guarniciones y Bocas de fuego estimadas indispensables para la defensa de cada punto costero que hemos señalado.

Este cuadro es el que ponemos a continuación:

CUADRO DE LAS GUARNICIONES Y BOCAS DE FUEGO ESTIMADAS NECESARIAS EN CADA PUESTO DE LA COSTA

<i>Nombre de los Puertos</i>	<i>Guarniciones</i>	<i>Bocas de Fuego</i>	<i>Observaciones</i>
Bahía de Manzanillo: El Taplón	Infantería 5 Bombarderos 2	Morteros de 12 2 Cañones de 24 2	Todo está por hacer para el establecimiento de esta batería.



Nombre de los Puertos	Guarniciones	Bocas de Fuego	Observaciones
Punta de Icaco	Infantería 5	Morteros de 8 2	Todo está por hacer para el establecimiento de esta batería.
	Bombarderos y Artilleros 4	Cañones de 24 3	
Isleta de Monte Christi	Infantería 15	Morteros de 8 2	Todo está por construir en esta isleta.
	Cañoneros y Bombarderos 5	Cañones de	
Final de la Bahía	Infantería 10	Cañones de 8 5	Hay que hacer reparaciones.
	Artilleros 5		
En el Fuerte alto de Monte Christi	Infantería 15	Cañones de	Muchas reparaciones.
	Artilleros 6	todo calibre 6	
Fondeadero de la Isabela	Infantería 10	Cañones de 18	Todo está por hacer para esta batería.
	Artilleros 2	por 24 2	
Puerto Plata	Infantería 30	Cañones de 24 4	Las cañoneras de la batería baja deben cerrarse y lo demás repararse.
	Artilleros 10	Cañones de 4 4	
		124	33

El presente cuadro sobre defensa de la Costa exige estos ciento veinticuatro hombres tanto de infantería como de artillería para utilizar las bocas de fuego, las cuales encontraremos que también alcanzan la cifra de treinta y tres. Las Milicias del País



y la Caballería serían, en caso de ataque, destinadas a aumentar las guarniciones y a otros servicios fuera de ellas.

No se ha hecho ninguna mención de los hornos de reverbero para enrojecer las bolas empleadas en la salvaguarda de la Costa. Pero todo Comandante celoso por lograr una buena defensa, experimentará la necesidad de hacerlas fabricar, cosa que no se sabría recomendar demasiado.

Las ideas sobre la protección de la Costa que ha sido preciso exponer, van a complementarse en la Segunda Parte de esta misma Memoria referente a los reconocimientos efectuados en el interior del País.

PUESTO DE OUANAMINTHE (JUANA MENDEZ) (23)

Este puesto, demasiado próximo al río Masacre, que separa la Parte Francesa de la Española, ha sido durante toda la guerra, y lo es aún todavía, de la mayor importancia desde el punto de vista militar. Colocado sobre una pequeña elevación frente a Dajabón, primera ciudad sobre la orilla derecha del Masacre perteneciente a los españoles, tiene la enorme ventaja de dominar cuanto le rodea, pudiendo hacer de él un punto de óptima defensa. Quedó fortificado con algún esmero en los años 92 y 93, pero habiendo sido entregado a los españoles y tomado de nuevo por los Republicanos, sus primeros atrincheramientos fueron destruidos. Ahora están tratando de construir allí una muralla nueva; es indispensable concluiría, por ser este puesto, aun mucho tiempo después de que la paz reine, uno de los más importantes que hay que mantener; últimamente todos los barracones que la guarnición había construido, y sería imprudente permitir una nueva construcción de este género. Esto es lo que ha decidido a emprender en la estancia Thilorier la armadura de un barracón que sería transportada incesantemente al Fuerte.

(23) En A. G. I., S. D., 303, importantes expedientes sobre límites, y depredaciones e insurpaciones de los franceses occidentales. Caso del Tratado de 1697, inaplicable a Santo Domingo. (Ver mi artículo sobre el asunto en *Apuntes y documentos*).



Este puesto no está armado en el momento presente más que con tres piezas de cañones. Por eso sería útil durante el desarme de Dajabón llevar a Ouanaminthe dos o tres piezas del calibre más grueso que actualmente están allí en el cuerpo de guardia.

VILLA DE DAJABON

Era natural a los vecinos de un país bastante rico, como la Colonia Francesa de Santo Domingo, y particularmente al sector de Meribaroux buscar la forma de entablar relaciones comunes entre ellos y los habitantes de estas fértiles comarcas. La villa de Dajabón debe sin duda su nacimiento a las ventajas de todo género que procura la vecindad con nuestro territorio. Esta villa, la cual se encuentra también en el camino principal de Cap a Santiago y a Santo Domingo debía fácilmente acrecentarse y hacerse distinguir. Sin embargo, es tal la inercia de sus habitantes y los escasos recursos del suelo que la rodea, que todavía no pasa de ser una aldea poco poblada y, además, muy mal construida. Los dos edificios principales, dignos de mención, son, con pleno derecho, propiedad de la República, habiendo sido construidos por los oficiales generales franceses negros que España tenía a su servicio para hacernos la guarra.

La necesidad de permanecer en guardia contra nosotros y contra hombres seducidos por el dinero que de un momento a otro podrían transformarse en enemigos temibles para ellos, determinaron a los españoles a la primera y sabia medida que ellos adoptaron de retraerse al centro de la villa donde se encuentra la iglesia. Los habitantes amenazados por un ataque, habrían encontrado ciertamente en este repliegue una seguridad momentánea y un abrigo para sus propiedades, pero no se sabría percibir el mismo designio en la creación de la inmensa cerca que fue construida algún tiempo después; era totalmente imposible que ella fuese defendida con las pocas fuerzas que en su interior podían meter los españoles, y no parece nada verosímil que se haya mirado este sitio como un punto de reunión



propicio a los diferentes proyectos que las circunstancias habrían podido hacer surgir contra la Parte Francesa.

Es indispensable desarmar este débil muro y disponer de su artillería en favor de otros puestos más importantes. La posición actual del enemigo que puede caer sin obstáculo a través de las montañas y de la bahía de Manzanillo sobre Dajabón sugiere la necesidad de tener a disposición tres o cuatro piezas pequeñas que se puedan dejar como defensa del centro.

Por lo demás, la villa de Dajabón, que según ya se ha dicho debe su nacimiento a la Colonia Francesa, está hoy más que nunca poblada por habitantes de esta misma Parte. Muchos propietarios españoles la abandonaron después de la guerra, y las terribles sequías que asolan de vez en cuando este País han agotado su única riqueza, consistente en animales.

Esta villa, residencia habitual del Comandante de los distritos de Dajabón y Monte Christi, posee en este instante una guarnición de 200 hombres y un hospital espacioso. Pero si la República toma posesión de ella, dicha guarnición podrá sin inconveniente quedar reducida a 15 hombres, los cuales serían siempre eficazmente sostenidos desde el puesto de Ouaminthe, cuya artillería domina hasta las inmediaciones de esta villa.

CIUDAD Y COMUN DE SANTIAGO

La ciudad de Santiago, capital de la jurisdicción ordinaria de este mismo nombre, está situada sobre la orilla derecha del Yaque, demasiado encajonado en este lugar. Su posición, elevada por encima de los 50 ó 60 pies sobre el río, se halla dominada por dos alturas, una al Norte-Noroeste y otra al Sur. Ambas dominan la ciudad a tiro de cañón. No es posible soñar con fortificar esta ciudad, cuya posición no carece, sin embargo, de importancia, por encontrarse en el paso obligado desde toda la Parte Este a la Colonia Francesa, y a jornada y media de la ensenada de La Isabela y de Puerto Plata. Pero lo que siempre será mejor para ella que todas las fortificaciones con las cuales podría estar rodeada, es la dificultad, por no decir la imposibi-



lidad, que allí hay para penetrar hostilmente en una región extremadamente cubierta y tupida de árboles y plantas punzantes que ofrecen los obstáculos más temerosos y los más fáciles en ser establecidos. Así, pues, nadie pensará, ni creo que jamás deberá imaginarlo, en proporcionar una muralla a la ciudad, y si se proyectaran algunos trabajos para su defensa, se propondría sin duda hacerlos con preferencia a cualquier otro sitio sobre el promontorio que se halla al Norte-Noroeste. Pero esto equivaldría a una vastísima empresa que por el momento debe limitarse a colocar tres o cuatro piezas de 4 sobre el pequeño cerrito donde están establecidos los nuevos Cuarteles que van a ser ocupados por la guarnición. Un foso y un buen parapeto colocados alrededor de este alojamiento, constituirán todo lo necesario para imponerse a una población tremendamente indolente, y, sobre todo, brava a la vez que tímida, cuando vea las precauciones de seguridad que tomamos.

La jurisdicción de Santiago alberga entre 25 ó 26.000 almas, y la ciudad de 4 a 5.000. Habitualmente se enumeran con elogio los atractivos de esta ciudad que parece gozar en alto grado las primicias de todo bien, como la templanza del clima, la gran salubridad del aire, etc. En cuanto a la ciudad misma, si se exceptúa una gran plaza cuadrada colocada en medio de ella, rodeada de ciertos edificios algo cuidados, brinda un agradable paseo bajo el cielo más hermoso y la temperatura más suave, pero lejos de tener algo que admirar por aquí o por allá, no puede menos que causar extrañeza la mediocre apariencia, tanto exterior como interior, de sus casas, ya que la mayoría de ellas no son otra cosa que recintos de madera cubiertos de paja. Verdad es que se encuentran en cada calle algunas casas de piedra; pero es siempre después de la sorpresa que experimentamos al ver tan inmenso número de casas de material pobre y deleznable, que se tributen elogios a unas construcciones muy ordinarias que, por esto mismo, ni siquiera merecen ser señaladas. Ellas dan la sensación de algo en razón de la contigüidad de cuanto las rodea.

Pudiendo considerarse Santiago como el lugar principal del Norte de la Parte Española, y antes de ser la residencia de



los oficiales del Gobierno, convendrá mantener allí Fuerzas Armadas bien nutridas y capaces de asegurar el cumplimiento de la Ley. Se estima en cien hombres el número de los que con calidad se podrán enviar allí, a fin de servir bajo el mando de un oficial que previamente debe ser conocido y estimado en el País.

CIUDAD Y COMUN DE PUERTO PLATA

El puerto de Puerto Plata perteneció antiguamente a una ciudad de la que se sabe fue floreciente y recuerda todavía la terrible y tiránica devastación infligida por un Gobierno despótico a sus habitantes, cuyos intereses fueron acallados con sus decretos. Ruinas esparcidas por doquiera atestiguan efectivamente su primitivo esplendor, al cual debía contribuir la fertilidad de las tierras de sus alrededores, las cuales parecen ser de tal naturaleza como para no exigir más que unos ligeros esfuerzos para enriquecer al agricultor. Ella es el lugar principal de una jurisdicción del mismo nombre, y en cuya extensión se cuentan de unas 3.000 a 4.000 almas. La gran ventaja de Puerto Plata estriba en ser la salida natural al mar de las poblaciones y llanuras de Santiago y La Vega, con las cuales no tiene más que unas comunicaciones sobremano difíciles a través de la cadena de montañas que corre desde Oeste a Este, o sea, desde Monte Christi a la bahía de Samaná.

La ciudad de Puerto Plata, muy mal trazada hoy, cuya sufrida población en razón de las aguas que allí se beben y del poco trabajo que puede encontrarse en su contorno, se eleva a más de 250 almas; sin embargo, de todas las ciudades de las cuales hemos hablado es la que sería susceptible de un mayor y rápido crecimiento, tanto por razón de su suelo como por razón de su puerto, magníficamente situado a barlovento de la Parte Francesa y accesible a la porción más poblada de toda la Colonia Española. Pero resulta perentorio atraer a este lugar una población más activa que la que allí se encuentra, mas por el momento no se ve de donde traerla. El español, ya de suyo perezoso y apático hasta dejarlo de sobra, a pesar del bello y saludable clima de Santiago, se deja arrastrar a la más estúpida



ociosidad bajo el cielo brillante y el aire malsano de Puerto Plata. En torno de él, todo lleva el sello de la desidia y de la pereza. El pequeño núcleo de franceses que allí están asentados desde hace poco tiempo, han contraído graves enfermedades, que su piel, lo mismo que su semblante denuncian ser ciertas e incurables, por lo cual no podemos pensar por ahora que ningún hombre que sea buen conocedor de esta región, se decida fácilmente a venir a vivir en ella. Sería preciso, además, hacerse una idea tan falsa como ncciva de la posición que disfruta todo francés con la Paz, para creer que pueda encontrarse quienes quieran cruzar el mar con fondos destinados a comprar tierras, ya de suyo caras, en la Parte Española, donde ellos no hallarían luego otra cosa que una miseria mucho más gravosa para sí bajo este clima, que en aquellos libres y fértiles rincones que les han visto nacer, y en cuyo seno gozan de todo cuanto es querido a su corazón y a sus costumbres, especialmente de aquellos primcrdiales alimentos de su existencia, que aquí jamás encontrarían. Pero estas reflexiones parecerán disgresiones en una Relación que sólo debe circunscribirse exclusivamente a lo militar.

COMUN DE MONTE CHRISTI (24)

Ya hemos dicho al hablar de Dajabón que su proximidad a un país tan rico y floreciente como la Colonia Francesa debía naturalmente dar lugar al establecimiento de un depósito tal y como él, que ha sido fundado en detrimento de la Colonia. Los mismos motivos hay para que se abriera otro almacén que por fuerza habría de establecerse en la costa y en el primer fondeadero bueno de ella que por aquí cerca se hallara. El de Monte Christi es, en efecto, el primero y el más conveniente que puede presentarse a hombres cuyo género de vida está habitualmente cpuesto a la ley del propio país que ellos habitan. Una gran bahía, cuya costa es totalmente abordable con canoas, facilita de modo sorprendente entregas de dinero y embarques fraudulentos. Así es como se ha formado la población de Mon-

(24) En A. G. I., S. D., 989, sobre el Cabildo de la ciudad de San Fernando de Monte Cristi. Informe de la Contaduría..., 1786.



te Christi. Doscientas y pico de casas mal construidas y, por lo general, mal conservadas, componen su conglomerado urbano, y aunque se puede recorrerle sin reconocer acentuados indicios de un abandono que, al parecer, no sería debido más que a los males inseparables de los tiempos de guerra y de otras calamidades, es, sin embargo, mucha verdad decir que el pueblo de Monte Christi aún no ha podido perder su postrera ventaja. El comercio de ganado, que es su única fuente de riqueza, quizá quedaría extinguido por largo tiempo de acuerdo a la mortalidad producida por las grandes sequías y de acuerdo a la exportación que de él están haciendo los ingleses. Los alrededores de la población, al ser incapaces de ningún cultivo, no prometen nada para el momento en que la unión a Francia sea hecha a fin de que Monte Christi pueda sostenerse, a no ser que contemos con aquellos bienes que ofrecían diariamente a sus habitantes las numerosas ganancias del comercio que tenía lugar entre Cap y el primer punto de llegada a la Parte Española. El vecino de Monte Christi, tanto o más que el de Puerto Plata, vive hoy de débiles recursos que él comparte cada día con el esclavo que se los proporciona, pero si su yugo cesa de pesar fuertemente sobre esos seres sacrificados a sus necesidades y a su dejadez, él perecerá más rápidamente que el de Puerto Plata, a causa de la miseria que le aplastará sobre el suelo ingrato y desolado que habita y que él trabajaría en vano sin poderle jamás arrancar su subsistencia.

Monte Christi, capital de la jurisdicción del mismo nombre, cuya población puede elevarse de 4.000 a 5.000 habitantes, comprende trescientos o cuatrocientos sujetos, en su mayoría refugiados de la Colonia Francesa.





**SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LAS FUERZAS ARMADAS
EN LAS JURISDICCIONES DE
SANTIAGO, PUERTO PLATA Y MONTE CHRISTI**

Las Fuerzas Armadas en cada jurisdicción del territorio español pueden considerarse como formadas por tres organizaciones distintas, que son: las Tropas de Coalición, en servicio permanente dentro del ejército; las Milicias Regulares, asalariadas en tiempo de guerra y siempre alistadas en tiempo de paz, compuestas por unidades de Infantería y Caballería, cuyos oficiales son remunerados tanto en épocas pacíficas como bélicas, aunque con diferente sueldo; y las llamadas Milicias Ciudadanas, que comprenden la universalidad de los ciudadanos.

Las jurisdicciones de las cuales hemos hecho aquí mención tienen, en este momento, muy pocas Tropas de Coalición. Doscientos y pico de hombres en Dajabón, Monte Christi y Puerto Plata componen su total. Su servicio, en caso de necesidad, se ve reforzado por compañías de las Milicias Regulares, siempre alistadas, en disposición de marchar y comandadas por oficiales constantemente mantenidos. La jurisdicción de Santiago cuenta con compañías de esta índole, de las cuales hay dos de Caballería, de 50 hombres cada una, y tres de Infantería, de 100 hombres, una de ellas compuesta por negros libres. La ciudad, sin embargo, ha juzgado conveniente, al no tener Tropas de Coalición en este instante, reclutar una Compañía de treinta jóvenes haraganes que forman el Servicio de Policía en su Interior bajo las órdenes del Comandante Luis Pérez.

Por lo que toca a las Milicias Ciudadanas, en número de diecisiete compañías de 40, 50 ó 60 hombres, más o menos, no



son llamadas a filas más que en casos extraordinarios. Pero también están obligadas a un servicio bastante incómodo y de una naturaleza singular. No se conoce nada parecido a un Cuerpo de Gendarmería en la Parte Española, donde el servicio de las cárceles es realizado por lo que se denomina Guardias Urbanos, o sea, hombres tomados de las Milicias Ciudadanas y comandados por turnos. Estos ciudadanos sirven durante una semana, y si no reciben ningún tratamiento, tampoco reciben ningún agravio. Ellos habitan en la misma prisión o en sus cercanías y están a las órdenes del Comandante de la Plaza, que les hace soportar, en seis u ocho leguas a la redonda, todas las fatigas inherentes a su oficio.

Este género de ocupación, tan contrario a su idiosincrasia, tiene, sin embargo, la ventaja de facilitar enormemente las labores del Gobierno y de recordar a los ciudadanos que ellos le deben ciertos sacrificios, verdad que había olvidado mucho el colono del Santo Domingo Francés antes de la Revolución. Bajo este aspecto, no se puede menos de alabar la política del Gobierno Español.

COMUNICACIONES

Los principales caminos que yo he recorrido, como el de Dajabón a Monte Christi, Isabelica, Puerto Plata y Santiago, sólo pueden entrar en la categoría de francamente malos, ya que atraviesan un terreno dificultoso en extremo y poco capaz de retener largo tiempo el agua. Cabría esperar que con un pequeño esfuerzo se ideara mejor un camino para carruajes desde Dajabón a Monte Christi y Santiago. Pero semejante empresa no puede ser acometida por ahora. De ahí que el más importante servicio de este género con que cabría beneficiar a las jurisdicciones de Santiago y Puerto Plata sería procurarles una comunicación mejor a caballo entre ambas ciudades, provecho del cual ellas están lejos de gozar, por lo mismo que yo no conozco nada peor que esos caminos que sirven para su comunicación actual. He observado mucho las dos rutas conocidas que



hube de seguir, las cuales son susceptibles de grandes mejoras, pero ellas se apartan mucho, tanto una como otra, de la línea recta; el Ciudadano Espaillat (25) me ha prometido trazar una tercera, pasando a través de la garganta de Río Grande, que, a mi parecer, debe ser más directa, y, sobre todo, menos elevada. Un servicio muy fácil de prestar y que aliviaría enormemente a los viajeros sería el establecimiento de ciertas hospederías a lo largo de todas las rutas, donde ellos podrían encontrar los artículos de primera necesidad, tales como pan, un poco de vino y de licores y alguna cama, aunque ésta fuese un cuero bien seco y siempre hediondo. Por ningún lado se hallan facilidades de este tipo, debiendo confesarse también que en ninguna otra parte son tan deseables por el caminante que ha de atravesar las sabanas ardientes y áridas de la Parte Española.

Mas sea lo que sea de estas comodidades, cuya privación he sentido yo más de una vez en carne propia, el viajero que partiese desde Cap hacia Santiago, caminando a jornadas cortas, debería buscar donde dormir el primero o segundo día en Dajabón; desde aquí llegaría al día siguiente hasta el Hato del Medio; desde el Hato del Medio buscaría la forma de pasar la noche en Esperanza; y desde aquí puede ponerse en una media jornada en Santiago. Este camino es distinto del que corrientemente se llama Camino Principal, y, que pasando más arriba atraviesa cinco ríos, algunas veces bien embarazosos para los viajeros, desventaja que no se tiene en esta otra ruta, donde todos los arroyos reunidos en uno caen en el Yaque, el cual se cruza en yola.

Ya he observado que hoy se enlazan Santiago y Puerto Plata por dos caminos que están uno al Este y otro al Oeste del punto de partida. El primero, mucho más difícil, es el que también sirve a los moradores de La Vega, los cuales pasan la cadena montañosa que corre desde Monte Christi a Samaná por el

(25) Antepasado del repúblico Ulises F. Espaillat. En documento de 1797 se habla de Espaillat: "Espaillat, vecino de Santiago muy rico y poderoso. Es hombre de juicio excelente, debe ser considerado para todos los pasos que dará el Gobierno... él es el cacique respetado del país..." (En E. R. D., *La Era de Francia en Santo Domingo*, S. D., 1955, p. 89).



punto denominado La Cumbre, para entrar en la cuenca del Yásica, volviéndose desde ahí a Puerto Plata a través de la bella zona de Guayo-Moka. (26) Este camino, mal trazado, sin protección alguna, resulta absolutamente intransitable en tiempo de lluvias. En cambio, el segundo camino de Santiago a Puerto Plata, que arranca al Oeste de la primera ciudad, es más largo que el otro del cual ya hemos hablado. Exige día y medio más de marcha, pero es menos malo. Durante tres leguas sigue el Camino Principal desde Santiago a Cap, que luego abandona para subir rodeando entre cerros a los arroyos de Las Lavas y El Limón, desde donde desciende por Altamira al valle de La Isabela; diríjese después a la estancia de Enríquez, para torcer enseguida al Noreste, y pasando por Los Corros, llegar así a Puerto Plata. Este segundo camino, por no ser tan terrible como el primero, siempre muy malo, exige por lo menos, según dijimos, día y medio más de fatigas.

La ruta de Santiago a Monte Christi es la misma que va de Santiago a Dajabón hasta el Hato del Medio. Porque desde el Hato del Medio hasta Monte Christi apenas se cuenta más de media jornada, durante la cual sólo se atraviesa un territorio de guazábaras y cayucos, el peor que uno pueda imaginarse.

Ninguna otra cosa debo añadir a estos detalles sobre el reconocimiento del interior del País, fuera de que he juzgado conveniente completarlos anotando algo acerca del estado en que se encuentran las bocas de fuego y las guarniciones, estimadas necesarias, para los puestos de los cuales hemos hablado, así como el Itinerario que deberán seguir las tropas destinadas a esas diferentes guarniciones, y de las cuales también haré mención en esta Memoria.

(26) Es Guavnamoca.



**ESTADO DE LOS HOMBRES Y BOCAS DE FUEGO QUE
SE ESTIMAN NECESARIOS PARA LOS PUESTOS DEL
INTERIOR Y FORMAN EL OBJETO DE LA 2ª PARTE DE
ESTA MEMORIA**

<i>Nombres de los Puestos del Interior</i>	<i>Guarnición</i>	<i>Bocas de Fuego</i>	<i>Observaciones</i>
Ouanaminthe	Infantería 200 Artilleros 6	Cañones de 24 2 Cañones de 12, de 8 y de 4 4	Indispensable acabar con los atrinchamientos iniciados en este puesto.
Dajabón	Infantería 15 Artilleros 2	Cañones de 4 y de 2 2	Sería preciso levantar de nuevo el pequeño atrinchamiento interior y, sobre todo, elevar la artillería.
Santiago	Infantería 100 Artilleros 4	Cañones de 4 y de 2 4	A la tropa...
	327	12	

Aquí es necesario hacer observar que todos los gruesos ajustes deben ser ajustes de lado, como los de las piezas pequeñas se refieren a ajustes de campaña.

Itinerarios a seguir por las tropas que irán desde Fort-Liberté a las cuatro comunes de Dajabón, Santiago, Puerto Plata y Monte Christi.



DESDE FORT-LIBERTE A SANTIAGO

Desde Fort-Liberté a Dajabón	4 leguas y ½
Desde Dajabón hasta el Hato del Medio	8 "
Desde el Hato del Medio hasta Esperanza	8 "
Desde Esperanza a Santiago	6 "

DESDE FORT-LIBERTE A MONTE CHRISTI

Desde Fort-Liberté a Dajabón	4 leguas y ½
Desde Dajabón a Monte Christi	6 "

DESDE FORT-LIBERTE A PUERTO PLATA

Desde Fort-Liberté a Dajabón	4 leguas y ½
Desde Dajabón hasta el Hato del Medio	8 "
Desde el Hato del Medio hasta Gayo	6 "
Desde Gayo hasta la Sabana de La Isabela . . .	6 "
Desde la Sabana de La Isabela a la estancia de Henríquez	(en blanco)
Desde la estancia de Henríquez a Puerto Plata	5 leguas

CONCLUSION DE LA MEMORIA

Echase de ver, después de cuanto ha sido expuesto sobre el interior de las Cuatro Comunes y la porción costera septentrional, que constituyen el objeto de la presente Memoria, cómo es, ante todo, en las costas donde deben establecerse los principales medios de defensa indispensables para la seguridad y tranquilidad de todo el litoral. El primer cuadro, colocado tras el reconocimiento efectuado en la Costa, indica lo que se estimó útil para cubrir el importante objetivo de protección a la misma. Únicamente añadiré que considero esencial tener en los diferentes puntos armados una pieza de alarma, que se disparará cada vez que amenace algún peligro. Todas las Milicias, y muy especialmente las Compañía de Caballería, al oír dicha señal, se reportarán de inmediato a sus puestos respectivos y determinados



para concurrir a su defensa, así como para ayudar en lo que sea a las guarniciones ordinarias y permanentes.

En cuanto al interior de la región, de sobra defendido por su aridez y por los obstáculos de todo género que se pueden crear con ayuda de las Milicias, le bastará tener establecidas algunas posiciones por aquí y por allá, que podrán servir como Puestos de Policía, y las cuales deberán estar situadas en los puntos claves, como el Paso del Guayubín o la confluencia de los caminos de Dajabón y Monte Christi a Santiago. Estas precauciones que se ven simplemente como vitales para el buen orden, persiguen un objetivo mayor, como es el de estar al corriente de todo en un país naturalmente muy tranquilo y hacer que sus habitantes estén listos para defenderlo por sí solos contra cualquier invasión de un enemigo que hubiera concebido el temerario proyecto de penetrar en él.

La perfecta tranquilidad de que sería difícil privar, según se piensa, a los campos, podría no ser la misma, sin embargo, que la que hay en las ciudades, como Santiago, Puerto Plata y Monte Christi, siendo aquí donde precisaríamos contar con medios eficaces para hacer respetar la autoridad del Gobierno. Semejante cautela resulta tanto más esencial que en ningún otro lado de la Parte Española en las ciudades, por ser todas las ciudades pesadas agrupaciones de hombres, ordinariamente orgullosos, corrompidos y siempre inquietantes para cualesquiera Poderes constituidos, debido a la influencia que ellos ejercen sobre la crédula especie de los campesinos, a quienes pueden fanatizar y conducir a los peores excesos. Un buen conjunto de Fuerzas Armadas en Santiago, ciudad un tanto alejada de sus tierras, puede, bajo este punto de vista, ser de la más grande utilidad. Pero lo que resultará mucho más positivo y por sí mismo podrá asegurarnos el éxito es la elección bien acertada de hombres poco numerosos y flemáticos, a los cuales se confiará el cuidado de introducir entre los españoles las Leyes de la República, Leyes que será necesario presentarles con un bosquejo mucho más amplio que el nuestro. Debemos pensar que él será bien visto, si no intenta de momento no tanto proporcionarnos un ingente número de hermanos y amigos, como hacer que pe-



**REFLEXIONES DE ECONOMIA POLITICA
SOBRE LAS TRES JURISDICCIONES ESPAÑOLAS
DE
MONTE CHISTI, SANTIAGO Y PUERTO PLATA
Y SU UNION A LA REPUBLICA**

(Por Vincent) (1797)

Después de haber tratado con detalle en una Memoria aparte algo concerniente al Reconocimiento Militar de las tres jurisdicciones de Monte Christi, Santiago y Puerto Plata, al igual que de la costa que las limita por el Norte, ciertas consideraciones relativas a la Economía Política de dichas jurisdicciones parecen encontrar aquí su lugar oportuno, ya que los justos cuidados de la Comisión seguramente no se extienden menos a los recursos para hacer floreciente el País que se ha de unir o para mantenerle en el estado de tranquilidad perfecta de que goza, como a los medios para protegerle de cualquier acometida exterior. (27).

La Comisión quedaría así tranquilizada de antemano y no tendría que abrigar ninguna inquietud, tanto sobre la prosperidad, como sobre los peligros de ver surgir perturbaciones en el interior de un País, cuya unión bajo las Leyes de la República grandemente desea. Si la Comisión pretende crear nuevos hermanos y amigos, con un pueblo industrial y laborioso y que no estuviese tan agobiado por numerosos prejuicios, le hubiera bastado su primera gestión franca y amigable; hubiera sido sufi-

(27) La Memoria citada es el anterior escrito. Interesante, Digno de atención lo que dice de los hatos, de la economía del país.



ciente decir a los principales habitantes del País cuya unión buscamos: “¡Vangan a ver! Contemplan nuestras manufacturas, aprecien el espíritu de fraternidad y de subordinación que reina entre diferentes individuos, sean de la raza que sean, colocados cada uno en su puesto según sus méritos, el ánimo de suavidad y reciedumbre que los gobierna. Vean el feliz resultado de la buena armonía y del orden restablecido por todas partes, nuestras llanuras devueltas a sus antiguos cultivos y fecundidad, y Ustedes desearán sin duda para sí, el bello estado de cosas que nosotros disfrutamos”. Y después de pasear por nuestras sabana a los delegados de las ciudades, enviados a su requerimiento; después de mostrarles nuestros alcacenes llenos de artículos de consumo; y después de haberles hecho observar la vida de desahogo y de satisfacción que llevan nuestros campesinos, no hubiese quedado otra cosa sino añadir las siguientes palabras de benevolencia y amistad: “Ya ven Ustedes el efecto del régimen sabio y humanitario instaurado entre nosotros. La seguridad, el trabajo y la abundancia se manifiestan por doquiera. ¡Ustedes pueden crearse idénticas ventajas! La República se las ofrece al admitirles en su seno. Sigán conservando sus costumbres en todo aquello que no sea abiertamente contrario a nuestra Constitución. Elijan entre Ustedes ciudadanos honestos y distinguidos, y nosotros les delegaremos parte de nuestros poderes...”

La República Francesa logra sus conquistas con la sola promesa de asegurar el bienestar y la unión sincera de cuantos Países le han ido ganando las inmortales victorias de sus bravos Ejércitos”. Tal conducta, avalada por semejante lenguaje —repetámoslo—, hubiera sido más que suficiente para que nuestros vecinos solicitaran por sí solos una rápida unión de su País al territorio de la República. Pero naturalmente indolentes y poco capaces para el trabajo, quizás temen el ejemplo demasiado cercano de la actividad francesa, la cual representa para ellos un constante reproche a su vergonzosa pereza. Ellos prevén que innumerables franceses se introducirán en su País tan pronto como tomemos posesión de él, y fácilmente caen en la cuenta de que nuestra laboriosidad y diligencia crearán durante largo tiempo, para descrédito suyo, muchas fuentes de trabajo de las



cuales su inercia les impide sospechar su misma existencia. Contrariados, además, hasta el día presente por las leyes opresivas de un Gobierno tiránico, ello se han hecho cómodamente una dulce costumbre de su propia desidia, porque calculan que de ella saldrían sin provecho alguno para sí.

En efecto, el español que ha pretendido ensanchar la esfera de sus relaciones y mantener correspondencia con el extranjero, ha visto que tan pronto como su industria le procuraba algunos resultados beneficiosos, las tres cuartas partes de sus ganancias iban a parar al Tesoro Público a fin de pagar solamente impuestos. El español —repito—, oprimido por absurdas leyes fiscales, ha pensado con la mayor naturalidad que valía mucho más para él no hacer nada y vivir en la ociosidad antes que sufrir innumerables sinsabores de parte de un Gobierno tan demoralizador. Este razonamiento que todo español buenamente hace, le ha conducido por necesidad a un inteligente sistema de holgazanería que le ha dado fruto, porque el Gobierno, no pudiendo sacar nada de la raquíta industria de estos colonos, se ha visto obligado a fijar todos los meses una suma determinada, para hacer frente a los gastos de ellos; y esa suma, una vez llegada al País, cada vecino la recoge, ya sea para sí o para sus criados, apartando incluso de tales envíos regulares una pequeña parte que la astucia fiscal no puede o no quiere descubrir. Así es como en la Parte Española de Santo Domingo las maquinaciones de un Gobierno pérfido han llevado premeditadamente a todos sus colonos a la pereza, así como a muchos otros vicios que de ella son la consecuencia natural. Cada habitante, Concentrado en el minúsculo pedazo de tierra que cultiva, conoce como primer bienestar su sosiego, y como primera riqueza su externa austeridad, la cual le hace vivir muy mezquinamente del producto miserable de su campo. Toda su habilidad se encuentra reducida, pues, a preservar alguna parte del pago en gourdes que con regularidad hace mensualmente el Gobierno, pago que es en todas partes tan deseado como la llegada de los galeones de Cádiz.

Es evidente que, bajo este aspecto, la Colonia Española de Santo Domingo resulta gravosa para su Gobierno, el cual está



obligado a una considerable erogación de fondos para sostenerla. Por eso el colono piensa a toda hora que la República no hará lo mismo después de la unión, y se presuade de antemano que él habrá de verse compelido a sostener los gastos del Gobierno, por cuyo motivo se sentirá forzado a capacitarse y trabajar, cosa que contraría tanto sus hábitos actuales como para no dejar de mostrar por ello su disgusto.

La necesidad apremiante para el español de emprender obligatoriamente algún género de industria al pasar bajo la dominación francesa, no es el único mal que él recela. El sistema colonial de Francia le parece un peligro mucho más pavoroso, pues cree inevitable su propia ruina con la sola aplicación del Decreto de Libertad Universal. La mayoría de los habitantes de la Parte Española son, en efecto, hateros o propietarios poco ricos, los cuales no tienen más que un pequeño número de negros con quienes comparten penas y alegrías en sus trabajos comunes. Es sobrada verdad decir que ya sólo queda entre ellos la palabra esclavitud. Pero esta palabra representa todavía un peso enorme a los ojos tanto del amo como del esclavo. Ello hace que este último, impulsado y constreñido al hábito de la labor cotidiana, ejecute con precisión y aparente buena voluntad lo que su amo, hombre sumamente brutal, no dejaría de exigirle por la fuerza, si dudase un instante de su sumisión. Este celo del siervo en toda ocasión hace que el salvaje hatero que le gobierna, comparta con él sus trabajos. Mas también se los haría ejecutar, hierro en mano, si viese disminuir su imperio sobre un ser que sólo aceptó en razón de la mayor utilidad de sus servicios, y sobre el cual no vacila que tiene derecho a disponer lo mismo que de otro cualquier animal de su hato que él un día compró.

¡Que la sabiduría y el sentimiento humanitario guíen, pues, cada paso de los republicanos al efectuar su entrada en la Parte Española! Porque el día en que los negros rehusen obedecer a sus amos, ese será el día de la destrucción de éstos, supuesto el gran número de hateros que hay, hombres terribles y encastillados de continuo en los tortuosos desiertos que habitan y que sólo ellos conocen palmo a palmo. Si ahora ponemos nuestros



ojos en los esclavos de las ciudades de esa misma Parte Española, veremos que ellos pertenecen casi siempre, por ser un País sin industria, a señores poco acaudalados, grandemente perezosos, aunque religiosos en exceso, los cuales esperan mucho más del sudor de sus siervos que de la Providencia el pan cotidiano que comen y el agua que beben; no obstante, dan gracias todos los días a esta misma Providencia por los dones que les concede, rodillas en tierra y manos juntas. Pero ellos siguen olvidando al verdadero agente del cual esa Providencia se ha valido, y no se acuerdan de él más que para reiterarle las órdenes y las amenazas que deben asegurarles el modo de cubrir sus necesidades para el día siguiente. Esta realidad es rigurosamente cierta incluso en las pequeñas poblaciones de Puerto Plata y Monte Christi. Ambas poblaciones gozaban de algún comercio en los tiempos del esplendor de la Colonia Francesa y, sobre todo, de la ciudad de Cap. Sus habitantes habían sabido procurarse entonces algunos negros, que eran todo su haber, los cuales iban diariamente a buscar la leña y el agua que ellos vendían a los más ricos para hacer subsistir a sus propios amos. El día en que estos amos, indolentes e incapaces de cualquier esfuerzo, no dispongan más —descuidadamente tumbados en sus hamacas y rasgando la guitarra— tanto del tiempo como de la voluntad y músculos de sus negros, dejarán de existir —así lo espero— y morirán poco después víctimas de su pereza y de cuantos males ella ha ido acumulando en derredor suyo. Temen ya, desde ahora ese momento, y nada tortura tanto a un propietario de esclavos de la Parte Española como la vista y el estado libre de nuestros negros de la Parte Francesa. Uno debe convencerse de que los beneficios de la Libertad y de la Igualdad son infinitamente más difíciles de introducir en una sociedad pobre que en una rica. Efectivamente, a esta última le basta con sacrificar sólo lo superfluo para devolver el hombre a su estado natural y prestar así un gran servicio a la comunidad. Pero en un país pobre, donde a pesar de la tiranía ejercida sobre una porción de la especie humana, la inmensa mayoría de sus habitantes no encuentra más que una existencia precaria y debilitada por el rigor de un trato que las leyes de este mismo país autorizan desde hace mucho tiempo, tampoco se ve aquello que podrá suplir



la falta de trabajo que resultará de la libertad otorgada. Y, si como supongo, la cantidad de trabajo lograda con el régimen de esclavitud era necesaria para el sustento de todos, esto me demuestra que habrá un desorden completo, por no decir otra cosa, tan pronto como se realice la proclamación de la Libertad. Este desorden cruel no ha escapado al ojo que está al acecho cuando el gorro frigio de la Libertad ha sido colocado sobre el punto más alto del fértil territorio de Santo Domingo. Sus habitantes más ricos se han procurado los medios de buscar otras tierras; ellos los tendrán también para volver a crear nuevas fortunas. Pero si el ciudadano poco acomodado que se ve atado al suelo sin poder huir, queda abandonado de aquellos con los cuales sus ocupaciones diarias le aseguraban una mezquina existencia, estos hombres poco acaudalados y tan numerosos. . . ¿qué llegará a ser de ellos? Y si nosotros no nos interesamos por ellos, ¿qué esperanza les queda entonces? Que nadie me diga, pues, que el hombre declarado libre no continuará trabajando. Trabajaré, sin duda, pero mucho menos, y, sobre todo, trabajará para sí mismo. Trabajaré en un país rico, como el Santo Domingo Francés, donde inmensas riquezas cubren la tierra. Pero en un país pobre, donde no habrá caña de azúcar que moler, café y algodón que recoger con sus manos, creemos que allí no le será fácil trabajar. En cuanto a mí, sólo estoy extrañado del trabajo de los regenerados de esta Colonia. Yo había creído, con algún fundamento, que la presente generación no trabajaría; ya habría hecho bastante con eso; ella ha conquistado su Libertad, cuyo primer bien para el hombre que sale de la esclavitud es, justamente. . . ¡el descanso!

Así, pues, otra gran dificultad que hallará la instauración de la República en la Parte Española provendrá —no abrigamos la menor incertidumbre sobre ello— de los cambios que necesariamente habrá de introducir en cuanto al régimen de los negros nuestro sistema colonial. Y debe decirse con franqueza que el único medio de tranquilizar a los colonos en torno a este punto sería prohibir en el momento de la toma de posesión, si ello fuera posible y solamente de manera provisional, a todo negro francés pasar a la Parte Española, así como dejar venir aquí



a todo negro español. Se comprende, no obstante, que podríamos perdonar a aquellos que viniesen huidos a nosotros; y no resultaría vano pensar que un medio lento, aunque quizás muy prudente para facilitar la unión, sería absorber entre nosotros al mayor número posible de tales gentes.

Una tercera causa que milita también fuertemente contra la toma de posesión del territorio español consiste en las diferencias de opinión en materia religiosa. La intolerancia, característica muy pronunciada del sacerdote romano, y que siempre ha producido tantos males, domina en el más alto grado en la Parte Española, donde todas las ceremonias sagradas o costumbres piadosas son escrupulosamente observadas. Por ejemplo, es imposible seguir caminando por la calle cuando suena el Angelus; imposible también mantener cubierta la cabeza con el sombrero; más imposible continuar conversando; peor aún, no hacer la señal de la cruz. Este ejercicio se practica todos los días y nadie se cree excusado de él. ¿Cómo esperar que nuestros varoniles republicanos se prestarán a tantas sumisiones y a tantos actos de humillación? Ellos están muy lejos de todo esto, sin duda. Algunos franceses atolondrados, que hace tiempo vinieron a la Parte Española, no se sabe cómo, ponen demasiado empeño en advertirlo, repitiendo a toda hora que los republicanos pondrán el País en otro tono, que tal costumbre la dejarán sólo como una bella fachada, o como tal prenda, o como tal utensilio absurdo de mencionar, y... ¡mil cuentos ridículos! Me han dicho que estos hombres, enemigos de todo lo que significa orden, ni siquiera se han avergonzado de meter miedo a sujetos prevenidos y temerosos en torno a la entrada de nuestros republicanos dentro de su territorio, hasta el punto de que les han decidido a vender a bajo precio propiedades que ellos han tenido que volver a comprar nuevamente de nuestras manos.

Sin embargo, no debemos sentir tanto miedo a los males que podrían derivarse de las opiniones religiosas, si mantene-mos la confianza que nos inspiran muchos sacerdotes respetables, particularmente el cura de Santiago, quien no ha vacilado en hablar favorablemente de la República a sus feligreses. Su aspecto venerable, todo lo que me ha dicho en las dos visitas



que yo le he hecho, certifican que los franceses pueden contar con las virtudes de este honorable anciano. Si, pues, nuestros conciudadanos guardan —cosa que yo nunca pondría en tela de juicio— las consideraciones y el acatamiento debidos a los ministros y objetos del culto, me convenceré de que este tercer punto de recelo y prevención de los españoles contra nosotros habrá desaparecido en muy poco tiempo.

A estos primeros y principales motivos de preocupación momentánea por el sometimiento de la Parte Española a las Leyes de la República habrá que añadir aún el descontento que experimentarán muchos individuos cuando el nuevo orden de cosas les prive de sus puestos. El Alcalde Mayor, que desde algo más de veinte años ejerce una preponderancia única en la Parte Española y habitualmente reside en Santiago, es, bajo este punto de vista, uno de los individuos más opuestos a la República. Un representante del Inquisidor Mayor debe ser también persona poco adicta a nosotros. Pero uno y otro seguramente abandonarán Santiago en el mismo instante de la entrada de los republicanos, y la elección que habrá que hacer de ciudadanos respetables y dignos de la confianza del pueblo para que se hagan cargo de los diversos puestos, asegura que la República no seguirá dando hondas pesadumbres a los demás. Yo me he preocupado ya por esta elección. No es a la ligera que pienso haríamos bien en emplear, por el orden siguiente, a los caballeros que voy a nombrar: Espaillat, delegado; Leonardo del Monte, presidente del Departamento; Luis Pérez, actual Comandante, hombre astuto e indispensable —a quien debemos conquistar, porque no le creo amigo de nosotros—, Alcalde de la ciudad; don Juan Pablo de la Mota, viejo respetable, antiguo funcionario de la Audiencia de Santo Domingo, donde él reside, aceptaría con gusto ser Juez de Paz; Andrés Muñoz y Gregorio Morrell, (28) hombres de leyes, sumamente cultos y respetados, Comisarios del Poder Ejecutivo. Yo he hecho una visita particular

(28) De la ilustre familia de los Morel de Santa Cruz. Véase Juan B. Olaechea Labayen, *Obispos indios en la América Hispana*. (En *Boletín de la Academia de la Historia*, Madrid, 1971, Tomo CLXVIII, p. 421-439). Trata del Arzobispo Agustín Morel de Santa Cruz y de su digno



al primero, quien al oír, cuando pasábamos ante una cantina, que ciertos sujetos tenían propósitos ofensivos contra los franceses, no dudó en hacerles castigar con la prisión. Dos notarios, Valdés y Antonio López, son también individuos estimados, al igual que otros muchos que dejo de nombrar, y entre los cuales deben figurar con ventaja franceses valiosos, como los hermanos Cabizo, el ciudadano Roulez, y muy en especial, el ciudadano Susan, un joven que parece añadir a un inmenso fondo de honradez, sobrado juicio y una excelente conducta. (29).

No sabría garantizar si entre los individuos tan destacados que acabo de citar, existen, como tanto yo lo he deseado, algunos de *color*. Lo creo firmemente. Y es que no se puede dejar de reconocer al ver tantas personas de bien como uno visita en Santiago, que la mayoría de ellas tienen algo de eso que llamamos mestizaje. Pero mucho más sagaces que nosotros, los españoles no han vacilado nunca en admitir a todos los empleos, a ciertos hombres honrados y de talento, aunque no sean de raza completamente blanca. Es más, ellos usan la gentileza de otorgar el preciado *Don* a personas de color muy pronunciado, con tal de que éstas observen buen comportamiento y tengan riqueza, segunda ventaja que, en la Parte Española, no se alcanza más que por la primera.

Se puede buscar, pues, en la Parte Española al hombre de bien y adinerado para emplearle en la Administración Pública, sin necesidad de informarse previamente si es de color o no. He aquí una facilidad para los Gobernantes que, desdichadamente, no puede extenderse aún a los negros. Yo mismo he visto con pena que cuando me complacía en imaginar un negro inteligente, instruido y probo, al preguntar luego si podía ser empleado semejante individuo, siempre se me dio a entender que yo ha-

na familia santiaguera. Lo llaman "miembro de la familia parda más ilustre de la América virreinal". La familia Morel es una de las más distinguidas del Santiago actual. Entre otros basta mencionar al pintor Yoryi Morel y al poeta Tomás Morel.

(29) Acerca de los santiagueses citados véase M. A. Machado Báez, *Santiagueses ilustres de la Colonia*, 1955 y 1972. Los notarios citados son Martínez Valdés y Antonio López Villanueva, de tan larga y distinguida descendencia.



blaba de algo imposible de hallar y ajeno a toda conveniencia para el País en el cual me encontraba. Este sistema por parte de los propietarios de negros tiene el gran mérito de que sólo a ellos conviene, y si los colonos blancos franceses lo hubiesen cococado a fondo, la Revolución hubiera llevado un camino mucho menos cruel para ellos, aunque menos hermoso en su término y asentado con menos solidez. Me han citado, sin embargo, con los más cálidos elogios al capitán moreno de la Compañía de los Negros, de Santiago, Manuel Constanza. Deseo verle y conocerle. Debe ser una persona realmente admirable, para haber sabido elevarse tan alto por encima de los prejuicios de sus compatriotas, opresores de su raza.

Al pedir más en concreto el nombre de algún otro individuo de color que pudiese ser útilmente empleado, me señalaron también a Carlos de Rosas (30) y a Diego Silverio, este último como único contratista de edificios en toda esta región. Yo quise verlo, pero me advirtieron que individuo tan talentoso alterna períodos de actividad con períodos de inactividad; resulta inabordable durante meses enteros, y cuando sale de su estado depresivo, trabaja entonces con mayor dedicación a lo largo de otros tantos meses. Probablemente, a él le encargáramos ciertos trabajos de la República. Y como los republicanos franceses siempre tienen mucho que hacer, no le dejaríamos más que algunos meses de ocupación.

También estaría bien visto dar algún puesto en la misma Administración Pública y en todas las ramas del servicio a jóvenes morenos de la Parte Francesa, dotados de cierta inteligencia, y, sobre todo, de un carácter apacible. Este sería un medio muy seguro de irnos aproximando a la unión deseada. Pero todavía no se puede pensar durante largo tiempo en dedicar a eso a negros franceses, por muy distinguidos que ellos sean.

Necesario sería agregar a cuanto acabamos de decir, consideraciones más particulares sobre los usos y costumbres del País, especialmente en las ciudades, cuyo genio tutelar ejerce

(30) Debe ser Carlos de Rojas, vecino de Santiago en 1783, dueño de las haciendas principales de Monte Cristi según documento de ese año visto por Fr. C. de Utrera.



tanto imperio sobre los moradores del campo. Fácilmente se concibe la influencia inmensa que unos y otros deben tener acerca del éxito de una sólida unión entre dos pueblos diferentes. El español de las ciudades, lleno de jactancia, hace uso exterior de ella de manera singular. Es por pura vanidad que él se viste lo más ricamente posible, exponiéndose a las miradas de todos; luce también lo más que puede riquezas en cuanto le rodea, así en sus caballos, como en coches y otros objetos de lujo. Pero una vez dentro de su casa, donde vive de la manera más frugal y donde le sería tan costoso como molesto seguir manteniendo su papel de vana representación, se despoja de cuanto va unido a la presunción, para buscar, tendido en su hamaca, el reposo que él ama por encima de todo, y del cual no se siente tan poderosamente privado como cuando debe acudir a presentarse a algún acontecimiento social o a determinada ceremonia pública de su Religión que él ha tenido cuidado de multiplicar en razón de sus gustos. Todo hombre de semejante carácter debe ser autoritario, tiene necesidad de ejercer algún imperio para imponer a los demás cargas que él desdeñaría tomar sobre sí. Así es como la compañera de sus destinos, encargada por completo de los detalles de un hogar poco afortunado, ve más claramente que nadie la necesidad de sacrificarle todas sus energías y todas sus facultades. Ella se convierte, por eso, en el mejor y mayor agente de la dirección de la casa, creándose ocupaciones interminables, a las cuales se entrega hasta el agotamiento. Esposas sumisas, tan excelentes madres como buenas amas de casa, las mujeres españolas reúnen por lo común estas y otras cualidades en lo que atañe a la orientación de sus hogares; ellas los gobiernan con una economía y una inteligencia tal, que forman las principales y auténticas bases del bienestar casero, así entre ricos como entre pobres. Sus honestas y útiles faenas apenas les dejan tiempo, ese tiempo que a otras mujeres tan abundantemente se les regala en otros países, para el arte insidioso de la toilette y de la seducción. La mujer española, que supera todo encanto femenino, parece no ambicionar para su vestido más que aquel que realmente sea cómodo para consagrarse a todos los quehaceres de su sexo. Ella está poco acostumbrada a pasar largos momen-



tos de su vida en los círculos creados por la necesidad de escapar al aburrimiento; estos mismos círculos la sorprenden hablando con parsimonia e ignorando el arte de maldecir y de calumniar.

Podría pensarse, por el bosquejo que yo acabo de trazar en torno a una parte de las costumbres del País que deseamos unir y dada la escasa analogía eristente entre los habitantes de la Parte Francesa y Española, que hacemos poco hincapié sobre la vestimenta y la manera de ser de nuestros sans-culottes, siempre bastante bien vestidos con tela barata de colchones, pero contentos con tal de que la mesa sea buena y la casa esté bien provista. Porque si se compara la manera de ser de nuestras mujeres, las cuales en su mayoría siempre son escuchadas con un nuevo placer al verlas grandemente familiarizadas con las palabras altisonantes y las mejores frases con las cuales la Revolución ha enriquecido nuestro vocabulario, uno se convencerá con toda facilidad que no hará falta poco tino para amargar bien al frío y orgulloso español, que tiene de continuo su corazón y su puerta cerrados, con el expansivo e igualitario francés, siempre abierto y dispuesto siempre a compartir su hecho con sus amigos. También uno se da cuenta con la mayor naturalidad que la sencilla y buena ama de casa española, la cual apenas habla, y huye del mundo, y no usa el sentido común más que en todo lo que atañe a su hogar, que sus cuidados tornan feliz y cómodo, es una persona bastante difícil para juntarse con la mayoría de nuestras mujeres francesas, de las cuales yo me siento demasiado esclavo como para osar terminar el paralelismo.

Debe añadirse, sin duda, a lo que hasta aquí hemos dicho como contrario para una fácil unión, el obstáculo resultante del estado de abatimiento del País, que, esencialmente pobre, tanto por razón de la mala calidad del suelo, como por lo poco que se le puede trabajar, ha visto perecer, merced a la sequía más horrosa, su principal rama de comercio, consistente en ganados, sobre todo, astado. A tal punto llega esto, que el arrendamiento del Diezmo de los animales, el cual se elevó en 1786 y 87 a 17.000 gourdes para las cuatro jurisdicciones de Monte Christi,



Santiago, La Vega y Puerto Plata, es hoy reputado como uno de los ingresos más insignificantes. Esta sequía, pues, ha contribuido grandemente a la disminución de los hatos. Sin embargo, no se puede ocultar otra cosa. Los hateros, aterrados al principio con el proyecto de unión, buscaron emigrar y vender incluso a bajo precio lo que constituía toda su fortuna. Los ingleses, que han experimentado tanto, durante el presente conflicto bélico, que el pueblo que tiene mucho dinero puede hacer la guerra por medio de la corrupción y convertir ésta en una profesión para perjudicar a sus enemigos, no han dejado de pagar a numerosos agentes secretos, a los cuales encargaban la misión de alarmar a los españoles, obteniendo así la venta, a costo ínfimo, de una gran cantidad de ganado, que ellos transportaban a sus posesiones, con grave detrimento de esta Colonia de Santo Domingo.

Sea lo que sea, por encima de las diferentes causas destructoras que han disminuido los hatos de la Parte Española, es natural que estos vayan paulatinamente despoblándose, y que su estado haya venido a parar en tan poco hoy día, que resulta imposible hacer transportamientos de alguna consideración desde Dajabón a Santiago. La toma de posesión del País exigiría transportes importantes, como los de artillería y otros efectivos militares, independientes de otros mil movimientos diversos que requeriría la unión.

La suspensión del comercio de animales al retirar de la circulación un numerario que era extraordinariamente precioso para todos, ha dado lugar a una molestia infinita para cualesquiera operaciones mercantiles entre individuo e individuo. Todo está paralizado, y, en estos momentos, no se hace ningún tipo de negocio. Idéntico entorpecimiento aparece en la segunda rama comercial del País, integrada por el cultivo del tabaco. La venta de éste, que se elevaba anualmente a 200.000 gourdes, se encuentra hoy casi inmovilizada. El colono, abrumado con cosechas acumuladas, sufre esperando con impaciencia el momento en que esta rama importante de su industria vuelva a poner-



sc en movimiento, lo cual tendrá lugar cuando en verdad llegue la Paz.

Privados actualmente de las dos fuentes de bienestar más seguras para ellos, los españoles difícilmente podrían prestarse a promover bajo este aspecto un cambio de Gobierno que exigirá de su parte ligeros sacrificios, de los cuales hoy se sienten más incapaces que nunca.

Después de haber enumerado los escollos más visibles que me parece podrían oponerse al manejo de una cómoda unión, sería justo especificar los motivos que pueden hacerla deseable. Tales motivos han sido grandes, y de seguro lo son todavía para aquellos que siempre han patrocinado y continúan patrocinando esta idea. En cuanto a mí, que nunca he sabido percibir en ella ninguna ventaja real, yo diría, sin rebozo alguno, que la adquisición de la Parte Española, y más específicamente, las tres jurisdicciones de Monte Christi, Santiago y Puerto Plata, será realmente onerosa para la República. La vasta jurisdicción de Monte Christi posee un terreno tan ingrato y árido, que a pesar de que su población es sólo de 3.000 a 4.000 almas, uno puede asegurar, sin embargo, que ella es demasiado pesada para los recursos del País, los cuales únicamente pueden ser provistos por los hatos. Mas para que los animales de un hato se multipliquen y prosperen, preciso es que estos salvajes y tímidos habitantes que ocupan las sabanas, sean vistos e inquietados lo menos posible por sus terribles enemigos, los hombres y los perros. Para este fin, es necesario que el hatero propietario, retirado en un rincón de su hato, que en la región se estima debe tener doce caballerías, viva confiado de que su ganadería no sea nunca espantada más que por él o por los perros que lleva consigo. Así era antiguamente. Cada hatero, dueño de un terreno inmenso sobre el cual reinaba solo, se hallaba cerciorado de que únicamente él o sus mayores recorrían las sabanas. Pero no ocurre lo mismo hoy día, cuando sus hijos y nietos han conseguido cada cual un trozo del primitivo terreno, y donde ellos llevan el mismo género de vida, el más adecuado para hombres apáticos. Todos ellos poseen sus propias chozas, un gran número de



perros y habitan diferentes partes del hato. Los animales tienen así poco espacio para caminar sin toparse con lo que sea, para andar a la greña, para ser espantados con gritos o perseguidos por sus enemigos; de este modo es como ellos comienzan por amustarse, caen luego en una horrorosa escualidez, terminando por fin una dura carrera que las persecuciones y el pánico abreviaron. La Audiencia de Santo Domingo ya había reconocido este enorme inconveniente de los hatos, y alguien me aseguró que ella se estaba ocupando de los medios para impedir la excesiva partición de la tierra, tal como se usa en dichos predios.

Es, pues, exacto decir que los terribles desiertos de Monte Christi, que sólo pueden utilizarse como hatos, están todavía demasiado poblados, verdad que acusa bien altamente la pésima calidad de su suelo. Sin embargo, hay que convenir que la sal abunda por doquiera junto a la costa, y que una población algo más activa y menos perezosa podría sacar de todo esto cualquier provecho efectivo.

La vasta jurisdicción de Monte Christi, sin recursos para el laboreo agrícola, teniendo un puerto necesario que guardar, una policía que mantener, y no presentando ninguna otra fuente de ingresos para el fisco, sólo puede constituir una adquisición en extremo engorrosa para la República.

En cambio, la jurisdicción de Santiago, mucho más poblada, y en la cual se cuentan de 25.000 a 26.000 almas, ofrece incomparablemente más recursos, aunque su suelo sea, por regla general, malo, y sólo pueda emplearse en el cultivo del tabaco, que bajo el régimen opresivo y absurdo de la Corte de España producía, sin embargo, un artículo de exportación equivalente a 200.00 gourdes. Nadie duda que esta rama importante deba ser incrementada bajo un régimen más amigo del Comercio y de la Agricultura, a pesar de que cualquier terreno no sirva para su explotación. Aunque la caña de azúcar se produce bastante bien en Santiago, nunca podrá contarse razonablemente con



este cultivo como fuente de grandes beneficios, ya que la verdadera calidad de la tierra y la enorme distancia desde Santiago al mar se oponen igualmente a ello.

Santiago, poco interesante desde el punto de vista militar, si bien toda la comunicación del Este de la Colonia con Cap tiene lugar a través de esta plaza, exigiría, no obstante, unas Fuerzas Armadas capaces de establecer en ella su residencia. En consecuencia, el Gobierno se verá obligado a erogar allí muchas expensas, y no se comprende por qué esta jurisdicción, siendo superpoblada y estando reconocida como una de las más ricas, haya de ser onerosa al fisco. Parecería a primera vista que al aumentar su población se multiplicaría en proporción muy ventajosa el producto de la agricultura. Podría pensarse así, si se encontraran en esta jurisdicción muchas tierras de calidad completamente incultas. Pero esto es algo que dudamos. Y si se llegase a aumentar mucho la población, lo cual no vemos fácil ni siquiera posible, no se debería esperar hasta ver derivar esos enormes beneficios.

La tercera jurisdicción de la cual vamos a ocuparnos ahora es la de Puerto Plata, poblada con 4.000 ó 5.000 almas. He tardado en ocuparme de ella, porque lo poco bueno que he dicho de las otras, me haría sospechoso de parcialidad y de ser, con fútil razón, enemigo de la unión, cuando tantos otros parecen partidarios de la misma.

El estuario de Puerto Plata, susceptible de buena defensa, estratégicamente colocado a barlovento de la Colonia Francesa, tiene además la ventaja de ser la salida más cercana al mar con que cuentan las ciudades de La Vega y Santiago. Situado al extremo de una llanura muy apta para diferentes cultivos, a la cual la antigua villa de Puerto Plata debió sin duda su existencia, aún podría extraer grandes riquezas del interior de sus montañas, por la parte en que ellas vierten sus aguas al mar. No puede desearse mejor tierra para el café que algunos rincones de esas mismas montañas, tales como el valle de Yásica.



Fuerto Plata puede llegar a ser algo más de lo que es y ofrecer sólidos recursos a la industria y al comercio nacional. Pero es preciso para ello contar con brazos, y... dónde conseguirlos?

El francés siempre ha temido la estadía en las Colonias. Ninguno había antes de la Revolución que no se espantara de llegar a ellas por primera vez, y, en verdad, sin el ejemplo de las cuantiosas fortunas que en estas Colonias se han amasado, las personas pobres y sin recursos que a ellas han pasado no habrían sido tan numerosas. Además, el francés vivía también entonces bajo un odioso Gobierno que condenaba a todo hombre a un oscurantismo eterno y a un trabajo invariable, independiente del talento que tuviere, a no ser que fuese nacido de tal o cual linaje. Por otro lado, los desórdenes interminables de aquella Sociedad compelián fácilmente a muchos franceses venir a buscar fortuna y más igualdad en Santo Domingo, donde los hombres sólo estaban divididos en dos castas: los Blancos, iguales todos, y los Esclavos. Sin embargo, no se vio jamás a ningún blanco dejar de dar las más grandes quejas a su País de todo lo que le evocaba la Moral y la Física. El trato horroroso que experimentaban los negros le atormentaban durante un largo tiempo; no lograba acostumbrarse a los frutos y demás víveres tropicales; le desesperaba, sobre todo, verse devorado, como se veía frecuentemente —así les ocurrirá a los nuevos habitantes que pasen a la Parte Española— por algunos insectos propios de la tierra, como Jeyenes, Mosquitos y Maringuinos, los cuales no parecen retirarse más que con el sol y no querer ceder más que a este astro, tan implacable en Santo Domingo para el europeo, su derecho a hacerle sufrir todavía más en sus rudos trabajos, de manera que podía considerarse feliz si le permitían acabarlos, cosa bien rara para el recién llegado.

Este cuadro auténtico de todos los sufrimientos que padece un europeo abandonando lo que él tiene de más querido en el mundo para venir a establecerse en Santo Domingo es bien conocido. Y sintiéndolo perfectamente, ¿cómo creer entonces que Francia, que no en valde ha hecho gemir a todos los Reyes de



Europa en su propia impotencia, quiera perder así como así brazos estimables para su propia agricultura? ¿Cómo creer que Francia, reconocida aun antes de la Revolución como el más delicioso país para ser habitado en Europa; cómo creer —repito— que ella habrá de proporcionar a este mortífero clima hombres que podrán cultivar en la misma Francia, con tanta ventaja para la Nación como gozo para ellos, lotes de tierra de primera clase, que han sido infinitamente parcelados por la Revolución y que sólo eran antes sacrificados al beneplácito y a las fantasías de los Grandes, del Clero y de la Nobleza? ¡A! Dejemos de soñar con semejantes posibilidades. ¿Se vendrá al contrario de todas partes a encontrar el suelo de la Razón tan privilegiado por la Naturaleza? El campesino mismo, feliz de ser francés, nunca abandonará ya el terruño que le ha visto nacer; dará plena satisfacción a sus necesidades bajo las Leyes de la República; no irá más a envilecerse a París; menos aún vendrá a buscar la miseria a Santo Domingo, donde yo dudo que se puedan ver llegar más franceses que aquellos que ya tienen aquí propiedades.

No se debe contar, pues, para el asentamiento de las feraces tierras de Puerto Plata y cuantas se hallan al Este de esa ciudad —aguas vertientes al Norte—, y que yo juzgo todas excelentes; no se debe contar —repito— con los labriegos que podrían traerse de Francia, con lo cual este territorio queda condenado a ser eternamente baldío, a menos que logremos introducir en él muchos agricultores negros, quienes contratados por un cierto número de años y ocupados en terrenos muy productivos, indemnizarían al colono de todos los gastos que ellos pudieran costarle.

La jurisdicción de Puerto Plata, muy poblada, rica incluso por su suelo, no puede brindar más grandes recursos a Francia que las de Santiago y Monte Christi, por razón, precisamente, de esa falta de negros, de manera que al igual que lo que yo dije de estas dos últimas, la unión de aquella otra al territorio francés habría de ser también onerosa en exceso para nosotros.

Hasta aquí sólo hemos considerado estas tres jurisdicciones de Monte Christi, Puerto Plata y Santiago bajo el aspecto agrí-



cola, y no nos hemos preocupado de otra cosa, por así decirlo, sino de su suelo, del cual ya apenas queda nada por comentar. Pero es en torno a los tesoros encerrados en el seno de sus tierras, que estamos desde hace siglos acostumbrados a valorarlos por encima de todo y de donde se obtienen todavía diariamente algunas muestras, las cuales fueron por mucho tiempo objeto de la mayor importancia para España, sobre los que abrigamos justas razones para poder contar aún con este género de riquezas, que exigen pocos brazos y requieren escaso tiempo, a fin de ofrecérselas a la Nación, que es quien debe disfrutar de ellas como del producto más valioso. Los diferentes descubrimientos ya realizados y proseguidos por el ciudadano Guizond, acrecientan enormemente la esperanza que se permite tener de unir al territorio de la República aquel que constituye el objeto de esta Memoria, y a pesar de los numerosos razonamientos que al respecto pueden presentarse, y que todos parecen obstaculizar la facilidad de una pronta fusión, por lo mismo que estamos lejos de considerarla imposible, nos hemos empeñado incluso en dar a continuación de cada motivo de temor los remedios que juzgábamos más apropiados para atenuarlos o hacerlos desaparecer. Si se añade a los remedios propuestos una elección de hombres sabios y poco numerosos para impulsar el reconocimiento de las Leyes de la República en Santiago, Puerto Plata y Monte Christi, creo que el éxito podría corresponder al deseo de la Comisión. Yo sugeriría entonces enviar al ciudadano Kerverseau en calidad de delegado; juntamente con Espaillat, al ciudadano Grande, sobradamente conocido y amado por los españoles, le haría Comandante de las Fuerzas Armadas; al ciudadano Neive podría nombrársele como Administrador. Procuraría también despachar con estos varones elegidos, acompañados cada uno de su Secretario, las guarniciones necesarias para los diferentes lugares, donde ellas quedarían mandadas por el oficial más veterano del Destacamento. Este comienzo metódico agradaría infinitamente a los españoles, a quienes, entre mil cuentos disparatados con los cuales se les ha aturdido, no ha faltado quien les haya hecho creer que los franceses no veían llegada la hora ni el momento de entrar en su territorio para hacer



allí fortuna, y que a esto vendríamos nosotros en el mayor número posible.

El establecimiento de estos elementos de gobierno debería, sin embargo, ser solemne. El alojamiento del Delegado ya se conoce y le asegura toda facilidad para poder aumentar de inmediato el número de las personas ligadas al Gobierno. Pero él debe dedicar al principio largos ratos a múltiples negocios y alardear de todo aquello que no sea sino costumbres dulces y sencillas. El lo observará todo durante esos momentos, y así podrá tomar disposiciones sabias y convenientes para el País, donde le bastará sin duda anunciar que él busca ser amado para estar seguro de triunfar.

Por otra parte, es bueno recalcar que tocante al sistema para tomar posesión de la Parte Española, la ciudad de Santiago es la que ofrece, con mucho, las mayores probabilidades de éxito. Situada a escasa distancia de nuestra Parte Francesa, con la cual ella se comunica habitualmente mediante un magnífico camino, resulta la mejor colocada de todas para establecer relaciones comerciales por tierra y mar con nosotros. La jurisdicción de la que ella es capital, es una de las más pobladas de la Parte Española, y ninguna otra presenta tantas ventajas para alcanzar la libertad de comercio que le está asegurada. El cambio de Gobierno, por otro lado, no quitará nada a Santiago, antes al contrario hará de ella la residencia principal de los Poderes constituidos para la región Norte de esa Parte Española. No sucederá lo mismo con la ciudad de Santo Domingo, residencia actual del Gobierno y de todos los Tribunales. El instante de la unión tendrá que ser forzosamente fatal para dicha ciudad, la cual no conservará, al igual que otras capitales de Departamento, nada más que aquello que estrictamente pertenezca al sistema simplificado de nuestro nuevo Gobierno, añadiendo a esta primera pérdida la que provocará la disposición de cuanto corresponda al orden eclesiástico, y que es sin duda lo que hay de más rico y de mayor popularidad en Santo Domingo. (31).

(31) No era la primera vez que se pretendía convertir a Santiago en Capital. Así fue en años anteriores. (Ver *Relaciones históricas de Santo Domingo*, Vol. I, 1942), proyecto realizado en tiempos de la República, fugazmente, por obra de la Constitución de 1858.



No debemos titubear, pues, que de intentar en algún lugar de la Parte Española la introducción del nuevo Gobierno con esperanza de éxito será en Santiago. En esta ciudad no pueden encontrarse más que ventajas fáciles de percibir. Ella es aún la única que podría prometérnoslas aún mayores, y estas consideraciones son suficientes para hacernos emprender todo lo que sea, comenzando por atraernos a sus habitantes. Vale la pena, con todo, a pesar de la debilidad de nuestros medios, buscar la toma de posesión en el momento presente de esta jurisdicción, en vez de esperar más (con el anhelo de recibir medios mucho más poderosos) el instante en que creemos poder tomar a la vez posesión de todo. La operación se volvería infinitamente más complicada y difícil. Habría demasiados descontentos producidos en ese mismo instante, y debemos convencernos, sobre todo, que es por medio de la persuasión y no por la fuerza, como nosotros podremos penetrar en todo el País, y, más aún, permanecer en él.

VINCENT





**RESUMEN DEL VIAJE HECHO DEL CABO A SANTO
DOMINGO A COMIENZOS DEL MES DE BRUMARIO
DEL AÑO 7 (1798) POR EL C. VINCENT, DIRECTOR DE
LAS FORTIFICACIONES DE LAS ISLAS DE
SOTAVENTO (32)**

Informé al Gobierno de mi conducta desde el mismo día de mi llegada a la Colonia hasta el momento en que partió el General Hedouville, partida que ha requerido mi viaje a Santo Domingo, donde me dispuse a escribir este resumen, pesándome sinceramente de haberme ocupado en esto, por ser un objeto civil y en cierto modo ajeno a mis deberes y ocupaciones como Oficial del Cuerpo de Ingenieros. Pero una vez prestado el informe de una misión y de un viaje sumamente interesante, comprendí que si hubiera podido disponer de mi persona, me hubiese ocupado de unos asuntos que siempre habían merecido toda mi atención.

Es aún con esa intención que yo marché desde Santo Domingo a Port-Republicain deseando visitar lo antes posible todo aquello relacionado con mi servicio en este último lugar, desde donde yo he podido reintegrarme con gran facilidad y gran con-

(32) En la carátula dice *Precis d' un voyage du Cap a Stó. Domingo pendant les mois de Brumaire et de Frimaire an sept* (22 octubre a 20 diciembre 1798). Es de observarse lo dificultosa que ha sido esta traducción. Pero, los investigadores podrán, a su arbitrio, consultar las Xerocopias de los originales existentes en el Archivo de la Fundación Rodríguez Demorizi.



veniencia para el servicio en los puntos fortificados del Arca-haye, Saint-Marc y los Gonaives.

Abandoné Cap el 13 de Brumario en la tarde, en compañía del ciudadano Thomany, capitán de la Guardia Nacional. Los dos perseguíamos el mismo propósito: llevar al Comisario Roume, residente en Santo Domingo, los oficios de la municipalidad y del General en Jefe que invitaban a ese ciudadano a regresar a Cap para asumir allí la posición de agente particular del Directorio. Las últimas palabras que nos dijo el General en Jefe en el momento de nuestra partida, fueron: "No dejen de traer al ciudadano Roume. Pónganse a uno y otro lado de él, y tráiganle como sea". Nadie como yo podía desear tanto el éxito de nuestra gestión.

Pernoctamos el mismo día 13 en el barrio de Caracole, observando por dondequiera una gran calma y las cosas en un estado infinitamente satisfactorio en todo aquello pertinente a los cultivos.

Almorzamos al día siguiente, 14 Brumario, en la habitación Vaublanc, en el barrio de Ouanaminthe, y vinimos a dormir a Dajabón. Las barriadas de Ouanaminthe y de Maribaroux no ofrecen aún suficiente progreso en su establecimiento como los lugares que nosotros recorrimos la víspera. Sin embargo, allí, la tranquilidad nos pareció asegurada. Y en un suelo tan fértil, las grandes ventajas sacadas por el trabajo de los agricultores, harán que las llanuras de Ouanaminthe y de Maribaroux no sean inferiores en cultivo y producción.

El interés que teníamos en apresurar nuestra marcha y el deseo de aprovechar el fresco de la noche, nos hicieron salir de Dajabón a las tres de la madrugada. El hombre más curioso del mundo no tiene nada que sentir al atravesar en la oscuridad de la noche el país que estábamos recorriendo; la tremenda monotonía del paisaje, de sabanas inmensas, yermas de animales que hacen su ornamento y riqueza, la necesidad de agua, la cual raramente se encuentra en los más profundos arroyos que sirven de desagüe al agua de las lluvias y de fuentes del país. Tal es más o menos durante esta primera jornada en la Parte Español-



la el aspecto monótono del inmenso terreno que se atraviesa; terreno continuamente terminado al Sur por la cadena central del Cibao y al Norte por el mar. Habremos de convenir, sin embargo, que de vez en cuando algunos bosques de alto follaje embellecen y animan el paisaje. Esto ocurre, sobre todo, en las pendientes de los arroyos y en su lecho. Allí se encuentran estas parcelas de bosques que la humedad del suelo engalana perennemente del más bello verdor; y la vegetación que festonea el cauce de las caudalosas aguas del río Yaque, así como aquellos que allí se acercaron para ser vivificados por la frescura de su caudal, son igualmente frescos y muy vivaces.

Hay dos caminos para ir desde Dajabón a Santiago. El más corto es aquel que acorta ventajosamente los montes y que pasa un gran número de torrentes que desaguan todo en el Yaque, río que desde Santiago conserva su nombre hasta desembocar en el mar. Es un poco más abajo de la confluencia del Guayubín con el Yaque que pasa el segundo camino que va de Dajabón a Santiago. Tiene más de dos o tres leguas que el anterior, pero él asegura al viajero el medio de no ser detenido para nada ya que existe un *cañón* sobre el Yaque que permite pasar el río. Pero a veces los arroyos multiplicados que atraviesan el camino más corto se oponen frecuentemente por el volumen de sus aguas a la marcha de quienes lo recorren.

Nosotros preferimos, por razones de seguridad, el camino más largo. Y después de haber pasado el Yaque a siete leguas de Dajabón, caminamos tres leguas más para dirigirnos a Hato del Medio, donde pasamos la noche.

Abandonamos este paraje de poca quietud y miseria extrema, antes de amanecer, y nos dirigimos a comer en casa de un hacendado español. Desde aquí fuimos a dormir más allá del Hato de Esperanza.

Particularmente es durante esta segunda jornada que con toda razón advertimos que viajábamos por un país extranjero y, sobre todo, muy pobre. Por allí no se encuentran más que muy raramente bohíos del más ínfimo valor e infinitamente descuidados, que son las viviendas de hombres propietarios de



terrenos inmensos, por lo general cultivables y solamente adecuados para pasto de numerosos animales. Estos hombres sobrios en exceso, son conocidos bajo el nombre de *hateros*, no viven más que de lacticio, pocas veces comen carne, la cual les gusta mucho y pueden obtener a precio módico. Pero nada hay que los haga abandonar sus normas de sobriedad y de avaricia. Por ello, es en el *hatero* español donde encontramos el modelo más auténtico del rico en naturaleza. Viviendo, como ya lo hemos dicho, en cabañas malas, abiertas a la intemperie, y de las cuales, las mejores no le cuestan más que un poco de trabajo fabricarlas. Además tienen la ventaja de no tener que hacer ningún gasto para su vestuario. El cálido clima de Santo Domingo les pone en el caso de no distinguir para nada el cambio de las estaciones, y ellos parecen en su mayor parte no cubrirse más que por respeto a la decencia, virtud que no parece ser demasiado exigente a sus ojos.

Un estudio más detallado de la vida de los *hateros* españoles los pondría a la cabeza de una economía sumamente moderada, pero capaz de llenar todas sus necesidades sin jamás tener que gastar nada fuera, de tal manera la buena naturaleza ha sido pródiga con ellos que sus bohíos, sin puertas ni ventanas, son una semejanza de *na gales* alineados, sembrados verticalmente en la tierra y sujetos juntamente en medio de otros horizontales, a los cuales los verticales son atados con la útil liana de los bosques; la bella y amplia yagua forma su tejado impermeable al agua; y sus viviendas al abrigo de este último elemento no les preocupa tanto por sus construcciones que forman un todo perfectamente ligado en todas sus partes, como por la facilidad con la cual el viento encuentra por doquiera el medio de correr. El fuego que sería siempre peligroso hacerlo dentro, habitualmente se hace a pleno aire y a cierta distancia del bohío, a fin de que sus efectos nunca puedan alcanzar éste. Se siente, en fin, que los temblores de tierra, bastante frecuentes en Santo Domingo, no pueden causar ningún daño a conjuntos así construidos, tan ligeros y fijados en tierra y sujetados en todos sus puntos. Es por otra parte constante que si contra toda verosimilitud, la casa fuese abatida, la caída de sus restos po-



dría ser soportada por su propietario sin ningún riesgo para su vida.

El lecho ordinario del hatero es un simple cuero de vaca, lecho sobremanera sano en un país tan cálido. Algunos lo forman con una especie de encañizado en palos soportado por algunas estacas (o pilotes). De este modo se procuran una cama sobre la cual se tienden envueltos con un pedazo de tela; pero esta tela *está* siempre escrupulosamente doblada durante el día y es en la hamaca tejida en forma de red y con cáñamo proveniente de pita, cabuya especie de madero que recogen ellos mismos, donde ellos reposan durante los muchos momentos que ellos conceden cada día a la pereza y al ocio, en buena parte legitimados por el ardiente calor del suelo que ellos habitan.

Tales necesidades pueden llamar al hatero español a ser industrioso, como acabamos de ver él siempre está bien alojado y suficientemente vestido. La naturaleza le prodiga por sí misma y sin esfuerzo alguna alimentación abundante, entre la cual él prefiere el plátano, la batata, la leche y la carne secada al sol de ciertos animales salvajes o de los de su mismo rebaño. Y si después de haber hablado de su lecho, buscamos cuáles son los demás muebles de su uso, se encontrarán en gran número y de todos los tamaños calabazas, *caconnes* y otros frutos del país los cuales le procuran en todas sus formas todos sus vasijas y muebles indispensables para sus necesidades diarias, la menor tabla, frecuentemente un largo tronco de árbol les sirve de mesa, en torno a la cual se sientan pocas veces, pues lo más frecuente es hacerlo sobre la osamenta blanca y descarnada de una cabeza de res, animal que nos brinda abundante amparo. La noche, en fin, bastante desagradable en Europa para las familias acomodadas sea por razón de las precauciones que ella exige contra un frío intenso, sea por razón de la defensa que entraña la ausencia de la luz; la noche no es molesta bajo este clima para el hombre de la naturaleza; ella le ofrece con todos sus encantos el sosiego de un clima por temperado, ella le ofrece también cada tarde los animales que vienen a traerle el tributo que asegura su alimentación; él encuentra en fin, por cada lado el medio de alumbrarse haciendo uso de la antorcha que la naturaleza le suministra



abundantemente en la planta desecada del áloe, la cual se quema esparciendo en torno de sí un agradable perfume y la más alegre claridad.

En medio de tantas ventajas, el hatero español, que encuentra todo al alcance de su mano y no conoce necesidad alguna; este hatero —repito— sabe conservar un carácter de gran independencia, es en efecto lo que más grandemente manifiesta. Extraño a toda suerte de civilización más elemental, su carácter independiente parece todavía robustecerse con la poca atención que él presta a todo el que se presenta ante él. Los franceses que atraviesan sus posesiones, sobre todo después del comienzo de su Revolución, perciben de inmediato su actitud poco confiada y les sería bien difícil no reconocer más que el hábito y el placer de sus huéspedes serían de vivir solos en medio de sus rebaños, de los cuales la frecuencia jornalera y el imperio absoluto que ellos ejercen sobre seres débiles y tímidos les da un fondo de dureza que se hace notar por doquiera en torno a ellos y más particularmente para estar seguro la numerosa Corte de perros que le siguen siempre para ayudarles en la búsqueda de sus animales. Nada no es más extraordinario que de ver alrededor de ellos viejas personas condenadas a vivir en una escualidez extrema, de las producciones vegetales y poco alimenticias del suelo, ellos deben morir desde el momento que no puedan hacer uso de todas sus fuerzas para servir a sus amos; igualmente leales a los más buenos como a los más malos estos fieles, leales, bondadosos amigos del hombre llevan frecuentemente largas cicatrices que atestiguan los crueles castigos que les hacen a menudo sus amos, necesariamente duros, y siempre prestos hacer uso del machete que ellos tienen siempre a su lado, y que jamás abandonan solamente cuando se entregan al descanso durante la noche.

Después de estos largos retardos, quizá un poco fuera de lugar, continuaré la narración de mi viaje, que he dejado en la segunda jornada tras mi partida de Dajabón. Nosotros pasamos la tercera noche a cuatro leguas de *Santiago*, llegando al día siguiente por la mañana a esta última villa después de recorrer por un bosque un camino generalmente cubierto, y consecuente-



mente, menos cruel para el viajero a causa del calor horrible que quemaba el suelo que atravesábamos.

Nuestra estadía en Santiago, ciudad pequeña y hermosa, situada en una posición agradable y con un clima muy bueno, hubiese sido larga, si nosotros nos hubiésemos logrado las demandas que hicimos al cabildo para obtener animales. Debemos comprar muy poco sobre las órdenes precisas de las autoridades para procurarse caballos, monturas y otros animales de carga, y se debe sin titubear, para no perder tiempo, hacer contratos particulares con los habitantes a fin de procurarse lo que se puede necesitar. Esto fue lo que hicimos en Santiago. De allí partimos el 18 para seguir nuestra ruta.

Nuestra primera parada, saliendo de Santiago, fue hecha al borde del Camú, cerca de la ciudad de La Vega, colocada en lo alto del magnífico sitio, más fértil, más sano y de la más vasta llanura de Santo Domingo. Es en esta ciudad, poco importante y construida con vallados de madera de palma cubiertas con la hoja del *latanier* (yagua), es en sus alrededores que se puede gozar del aspecto más agreste y del paisaje más animado de las cadenas de montañas bastante distantes unas de otras para dejar en el valle que ellas forman una largura de muchas leguas en dirección Este-Oeste, vertiendo en la llanura de La Vega abundantes aguas de fuentes, que viniendo de cimas poco elevadas y poco rápidas benefician el terreno que ellas riegan sin estropearlo, y van a dar al río Yuna, el cual corre por en medio de la llanura donde ellas corren un caudal de agua suficiente para llevar barcos y trasladar al mar todos los productos de esta región, frutos inmensos proporcionados de los más bellos árboles, es lo que todos se elevan del rico suelo del valle, a una altura casi igual presentando a la observación por encima de ellos el cuadro vivo más raro y más variado en colores, desde el verde más intenso del caobo a la blancura verdeante de la palmera, o al calor rojizo del caimito, y a todas las variedades de este género que la naturaleza más espléndida en la llanura de La Vega que por todas partes asoma con profusión.

Pero si el amante de la naturaleza está en su derecho de procurarse gozos auténticos contemplando este paisaje, tan rico



como variado, no tardará apenas en caer en la cuenta que este magnífico valle que desciende tan suavemente hacia el mar por una soberbia bahía, podría llegar a ser infinitamente más productivo y precioso si estuviese bien cultivado. La llanura de La Vega, elevada en su parte alta en más de ochocientas toesas sobre el nivel del mar, ofrece el clima más suave y más adaptado a los europeos. La riqueza de su suelo, según atestiguan tantos productos vegetales de los cuales está él ricamente cargado, asegura que el azúcar, el café, el añil y el tabaco se darían allí muy bien. También el comercio de maderas sería un objeto digno de atención para todos los negociantes, sobre todo, en razón de la facilidad que ofrecería el medio de transportarla hasta el mar, bastaría igualmente elevarse bien poco más arriba de la llanura para procurarse el beneficio de cultivar el trigo y recoger así la harina suficiente para tantas necesidades de la vida.

La explotación de esta rica llanura decidiría en fin al Gobierno a apoderarse de la Bahía de Samaná, uno de los puntos de la Isla más importantes para ser ocupado. La ventaja que él tiene de estar al centro de nuestras posesiones le hace infinitamente valioso, y es más que probable que él haría muy difícil al enemigo hacerse dueño del Canal de Puerto Rico, si nosotros ocupamos la cabeza de la Isla. Por eso, toda la defensa de los establecimientos de la más rica y de la más fértil llanura de Santo Domingo, de donde los franceses europeos obtendrían bien pronto riquezas inmensas recaría sobre la Bahía de Samaná, porque el valle de La Vega está por todos sus lados cerrado a cualquier acometida de fuera.

Así, pues, sin duda alguna que nos atrevemos a avanzar que todos los proyectos de asentamientos nuevos a considerar para el mayor beneficio de las personas y de la República en Santo Domingo, ninguno parece comparable al de un establecimiento a fundar en el valle de La Vega, establecimiento —de nuevo lo repito— cuya protección se reduciría a ciertas defensas que construir para asegurar la Bahía de Samaná, que es la mejor de la Isla de Santo Domingo y que ha sido fortificada después de largo tiempo, si ella hubiese pertenecido a los franceses, cuyo Gobierno no sabría tomar hoy en consideración un objeto



de más interés para esta vasta Colonia. Puede añadirse a esto, que la parte posiblemente más rica, o al menos, la más fácil de explotar en Santo Domingo sería la vertiente de las aguas adyacentes a la llanura de La Vega que vierte al Norte y que se encuentra comprendida al viento de la Isla entre los puertos de Samaná y Puerto Plata; no se sabría demasiado decir que nada debe parecer más importante que hacer asientos en esta productiva tierra, donde el clima temperado permitiría toda suerte de esfuerzos a los franceses de la metrópoli, y donde las ventajas del suelo concurrirían con la de la posición general en la dirección del viento de la Isla, para hacer de ella una de las más florecientes partes de nuestra Colonia.

Es sobre las orillas del Camú, vecino a La Vega, donde yo abandoné el relato de mi viaje, para ceder al encanto de decir algunas cosas interesantes sobre la llanura de La Vega, adonde entramos en la tarde para ir a dormir a dos leguas más allá de la margen izquierda del Camú.

Al día siguiente, 19, nosotros atravesamos una parte rica en pastos y conservando apenas más que unos cuantos animales debido a la gran sequía del pasado año, que a razón de las entregas son muy considerables que han sido hechas a los ingleses. En la tarde pasamos por el lugar de Cotuí, desde donde fuimos a dormir a corta distancia de esta villa, la cual vale mucho menos que La Vega, y donde se encuentran, al igual que en este último lugar, algunos franceses refugiados, principalmente médicos.

Nuestro viaje durante el día 20 fue ciertamente penoso. Los caminos abiertos en una región que cada vez se iba haciendo más montañosa y destrozados por los aguaceros, retrasaban nuestra marcha. Comimos, según costumbre, debajo de un árbol, y por la tarde llegamos a la elevada Sabana de. (*), donde nos acostamos.

La jornada del 21 fue todavía más penosa que la anterior. Nosotros hallamos efectivamente caminos tenidos en toda ocasión como pésimos, absolutamente anegados por las abundantes

(*) En blanco en el original manuscrito.



lluvias que caen después de largo tiempo. Un horrible huracán que había tenido lugar poco ha, y de tal calibre, que los habitantes no conservaban idea de otro parecido, abatió la mayoría de los árboles más corpulentos, y la estrechísima vereda se encontraba frecuentemente obstruida por gruesos troncos que obligaban a dar unos rodeos excesivamente molestos, nosotros vinimos a dormir a la sabana de San Pedro, luego de haber atravesado caminos espantosos y jamás olvidados de aquellos que han caminando los montes de la Paciencia, de Piñal y de Lolme. Nosotros deberíamos haber llegado el 22 a Santo Domingo. Pero nuestro estado de fatiga, la situación de los caminos, y más que nada, la ignorancia de nuestro guía, que se perdió, nos forzaron a ir a dormir a tres leguas de la ciudad, adonde arribamos el 23, después de haber seguido durante cosa de dos leguas el curso del Ozama, bellissimo río, de plácida corriente, y cuyas tierras en ambas orillas no han sido todavía más que muy raramente sometidas a los trabajos de la agricultura.

Ha sido luego de nueve días y medio de fatigosa y lentísima caminata a causa del mal estado de los caminos que anduvimos para terminar dimos por concluido nuestro itinerario de Cap a Santo Domingo.

Esta última ciudad es uno de los puntos del mundo que yo más había deseado conocer. El interés que yo tengo en la magnífica Isla de Santo Domingo, la primera urbe importante que sus conquistadores soñaron en construir; el alcázar que elevó el hijo del gran Colón; la de su padre; la iglesia donde los restos de este hombre extraordinario han reposado durante mucho tiempo, todo ello me hacía desear ver esta antigua capital de la Isla, de la cual yo me había formado, desgraciadamente, una idea demasiado elevada de acuerdo a sus ventajas particulares, y, sobre todo, a la descripción que de ella hace Charlevoix. Existen sin embargo algunos edificios (casas), especialmente templos que testimonian en alto grado la grandeza de aquellos que los construyeron. Pero, hablando en general de la ciudad de Santo Domingo ya muy decaída de su antiguo esplendor, y que va perdiendolo más y más cada día, está situada en la desembocadura del Ozama en el mar, sobre la margen occidental de dicho



río. Ella se encuentra rodeada en gran porción de su contorno por el río y por el mar, los cuales dan a todo el lugar una temperatura húmeda singularmente aumentada por la desigualdad del suelo que vertiendo del Norte al Sur por pendientes demasiado rápidas no conducen sin embargo parte por una misma pendiente sus aguas hasta la mar, detenidas al contrario por la orilla del Ozama, elevada a unos 50 pies por encima de la desembocadura del río, lado Sur-Oeste, ellas están detenidas por una pendiente opuesta a permanecer un más largo tiempo en la ciudad, donde ellas socavan el suelo de las calles antes de llegar a su destino, y es frecuente observar en la urbe muchos muros, sobre todo los de las gradas, graderías, escalinatas y escaleras excavadas hasta sus cimientos, lo que es peligroso en un país expuesto a temblores de tierra (terremotos). Una tercera causa que seguramente contribuye mucho a la humedad poco saludable del aire, etc., de las casas de Santo Domingo es debida al género de construcción de ellas, que es siempre de material firme de un gran espesor; la facilidad que tiene el español de encontrar canteras por doquiera que él cava, hace que no construyese más que de cantería demasiado pesada, y por esta razón muy adecuada para retener la humedad. Las fuentes faltan también alrededor de la ciudad. Por eso, sus vecinos se ven forzados a construir aljibes para asegurar sus provisiones de agua, lo que hace que todas las casas estén cubiertas por terrazas casi horizontales, género de cubierta que mantiene mucho la humedad.

La ciudad de Santo Domingo, aunque muy bien trazada, no goza sin embargo, de la ventaja de la mayoría de nuestras ciudades de la Parte Francesa, generalmente construidas sobre terrenos con una pendiente hacia el mar sensiblemente regular; se estima ordinariamente siguiendo las calles de estas villas que dan vista al mar la ventaja de ver la rada y los navíos que la llenan. En Santo Domingo, la elevada orilla occidental del río impide absolutamente que el Puerto pueda ser avistado, y es preciso estar en lugares muy abandonados para ver los buques fondeados en el río.

Los alrededores de Santo Domingo son, por lo general, muy poco productivos, y la roca en allanada explanada se encuentra



enseguida comúnmente bajo una capa de tierra poco espesa, de suerte que ella está casi siempre sin cultivo, lo que la priva de estos grandes atractivos y de esta apariencia de riqueza que, si bien en los alrededores de los pueblos grandes, y que son también la principal fuente de nuestras ciudades de la Parte Francesa. Si se observa, por otro lado, que el puerto de Santo Domingo es un puerto peligrosamente abierto a los embates del Sur, que los buques grandes no pueden anclar allí seguramente y que aquellos que calan trece o catorce pies de agua difícilmente pueden ser introducidos en el Puerto, habremos de convenir que múltiples y poderosos motivos contrarían la elección que se ha hecho para capital de la Colonia de un lugar cuyo puerto es impracticable para los grandes navíos, y cuyos alrededores por tierra no ofrecen ningún recurso para el cultivo de los principales frutos de la Colonia.

Se siente, en efecto, que las villas de las Colonias que no pueden ser y sostenerse por el comercio de cambio cuales están en el caso de hacer de los objetos de su cultivo con aquellos de la metrópoli, deben para su interés buscar puertos rodeados de los productos del país. Puede con justicia observarse en apoyo de esto que también largo tiempo que la explotación de las minas del Cibao, San Cristóbal y otras partes de la Colonia ha sido hecha por Santo Domingo, esta ciudad ha sido muy poblada y ha gozado de un gran esplendor. Pero desde el momento que la sola rama del comercio que la alimentaba ha cesado, ella ha debido perder su categoría, ella pierde cada día más, sobre todo después del Tratado que la cedió a Francia, y hoy apenas se ve para ella otros recursos que aquellos que tiene derecho a esperar de su felicísima posición en frente y bajo a sotavento de la gran tierra de Caracas, Méjico y otras colonias españolas, y es indudable que el sistema comercial de Francia con sus propias colonias, ayudado por todos los capacitados en industria y por la habilidad de los negociantes franceses, llegue a hacer un día de la ciudad de Santo Domingo el depósito más brillante magnífico para el comercio; el fisco español debe temer mucho el momento en que las operaciones



activas de los comerciantes franceses viertan sobre la ciudad de Santo Domingo los ricos y abundantes productos de nuestra industria nacional europea.

Pero este último beneficio ventaja no es sin embargo debido más que a una ayuda que de cierta forma es ajena al puerto de Santo Domingo y puede decirse que este puerto no reúne todas las ventajas que presentan otros puntos de la costa, tales como el puerto del Macorís, cuya ventaja en su posición general está aumentada por los recursos sacados de un suelo rico, que se puede cultivar y que, por consiguiente, puede proporcionar a sus habitantes objetos de cambio independientes de toda ayuda ajena a sus propios recursos; lo que no permite vacilar en augurar que este puerto hubiese quizás merecido una justa preferencia sobre el de Santo Domingo.

Quizá se extrañarán de la severidad de estas observaciones. El esplendor que gozó la ciudad de Santo Domingo; la elección hecha por el hermano del inmortal Colón y aprobada luego por el mismo Colón, deben infinitamente prevenir a su favor. Pero unas breves reflexiones seguirán apoyando lo que nosotros adelantamos.

La verdadera riqueza de Santo Domingo se debe ver en la fertilidad de su suelo que da abundantemente géneros coloniales de primera calidad y que se hicieron necesarios para los europeos. Es la necesidad de estos productos ultramarinos que constituyen la riqueza de las Colonias; es el sitio cómodo que se ofrece a los barcos europeos y que recibe la cantidad de efectos necesarios. Eso fue lo que ha fijado el establecimiento de los principales pueblos de la Colonia francesa; y de acuerdo a esta idea verdadera, el pueblo agrícola de Santo Domingo, el negociante de Europa igualmente obligado a dirigir sus combinaciones hacia los puntos que les ofrecen objetos de cambio deben igualmente concurrir a colocar los almacenes comerciales en los puertos vecinos a las llanuras ya cultivadas o susceptibles de serlo. Este razonamiento no fue el de los españoles en el momento en que ellos llegaron a la Isla. El descubrimiento de al-



guncs granos de oro que las aguas habían arrancado de sus filones y llevados a lo lejos, les hizo pensar que la Isla les ofrecía extracciones abundantes de este precioso metal que los indios desdeñaban. Estas riquezas correspondían a la idea que ellos querían dar a sus grandes empresas, ellos estuvieron lejos de suponer que la más poderosa riqueza de la tierra que ellos acababan de descubrir, existía en la fertilidad de su suelo, y no soñaron con ser agricultores. Ellos atravesaron, por otra parte, los mares en esta época, sólo con carabelas de unas ciento o ciento cincuenta toneladas que desplazaban muy poca agua, y el puerto de Santo Domingo en el cual desemboca uno de los más bellos ríos de la Isla, pudo fácilmente merecer una justa preferencia. Una circunstancia, en fin como aquellas, aunque poco dignas de atención, juegan, sin embargo, un gran papel en los sucesos más importantes, contribuyó mucho en la selección hecha por el hermano de Colón: un oficial español obligado a huir de la parte Norte a causa de un lance de honor, se dirigió hacia el sur y vino a la orilla del Ozama. Cualquier español era entonces un ser sumamente interesante a los ojos de los buenos y apacibles indios. La cacica del lugar le distinguió de una manera particular, y le ofreció un asilo en su tierra, puso toda su confianza en él; no se detuvo ahí, deseó reunir a su lado un gran número de españoles y comprometer su primer amigo a ofrecerles la tierra de sus estados. El Adelantado hubo de ir sobre el lugar y eligió el sitio para asentar la villa, que él quiso fundar en la orilla izquierda del Ozama, donde, desde un principio fuealzada la villa. Pero un terrible huracán habiéndola destruido, fue a propósito mal reconstruida sobre la margen opuesta.

Se acaban de exponer los diferentes motivos que han podido determinar, en épocas pretéritas la elección que fue hecha del puerto de Santo Domingo, lamentando que esta elección no se haya hecho en favor de un puerto mejor, rodeado de un suelo más fértil, hay que convenir sin embargo. aquí convenir que la posición actual de Santo Domingo no reúne muchas ventajas dignas de haber fijado sus ojos los fundadores. Estamos aún persuadidos que podrá un día llegar a ser, con el genio de in-



dustria y con la actividad de sus nuevos dueños, uno de los puntos más comerciantes de las Islas de Sotavento.

El puerto de Santo Domingo está perfectamente defendido desde la costa del mar. Las baterías múltiples que se han establecido para su protección, y distribuidas a lo largo de su orilla derecha, escarpada e inabordable, aseguran que él está protegido de todo ataque de este lado. También, la costa lo defiende por sí misma hasta una distancia considerable, no viéndose en ella más que un solo punto por donde podría ofrecerse alguna posibilidad para efectuar un desembarco. Este punto que está ocupado y protegido por un cuadrado, fortificado regularmente y construido con gruesa mampostería podría ser infinitamente mortífero para sus defensores si fuese atacado, peligro que no es en absoluto verosímil hoy cuando Santo Domingo ha perdido su esplendor. Sin embargo se hizo un refuerzo esencial a este fuerte desde el comienzo de la guerra actual. Fueron establecidos dos reductos en tierra que defienden el acceso por sus flancos, y que unidos por un parapeto de comunicación, cubren a la vez su entrada contra las tropas de desembarco.

Los principales establecimientos militares de Santo Domingo están sabiamente distribuidos sobre el borde del agua. Ellos consisten en un puesto de artillería y objetos de recambio en una torre para las señales, sirviendo de prisión, capaz de alojar de 1.800 a 2.000 hombres. Todos estos establecimientos parecen encontrarse en muy buen estado y no necesitan reparación alguna.

La ciudad está cerrada por el lado de tierra con una muralla y tiene fuertes y terraplenes con un espesor de 4, 5 y 6 pies, coronada de un pretil almenado en mampostería de pie y medio de espesor. Los fuertes con una forma y con una capacidad poco defensiva están recostados sobre esta débil muralla, que no está protegida por ningún foso, excepto la puerta principal de entrada a la ciudad, delante de la cual se ha establecido un pequeño atrincheramiento en forma de media luna que no serviría de ninguna defensa. Su suelo, más bajo que el terreno circundante, dejaría ver hasta la hebilla de los zapatos y los encargados de



su defensa podrían ser alcanzados por las balas de los fusiles. La muralla de la ciudad está también sujeta al mismo inconveniente y no se puede dudar que desde la altura de San Carlos el enemigo tendría una gran ventaja para golpear una muralla extremadamente débil cediendo todos sus pedazos. Después de haber puesto en poco tiempo fuera de combate todos sus defensores todavía ofrecería una rampa que facilitaría el acceso rápido y fácil a la brecha abierta.

Pero es sobre todo la parte de muralla más elevada sobre el cauce del Ozama que el enemigo podría atacar con más esperanza de éxito. Esta parte no está de ningún modo defendido en su actual estado; es verosímil que en caso de peligro, sólo un navío colocado sobre el río procuraría un gran medio de defensa; pero en todos los casos el ataque de Santo Domingo se reduciría siempre a hacer fácilmente brechas y a escalar o intentar contra una vasta muralla de una notoria debilidad; y si esta misma muralla está hoy cuidadosamente mantenida, es por el sistema prohibitorio de los españoles que exige imperiosamente que ella lo sea para los intereses del fisco. Pero desde que los franceses tomaron posesión de ella, es muy probable que la ciudad cesará de estar tan cuidadosamente cercada. Se reconoce aún que no se ve gran provecho de que ella lo esté todavía.

Otro medio de ataque verdaderamente peligroso para Santo Domingo, sin poder ser decisivo, sería el que intentaría un enemigo dueño del mar y que fondearía bombarderos en la ensenada de La Caleta desde donde dispararía sobre la ciudad con mucha ventaja; un similar tipo de ataque poco costoso para el enemigo parece realmente a temer para la ciudad, y no se ve nada mejor para ponerle que el establecimiento de una batería en la Punta Este del río, desde donde sería posible despejar el fondeadero de La Caleta.

Siendo el objeto de mi viaje a Santo Domingo, como dije al principio, decidir al Comisario Roume a regresar a la Parte Francesa para hacerse allí cargo de la agencia particular, yo no olvidé ningún medio para persuadirle a trasladarse a ella. Pero



el Comisario creyó que no debería ceder para nada a mis instancias, y quiso ver antes de marcharse los decretos del Directorio que ordenaban su traslado. Por suerte, tales decretos existían en la Colonia. Pero fue sólo después de un mes de haberlos solicitado y esperar que ellos llegaran al fin a su destino, determinando la partida del Comisario hacia la Parte Francesa. Mi regreso a esta misma Parte fue decidido desde aquel momento, y me marché el 22 Frimario para Port-Republicain, donde deseaba conocer el estado actual de aquella plaza, y el del servicio de ingeniería en esta villa y en la de Lacroix-des-Bouquets, la Arcahayé, Saint-Marc y los Gonaives.

Yo salí el 22, a las cinco de la tarde, de Santo Domingo, para venir a dormir a un ingenio perteneciente a un español, hombre muy meritorio, llamado Aria Sabal (Oyarzabal). Este establecimiento es, sin duda, el más magnífico y el mayor de la Parte Española, aunque las construcciones atestiguan por doquier que el propietario tenía mucho dinero y el arquitecto mucha pesadez en sus ideas y estilo de construcción.

Pasé regresando de Santo Domingo sobre esta habitación, situada en Nigua, delante del pequeño cuadrado fortificado de San Jerónimo, desde donde, siguiendo siempre un camino llano y poco alejado de la costa, nosotros llegamos al río Haina, sobre cuya margen izquierda se encuentra un muro elevado como parapeto, capaz de defender la entrada al territorio de cualquiera tropa que hubiese efectuado allí una operación de desembarco. Este muro en parapeto está unido a una batería armada de muchas piezas de cañones, que apuntando hacia el mar guardan la entrada por el río.

Yo partí el 23, de madrugada, desde los bordes del Nigua para llegar a almorzar sobre las orillas del Nizao, antes de llegar tuve que pasar el Najayo, inmediatamente después, cerca de la costa durante un cierto tiempo, seguí caminando durante tres horas hacia el Oeste para llegar a Baní, atravesando una región bastante hermosa y la más poblada de animales. Una media legua antes de llegar a BnÍ se encuentra el poblado de Paya, si-



tuado sobre el río de este nombre, donde descansé dos horas. Después seguí mi camino hacia Sabana Baní donde yo pernocté.

Llegando al poblado de Baní que se observa que los cerros que desde Santo Domingo habían siempre parecido establecer bastante distancia unos de otros, de pronto se juntan para formar la bella y riente sabana en la cual la villa de Baní, mejor construida que La Vega y Cotuí, se encuentra asentada.

Viajaba durante la tarde de un hermoso día y con menos calor del que se podía sentir en Santo Domingo. Caminé durante cinco horas para llegar a Sabana Baní, pero jamás viajé con tanto placer en la Colonia. La ruta trazada en una bella región, a través de abundantes pastizales todavía poblados de animales en el mejor estado, la apariencia de comodidad de los hateros, generalmente menos mal alojados que en los otros lugares de la Colonia, el canto, en fin, de los pastores según iba declinando el día, canto tan común cuando regresan los rebaños, canto que anuncia tanto la presencia de la bonanza y de los gozos que sólo vienen de la vida del campo, y que yo no había jamás escuchado antes, todo me asegura que la región de Baní tenía grandes ventajas por encima de las otras regiones que yo había atravesado hasta entonces; y es sin duda durante el tiempo que yo permanecí en su territorio que yo disfruté los momentos más agradables de mi viaje. Pero como un mismo lugar no podía reunir todas las ventajas, el distrito de Baní ofrece raramente agua buena, o encontré allí solamente de la muy mala, durante la agradable tarde de la cual hablé, y el viajero debe tomar la precaución de hacer su provisión antes de salir de Baní, a fin de estar provisto de ella hasta más allá de Ocoa.

Si había atravesado un hermoso país durante la tarde yo debía encontrar en adelante uno de los peores que haya visto. Fue ese donde yo reposé, el cual no produce absolutamente más que *laloen* y el *opuntía* y la más mala madera *dura*. Pasé una desdichada noche en Sabana Buey. Me marché al día siguiente muy temprano sobre una elevación cercana para descubrir el mar y observar el puerto de las Calderas que puede procurar un asilo bien seguro contra cualquier tormenta, a la flota más numero-



sa y compuesta incluso de barcos de primer rango. Este puerto, el cual me ha parecido tener su entrada en dirección Este-Oeste, se halla formado por una lengua de tierra en forma de península que avanza para formar la Bahía de la Caldera, cuya entrada podía ser fácilmente defendida por baterías cuyos fuegos se cruzarían de una y otra parte de la entrada.

Regresado, a las ocho de la mañana, de mi visita al puerto de las Calderas, proseguí mi camino para llegar a Azua. Seguí durante una gran parte de la jornada los *Bozos* abrasadores del mar. Necesitaba descansar, cuando después de cinco horas de caminata, me detuve del otro lado de Ocoa, y de allí con tres horas de nuevas fatigas, llegué por fin a Azua, villa bastante considerable, bastante bien construida, gozando la ventaja de un pequeño puerto, un poco alejado de ella, pero esencial para su comercio que vivifica mucho una vasta salina situada a media legua del pueblo, el riachuelo de la Candela corre al Este y podría muy fácilmente ser puesto sobre la tierra, lo que haría de la villa de Azua un lugar delicioso para ser habitado. Pero el indolente español tendido en su hamaca goza del privilegio de no hacer nada. También es incapaz del menor esfuerzo del genio y de la fatiga más ordinaria, él no ve que un trabajo poco considerable bastaría para ahorrarle una pena de todos los días, una buena y apetecible agua que él va a buscar hoy con dolor al fondo de un arroyuelo, podría ser fácilmente llevada a su misma puerta y sería posible fertilizar el abrasado y árido suelo que está sin cesar bajo sus pies.

A una legua de la villa de Azua pasé el río *Jura*, cuya agua bien diferente de la que yo había encontrado en Baní, me pareció excelente. Sin embargo, este pequeño río, al igual que la mayor parte de los que uno atraviesa por este camino, está sin caudal. Esta falta de caudal obligó a abandonar ingenios de azúcar, que, según me han dicho, fueron de los primeros creados en la Colonización.

Luego de un reposo de dos horas durante el más grande calor, pero bajo un *Gayac* que procuraba la sombra más perfecta y que encontraba completamente dispuesto a ofrecer un



refugio a los viajeros fatigados, partí dispuesto a acercarme al río Neyba, donde yo hice provisión de agua para el resto del día, y fui a dormir a dos leguas más allá después de haber recorrido durante esa tarde un camino francamente pésimo.

Yo salí el 26, a la hora acostumbrada, es decir, lo más temprano que la indolencia y las costumbres de mi guía español me pudieron permitir, lo que no ocurría jamás antes de tomar un desayuno, que consistía principalmente en café con leche. Dos horas más tarde yo pasé el Neyba, desde donde sin alejarme mucho de la orilla derecha, llegué en cuatro horas de camino en el *Bassin* de la amplia llanura de Neyba.

Fue entonces que un espectáculo verdaderamente tan grande como nuevo para mí se extendió bajo mis ojos; yo veía al Este la orilla derecha del Neyba, que yo acababa de atravesar, y que podía ser regada por las aguas de este río que desembocan en el mar a cuatro leguas del mismo lugar donde yo estaba. Montañas elevadas al Norte corriendo de Este y Oeste respectaban un paralelismo sensible con las que le son opuestas al Sur y que muy elevadas, también de dirección Este-Oeste, forman la sierra del Bohoruco y dejan entre ellas la inmensa llanura de Neyba, larga de más de veinte leguas y ancha de tres a cuatro. Yo pregunté qué río recogía las aguas de lluvia y de las fuentes de estas dos cadenas, pues el Neyba parecía extraño la cuenca del mismo nombre. Cada uno me aseguraba que ellas no alimentaban ninguno, apenas podía concebir yo esto, cuando montando a caballo después de mediodía para irme al poblado de Neiba, yo reconocí que el suelo de la cuenca del río comprendido entre ambas cadenas de montañas era sensiblemente desnivelado sin que las aguas puedan correr de manera pronunciada y en consecuencia y no pudiendo sin que ellas caven ningún canal o lecho de río. Yo no quedaba todavía satisfecho, cuando yo fui advertido por pantanos de los cuales mi montura se desprendió difícilmente, pues abundantes aguas provenientes de la caída de las montañas remojaban absolutamente el suelo que estaba constantemente mojado; este estado del suelo y las abun-



dantes evaporaciones debidas necesariamente al calor más ardiente que yo he sentido en Santo Domingo, habrían bastado, sin duda, para explicarme por qué las montañas que yo veía no procuraban ninguna corriente de agua. Pero toda cavilación de este género debió cesar cuando yo seguí al día siguiente los estanques salados y salobres que forman realmente los grandes tanques que reciben y conservan las aguas de las pendientes de las lomas pro adyacentes.

Fue solamente después de diez horas de camino y a las nueve de la noche del 26 que yo llegué al poblado de Neyba con caballos agotados por la fatiga, y esto no fue sin pena que yo llegué a procurarme algunos para la tarde del siguiente día: 27.

Rara vez se ve un suelo más árido que el que yo recorrí sobre una longitud de quince leguas entre Azua y Neyba, es preciso exceptuar sin embargo algunas porciones de suelo pantanoso que alimentan unos cuantos vegetales de malísima calidad. El poblado de Neyba situado en el centro de un terreno bastante ingrato, debe necesariamente sufrir las consecuencias de la nulidad del suelo del cual es el lugar principal. También me ha parecido el más desolado y el más caluroso de la Colonia. No permanecí allí más que medio día y a pesar de ser la estación más fresca del año, no he sentido nunca calor más intenso en Santo Domingo. Las lluvias del Norte abundantes en otras partes de la Colonia al fin del otoño, y particularmente en Santo Domingo, jamás refrescan las áridas tierras de las llanuras comprendidas entre Azua y Neyba, y es necesario realmente estar acostumbrado a las fatigas de los climas para poder soportar las del viaje desde la ciudad de Santo Domingo a Port-Republicain en esta estación del año; la escasez de víveres es por otra parte extrema en toda esta región. Sus habitantes apenas tienen suficiente para su subsistencia, y hoy que los de Neyba cuentan con una guarnición de cincuenta hombres a alimentar, ellos mismos sufren realmente para poder llegar a suministrar a esta guarnición los víveres de la tierra indispensablemente



necesarios para su subsistencia; y más verosímil es aún que ellos puedan continuar suministrándose.

Abandoné la alea de Neyba el 27 a las tres de la tarde para continuar mi ruta hacia Port-Republicain. Encontré a dos horas de mi punto de partida el primer puesto de Barbaco, donde tuve que enseñar mi pasaporte. Yo pasé a una legua de allí *l'Ebrion*, y hallé una legua más lejos todavía el puesto de este mismo nombre, es al primer punto que debía dormir, y es así que lo debe hacer todo viajero que parta de Neyba a las tres de la tarde para llegar a Port-Republicain; pernoctamos en la segunda jornada al pie del cerro que separa la cuenca de la *Croix-des-Bouquets* del Neyba, sobre una pequeña meseta elevada a 50 pies por encima del estanque para llegar en la jornada siguiente a Port-Republicain.

No sería aconsejable otra distribución de los puntos de descanso, porque todo el camino entre el *l'Ebrion* y el punto indicado para la segunda noche está tan lleno de mosquitos e insectos de toda especie, que se hace imposible absolutamente imposible dormir. Otra razón debe aún determinar al viajero a pasar la segunda noche en el punto indicado: el trozo más pesado y realmente el más malo del camino es el de la loma que separa las dos cuencas, Neyba y la *Croix-des-Bouquets*, y se termina en el lago Saumatre. No es más que con grandes fatigas y aun peligro para los animales que se puede recorrer hoy, y es por esta razón que es importante dormir al pie de aquel cerro difícil, a fin de poder subirlo al día siguiente antes de la salida del sol, esa precaución disminuye mucho la fatiga. Pasado este pesado trozo de camino, que exige un tiempo de dos horas, se llega fácilmente en tres horas y por un buen camino al poblado de *Croix-des-Bouquets*, desde donde se puede, siguiendo siempre la misma ruta, llegar en otras tres horas a Port-Republicain, donde yo entré al fin el 29 a las dos de la madrugada.

La distancia entre Santo Domingo y Port-Republicain por Azua y Neyba es de 60 leguas, más o menos. Este camino es generalmente bello y a menudo muy agradable desde Santo Domingo, aunque esté cruzado frecuentemente por ríos bastante



caudalosos, de los cuales los principales son el Nigua, el Nizao y el Ocoa, capaces todos de detener al viajero en tiempo de lluvias ordinarias. Esta porción del país, aunque esté poco poblada, presenta un gran número de pequeñas fundaciones llamadas conucos. Ellas son la vivienda de numerosas familias, tan sobrias por su temperamento, como perezosas por inclinación y costumbre. Casi no se ve cultivo alguno alrededor de ellas; algunos platanales, algunas *touffes* de caña, poca patata, yuca y otros víveres del país que son los únicos productos que les ocupan durante el año entero. Y su haraganería es tal, para todo cuanto puede pasar alrededor de ellos, que ni siquiera se acuerdan de abrir el más estrecho camino que les bastaría para ponerles en comunicación con el camino principal, adonde ellos no llegan más que con pena, y después de haber dado muchas vueltas por el bosque, hasta tal punto que el viajero no puede suponer ninguna de estas viviendas cuando él está a dos pasos de ellas, y piensa viajar en medio de un desierto, cuando a derecha e izquierda de él tiene numerosos conjuntos de viviendas.

El territorio que se recorre desde Azua a Port-Republicain tiene mucho menos agua que el de Santo Domingo a Azua. No se encuentra más que el río Neyba, cuyo caudal puede representar un gran obstáculo para los viajeros en tiempo de lluvias ordinarias, pero el calor llega a ser excesivamente fatigoso en esta parte del camino a lo largo del cual no se encuentra ningún cultivo; y las únicas plantas que allí se dan, debido a las grandes sequías que se hacen sentir durante la mayor parte del año, no ofrecen más que un pasto poco abundante a los animales que los habitantes crían, y que son la sola riqueza de esta región. En consecuencia, esta parte es una de las menos pobladas de la Colonia, y no se encuentran más que raramente establecimientos de hatos confiados con frecuencia a pocos hombres bajo las órdenes de un jefe, llamado mayoral, mientras que el propietario tiene su residencia habitual en el pueblo de Neyba, lugar bastante triste e insoportable para vivir en él a causa de su fuerte calor. Es, pues, realmente una necesidad para el viajero que va desde Azua al paraje de Port-Republicain de poder llegar en la cuenca de esta Cruz-des-Bouquets, cuyo rico suelo ofrece las



más grandes ventajas, y llegó a ser de una grande fertilidad antes de los horribles sucesos que lo entregaron al enemigo.

Llegado al pie del cerro en este hermoso lugar el viajero no tiene que temer ningún obstáculo, y el puede en cuatro horas llegar a Port-Republicain.

Parece superfluo considerar en el informe militar la región comprendida entre Santo Domingo y Port-Republicain, porque lo que puedan ser los proyectos del enemigo contra la porción de la Isla comprendida entre la bahía de Higüey y el cabo Beata, porción de terreno que bien puede designarse con el nombre de banda o parte Sur de la precitada Parte Española, ellos tendrán siempre por resultado y primer objeto: la toma de la ciudad de Santo Domingo, la única que puede ofrecer alguna compensación para una expedición necesariamente costosa y muy difícil. Pero se observa que esta ciudad, en su estado actual, puede ser considerada fuera de todo ataque por mar, y los otros puntos del país no presentan realmente ninguna ventaja, ni siquiera la menor posibilidad de subsistencia a un enemigo que buscaría invadirlo. Parece rigurosamente demostrado que nada hay que temer para Santo Domingo, y toda esta extensión de región generalmente sin cultivar y que no ofrece otros recursos que los de algunos animales esenciales a las manufacturas y a la subsistencia de los habitantes de la Parte Francesa.

El pequeño puerto de Azua, denominado Puerto Viejo, merecería sin embargo alguna atención, sea por la ventaja de estar cercano a la villa de este nombre, sea por su posición particular donde llegan los principales caminos de la Colonia, y, sobre todo, el de Cap a Santo Domingo pasando por San Rafael, Bánica y San Juan, no se puede dudar que un enemigo poderoso que quisiera conquistar el País debería mirar este puerto como uno de los más importantes a ocupar en razón de la facilidad que él le ofrecería de penetrar en todas las partes de la Colonia por los caminos más practicables y en las regiones que ofrecen más recursos. La proximidad de Azua con Yacmel y Les Cayes, en razón de la brisa ordinaria, pone también este primer punte con



acceso fácil a toda la región Sur de la precitada Parte Francesa Es, pues, muy cierto que ya villa de Azua debe ser considerada por la potencia que tendría en toda la Colonia de Santo Domingo, como un punto central mereciendo toda atención; y sería en consecuencia muy a propósito hacerlo reconocer y procurarle previamente algunas ventajas que puedan atraer allí una población más numerosa y preparar recursos que en ciertas épocas difíciles podrían facilitar mucho la acción del Gobierno. Sería por ejemplo importante dar un servicio a este lugar principal poniendo sobre su suelo el agua del arroyo de la Candela que sigue la villa en todo su largo. Esa agua preciosa que no produce hoy ningún beneficio, serviría para fertilizar la llanura sobre la cual está construida la villa, y llenaría el doble objeto de ampliar la salubridad del lugar y poner su suelo fértil.

Se podría también hacer previamente un plano cuidadoso de esta villa, haciéndole una muralla con una buena defensa y que podría protegerla de un golpe de mano por parte del enemigo que pudiera venir por el mar.

Además se insistirá sólo un poco sobre la importancia de tomar previamente medios de aumento y protección para la villa de Azua capaces de secundar en caso de necesidad un punto de depósito. La libertad otorgada hoy a la generalidad de los habitantes de Santo Domingo, ha puesto a la disposición de las autoridades de la Colonia, el más verdadero y el más poderoso medio de defensa que pueda existir. Este gran medio se encuentra en las Fuerzas Armadas, compuestas por verdaderos hombres del país igualmente capaces de todas las fatigas y de todas las privaciones. ¿Qué otra fuerza sería capaz de disputarles un país tan penoso de recorrer para el atacante como fácil de defender para los atacados. No se puede ver ninguna verosimilitud a grandes intenciones de parte del enemigo extrior, y todos los temores parecen deber limitarse a impedir un ataque por el momento de parte del enemigo que, pudiendo por el mar, tentaría una incursión para destruir esta villa y retirarse enseguida, proyecto sumamente costoso para aquel que lo haría con



éxito y del cual estaría lejos de poder sacar ninguna ventaja para recompensarlo de sus penas perdidas y sus gastos.

Concluyamos, pues, que los ataques de fuera son poco verosímiles contra el país que se acaba de tomar en consideración y añadiendo con confianza que el solo voto a formar para él sería que él pudiese conservar las ventajas de una paz interior que parecía también fácil de basar solidariamente sobre la excelencia natural de sus habitantes y me parece fácil para ellos ponerse a cubierto de todo ataque venido de fuera.

Cap, 10 Pluvioso, año 7º de la República Francesa.

El Director de las fortificaciones de las
Islas de Sotavento

Vincent.
(rubricado).



CAMINO PRINCIPAL DESDE CAP A SANTO DOMINGO

pasando por Dondón, San Rafael, Híncha, Bánica,
San Juan, Azua y Baní (*)

por Mr. Sorret,

antiguo Ingeniero de la Colonia (33),

I

DESDE CAP A SANTO DOMINGO LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde la ciudad de Cap al pueblo <i>El Dondón</i>	7 $\frac{3}{4}$	
Hasta el paso del río <i>Puerta</i> , jun- to a la casa de la Viuda Vivian . .	$\frac{1}{2}$	8 $\frac{1}{4}$

(*) En este itinerario las leguas son de 3.500 pasos, de 3 pies y medio cada uno —medida común— ó 2.040 toesas.

(33) Relación sin indicación de año. Debe ser de 1798. Sorret realizó una traducción al francés de la obra de Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla española* . . . , de la que hay copia en el Archivo General de la Nación. Véase Dorvo Soulastre, *Viaje por tierra de Santo Domingo, Capital de la parte española de Santo Domingo, al Cabo Francés (Cabo Haitiano) Capital de la parte francesa de la misma Isla* (1798, en E. R. D., *La Era de Francia en Santo Domingo*, S. D., 1955, p. 51-97.



DISTANCIAS

	<i>Intermedias Desde el lugar de partida</i>	
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde aquí a la casa de Paquol	½	8 ¾
Desde esta última hasta la casa de Guilbert de la Chaussade ...	¼	9
Hasta el primer Cuerpo de Guardia español junto a la pirámide No. 85	¼	9 ¼
Hasta la pequeña llanura de la Puerta, sobre la orilla derecha, frente al arroyo Maturín	½	9 ¾
Hasta el segundo Cuerpo de Guardia español, tras pasar una torrentera	½	10 ¼
Hasta la villa de San Rafael ...	½	10 ¾
Hasta el río Cañada Seca que desagua en el Bouyajá o de la Puerta	¾	11 ½
Hasta el arroyo Mata-Agua ...	¾	12 ¼
Hasta el hato de Buena Vista, a la izquierda	½	12 ¾
Hasta los hatos de San José o del Piñón, en la Sabana del Caimán, y a la izquierda del camino que va a Dajabón	3	15 ¾
Hasta el río Goaba, antes de llegar al Hato del Caimán, a la derecha, bastante cerca de allí ...	½	16 ¼
Hasta el vado del río Cagua Caimán	1 ¼	17 ½
Desde aquí al río Bojorca	¼	17 ¾



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde el río <i>Coladera</i> , dejando a la izquierda los hatos de <i>Bojorca</i> , y luego de pasar dos arroyos	1 ½	19 ¼
Hasta el cruce del camino que lleva a <i>Hincha</i>	1 ½	19 ¾
Hasta el vado del río <i>Lag</i> , después de cruzar dos arroyos . . .	3	20 ¾
Hasta el paso del río <i>Samaná</i> (*), luego de vadear otros dos arroyos	1	21 ¾
Hasta otro cruce del camino que va a <i>Hincha</i> y los hatos del <i>Papayo</i> después de atravesar un arroyo	¾	22 ½
Hasta los hatos del <i>Pastel</i> , luego de haber pasado cinco arroyos	2 ¼	24 ¾
Hasta un torrente grande, llamado <i>Aguas Hediondas</i> , tras cruzar tres arroyuelos	1 ¼	26
Hasta otro gran arroyo muy encajonado	½	27 ½
Hasta otro cruce del camino que va derecho a <i>Hincha</i>	¼	27 ¾

(*) La villa de *Hincha* se encuentra en la confluencia del *Samaná* y del *Guayamuco*.



II

DESDE SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

	DISTANCIAS	
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde la ciudad de <i>Santo Domingo</i> hasta el <i>Fuerte de San Jerónimo</i> , que queda a la izquierda	$\frac{3}{4}$	
Hasta la posada de <i>Haina</i> , junto a la bahía de este mismo nombre	$2 \frac{1}{2}$	$3 \frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Haina</i>	$\frac{1}{4}$	$3 \frac{1}{2}$
Hasta la posada de <i>Nigua</i> , junto al arroyo <i>Itabo</i>	$1 \frac{1}{4}$	$4 \frac{3}{4}$
Hasta el propio río <i>Nigua</i>	$1 \frac{1}{2}$	$5 \frac{1}{4}$
Desde el <i>Sinaguá hasta más allá</i> del hato de <i>Boca de Nigua</i>	1	$6 \frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Najayo</i> , junto a la ensenada de este nombre	$1 \frac{1}{2}$	$7 \frac{3}{4}$
Hasta los hatos que quedan a la derecha en <i>Sabana Grande</i>	$1 \frac{1}{2}$	$9 \frac{1}{4}$
Hasta los de derecha e izquierda, apodados <i>Nigua</i>	$1 \frac{1}{4}$	$10 \frac{1}{2}$
Hasta los que hay después de pasar el <i>Nizao</i>	$1 \frac{1}{2}$	12
Hasta el hato que queda a la derecha, en la sabana <i>Catalina</i> ...	$\frac{3}{4}$	$12 \frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Paya</i> , y el hato vecino de idéntico nombre	$1 \frac{1}{4}$	14



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta la villa de <i>Baní</i>	1	15
Hasta el primer arroyo más allá del <i>Cerro de la Vigía</i>	1	16
Hasta los hatos de <i>Don Pedro Martín</i>	1 $\frac{3}{4}$	17 $\frac{3}{4}$
Hasta el hato de la <i>Mantenne</i> . .	$\frac{1}{2}$	18 $\frac{1}{4}$
Hasta el arroyo <i>Grande</i>	$\frac{1}{2}$	18 $\frac{3}{4}$
Hasta otro arroyuelo, después de haber pasado el hato de <i>Arroyo Hondo</i>	$\frac{1}{2}$	19 $\frac{1}{4}$
Hasta la <i>Cruz de Madera</i> , a la izquierda, y el hato de este mis- mo nombre	1	20 $\frac{1}{4}$
Hasta el primer brazo del río <i>Ocoa</i> , antes de entrar en la saba- na de la <i>Boya</i>	1 $\frac{1}{2}$	21 $\frac{3}{4}$
Hasta llegar frente al hato de la <i>Boya</i> , sobre un cerro, a la de- recha	$\frac{1}{2}$	22 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Ocoa</i> , el cual desem- boca en la bahía del mismo nom- bre	$\frac{3}{4}$	23
Hasta el antiguo ingenio de <i>Ocoa</i> , llamado <i>Las Palmas</i>	$\frac{3}{4}$	23 $\frac{3}{4}$
Hasta la bahía, luego de haber pasado la sabanita de <i>Ocoa</i>	2 $\frac{3}{4}$	24 $\frac{1}{2}$
Todo a lo largo de la bahía de <i>Ocoa</i> , dejando atrás el mar	2	26 $\frac{1}{2}$
Hasta la mitad de la extensa sa- bana de <i>Cepicepi</i> de $\frac{1}{4}$ legua . . .	1	27 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Cepicepi</i>	$\frac{3}{4}$	28 $\frac{1}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta un cruce de caminos que a derecha e izquierda conducen a diversos hatos	1 ¼	29 ½
Frente al Cerro, a la izquierda ..	1 ½	31
Hasta el río Bía y villa de Azua	1 ½	32 ½
Hasta el río Jura	½	33
Hasta el cruce del camino que, por la izquierda lleva a Neyba ..	½	33 ½
Hasta el torrente de Tábara	1 ¼	34 ¾

III

**CONTINUACION ITINERARIO DESDE CAP
A SANTO DOMINGO
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA**

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el hato de la Laguneta, cerca de un arroyo muy profundo y tras haber pasado dos arroyuelos	1 ½	29 ¼
Hasta un torrente grande que no tiene nombre	1 ½	30 ¾
Hasta el centro de la isleta formada por los brazos del río Ibarra (34)	1 ¾	32 ½

(34) Tábara.



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el vado del río <i>Bánica</i> , dejando a un cuarto de legua, a la derecha, el <i>Hato de Luciana</i> ...	1	33 ½
Hasta el camino que, por la izquierda, conduce a las aguas minerales y a <i>Dajabón</i>	½	34
Hasta el paso del río <i>Artibonito</i>	½	34 ½
Hasta el pueblo de <i>Bánica</i> , sobre la orilla izquierda de dicho río ..	¼	34 ¾
Hasta el paso del río <i>Tocino</i> ...	¾	35 ½
Hasta el hato que queda a la derecha y la <i>Sabana de la Cruz</i> ..	¾	36 ¼
Hasta el camino que por la derecha conduce a <i>Puerto Príncipe</i>	1	37 ¼
Hasta lo alto del <i>Puerto</i>	1 ¼	38 ½
Después de haber pasado cinco arroyuelos y una cadena de cerros y otros dos arroyos antes de los hatos de <i>Hobes</i> por la derecha	2	40 ½
Hasta el paso del río <i>Hobes</i> ...	1 ½	42
Hasta los hatos de las <i>Matas</i> y el camino a la derecha que va a <i>Puerto Príncipe</i>	¾	42 ¾
Hasta el <i>Torrente Grande</i>	1	43 ¾
Hasta el río <i>Bagonay</i>	1	44 ¾
Hasta el vado del río <i>Nibaguana</i>	¾	45 ½
Hasta el paso del río <i>La Ceyba</i>	¾	46 ¼
Hasta la cima del <i>Cerro Punta Caña</i> , dejando a la izquierda, el hato de este mismo nombre ...	1	47 ¼
Hasta el vado del <i>Río del Oro</i> ...	¾	48



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el paso del río <i>Higüera</i> , dejando a la izquierda el hato <i>Tomé</i>	$\frac{3}{4}$	48 $\frac{3}{4}$
Hasta el vado del río <i>Neyba</i> . . .	$\frac{3}{4}$	49 $\frac{1}{2}$
Hasta la villa de <i>San Juan de la Maguana</i>	$\frac{1}{4}$	49 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Jinova</i>	1 $\frac{3}{4}$	51 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Yávano</i> y los hatos de <i>Puena</i> a la derecha del men- cionado río	1	52 $\frac{1}{2}$
Hasta el hato de <i>Elgorite</i> por la derecha	1 $\frac{1}{2}$	54
Hasta el último brazo del río <i>Mi- jo</i> , donde termina la llanura de <i>San Juan</i>	$\frac{1}{2}$	54 $\frac{1}{2}$

IV

CONTINUACION ITINERARIO DESDE
SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde el lecho del torrente hasta el hato de <i>Tábara</i> y el camino que por la izquierda va a <i>Puerto Príncipe</i>	1 $\frac{1}{2}$	36 $\frac{1}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias Desde el lugar de partida</i>	
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el recodo del camino principal, dejando el citado torrente a la derecha	2 $\frac{1}{4}$	38 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Sangosto</i> sobre la izquierda	$\frac{1}{2}$	39
Hasta la cima de la montaña del <i>Puerto</i>	1 $\frac{3}{4}$	40 $\frac{1}{4}$
Hasta la cañada de <i>El Mole</i> después de haber bajado a la cima de una montaña	$\frac{3}{4}$	41
Hasta el <i>Hato de Biajama</i> , sobre la derecha	1 $\frac{1}{4}$	42 $\frac{1}{4}$
Hasta el Hato de <i>Río Salado</i> , sobre la derecha, después de pasar dicho río	1 $\frac{1}{2}$	43 $\frac{3}{4}$
Hasta el Hato de <i>Villalpando</i> a la derecha	1 $\frac{1}{4}$	45
Hasta el vado del río <i>Yaque</i> donde se junta con el <i>Neyba</i> y el hato de <i>Luvenco</i> a la derecha	$\frac{1}{4}$	45 $\frac{1}{4}$
Hasta el centro de la sabana llamada <i>Sabaneta</i>	1 $\frac{1}{4}$	46 $\frac{1}{2}$
Hasta el primer brazo del río <i>Mi-jo</i> , donde comienza la llanura de <i>San Juan</i>	1 $\frac{1}{4}$	47 $\frac{1}{4}$
Hasta el Hato de <i>Elgorite</i> a la derecha	$\frac{1}{2}$	48 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Yávano</i> y los hatos de <i>Puena</i> , a la izquierda y del citado río	1 $\frac{1}{2}$	49 $\frac{3}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el río <i>Jinova</i>	1	50 $\frac{3}{4}$
Hasta la villa de <i>San Juan de la Maguana</i>	1 $\frac{3}{4}$	52 $\frac{1}{2}$
Hasta el paso del río <i>Neyba</i>	$\frac{1}{4}$	52 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Higüera</i> , dejando a la derecha el hato <i>Tomé</i>	$\frac{3}{4}$	53 $\frac{1}{2}$
Hasta el vado del <i>Río del Oro</i>	$\frac{3}{4}$	54 $\frac{1}{4}$
Hasta la cumbre del <i>Cerro de Punta Caña</i> , dejando a la derecha el hato de este nombre	$\frac{3}{4}$	55
Hasta el paso del río <i>La Ceyba</i>	1	56
Hasta el del río <i>Nibaguana</i>	$\frac{3}{4}$	56 $\frac{3}{4}$
Hasta el del río <i>Bagonay</i>	$\frac{3}{4}$	57 $\frac{1}{2}$
Hasta el <i>Torrente Grande</i>	1	58 $\frac{1}{2}$
Hasta los hatos de las <i>Matas</i> y el camino que por la izquierda conduce a <i>Puerto Príncipe</i>	1	59 $\frac{1}{2}$
Hasta el vado del río <i>Hobes</i> (35)	$\frac{3}{4}$	60 $\frac{1}{4}$
Hasta lo alto del <i>Puerto de Bánica</i> , tras haber pasado cinco arroyuelos y una cadena de cerros	2	63 $\frac{3}{4}$
Hasta otro camino que por la izquierda va a <i>Puerto Príncipe</i>	1 $\frac{1}{4}$	65
Hasta un hato, a la derecha, y la <i>Sabana de la Cruz</i>	1	66



V

CONTINUACION ITINERARIO DESDE CAP
A SANTO DOMINGO
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde el río <i>Mijo</i> hasta el centro de la sabana llamada <i>Sabaneta</i>	1 ¼	55 ¾
Hasta el paso del río <i>Yaque</i> donde se junta con el <i>Neyba</i> y el hato de <i>Louvenco, a la izquierda</i> . .	1 ¼	57
Hasta el hato de <i>Villalpando</i> a la izquierda	¼	57 ¼
Hasta el del <i>Río Salado</i> , a la izquierda, antes de vadear este río	1 ¼	58 ½
Hasta el hato de <i>Biajama</i> a la derecha, hasta la cañada de <i>El Mole</i> antes de subir a la ciudad de <i>El Puerto</i>	1 ¼	61 ¼
Hasta lo alto de la cima de <i>El Puerto</i>	¾	62
Hasta el río <i>Sangosto</i> a la derecha	1 ¼	63 ¼
Hasta el recodo del camino principal, dejando a la izquierda el torrente <i>Tábara</i>	½	63 ¾
Hasta el hato de este nombre y el camino que, por la derecha, lleva hasta <i>Puerto Príncipe</i>	2 ¼	66
Hasta el paso del torrente <i>Tábara</i>	1 ½	67 ½



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el cruce del camino que, por la derecha, conduce a <i>Neyba</i>	1 $\frac{1}{4}$	68 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Jura</i>	$\frac{1}{2}$	69 $\frac{1}{4}$
Hasta la villa de <i>Azua</i>	$\frac{1}{2}$	69 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Bía</i> , frente al <i>Cerro</i> , sobre la derecha	1 $\frac{1}{2}$	71 $\frac{1}{4}$
Hasta la bifurcación del camino que va a diversos hatos por la de- recha y por la izquierda	1 $\frac{1}{2}$	72 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Cepicepí</i>	1 $\frac{1}{4}$	74
Hasta el centro de la sabana de <i>Cepicepí</i> , de un cuarto de legua de longitud	$\frac{3}{4}$	75 $\frac{3}{4}$
Hasta la <i>Lama</i> , antes de pasar la <i>Sabanita de Ocoa</i>	2	77 $\frac{3}{4}$
Hasta el antiguo ingenio de <i>Ocoa</i> , llamado <i>Las Palmas</i>	$\frac{3}{4}$	78 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Ocoa</i> , el cual vierte sus aguas en la bahía de este nombre	$\frac{3}{4}$	79 $\frac{1}{4}$
Hasta llegar frente a los hatos de <i>La Boya</i> al lado de un cerro a la izquierda	$\frac{3}{4}$	80
Hasta el último brazo del río <i>Ocoa</i> , a la salida de la Sabana de la <i>Boya</i>	1 $\frac{1}{2}$	80 $\frac{1}{2}$
Hasta la <i>Cruz de Madera</i> a la de- recha y el hato de este nombre a la izquierda	1 $\frac{1}{2}$	82
Hasta un arroyuelo que hay an- tes de los hatos de <i>Arroyo Hondo</i>	1	83



DISTANCIAS		
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el Arroyo Grande	$\frac{1}{2}$	83 $\frac{1}{2}$
Hasta el hato de la <i>Mantenne</i> . . .	$\frac{1}{2}$	84
Hasta los hatos de <i>Don Pedro Martín</i>	$\frac{1}{2}$	84 $\frac{1}{2}$

VI

**CONTINUACION ITINERARIO DESDE
SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA**

DISTANCIAS		
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		66
Hasta el paso del río <i>Tocino</i> . . .	$\frac{3}{4}$	66 $\frac{3}{4}$
Hasta el pueblo de <i>Bánica</i> sobre la orilla izquierda del <i>Artibonito</i>	$\frac{3}{4}$	67 $\frac{1}{2}$
Hasta el vado del río <i>Artibonito</i>	$\frac{1}{2}$	67 $\frac{3}{4}$
Hasta el camino que, por la de- recha, lleva a las aguas minera- les y a <i>Dajabón</i>	$\frac{1}{2}$	68 $\frac{1}{4}$
Hasta el paso del río <i>Bánica</i> , al bajar el cerro	$\frac{1}{2}$	68 $\frac{3}{4}$
Hasta el medio de la isleta for- mada por el río <i>Ibara</i> , después de haber dejado a la izquierda el ha- to de <i>Luciana</i> , a un cuarto de le- gua del río <i>Bánica</i>	1	69 $\frac{3}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta un torrente grande	1 $\frac{3}{4}$	71 $\frac{1}{2}$
Hasta el ható de la <i>Laguneta</i> , tras pasar otro arroyo grande muy encajonado	1 $\frac{1}{2}$	73
Hasta la junta del camino que, por la izquierda, va a <i>Hincha</i> , después de pasar dos arroyos . . .	1 $\frac{1}{2}$	74 $\frac{1}{2}$
Hasta un gran arroyo encajonado	$\frac{1}{4}$	74 $\frac{3}{4}$
Hasta otro gran torrente llamado <i>Aguas Hediondas</i> , luego de ha- ber pasado otros tres arroyuelos	1 $\frac{1}{2}$	76 $\frac{1}{4}$
Hasta el ható del <i>Pastel</i> , después de cruzar otros tres arroyos . . .	1 $\frac{1}{4}$	77 $\frac{1}{2}$
Hasta la otra junta del camino a <i>Hincha</i> por la izquierda y los ha- tó: del <i>Papayo</i> , tras haber pasado cinco arroyos	2 $\frac{1}{4}$	79 $\frac{3}{4}$
Hasta el vado del río <i>Samaná</i> (*), a poco de cruzar un arroyo	$\frac{3}{4}$	80 $\frac{1}{2}$
Hasta el del río <i>Lag</i> , después de pasar dos arroyos	1	81 $\frac{1}{2}$
Hasta otra bifurcación del cami- no a <i>Hincha</i> , luego de cruzar dos arroyos	1 $\frac{1}{2}$	82 $\frac{1}{2}$
Hasta el de <i>Cagua Caimán</i>	$\frac{1}{2}$	84 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Goaba</i> , dejando muy cerca de él, a la derecha, el ható del <i>Caimán</i>	1 $\frac{1}{4}$	86

(*) El pueblo de *Hincha* está en la confluencia del *Samaná* y del *Guaymauco*.



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el vado del río <i>Caladera</i> . .	½	83
Hasta el del río <i>Bojarca</i> , dejando a la derecha los hatos de este nombre, tras haber pasado dos arroyos	1 ½	84 ½
Hasta los hatos de <i>San José</i> y del <i>Piñón</i> , en la <i>Sabana del Caimán</i> , y a la derecha del camino que va a <i>Dajabón</i>	½	86 ½
Hasta el hato de <i>Buenavista</i> , a la derecha	3	89 ½
Hasta el arroyo de <i>Mata el Agua</i>	½	90
Hasta el río <i>Caña Seca</i> , que desagüa en el río <i>Bouyajá</i> o de la <i>Puerta</i>	¾	90 ¾

VII

**CONTINUACION ITINERARIO DESDE CAP
A SANTO DOMINGO
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA**

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		84 ½
Hasta el último arroyo más acá del <i>Cerro de la Vigía</i>	1 ¾	86 ¼



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el pueblo de <i>Baní</i>	1	87 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Paya</i> y hatos vecinos del mismo nombre	1	88 $\frac{1}{4}$
Hasta el hato que queda a la iz- quierda en la sabana <i>Catalina</i> ..	1 $\frac{1}{4}$	89 $\frac{1}{2}$
Hasta los hatos que hay antes de pasar el río <i>Nizao</i>	$\frac{3}{4}$	90 $\frac{1}{4}$
Hasta los de derecha e izquierda llamados <i>Nigua</i>	1 $\frac{1}{2}$	91 $\frac{3}{4}$
Hasta los que están a la derecha en la <i>Sabana Grande</i>	1 $\frac{1}{4}$	93
Hasta el río <i>Najayo</i> , cerca de la ensenada de este nombre	1 $\frac{1}{2}$	94 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Sainaguá</i> , más acá del hato de <i>Boca de Nigua</i>	1 $\frac{1}{2}$	96
Hasta el río <i>Nigua</i>	1	97
Hasta la posada de <i>Nigua</i> , antes del arroyo <i>Itabo</i>	$\frac{1}{2}$	97 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Haina</i>	1 $\frac{1}{4}$	98 $\frac{3}{4}$
Hasta la posada de <i>Haina</i> , cerca de la bahía de este mismo nom- bre	$\frac{1}{4}$	99
Hasta el <i>Fuerte de San Jeróni- mo</i> , a la derecha	2 $\frac{1}{2}$	101 $\frac{1}{2}$
Hasta la ciudad de <i>Santo Do- mingo</i>	$\frac{3}{4}$	102 $\frac{1}{4}$



RECAPITULACION

	<i>Leguas de Santo Domingo</i>	<i>Leguas Españolas</i>
	(*)	(**)
Desde <i>Cap</i> al <i>Dondón</i>	7 ¾	8
Desde el <i>Dondón</i> a <i>San Rafael</i> ..	3	
Desde <i>San Rafael</i> a <i>Bánica</i>	24	20
Desde <i>Bánica</i> a <i>San Juan de la Maguana</i>	15	12
Desde <i>San Juan</i> a <i>Azua de Compostela</i>	20	16
Desde <i>Azua</i> a <i>Baní</i>	17 ½	14
Desde <i>Baní</i> a <i>Santo Domingo</i> ...	15	12
	102 ½	82

VIII

CONTINUACION ITINERARIO DESDE
SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Leguas de Santo Domingo</i>	<i>Leguas Españolas</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		90 ¾
Hasta el pueblo de <i>San Rafael</i> sobre la orilla derecha del <i>Bouyajá</i>	¾	91 ½
Siguiendo por esta orilla hasta el Primer Cuerpo de Guardia, junto al vado de un arroyo	½	92

(*) La legua de Santo Domingo es de 3.500 pasos, de tres pies y medio cada uno o de 2.041 toesas, 4 pasos.

(**) La legua castellana es de 5.000 varas, de tres pies franceses ó 2.500 toesas,



DISTANCIAS

	<i>Intermedias Desde el lugar de partida</i>	
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta la pequeña meseta de la <i>Puerta</i> , frente a un arroyo en <i>Mathurin</i> , por la orilla izquierda	½	92 ½
Hasta el Segundo Cuerpo de Guardia y la pirámide No. 85, sobre la orilla derecha	½	93
Hasta el vado del río bajo la casa de <i>Guibert de la Chaussade</i> . .	¼	93 ¼
Desde ahí hasta la casa de <i>Paquol</i>	¼	93 ½
Desde ahí hasta la casa de la <i>Viu-da Vivian</i>	½	94
Hasta el pueblo del <i>Dondón</i> , otro paso	½	94 ½
Hasta la ciudad de <i>Cap</i>	7 ¾	102 ¼

RECAPITULACION

	<i>Leguas Santo Domingo</i>	<i>Leguas Españolas</i>
Desde la ciudad de <i>Santo Domingo</i> a <i>Baní</i>	15	12
Desde <i>Baní</i> hasta <i>Azua de Compostela</i>	17 ½	14
Desde <i>Azua</i> hasta <i>San Juan de la Maguana</i>	20	16
Desde <i>San Juan</i> a <i>Bánica</i>	15	12
Desde <i>Bánica</i> a <i>San Rafael</i>	24	20
Desde <i>San Rafael</i> al <i>Dondón</i>	3	
Desde <i>Dondón</i> a la ciudad de <i>Cap</i>	7 ¾	8
	102 ¼	82



CAMINO PRINCIPAL DESDE CAP A SANTO DOMINGO
pasando por Dajabón, Santiago, La Vega y Cotuí ()*

Por
Mr. Sorret,

antiguo Ingeniero de la Colonia

I B

ITINERARIO DESDE CAP A SANTO DOMINGO
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde la ciudad de <i>Cap</i> a <i>Ouanaminthe</i>	16 ¼	
Hasta el pueblo de <i>Dajabón</i> , al otro lado del río <i>Masacre</i>	¼	16 ½
Hasta el río <i>Goaba</i> , dejando a la izquierda el camino del hato de <i>Don Gaspar</i>	½	17

(*) En este Itinerario las leguas son de 3.500 pasos, de tres pies y medio cada uno —medida común—, o de 2.040 toesas.



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el río <i>Jácuba</i> , cruzando la sabana de <i>Santiago</i> , más acá del hato de <i>Don Luis de Tende</i>	$\frac{1}{2}$	17 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Macabón</i> , después de atravesar la sabana de <i>Jácuba</i> . .	$\frac{3}{4}$	18 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Chacuey</i> , luego de pasar <i>Sabana Larga</i> , donde están los hatos de este mismo nombre	1	19 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Maguaca</i> , atravesando la sabana de <i>Talanquera</i> . . .	$\frac{3}{4}$	20
Hasta el hato y sabana de <i>Escalante</i>	$\frac{1}{4}$	20 $\frac{1}{4}$
Hasta el camino que por la derecha conduce a <i>Monte Christi</i> . . .	1	21 $\frac{1}{4}$
Hasta <i>Los Dos Montecillos</i> , separados uno de otro, de los cuales es en el de la derecha desde donde se descubre <i>La Granja, Monte Christi</i> y la cordillera del Norte	$\frac{1}{4}$	21 $\frac{1}{2}$
Hasta el hato de la <i>Antonia</i> , a la derecha en la sabana de la <i>Canoa</i>	$\frac{3}{4}$	22 $\frac{1}{4}$
Hasta el río de <i>Guayubín</i>	$\frac{1}{4}$	22 $\frac{1}{2}$
Hasta los hatos <i>Pegados del Monte</i> y <i>Renchadero</i>	1	23 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Cañas</i> dejando a la izquierda el hato del <i>Hospital</i> . . .	2	25 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Gurabo</i> , después de haber pasado las sabanas del <i>Rompino</i> y del <i>Piloto</i>	1 $\frac{1}{2}$	27



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta dejar a la derecha un hato y más allá del río <i>Mao</i> , luego de cruzar tres arroyos, dos de los cuales están en el bosque de <i>Cañas</i>	3	30
Hasta el vado del río <i>Amina</i> , al acabar la sabana de este mismo nombre	1 ¼	31 ¼
Hasta entrar en la <i>Sabana Sin Provecho</i> , una legua	1	32 ¼
Hasta la salida de la sabana anterior	2	34 ¼
Hasta la salida de un bosque para entrar en otra sabana antes de llegar al río <i>Yaque</i>	3 ¼	37 ½
Hasta el paso del río <i>Yaque</i> , dejando un hato a la izquierda . . .	½	38
Hasta la ciudad de <i>Santiago de los Caballeros</i> , bajo la pendiente de una montaña	1	39

II B

ITINERARIO DESDE CAP A SANTO DOMINGO

LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Desde la ciudad de <i>Santo Domingo</i> hasta el poblado de <i>Los Isleños</i> , en lo alto de una colina . . .	¼	



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta la junta que por la izquierda del camino va a diferentes hatos, antes de atravesar muchos de ellos a derecha e izquierda	$\frac{3}{4}$	1
Hasta el río <i>Isabela</i>	$3 \frac{1}{4}$	$4 \frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Cribeplata</i>	$1 \frac{1}{2}$	$5 \frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Guayacusa</i> , luego de atravesar la <i>Sabana de la Monja</i>	$\frac{1}{4}$	6
Hasta el río <i>Yuca</i> , después de pasar la <i>Sabana de Cansamancebo</i>	$\frac{1}{2}$	$6 \frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Icaco</i> , al extremo de la sabana <i>Sanguina</i> , dejando a la izquierda la <i>Sierra Prieta</i> , y a la derecha un cerro inmediato	$1 \frac{1}{4}$	$7 \frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Ozama</i>	$1 \frac{1}{4}$	9
Hasta el <i>hato de la Luisa</i> , a la derecha, antes del arroyo <i>La Caoba</i>	$\frac{1}{2}$	$9 \frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Limón</i>	$\frac{1}{2}$	10
Hasta el <i>hato de la Guita</i> , en la sabana de este nombre	1	11
Hasta el <i>hato de San Pedro</i>	$1 \frac{1}{4}$	$12 \frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Bermejo</i> por la <i>Sabana de San Pedro</i>	$1 \frac{1}{4}$	$13 \frac{1}{2}$
Hasta la ladera de la montaña de <i>Pardavé</i> , junto a un arroyo encajonado, luego de haber dejado a la derecha el <i>hato de Don Juan</i>	$\frac{3}{4}$	$14 \frac{1}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta la cima de la montaña de <i>Pardavé</i>	1 $\frac{3}{4}$	16
Hasta el ható, a la izquierda, en la <i>Sabana del Aguacate</i> , al lado de un arroyo	1	17
Hasta el río <i>Yasa</i>	$\frac{1}{2}$	17 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Araínos</i>	$\frac{1}{4}$	17 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Naranjo</i> por la <i>Sabana de la Paciencia</i>	1 $\frac{3}{4}$	19 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Cevicos</i> , después de haber abandonado, a mitad del camino, el ható de este nombre	1 $\frac{1}{4}$	20 $\frac{3}{4}$
hasta el río <i>Blanco</i>	$\frac{1}{2}$	21 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Yaquí</i>	2 $\frac{1}{4}$	23 $\frac{1}{2}$
Hasta el arroyo, tras haber bajado el <i>Cerro Grande</i>	1	24 $\frac{1}{2}$
Hasta otro arroyo, antes de atravesar la <i>Sabana Grande</i>	$\frac{3}{4}$	25 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Maguá</i>	1 $\frac{1}{4}$	26 $\frac{1}{2}$
Hasta la <i>villa de Cotuí</i>	1	27 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Yuna</i> , después de haber cruzado tres arroyos	1 $\frac{1}{4}$	28 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Guamita</i> , luego de atravesar el arroyo de este nombre y dos arroyuelos más	1 $\frac{1}{2}$	30 $\frac{1}{4}$



III B

CONTINUACION DEL ITINERARIO
DESDE CAP A SANTO DOMINGO
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

	<i>DISTANCIAS</i>	
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		39
Hasta el <i>Cuerpo de Guardia</i> en la orilla del río <i>Yaque</i>	1	40
Hasta la junta del camino que va al <i>Hato Mayor</i>	½	40 ½
Hasta el paso del río <i>Puñal</i>	2 ¼	42 ¾
Hasta el del río <i>Río Verde</i> y primer ható de este nombre	2 ¾	45 ½
Hasta otro paso del mismo río que se ha ido bordeando	½	46
Hasta el riachuelo <i>Guaco</i>	1	47
Hasta el vado del río <i>Camú</i>	1 ½	48 ½
Hasta la ciudad de <i>La Vega (Concepción)</i>	½	49
Hasta los hatos de <i>Sabaneta</i> , a través de una enorme sabana, demasiado estrecha en un bosque, bordeando el río <i>Camú</i>	2	51
Hasta otro paso del río <i>Camú</i>	1	52
Hasta el vado del río <i>Jima</i> , más abajo de su confluencia con el <i>Camú</i>	1 ¾	53 ¾



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el hato y Sabana de Boca de Jima	½	54 ¼
Hasta el río Cuayú, dejando muchos hatos, a derecha e izquierda, en cuatro sabanas diferentes . . .	2	56 ¼
Hasta el río Voma, luego de haber cruzado a un arroyo entre dos sabanas enormes	1 ¼	57 ½
Hasta el río Guamita, después de una sabana de una legua cuadrada, donde se hallan dos hatos sobre sendos altozanos a derecha e izquierda	1 ¼	58 ¾
Hasta el río Yuna, luego de cruzar la sabana de Guamita y dos arroyos	1 ½	60 ¼
Hasta la villa de Cotuí, tras vadear tres arroyos	1 ¼	61 ½
Hasta el río Maguá	1	62 ½
Hasta un arroyo, después de pasar la Sabana Grande	1 ¼	63 ¾
Hasta otro arroyo, antes de subir al Cerro Grande	¾	64 ½
Hasta el río Yaquí	1	65 ½
Hasta el río Blanco	2 ¼	67 ¾
Hasta el río Cevicos	½	68 ¼
Hasta el río Naranjo, luego de haber dejado, a mitad de camino, el hato de Cevicos	1 ¼	69 ½



DISTANCIAS		
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el río <i>Arainos</i> , por la sabana de la <i>Paciencia</i>	1 $\frac{3}{4}$	71 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Yasa</i>	$\frac{1}{4}$	71 $\frac{1}{2}$

IV B

**CONTINUACION ITINERARIO
DESDE SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA**

DISTANCIAS		
	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		30 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Voma</i> , luego de atravesar una sabana de legua y cuarto donde se encuentran dos hatos a derecha e izquierda sobre otros tantos altozanos	1 $\frac{1}{4}$	31 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Guaco</i> , después de cruzar un arroyo entre dos sabanas enormes	1 $\frac{1}{4}$	32 $\frac{3}{4}$
Hasta el hato y <i>Sabana de Boca de Jima</i> , dejando a derecha e izquierda muchos hatos en sabanas diferentes	2	34 $\frac{3}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el vado del río <i>Jima</i> , más allá de su confluencia con el <i>Camú</i>	½	35 ¼
Hasta un paso del río <i>Camú</i>	¾	37
Hasta los hatos de <i>Sabaneta</i>	1	38
Hasta la ciudad de <i>La Vega (Concepción)</i> , luego de atravesar una enorme sabana, demasiado estrecha en un bosque, bordeando el río <i>Camú</i>	2	40
Hasta otro vado del río <i>Camú</i>	½	40 ½
Hasta el riachuelo <i>Guaco</i>	1 ½	42
Hasta el primer paso del <i>Río Verde</i> , que se empieza a bordear	1	43
Hasta el segundo paso de dicho río y último hato de este nombre	½	43 ½
Hasta el paso del río <i>Puñal</i>	2 ¾	46 ¼
Hasta la junta del camino que va al <i>Hato Mayor</i>	2 ¼	48 ½
Hasta el <i>Cuerpo de Guardia</i> en la orilla del río <i>Yaque</i>	½	49
Hasta la ciudad de <i>Santiago de los Caballeros</i> , bajo la pendiente de una montaña	1	50
Hasta el paso del río <i>Yaque</i>	1	51
Hasta la entrada de un bosque, después de salir de una sabana y dejar un hato a la derecha	½	51 ½



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>de partida Desde el lugar</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el comienzo de la <i>Sabana Sin Provecho</i> , de una legua ...	3 ¼	54 ¾
Hasta la salida de la sabana anterior ...	2	56 ¾
Hasta el vado del río <i>Amina</i> , al entrar en la sabana de este nombre ...	1	57 ¾
Hasta el río <i>Mao</i> , y paso de tres arroyos en el bosque de <i>Cañas</i> , después de haber dejado un hato a la izquierda ...	1 ¼	59
Hasta el río <i>Gurabo</i> ...	3	62

V B**DEDSE CAP A SANTO DOMINGO****CONTINUACION ITINERARIO****LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA****DISTANCIAS**

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		71 ½
Hasta un hato, a la derecha, en la <i>Sabana del Aguacate</i> , al lado de un arroyo ...	½	72
Hasta la cima de la montaña de <i>Pardavé</i> ...	1	73



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el descenso de la citada montaña, junto a un arroyo encajonado	1 $\frac{3}{4}$	74 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Bermejo</i> , luego de haber dejado a la izquierda el hato de <i>Don Juan</i>	$\frac{3}{4}$	75 $\frac{1}{2}$
Hasta el hato de <i>San Pedro</i> , por la sabana de este nombre	1 $\frac{1}{4}$	76 $\frac{3}{4}$
Hasta el hato de la <i>Guita</i> en la sabana de este mismo nombre . .	1 $\frac{1}{4}$	78
Hasta el río <i>Limón</i>	1	79
Hasta el hato de la <i>Luisa</i> , a la izquierda, después del arroyo <i>La Caoba</i>	$\frac{1}{2}$	79 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Ozama</i>	$\frac{1}{2}$	80
Hasta el río <i>Icaco</i> , al extremo de la sabana <i>Sanguina</i>	1 $\frac{1}{4}$	81 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Yuca</i> , dejando a la derecha la <i>Sierra Prieta</i> , y a la izquierda un cerro inmediato . . .	1 $\frac{1}{4}$	82 $\frac{1}{2}$
Hasta el río <i>Guayacusa</i> , después de pasar la <i>Sabana de Casamanchebo</i>	$\frac{1}{2}$	83
Hsta el río <i>Cribeplata</i> , luego de atravesar la <i>Sabana de la Monja</i>	$\frac{1}{4}$	83 $\frac{1}{4}$
Hasta el río <i>Isabela</i>	1 $\frac{1}{2}$	84 $\frac{3}{4}$



DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta la junta que por la derecha del camino va a diferentes hatos, después de haber atravesado muchos de ellos a derecha e izquierda	3 ¼	88
Hasta el poblado de <i>Los Isleños</i> , en lo alto de una colina	¾	
Hasta la ciudad de <i>Santo Domingo</i>	¼	89

RECAPITULACION

	<i>Leguas Santo Domingo</i>	<i>Leguas Españolas</i>
	(*)	(**)
Desde la ciudad de <i>Cap a Dajabón</i> , pasando por el pueblo de <i>Ouanaminthe</i>	16 ½	14
Desde <i>Dajabón a Santiago de los Caballeros</i>	22 ½	18
Desde <i>Santiago a La Vega Real</i>	10	8
Desde <i>La Vega Real a Cotuí</i> . . .	12 ½	10
Desde <i>Cotuí a Santo Domingo</i> . .	27 ½	22
	89	72

(*) La legua de Santo Domingo es de 3.500 pasos, de tres pies y medio cada uno, o de 2.041 toesas, 4 pasos.

(**) La legua castellana es de 5.000 varas, de 3 pies franceses o 2.500 toesas.



VI B

CONTINUACION ITINERARIO
DESDE SANTO DOMINGO A CAP
LUGARES DE TRANSITO Y DE PARADA

DISTANCIAS

	<i>Intermedias</i>	<i>Desde el lugar de partida</i>
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
		62
Hasta el río <i>Cañas</i> , después de haber atravesado las sabanas del <i>Piloto</i> y de <i>Rompino</i>	1 ½	63 ½
Hasta los hatos de <i>Ranchadero</i> y <i>Pegados del Monte</i> , dejando a la derecha los hatos del <i>Hospital</i> ..	2	65 ½
Hasta el río <i>Guayubín</i>	1	66 ½
Hasta el <i>Hato de la Antonia</i> , a la izquierda, en la <i>Sabana de la Cano</i> a	¼	66 ¾
Hasta <i>Los Dos Montecillos</i> , separados uno de otro, de los cuales, en el de la derecha es desde donde se descubre <i>La Granja, Monte Christi</i> y la cordillera del Norte	¾	67 ½
Hasta el camino que por la derecha conduce hasta <i>Monte Christi</i>	¼	67 ¾
Hasta la sabana y el hato de <i>Escalante</i>	1	68 ¾
Hasta el río <i>Maguaca</i>	¼	69
Hasta el río <i>Chacuey</i> , atravesando la sabana <i>Talanquera</i>	¾	69 ¾



DISTANCIAS

	<i>Intermedias Desde el lugar de partida</i>	
	<i>Leguas</i>	<i>Leguas</i>
Hasta el río <i>Macabón</i> , luego de pasar la <i>Sabana Larga</i> , donde están los hatos de este mismo nombre	1	70 $\frac{3}{4}$
Hasta el río <i>Jácuba</i> , después de atravesar la sabana llamada igualmente	$\frac{3}{4}$	71 $\frac{1}{2}$
Hsta el río <i>Goaba</i> , luego de cruzar la sabana de <i>Santiago</i> , al otro lado del <i>Hato de Don Luis de Tende</i>	$\frac{1}{2}$	72
Hasta el pueblo de <i>Dajabón</i> , dejando a la derecha el camino del <i>Hato de Don Gaspar</i>	$\frac{1}{2}$	72 $\frac{1}{2}$
Hasta el pueblo de <i>Ouanaminthe</i> o <i>Juana Méndez</i>	$\frac{1}{4}$	72 $\frac{3}{4}$
Hasta la ciudad de <i>Cap</i>	16 $\frac{1}{4}$	89

RECAPITULACION

	<i>Leguas Santo Domingo</i>	<i>Leguas Españolas</i>
	(*)	(**)
Desde la ciudad de <i>Santo Domingo</i> a <i>Cotuí</i>	29 $\frac{1}{2}$	22

(*) La legua de Santo Domingo es de 3.500 pasos, de tres pies y medio cada uno o de 2,041 toesas, 4 pasos.

(**) La legua castellana es de 5.000 varas, de tres pies franceses ó 2.500 toesas.



	<i>Santo Domingo</i> <i>Leguas</i>	<i>Españolas</i> <i>Leguas</i>
Desde <i>Cotuí</i> a <i>La Vega Real</i> ...	12 ½	10
Desde <i>La Vega Real</i> a <i>Santiago de los Caballeros</i>	10	8
Desde <i>Santiago</i> a <i>Dajabón</i>	22 ½	18
Desde <i>Dajabón</i> a la ciudad de <i>Cap</i> , pasando por <i>Ouanaminthe</i> (***)	16 ½	14
	<hr/> 89	<hr/> 72

(***) Juana Méndez en español.





CONSIDERACIONES SOBRE LA BAHIA DE SAMANA (36)

El establecimiento de Colonias en el archipiélago americano no ha tenido, ni probablemente tendrá otro objeto que la producción de artículos coloniales. Es preciso, pues, considerarlas como asientos agrícolas (37).

Pero, por estas mismas condiciones, tales establecimientos tienen necesidad de protección en tiempo de guerra, a fin de que no lleguen a ser presa de las potencias marítimas enemigas.

De ahí la urgencia de contar en las Colonias con puertos bien fortificados, los cuales ofrecerán protección a nuestros barcos mercantes, así como refugio y arsenales a nuestra Marina de Guerra. A su vez estos mismos puertos recibirán aumento de fuerzas con nuestros buques de guerra y con los recursos de los mercantes. Y si todavía ellos están rodeados o cercados por lugares bien poblados de labradores, tendrán con esta nueva añadida de fuerza un aspecto impresionante que obligará al enemigo a concentrar grandes ejércitos para apoderarse de ellos.

Sin embargo, cuando estos puestos militares marítimos aparecen acompañados de fortificaciones importantes conllevan en

(36) Sin otras indicaciones. Escrito posterior entre 1785 y 1800. Las Notas 1-10, son del mismo texto, del autor.

(37) En la nota 6 se habla de L'Escallier (Daniel Lescallier), autor de un *Itinerario de un viajes por la Parte española de la Isla de Santo Domingo en 1764*, inserto en nuestra obra *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, S. D., 1970, Vol. 1, p. 111-141, y de los primeros capítulos de esta obra.

Importantes documentos sobre Samaná en 1756 de tiempos de Urrutia, 1813, etc. (En el mismo legajo (A. G. I., S. D., 2683, largos papeles sobre bienes de Nicolás Gurid,i y sobre las Iglesias y Monasterios de Santo Domingo).



si mismos el inconveniente de que tras la conquista que el enemigo hace de ellos, le sirven luego de base para oprimir y sojuzgar el resto de la Colonia. (1)

Militares e ingenieros esclarecidos han planteado otra vez la cuestión de si no valdría más para la seguridad de nuestro territorio construir fortalezas por el interior, las cuales, gracias a este sistema, ya no permanecerían expuestas a ser fulminadas por la artillería de los barcos enemigos.

Aunque se considere que las murallas más macizas acabarían, al fin, por sucumbir bajo el efecto de la artillería gruesa que el enemigo, dueño del mar, tiene siempre el medio de acarrear, también debe pensarse que en un país donde a medida que uno se aleja de las orillas del mar va encontrando, tierra adentro, partes montuosas con numerosos valles pequeños, cuyas estrechas gargantas (2) son, con algunos trabajos, susceptibles de mantener una prolongada defensa, habremos de convenir que después de efectuada tal defensión, el enemigo que conquistara semejantes puestos había en realidad ganado bien poco, ya que le quedan aún muchos más puestos por atacar.

Pero sea de ello lo que fuere, el proyecto de fortalezas disseminadas por el interior, nunca ha sido llevado a la práctica en Santo Domingo. Y si se permite a los que no somos especialistas emitir una opinión, yo diré que eso estuvo perfectamente pensado, porque la resistencia de las grandes poblaciones se calcula y el enemigo emplea para ello medios proporcionados, con cuyo uso la guerra se hace rápidamente; y cualquier fortaleza, una vez tomada, el resto de la Colonia que ve caer tan temible baluarte, ya no sueña más que en conseguir una capitulación honrosa, que el enemigo jamás deja de acordar, quedando así, en breve tiempo, la conquista consumada, con lo cual la misma

(1) Las islas de Curacao y de San Eustaquio no eran, propiamente hablando, establecimientos agrícolas, pero los holandeses han sabido crearlos, no teniendo ante sus ojos otra cosa que obtener allí productos coloniales para transportarlos a Europa.

(2) Tales como, en la parte Oeste, la garganta de La Gascogne, situada al extremo de la Llanura de Cul-de-Sac; en la parte Sur, el territorio del Parq, sobre la meseta de Les Cayes; y entre Saint-Louis y Aquin la garganta de Bricourt.



flota y el mismo ejército irán a llevar enseguida la guerra en idénticas condiciones a otra Colonia (3).

Parece, por otro lado, que en un país donde el clima con sus intenso calores resulta extremadamente mortal para las tropas y los marineros del Norte, contribuye mucho más a su defensa sostener una guerra prolongada, ya que se cuentan como auxiliares de ella la fiebre abresadora y la intemperancia de las tropas inglesas.

Dejo a los hombres peritos en estrategia bélica decidir esta cuestión, que no es de mi especialidad, para volver de nuevo a los establecimientos agrícolas que, sin discusión alguna, deben ser protegidos por puestos militares.

La elección de tales destacamentos castrenses y el asiento de sus fortificaciones no son fáciles de determinar, sobre todo, cuando se quieren ver reunidas en ellos las condiciones esenciales para su defensa, como —pongamos por ejemplo— en el Môle de San Nicolás.

La importancia de esta bahía, situada a 20 leguas de la punta más oriental de la isla de Cuba, la profundidad de sus aguas, la seguridad del amarre, lo bien resguardado de su situación, la excelencia para proteger desde allí en tiempo de guerra toda la parte Oeste de la Colonia y cortar el comercio con la isla de Jamaica, ya sea al llegar los barcos, ya sea al salir del canal, todas estas ventajas parecen haber sido acumuladas a propósito para seducir al hombre de talento que organizó el establecimiento del Môle.

Pero no será ocioso observar que el puerto del Môle, encajonado entre cadenas de montañas inaccesibles, que le aíslan por el lado de tierra, carente de comunicaciones (4) y sólo con una bombardas; con un poblado, además, rodeado por un terreno estrecho, cercado por aquellas mismas lomas, demasiado lejos

(3) Como ocurrió en 1762, fecha en la cual Martinica, Santa Lucía, Grenade y Cuba fueron tomadas por la misma escuadra y el mismo ejército.

(4) No pueden llamarse vías de comunicación a caminos entre montañas donde en más de cien parajes 50 hombres resueltos bastarían para detener a 10.000.



de los grandes centros agrícolas para poder recabar de ellos abastecimiento suficiente, privado, por consiguiente, de Marina mercante y entregado a una mediocre guarnición, habrá de rendirse inexorablemente ante fuerzas marítimas superiores. Y el enemigo, una vez dueño de sus fuertes, podrá con pocos medios conservarlos largo tiempo, sin temor a ser arrojado de ellos u hostigado.

Esto es justamente lo que ha ocurrido. Los ingleses se han apoderado del Môle. Allí siguen manteniéndose sin muchos dispendios y sus escuadras salen desde ese mismo punto a interceptar todos nuestros barcos.

Tales son las consecuencias de la ocupación del Môle, un puesto que, comparado con aquel que mencionaremos enseguida, no puede ser colocado más que en un segundo rango entre los puertos militares de la Colonia de Santo Domingo (5).

En cambio, un establecimiento marítimo en la bahía de Samaná reuniría, a mi entender, todas las ventajas y ninguna de las desventajas que hay en el del Môle. Más aún, yo pienso, si se me autoriza expresar en este punto la opinión de personas

-
- (5) No es que hayamos pensado que una escuadra estaría mejor colocada en la bahía de Samaná que en el Môle, lo cual estaría sujeto a un parecer contrario, porque la salida del primer puerto es más estrecha que la del segundo. Lo que sí queremos decir es que en el plan propuesto se trata menos de hallar protección para nuestras escuadras que seguridad para nuestro comercio. Las Escuadras rara vez reciben de las Colonias una protección que ellas debían dar.

Bajo este punto de vista me será lícito hacer observar de pasada que la situación de cualquier Jefe de Escuadra, encargado de proteger una Colonia con fuerzas inferiores a las de un enemigo que intenta una invasión, es sumamente crítica, pues no le permite adoptar más que uno de estos dos extremos: si se queda en el puerto, corre el riesgo de ser apresado junto con la Colonia; si permanece en el mar, se verá obligado a combatir con fuerzas desiguales. En esta enojosa alternativa sería muy útil y expedito colocar 2.000 ó 3.000 hombres en la parte opuesta a aquella en que el ataque se está realizando, o en otra isla, para llevar la guerra a una Colonia enemiga, porque una de dos, o el enemigo levanta el sitio o divide sus fuerzas para socorrer a su Colonia. Sólo en este último caso podría combatírsele con menor desventaja. La posición crítica en la cual se encontró la Escuadra Inglesa para tomar San Cristóbal de la Habana por el Contralmirante Degran viene a confirmar la presente observación.



experimentadas en asuntos de Colonias (6), que sus asientos agrícolas, ya afincados junto a dicha bahía, deben ser multiplicados por los alrededores y por toda la península de Samaná como si le sirvieran de cinturón protector.

La bahía de Samaná, situada en la cabeza de la Isla de Santo Domingo, es adecuada para proteger a ésta en muy buena parte. Su destacamento militar podría utilizarse todavía:

1º) Como refugio, para guardar nuestros buques mercantes y aquellos de los no aliados que después de atravesar el Océano entrarían en la latitud de esta bahía y podrían penetrar en ella el día mismo que dan vista a tierra.

2º) Para bloquear Jamaica y el comercio inglés, y, en caso de necesidad, para tener dominada la isla de Cuba, así como el Golfo de Méjico.

Cuenta, además, en derredor de su litoral con buenos campos de cultivo, los cuales pueden ser notablemente aumentados, tanto en la parte Norte como en la del Sur. En sus cercanías tiene, de un lado, las llanuras de El Seibo y de Higüey, que son una prolongación de la llanura de Santo Domingo; de otro, las de Cotuí, con sus fértiles terrenos, menbres aún que las de La Vega y Santiago, labradas casi todas ellas en torno a poblados y otras dejadas para hatos que llegan hasta la bahía de Manzanillo. De manera que en caso de un ataque al destacamento de Samaná contaríamos desde un principio para su defensa con los campesinos del contorno, a los cuales se sumaría la ayuda, en muy poco tiempo, de los restantes pobladores de las llanuras antes mencionadas. Ventaja preciosa que, en consecuencia —aparte de que su población actual se vaya mezclando con ciu-

(6) Como el ciudadano L'Escallier, en un excelente libro, que debería ser, no sólo el breviario de los pobladores de todas las Colonias, sino el orientador para los Administradores Civiles encargados de su gobierno. Veamos cómo se expresa hablando del destacamento militar de Cayenne:

“No se había experimentado que en cualquier gobierno y, sobre todo, en el de las Colonias, la agricultura debe tener la primacía sobre cualquier otro propósito, porque una Colonia no existe más que en proporción de sus cultivos, y no puede soñarse en defenderla y protegerla sino cuando ella verdaderamente existe”.



dadanos franceses—, haría a esta bahía de que estamos hablando sobradamente capaz para resistir a los más poderosos ejércitos.

Vamos a hacer una descripción sucinta de dicha bahía, apoyándonos en Valverde, escritor español, residente en la parte Sur (*).

La bahía de Samaná, ubicada hacia el Este de la Isla de Santo Domingo, entre los cabos San Rafael y Samaná, tiene alrededor de 7 leguas de ancho y 18 de largo. Pero si comenzamos a contar desde la cadena de arrecifes que se extiende desde Punta Icaco hasta los cayos de Baníster, no tiene más que 12. Entre uno de estos islotes y la costa Norte de la península se encuentra un paso de una legua de ancho, aproximadamente, y con bastante calado para los mayores barcos de guerra. El interior de la bahía, a partir de aquella cadena de arrecifes, es navegable en todas sus partes, hallándose por doquiera un buen fondo de cieno. Después de haber pasado los cayos de Baníster, que dejamos a la izquierda y una caleta del mismo nombre a la derecha, se llega al puerto de Samaná, distante del final de la (xxxxxx?) como unas diez leguas. Allí está una población fundada por los españoles en 1756 (7), en realidad una aldea que ellos enaltecieron titulándola ciudad de Samaná. Por los días de la Revolución todavía consistía en unas cuantas casas conteniendo una población cercana a las doscientas almas, más un fuerte con un comandante y algunos soldados. Los barcos mayores pueden ser abatidos a la orilla de un islote situado frente a la ciudad. He aquí, en resumen, la entrada Norte de la bahía que, ciertamente, es muy capaz de defensa si se establecen fuegos cruzados por baterías fijadas sobre el territorio de la península y sobre el cayo de los Rebeldes. Por lo que respecta a la entrada Sur, es decir, entre la costa Sur o de la tierra y los islotes y arrecifes que se encuentran extendidos al Oeste de la Punta Icaco, algunos prácticos franceses aseguran que en esta parte

(*) Refiérese a la obra de Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla española y utilidades que de ella puede sacar su Monarquía*, Madrid, 1785.

(7) Fue poblada por colonos traídos de las Islas Canarias.



hay un paso para los buques de guerra a efectos de entrar primeramente en un puerto, nombrado Puerto del Inglés, donde el fondeadero es bueno. Pero fue en dicho paso donde en 1782 y en la oscuridad cierto piloto, que se decía perito en este paraje, encalló e hizo naufragar el barco de guerra "Escipión". Tanto antes como después del Puerto del Inglés hay nuevas cadenas de rocas y arrecifes. Enseguida viene la costa de Sabana de la Mar, donde se encuentra la bahía de las Perlas, que, según se refiere, es proporcionada para acoger toda una flota. Magníficamente abrigada, teniendo un buen fondo y ventajas muy apreciables, ella empeñ nuestra prudencia a plantearse desde un principio la cuestión de si no sería preferible la parte Sur a la del Norte para establecer el destacamento militar (este lado Sur de la bahía está mal trazado en todas las cartas de navegación) (8).

Se sobrentiende perfectamente que la decisión acerca de este importante punto irá precedida de una visita sumamente minuciosa a la bahía entera por personas capacitadas, cosa hoy fácil de realizar.

Pero sea que la decisión recaiga sobre la parte Norte o la del Sur, sigue invariable que el destacamento militar que se hará en una u otra debe estar rodeado y comunicado con grandes asientos agrícolas, los cuales en caso de ataque proporcionarán defensores con la mayor prontitud.

La costa Sur de la bahía tiene una demarcación o parroquia donde aparece Sabana de la Mar, con unas 300 almas aproximadamente. Su planicie es una continuación de la Llanura de San Rafael, con unas 10 leguas de largo por 4 ó 5 de ancho, situada al pie de la Montaña Redonda. Está rodeada por un terreno llano que al hacer un ángulo forma el cabo de ese nombre. Tal llanura se prolonga por cañadas salpicadas de promontorios hasta juntarse con las Llanuras de Higüey, El Seibo y Santo Domingo. Así es como Valverde, historiador español y nativo de Santo Domingo suministra la descripción de ella.

(8) En Punta Rezón, donde el fondeadero es bueno y donde podría construirse un fuerte.



La costa Norte, llamada península de Samaná, tiene 16 ó 17 leguas de larga por 2 y media de ancha. Es montañosa, bien poblada de árboles y regada por arroyos. Su parte Este resulta inhabitable, dada la cantidad de rocas que la hacen terminar en el mar de una manera abrupta. El río Yuna, cuya desembocadura se halla al final de la bahía, es navegable a lo largo de 14 leguas según atraviesa las Llanuras de Cotuí y La Vega. Enorme multitud de riachuelos vierten sus aguas en él, cuyas orillas están guarnecidas con las mejores maderas del mundo para construcciones navales. Las Llanuras de Cotuí y de La Vega se prolongan mediante la de Santiago, regada por el río Yaque, hasta la bahía de Manzanillo, recorriendo una magnífica extensión de más de 45 leguas de longitud por 10 ó 12 de latitud. Los productos de Cotuí y La Vega, desde hace más de 10 años, bajan por el Yuna a la bahía de Samaná.

Supongamos que actualmente esta espléndida bahía alberga un destacamento militar de la Marina. Fijemos nuestra mirada sobre las ventajas generales que de ello podrían derivarse.

Los barcos ingleses de guerra y comercio destinados a Jamaica, al igual que los españoles que van rumbo a la isla de Cuba, o al Golfo de Méjico o a Nueva Orleans pasan de ordinario por el Norte o el Sur de la Isla de Santo Domingo. Tanto en uno como en otro caso lo han de hacer necesaria y forzosamente a vista de la tierra de esta Isla. En el caso de que lo hicieran por el Norte, el Cayo Plata, que está a 25 leguas Norte-Sur del Cabo Samaná, les obligará a acercarse a tierra para tener una ruta asegurada entre ella y un arrecife que no presenta ninguna apariencia exterior. Estarían por allí para señalarlo algunos barcos, ya sea delante del Cabo Rafael, ya sea delante del mismo Cabo Samaná, y en medio de las señales toda la bahía, la cual en tres horas puede ser informada acerca de su aparición. Pues bien, si uno de nuestros buques armados se encontrara anclado en la punta de la península, podría fácilmente reconocerlos, y en caso de que fuesen amigos, los protegería; en caso contrario, se adueñaría de ellos.

Supongamos todavía que después de reiteradas pérdidas el enemigo abandonase la ruta del Norte y tomase la del Sur de



Santo Domingo, y que entrando al archipiélago por las Islas del Viento viniera a recalar forzosamente a La Beata (digo forzosamente, porque las corrientes al descender hacia el Golfo de Méjico son tan rápidas que, de acuerdo a ciertas observaciones, un barco puede hacer 20 ó 25 leguas en veinticuatro horas más de lo estimado en su ruta terminando por ser arrojado así al Sur de Jamaica entre peligros). ¡Muy bien! ¿Qué impediría entonces contar en el río Anses-a-Pitre, donde estaría establecida una buena batería, con una fragata y una “*decouverte*”, que teniendo sus vigías sobre la isla Beata avanzarían con ancla echada, como lo han practicado los ingleses en las guerras anteriores.

Hagamos todavía una tercera suposición. Admitamos que el enemigo, desalentado por sus nuevas pérdidas en esta travesía a vista de la isla Beata, emprende una nueva ruta a lo largo de la costa de España. Pues he aquí que bien pronto nosotros, sirviéndonos del puerto de Curaçao, perteneciente a nuestros aliados, continuaríamos bloqueando a los barcos de Jamaica, ya que éstos se verían forzados por su propia seguridad, respecto a las corrientes, a pasar dando vistas a estas tierras.

Es, pues, cosa sencilla darse cuenta de que con un corto número de buques de guerra estacionados en Samaná por el Norte, y en Anses-a-Pitre y en la Beata por el Sur, quedaría cortado todo comercio del enemigo. El gasto de estos barcos apostados sería cubierto en demasía con el botín que ellos hiciesen (9).

Todos los políticos escritores y otros muchos han dicho, con sobrada razón, que las Colonias sólo pueden estar protegidas con una fuerte Marina, Pero (el plan que yo propongo no es más que un medio supletorio) 2 ó 3 fragatas, muchos “*Brinck*” y pequeños barcos de exploración formarían todo el aparejo que se necesita. Y estos buques nuestros tanto menos riesgos correrían de ser aprisionados, cuanto más estuviesen fondeados con ancla echada bajo una fortaleza.

(9) Asegúrese que la necesidad de dar protección a los barcos destinados a Jacmel se ha hecho ya sentir en la parte Sur. En consecuencia, una batería ha sido establecida en Sal-trou. Ella podría servir plan propuesto mientras se espera el establecimiento de la Anses-a-Pitre.



Así es como nosotros nos apoderaríamos de la manera más cómoda de ciertos barcos de contrabando de todas las naciones, los cuales entrarían en Samaná.

Un cabotaje de pequeños barcos costeros sería establecido desde esta bahía hasta Fort-Dauphin y Cap, para el transporte de comestibles y otros productos coloniales, con los cuales pagaríamos los cargamentos. El pescado en salazón, la carne ahumada y las tortugas constituirían nuevos objetos de cambio y de comercio, mientras los marineros, en caso de ataque, resultarían muy provechosos. Comúnmente se cree que sería fácil comunicar el final de la bahía de Samaná con la bahía de Cosbe a través del Gran Estero, que en esta última tiene su desembocadura, con lo cual el cabotaje lograría mayor seguridad y libertad (10).

Tales son las ideas que me inspira el celo por el bien del Servicio y que yo me apresuro a someter al Ministro de Marina por lo mismo que sus conocimientos náuticos sobre la Isla de Santo Domingo le colocan en situación inmejorable para aceptarlas o rectificarlas. Yo añadiría en favor de ellas, que es sabido de todos que entre los más diestros marinos y los ingenieros más capaces, como D'Estaing y Du Portail, se daba ya una gran importancia a la posesión de la bahía de Samaná, y que de acuerdo a las instancias que hizo el primero en 1765 ante el Ministro Choiseul para que España nos la cediera, seguro es que hubo de verse constreñido a fundar el establecimiento del Môle de San Nicolás, porque le fue absolutamente imposible obtener la cesión de ella.

Además, el destacamento militar de esta bahía se encontraría reforzado por los otros puertos de la Colonia, los cuales reciben apoyo unos de otros. Y aun suponiendo que nuestras fra-

- (10) La industria francesa, una vez introducida en Samaná, así como el transporte de caoba y otras maderas preciosas para construcción, bastaría para tener ocupado este cabotaje durante largos años.

Yo me veo obligado, muy a pesar mío, a decir, antes de terminar estas notas, que equivocadamente los mapas de Delille, también los de Puisegur, hacen de Samaná una isla. Aunque la exac-



gatas apostadas en la península de Samaná se viesen obligadas a meterse dentro de la bahía ante la aparición de fuerzas enemigas superiores, si nosotros tuviésemos medios para combatir las en los puertos más al Oeste, haríamos esto con gran ventaja después de volver a salir a alta mar y siguiendo por la cabeza de la Isla.

titud de los de este último, por lo que respecta a la parte hidrográfica del canal, merece buenos elogios, no es menos cierto que sobre la parte topográfica de Santo Domingo, ha copiado a sus predecesores, tanto en lo que atañe a la península de Samaná como a otras muchas partes de esta Isla.





VIAJES POR EL INTERIOR DE LUISIANA,
DE FLORIDA OCCIDENTAL Y POR LAS ISLAS
DE MARTINICA Y SANTO DOMINGO

(TOMO I — CAPITULO XIX)

Por C. C. Robin

Autor de varias obras sobre literatura y ciencias
PARIS, 1807 (38)

Llegada del autor a Santo Domingo. Descripción de esta ciudad, fundada por Cristóbal Colón: de su territorio, de los recursos de su situación. Ideas del autor sobre los medios de restablecer esta Colonia (39)

El miércoles 22 de junio, (40) nos encontramos a vista de Santo Domingo, dejando siempre las islas de Martinica y Puerto Rico a nuestra derecha. De este modo costeamos primeramente la parte oriental española. ¡Qué extensos llanos descubrimos! Sus montañas sólo se presentaban a grandes intervalos, como para bariar el paisaje. La tierra, poco elevada sobre el nivel del mar, nos dejaba contemplar cómodamente las riquezas vegetales de este país inculto, que debiera estar habitado por una numerosa población. Pero, ¡oh tristes recuerdos! ¡esta soberbia

(38) Del impreso. Traducción del francés, por Francisco Guzmán Comprés, en 1964.

(39) Santo Domingo no fue fundada por el Descubridor, sino por su hermano Bartolomé.

(40) 1806?



reina de las colonias, orgullo de los franceses, no ofrece más que un espectáculo de desolación y muerte! Por todas partes corre la sangre de sus hijos; el fuego ha devorado esas ciudades opulentas y las fecundas haciendas que hace poco tiempo distribuían tantas y tan útiles riquezas en nuestra Europa! Me parece escuchar los gritos espantosos de esos caníbales que se devoran los unos a los otros; me parece ver los profundos fosos donde el vencedor inexorable precipita a los vencidos, y esas nuevas torturas que la cólera inventa sin poder saciarse! Quién repetirá a las razas futuras los innumerables crímenes, todavía inauditos de que está manchada esta hermosa tierra; estos delitos graves y fechorías que a sus anchas cometen esclavos embrutecidos, en manos de amos sanguinarios? Qué mano osará volver a representar fielmente el cuadro para enseñanza de las razas futuras? Ay! lo que la bárbara antiüedad, lo que Roma en sus días de disolución, lo que los pueblos más corrompidos no se atrevieron jamás a hacer en dilapidaciones, en libertinajes, en ferocidad, en destrucción, todo se reproduce al mismo tiempo en la más espantosa de las mezclas en la desgraciada isla de Santo Domingo, en esta tierra que la naturaleza adornó a sus anchas, generosamente, con sus más preciosos atractivos, con sus dones más ricos y más hermosos; donde ella parecía querer establecer la felicidad del hombre, puesto que prohibió que allí viviesen los animales venenosos y las fieras. Oh colonos! ustedes quisieron tener esclavos; ustedes los embrutecieron, y ellos los corrompieron a ustedes. He ahí la causa de sus males de ustedes, la causa de los crímenes de ellos, y la causa de los crímenes de ustedes. De paso encontramos a Santo Domingo, capital, como se sabe, de la parte española, y debíamos detenernos allí. No tardamos en ver su amplia bahía, cuya ancha entrada forma más bien una ensenada. Al entrar en la boca de esta ensenada, descubrimos la ciudad, construida sobre una especie de promontorio y levantada en forma de anfiteatro. Pronto distinguimos sus casas, sus iglesias y sus numerosos edificios públicos entremezclados con la espesura.

El contorno de la bahía presenta por todas partes arrecifes contra los cuales el mar espumoso revienta en vapores a una al-



tura de treinta o cuarenta pies, cosa que de lejos tomamos por velas de barcos. La entrada del puerto, formada por el Río Ozama, está cerrada a ambos lados por grandes rocas desnudas contra las que chocan las olas estrepitosamente. Las dejamos atrás con algún temor, habiendo esperado inútilmente la llegada de un piloto. Desde las baterías, se nos preguntó al mismo tiempo, con ayuda de bocinas, en francés, en inglés y en español, que de dónde veníamos, adónde íbamos, etc., y anclamos. Esto fue frente a la ciudad, de la cual estábamos a tiro de pistola. Se levanta pintorescamente sobre una masa de rocas cavernosas, de donde penden como en forma de grandes cortinas espesuras de liana de un verdor fresco y agradable. Varias hileras de baterías levantadas en diversos sitios se suman a los contrastes del cuadro que ofrece la ciudad. El río, poco ancho, profundamente encajonado, se pierde en caracoles bajo la sombra de los bosques que lo bordean. En la otra margen, como de una manera intencional, frente a la ciudad, se abre un vallecito agreste de donde se levantan por entre las plantas rozagantes bananeros, grupos de elevadas palmeras de tronco desnudo y grisáceo, coronadas, sin ramas, de espesuras formadas por las hojas desplegadas en forma de graciosos abanicos radiantes. Los alrededores de la ciudad, incultos, con su playa desierta, el aire de antigüedad que les dan sus fortines y sus murallas, y una especie de castillo deshabitado y medio en ruina, les daban un tinte melancólico a todas estas cosas.

Apenas habíamos arrojado el ancla cuando se nos dijo que había una disposición de embargo que retenía desde hacía un mes todos los navíos, y que se nos iba a aplicar a nosotros por un tiempo indefinido. La sesión del tribunal del prefecto marítimo aumentó más nuestras incertidumbres. Nosotros teníamos grandísimos deseos de partir, y en Santo Domingo no se sabía todavía el comienzo de las hostilidades. El Gobierno lo ignoraba también. Nos interesaba muchísimo partir lo antes posible para no ser detenidos en la ruta y poder llegar a Luisiana aun antes que se supiese. Esta noticia, que no tardó en propagarse, debía probablemente contribuir a hacer prolongar la disposición del embargo. Con este fin, todos convinimos en guardar el silen-



cio más riguroso, pues todos teníamos interés en ello. Pero podía haber graves inconvenientes en mantener oculta una noticia tan importante para el gobierno. Nosotros la declaramos. Esta declaración de la noticia, en vez de perjudicarnos, contribuyó a hacernos conseguir el permiso para salir unos días después, aun antes que algunos navíos que hacía un mes habían solicitado permiso para su salida.

Aproveché esta permanencia para visitar la ciudad y su alrededores. Esta nueva propiedad francesa interesa tanto más cuanto que Santo Domingo fue fundada por Cristóbal Colón en 1494. Su sitio y su distribución hacen igualmente honor al genio de este grande hombre. Situada, como antes dije, sobre un promontorio elevado que domina al mar por el lado suroeste, al mismo tiempo está bañada en la parte oriental por la desembocadura del río Ozama, cuyo cauce estrecho pero profundo puede servir de prolongación a un puerto tanto más seguro cuanto que este río está bordeado de colinas, es elevado y está defendido a su entrada por rocas que son como avanzadas en centinela. La situación de esta ciudad, levantada sobre una planicie de rocas, le da las inestimables ventajas de hallarse en todo tiempo reanimada por vientos frescos. Los fuertes que la rodean del lado del mar y del puerto, a la mitad de la cuesta o al nivel del suelo de la ciudad, no han requerido más que altos muros que intercepten las corrientes de aire, y sólo en la parte noroeste de la ciudad contigua a la tierra, se halla oculta por una muralla que tiene de dieciocho a veinte pies de altura. Las calles, anchas y alineadas, se ortan en ángulos rectos. De este modo las extremidades de unas terminan en dirección del río, que es el puerto, y las de las otras terminan en el mar, que se descubre mejor de lejos, cuando el terreno se inclina un poco y cuando las murallas poco elevadas no le roban el efecto a este cuadro panorámico, que es de los más bellos y agradables. Las casas, construidas de piedras o de mampostería, son regulares y poco elevadas y tienen una distribución bien extensa para estos climas. Grandes ventanas que dan a la calle están, al estilo español, enrejadas con barras de hierro que sobresalen al exterior; todas las casas tienen patios, jardines y especies de galerías del lado



del patio. Se han construido y arreglado cuidadosamente plazas delante de los edificios públicos. La de la Catedral, que es la más grande, ofrece parcialmente, como embellecimiento, algunas casas de forma regular. No faltan las iglesias y los monasterios, y en realidad los hay en un número mayor que el que puede contener la extensión de la ciudad. Lo que hay de notable es que las calles están bordeadas por aceras construidas de ladrillos. Colón quería poblar su ciudad de habitantes industriuosos, más bien que de ricos fastuosos, pues las calles no están ni siquiera pavimentadas.

La muralla que encierra la ciudad por el Norte es bastante gruesa para tener, en toda su longitud, una acera o calzada ancha sobre la cual se levanta un pequeño muro almenado. Sirve para establecer la comunicación entre todos los fuertes de esta parte, destinados a defender la ciudad del lado de la tierra.

Las costas del mar y del puerto están provistas de baterías altas y bajas que se cruzan en todas direcciones. La entrada del puerto es tan cerrada que no fue necesario levantar baterías en la margen opuesta. Todo el contorno de la ciudad, por el mar y por el puerto, está cubierto de rocas agudas y porosas que sólo forman temibles defensas contra los temerarios navegantes que quisieren aproximarse a ellas. Siguiendo la costa marítima por la parte suroeste, a media legua se encuentra un fuerte aislado provisto de baterías, a fin de impedir el desembarco por esta parte de la costa, que es más baja y por consiguiente más accesible.

Las fortificaciones de Santo Domingo, construidas en épocas diferentes, debieron costar sumas inmensas.

El territorio de los alrededores de la ciudad no es, como se pretende, muy bueno. Sin embargo, puede observarse allí árboles de la mayor belleza, tanto por su altura como por la extensión de sus ramas. El bosque que bordea el río sobre un sitio inclinado no es grande, pero es espeso y está formado por árboles fuertes y hermosos. Qué gran delicia la de poder recorrerlo siempre bajo la sombra, la de poder descansar allí en todas partes, sin temor de verse atacado por fieras ni animales venenosos, contemplar ese follaje de un verde sereno y brillante, entremezclado



de flores y de bayas escarlata que innumerables avcillas vienen por bandadas a picotear; esas diversas especies de palmeras de tallo y porte tan pintoresco y tantos otros vegetales cuyas hojas, flores, silicuas y frutas se desconocen en Europa!

Ah! bajo una choza que algunas hojas bastarían para cubrir firmemente, el hombre podría encontrar abrigo. A su alrededor, el plátano alimenticio, que crece tan pronto y sin necesidad de gran cuidado, el ñame, la patata, la manioca, plantas todas que pueblan la tierra con sus bulbos farináceos, bastarían para cubrir sus necesidades. Sin embargo, allí se ha vuelto más infeliz y más criminal que bajo esos climas rigurosos, donde siempre en guerra contra los elementos, no recibe los dones de la tierra más que después de haberla cansado durante largo tiempo con sus cuidados constantes.

Las viviendas, cercadas con la raqueta espinosa o jorama-go (*opontia*), que crece tan fácilmente y forma una temible defensa, principalmente contra los negros, se ven descuidadas por todas partes. Al través de las espinas y las malas hierbas, se ve el naranjo cargado de sus bellas frutas; el aguacate, árbol grande cuya fruta es tan agradable, las ramas colgantes del chirimoyo o anona del Perú, que da una fruta acuosa tan saludable... allí los hombres quieren ser pobres, a pesar de la naturaleza. En este lugar elevado, se goza siempre de las delicias de un aire siempre fresco. Yo me paseaba fuera de la ciudad por una gran avenida de árboles sembrados en una sola fila por lo frondoso de sus ramas. El aire allí era tan fresco al mediodía que a intervalos yo me ponía donde me diera el sol por temor a que el frescor me hiciera daño. De regreso, bajando la cuesta hacia el río, se ve una fuente, con cuyas aguas apagué la sed que me quemaba. Fue construida por Cristóbal Colón. Hacía largo tiempo que se hallaba en ruina y acababa de ser reparada, y esto fue, ah! las costas del destino!, por órdenes del famoso Toussaint Louverture, cuando, amo de esta ciudad, cometía bárbaramente contra los blancos los mismos ultrajes que éstos cometieron contra los hijos de su raza. El terreno de los alrededores de la ciudad podría ser propio para toda clase de producciones, pero principalmente para la producción del café y el al-



godón. Las frutas del país son deliciosas y mucho más bellas que las de Martinica. Las tierras de pasto son tan ricas que vi vacas tan bellas y tan hermosas como las de nuestras zonas de Europa.

El pescado allí es sumamente abundante. El río Ozama recibe las aguas de varios ríos navegables que se remontan hasta lejos a través de regiones muy fecundas. Así, el Ozama, bien encajonado en su cauce, puede transportar a poco costo las maderas de todas las especies que producen los inmensos bosques que hay en el interior. La caoba sobre todo, que es tan preciosa y tan buscada por el lujo europeo, formaría una rama muy grande e importante del comercio; el algodón, el café, el índigo, el azúcar y el cacao vendrían por esos diversos ríos a cambiarse en Santo Domingo por productos del cultivo y la industria europeos.

¡Cuántas especulaciones útiles y honradas se ofrecen en todas partes al hombre activo e industrioso!

Millones de acres de terreno que el español inactivo hubiera podido poner en condiciones de cultivo desde hace tres siglos, se hallan allí en el mayor atraso y al precio más bajo, aun los terrenos situados cerca de las murallas de la ciudad. Hay un individuo que posee varios centenares de arapendes de estas tierras (antigua medida agraria que tenía 51 áreas) que no le salen a precio de compra a más de diez soles el arapende, y que en este momento cedería al detalle a menos de cinco francos. La ciudad tiene casas espaciosas para viviendas y para almacenes o depósitos; puede extenderse tanto como se quiera sin dejar de ser una ciudad sana y defendible. Pero antes de pensar en poblar esta parte de la gran isla de Santo Domingo, no es necesario destruir hasta el último negro que haya en la parte francesa? Además, habría seguridad para esta nueva colonia? Tal es el lenguaje de los antiguos colonos de Santo Domingo, exasperados por el infortunio e inspirados por los prejuicios.

Séame permitido presentar otras ideas acerca de un asunto de tan grande interés para mi patria. Si me equivoco, mi error, por lo menos, no habrá costado ni lágrimas ni sangre.



Antes de exterminar hasta el último negro de la antigua Santo Domingo, ¿se ha calculado lo que costará en hombres y en dinero? Cuando estos negros sean exterminados, se necesitará hacer otros gastos para hacer venir nuevos esclavos, que sólo se formarán lentamente y teniendo que hacerse grandes gastos. Hay que reconstruir estas ciudades, las viviendas y las fábricas devoradas por las llamas; hay que hacer nuevos desmontes y volver a sembrar estas tierras que en otros tiempos estuvieron cubiertas de cañas de azúcar, de algodón e índigo, de caoteros y cafetos. Con estos incalculables gastos de hombres y de dinero, cuántas colonias no se establecerían! y antes que se haya podido comenzar siquiera a reedificar la antigua Santo Domingo, otras colonias nuevas estarán ya en plena actividad y ya serán productivas.

En la nueva colonia de Santo Domingo, por qué no dedicarse a un estado defensivo contra los negros insurgentes? Su nueva colonia, que está creciendo rápidamente, adquiriría cada día más medios de defensa, y los negros, que se verían tranquilos de nuestra parte, no tardarían en tener entre sí divisiones que los debilitarían; seguros de no tener nada que temer de ustedes, no tendrían interés en hacer una guerra a mano armada, más bien desventajosa para ellos que la guerra defensiva. Acuerdos de tregua y de paz poco a poco establecerían con ellos relaciones comerciales que serían para nosotros muy ventajosas. Estas relaciones serían tanto más ventajosas por cuanto que nosotros nos reservaríamos la entrada exclusiva de los puertos. También la dos partes de la isla de Santo Domingo concurrirían en ser útiles a la metrópoli, sin pérdida de tiempo, sin gastos y sin derramamiento de sangre. Los negros libres han conservado los hábitos y la afición por nuestros productos y hasta por nuestras modas. Este plan, cuya base son la humanidad y la economía, es al mismo tiempo el más seguro. Adónde iríamos si las enfermedades y las fatigas destruyeran allí todavía infructuosamente nuestros ejércitos?

El establecimiento de los franceses en Santo Domingo comenzó, como en Saint Kitts y la Martinica, por aventureros que, hacia el año 1638, después de haber recorrido los mares, se fi-



jaron en el Norte de esta pequeña isla, y principalmente en la Tortuga, en la costa noroeste de la isla de Santo Domingo, que sólo dista dos leguas de esta isla. Los cazadores bucaneros (*boucaniers*), como lo hacían los salvajes, hacían ahumar o asar (*boucaner*) las carnes de los animales que robaban o cazaban para así conservarlas, y bien pronto se convirtieron en agricultores. Desmontaron algunos cuadros de terreno y sembraron tabaco, producto que buscaron sobre todo los holandeses, y luego cultivaron el algodón, el índigo y la bija o achiote. Los beneficios que obtenían aumentaron el número de esos aventureros. Entre sus cazas y sus trabajos, tenían sin embargo tiempo para sostener guerras terribles contra los españoles, quienes los trataban como piratas. La fama de su fortuna atrajo hacia ellos a otros europeos. Estos, como eran demasiado pobres para pagar sus pasajes, se alistaron por tres años y más a fin de pagar su deuda. De ahí vino la denominación de "alistados" o soldados de 36 meses. A la expiración de su alistamiento se convertían en habitantes. De este modo se formaron las colonias francesas y particularmente la de Santo Domingo; y cuando el Gobierno tomó parte en este asentamiento ello fue más bien para perjudicarlo por medio de los impuestos, con los monopolios, con actos de tiranía, que para protegerlos. Esos hombres, tan intrépidos como activos y entusiastas en el trabajo, no se preocupaban entonces por esclavos. Les hubieran molestado, aunque no hubieran podido servir para debilitarlos.

Si en esas difíciles circunstancias, franceses solos fundaron, defendieron, desmontaron y cultivaron la colonia de Santo Domingo, por qué los franceses solos no podrían restablecerla hoy, cuando tienen menos obstáculos que vencer, cuando tendrán de la madre patria recursos de víveres, de municiones y guerreros? Y por qué no distribuir en esta nueva Santo Domingo campesinos robustos que, al multiplicarse, multiplicarían también brazos laboriosos y creadores? Y qué tendría esta colonia que temer de los negros insurgentes y de enemigos de afuera? Si quiera que se le asignen cantones, a fin de comparar con los asentamientos habitados por esclavos sus ventajas y sus inconvenientes respectivos.





CAPITULO XX

Causas que principalmente han perjudicado a esta Colonia española. Sabia política española relativamente a la gente de color.

He dicho que en Santo Domingo se veía dominar el puerto, frente a este gracioso vallecito, un castillo inhabitado, rodeado de escombros y de espinas. Entré, lo recorrí y me senté sobre sus ruinas. Ah! se me repitió varias veces que esta fue la residencia de Cristóbal Colón. (41) Allí pensaba todavía en nuevos proyectos para la felicidad de los hombres. Allí, el fundador de esta ciudad, que supo escoger con sabiduría un lugar tan favorable para el comercio, tan fácil de defender, tan salubre, supo distribuir su ciudad naciente según un plano digno del siglo, de las artes y de las luces. Descartando todo lo que hay en esas cosas de fastuoso y de inútil, abarcó todo lo que puede hacer querer su ciudad por sus nuevos colonos, y hacerla floreciente por las futuras razas. Pero ah! esta morada, que los años convirtieron en un templo, está ahora abandonada y hecha ruinas! y todo lo que desde hace tres siglos ha respirado aquí, se lo deben a la existencia y a la felicidad! Ni una sola alma guiada por el reconocimiento, ni siquiera de aquellos a quienes su nombre llenó de orgullo, que gozan aquí de la gloria y de los tesoros que Colón adquirió para ellos, ni uno solo ha venido a traer una mano reparadora sobre este monumento! Todavía, si estos restos inmundos, si estas plantas insalubres hubieran sido eliminadas de allí y que vivaces jazmines de largos tallos hubiesen cubier-

(41) De Cristóbal no; de su hijo Diego.



to estos venerables vestigios, viniendo a respirar allí el suave aroma de sus flores, allí se lloraría al recordar los servicios del que hizo el más grande y más útil descubrimiento para el género humano: el de un nuevo mundo que cultivar y que poblar. Me parece ver su genio errando sobre estos escombros, acusando de ingratitud a la misma ciudad que él levantó, a la nación que enriqueció y a todos los hombres cuyo dominio ensanchó. ¡Franceses, pronto vuestras manos generosas repararán el ultraje de los años y la ingratitud de los hombres!

Los trofeos de que ustedes rodearán estos escombros volverán a decir quien fue el autor de este memorable monumento; a su vista, el navegante transportado de júbilo mezclará a sus gritos de alegría el ruido resonante del hierro y del bronce hechos campanas y cañones, y estas rocas cavernosas repetirán a lo lejos estos testimonios de la alegría reconocida!

Un día también en este fresco valle, donde tantas veces las miradas de Colón se detuvieron complacidamente a contemplar el bello panorama, habrá fiestas que reunirán hombres de todas partes para cantar las maravillas de la navegación, no de la navegación que lleva la destrucción y la muerte, sino de la que puebla la tierra de hombres y llena los pueblos de productos útiles, de la navegación, en fin, que el genio de Colón tuvo siempre en el espíritu en sus trabajos de Gran Descubridor.

Uno se pregunta: por qué Santo Domingo, fundada hace ya tres siglos, capital de una colonia tan grande, poblada de familias ricas, de oficiales, magistrados, sacerdotes y monjes que distribuían sus riquezas y sus luces, poseyendo tantas ventajas, no ha crecido o desaparecido? Es que las ciudades, a pesar de los recursos y del boato de sus gobiernos, tienen siempre una existencia precaria cuando su opulencia o grandeza no es alimentada por la agricultura, cuando no tienen por objeto principal hacer exportar los artículos que la agricultura tiene de más y hacer importar o fabricar aquellos de que tiene necesidad. Enriqueciendo la agricultura, los países se enriquecen por sí solos y se pueblan. El arte de aumentar el tamaño de las ciudades y de hacerlas prosperar no es, pues, como muchos gobiernos han querido hacerlo, cargándolas de edificios suntuosos, atrayendo



ei lujo, los placeres y las artes mismas, sino rodeándolas de brazos laboriosos que, fecundando la tierra, tienen mucho que dar para recibir mucho en cambio de lo que dan. Este es el secreto que, entre los angloamericanos, en quince, veinte, veinticinco años, llena sus sombrías soledades de viviendas, de aldeas, caseríos y ciudades. Europeos, ustedes quieren hacer florecer sus campos por medio de sus ciudades; estas ciudades crecen, e ensanchan, pero sus campos se despueblan con el éxodo de su gente hacia las ciudades, y en este trastrocamiento de las cosas, la miseria se propaga sobre los unos y sobre las otras. Tal cosa ha ocurrido en Santo Domingo: el lujo la ha invadido, y sus campos han sido atrasados por la miseria. De siete a ocho mil personas vivían allí únicamente de la fortuna de los ricos, unos como miembros de la servidumbre y otros de la beneficencia, pues ningún pueblo es más liberal, más caritativo ni más hospitalario. I desde que Santo Domingo se halla bajo la dominación de los franceses, esos ricos la han abandonado, y se ha calculado en seis mil el número de personas pobres o desgraciadas que han permanecido allí.

Este número hubiera bastado para poblar y hacer prosperar una colonia, pero aquí esa gente constituye una carga por no estar habituada al trabajo. El hábito que tienen de no trabajar es tal que ni una sola de esas personas cuida ni siquiera del jardín de su casa, no quitan de allí las yerbas que tienen de seis a siete pies de altura y que lo hacen inaccesible. Sólo he visto uno de esos jardines cultivado, y aun ese lo cuidaba un militar francés. Aunque la carne, el pescado, las frutas y la leche y sus productos tienen un precio muy bajo, el de las legumbres es excesivamente alto. Hay que ser rico para permitirse el lujo de comer a diario pequeños nabos o una ensalada cualquiera. Ese militar sacaba todos los días del producto de su pequeña huerta quince o veinte francos, y había que encargarle por adelantado sus legumbres.

En qué se ocupan, pues, estos españoles? Ni siquiera en pasearse. Una malla extendida que llaman hamaca, atada por los dos extremos a las dos paredes opuestas de una amplia habitación es el lugar favorito donde pasan la vida, más comúnmente



acostados y como envueltos en la hamaca misma; de día, con un cigarro en la mano, una pierna colgando, se mecen indolentemente, y cuando cesa el movimiento, el pie que roza la tierra la toca ligeramente para reavivar este balanceo. Si usted entra, el dueño se sienta, por honor y cortesía, sobre su lecho móvil. Un silló con asiento cóncavo de cuerpo, que levanta las rodillas hasta la altura del estómago, es el único mueble que puede ofrecerle para sentarse. La gruesa capa de polvo y la madera carcomida le dicen a usted que lo recibió de sus antecesores; y las patas mutiladas del asiento, encoladas sin cuidado alguno, exigen que usted se siente con sumo cuidado.

En verdad, ningún pueblo de la tierra es tan frugal como éste. El ferviente anacoreta no lo ha sido más. Uno o dos plátanos y un poco de chocolate, cuando lo tienen, les basta para pasarse el día; pero el que consume más de lo que produce, consume siempre demasiado, constituye siempre una carga para la sociedad y para la naturaleza; y el hombre, cuyo trabajo produce más que lo que puede consumir, es siempre útil, por grande que sea su consumo.

Un Estado no debería contar como verdadera población más que el número de individuos útiles, pues el resto es una carga que pesa sobre los otros. Un empadronamiento justo sería el que dividiera en dos partes estas dos clases de individuos, pues entonces el Estado vería justamente lo que pierde o lo que gana, si las cosas mejoran o se deterioran. Tal vez nuestros estadísticos se ocupen en hacer esos cuadros un día.

Cómo puede ser que en estas colonias, sobre todo donde el trabajo es tan productivo, España esté tan recargada de tantos hombres inútiles? Es la muchedumbre de esos monjes que, órganos de la religión, no dicen nada sobre la primera y más necesaria de las verdades: la necesidad del trabajo, ya que ellos mismos dan el peligroso ejemplo de la ociosidad; es la poca consideración que se le presta al hombre laborioso, sobre todo al agricultor, rebajado hasta colocarlo por debajo del último empleado o del criado de un grande. Estos privilegios exclusivos obtenidos en una corte equivocada, bajo la apariencia del bien



público, son los que hacen caros y raros los productos del extranjero y hacen vender a precio vil los del suelo de esta isla; es, en fin, la corrupción de la justicia que viola las leyes ella misma ignora, que se vende públicamente a los monopolistas, que favorece la increíble vena⁷idad de los hombres empleados, que sirve de instrumento a los falsarios y a los perjuras, gente tanto más peligrosa cuanto que están cubiertos con la máscara de la religión. Por este concurso de cosas, se ha despoblado y empobrecido una nación que hoy debiera ser la más rica y la más poderosa del universo, y hoy es tan débil que para afianzarse necesita el apoyo de países extranjeros. Quién sabe pronto, quizás, sus colonias no sean ya de ella. I cuál será entonces su destino? I, sin embargo, lo repito, ningún pueblo tiene costumbres privadas más suaves y bondadosas, más estimables. Son buenos padres, buenos maridos, buenos hijos; nadie en la sociedad es con sus amigos más franco y más agradable, y no muestran esos rasgos de imaginación que descubren la inteligencia, no está ya presto a inflamarse por la gloria; pero está desprovisto de instrucción; está encadenado a la superstición, de la que a veces se sacude con éxito, y particularmente no tiene el más ligero vestigio de espíritu público: recto y probo hacia los particulares, dilapida con audacia y sin remordimiento la cosa pública; lo que es de todos es despiadadamente pillado por todos, y con una impunidad tal, que el hombre empleado que no sea culpable y que sea el testigo, no se atrevería a evitarlo y no podría hacerlo.

Y, vuelvo a repetirlo, ningún gobierno de la tierra es más paternal, lleva más lejos la solicitud y el cuidado para con todos sus súbditos, ni muestra en sus leyes y sus reglamentos más prudencia y sabiduría que la que particularmente tiene que ver con hacer el bien. Así, de la falta de instrucción y de espíritu público de los súbditos y de vigor y energía por parte del gobierno, nacen los males que debilitan esta monarquía y presagian su próxima destrucción, la que, sin duda, hay tiempo todavía para evitar. Pero quién podrá y será llamado a hacerlo? Cada pasc que he dado en estos viajes, me ha presentado estas verdades: se las expondré a mis lectores.



En estos cinco o seis mil pobres y desgraciados que se quedaron en Santo Domingo, incluí a la gente de color, con riesgo de escandalizar a los colonos al hacer tal mezcla. Los españoles, en este sentido, muy diferentes de las otras naciones, sin duda en reparación de los males que en otro tiempo les hicieron a los indios, no van a rebuscar blancos hasta las generaciones muy atrás, ni imperceptibles tachas de sangre negra. El mulato libre es muy pronto asimilado a los blancos, y les place, por su alianza con ellos, tener el buen espíritu de no considerar infamante el hacer desaparecer completamente estas tachas odiosas del color. Así, jamás tendrían que temer en sus colonias esas terribles convulsiones de que somos víctimas nosotros los franceses; la multiplicación de la sangre mezclada multiplica sus amgos y sus defensores. Si esta política se hubiera seguido en nuestro Santo Domingo, estaría en su esplendor esa bella tierra tropical; sus productos y sus consumos hubieran alcanzado el doble de lo que eran antes de la revolución. ¡Qué diferente estado de cosas para la metrópolis, para sus fábricas, para su marina y para lo que ahora saca, con tantos gastos, de las colonias extranjeras! Oh colonos! ustedes han querido echar de sus corporaciones a esos hombres de sangre mezclada o mestizos, que eran sus hijos y sus hermanos; ellos fueron sus valientes defensores y ustedes los transformaron en sus enemigos implacables! y ustedes mismos, colonos, quisieron dividirse en "blancos grandes" y en "pequeños blancos"! De este modo, el orgullo, ese enemigo peligroso, no aísla más que para destruir. El hombre solo es siempre desgraciado. Sólo tiene fuerza y poder por su reunión con sus semejantes. La ley, entre los españoles, prohíbe dar como castigo al esclavo más de veinticinco latigazos, y le prohíbe al amo infligirlo por sus propias manos o hacerlo aplicar. Debe dirigirse a un hombre empleado para este fin. Esta ley humana previene el exceso de amos feroces que mutilan y hacen perecer bárbaramente a estos desgraciados; al mismo tiempo, la necesidad de hacer llevar al esclavo hasta donde se halla el azotador y de escoger las horas convenientes para ese terrible castigo, le permite al amo tiempo para calmarse: así los castigos se hacen más raros. El esclavo que también tenga que quejarse de



su amo, se dirige al magistrado y consigue ser vendido a otro. El precio de la venta lo determina la ley. En ese estado de cosas, el amo de un buen esclavo lo trata con más consideración para no verse obligado a venderlo; y el esclavo que está contento de su amo, busca ventaja en agradecerle para no ser vendido a otro con el cual estaría menos bien. Si el esclavo ha ganado con que rescatarse o redimirse, se redime al precio determinado por la ley; y si no tiene bastante y su buena conducta le ha hecho ganar amigos, fácilmente encuentra quien le preste para completar el precio de su redención.

En todas las colonias españolas hay un magistrado encargado especialmente de la protección de los esclavos. Este magistrado recibe en secreto sus declaraciones, selecciona las informaciones positivas, interviene, como su protector nato, ante los tribunales, obtiene contra el convicto un juicio que lo obliga a vender sus esclavos y hasta volver a tenerlos en lo futuro.

Semejantes leyes honran a la humanidad; ningún pueblo muestra en su legislación una solicitud tan emocionante hacia el esclavo; y los americanos de los Estados Unidos, que se jactan de ser los más humanos de la tierra, son todos tan bárbaros como lo demás con sus esclavos. Pero esas leyes humanas de la legislación española, bajo este gobierno demasiado débil, son frecuentemente eludidas y a veces se vuelven abusivas. Puede ser de otro modo, cuando la corrupción general es tal que todo hombre empleado ya no se avergüenza de venderse? Frecuentemente se dice que las leyes les faltan menos a los hombres que los hombres a las leyes. Es, pues, cierto, que es necesario mejor formar hombres que se puedan acostumbrar a vivir en orden sin leyes que acostumbrarlos a tener demasiado leyes por necesidad.





CAPITULO XXI

*Historia Natural. Conchas notables. Petrificaciones
De la disminución del mar. Reflexiones sobre
este asunto.*

Un poco antes de nuestra llegada a Santo Domingo, hice recoger un grueso pedazo de madera podrida que flotaba cerca de nuestra borda; lo encontré poblado interiormente de mariscos univalvos, del tipo que los conquiliólogos llaman *tubo de órgano*. Estos tubos, que tienen aproximadamente dos pulgadas de largo, casi cilíndricos, de un blanco sucio, del grueso aproximado de una pluma de escribir, pegados formando masas más grandes que el puño y pegados débilmente por una materia albuminoidea que me pareció ser de la misma substancia que la concha. El mar tiene, pues, sus repúblicas cuyos habitantes reunidos se ayudan entre sí para enfrentarse a la bravura de las olas y resistir al enemigo. Estos tubos alargados, aislados, empujados por las ondas, se romperían o muy pronto quedarían amontonados sobre las arenas o las tierras arcillosas, o fácilmente serían presa de esos peces voraces de dientes cortantes y de fuertes mandíbulas. En todas sus producciones la naturaleza marcha de las formas más sencillas a las formas más complejas; agota o extermina todas las diversidades de que son susceptibles esas formas antes de pasar a otras formas más complicadas. El univalvo, más sencillo que el bivalvo, también se multiplica y se diversifica más; y el multivalvo, el más compuesto de todos, ofrece menos diversidades, es menos numeroso. Entre los univalvos, el género de los tubos es el más sencillo, es también el menos numeroso, hay primeramente rectos como canuti-



llos, ligeramente encorvados como cuernos, contorneados de diversos modos, que toman la forma de *nabas*, de *bistortas* y de otras *raíces* y de *dientes de perro*, y de *colmillos de elefante*, y luego arqueados y enrollados, como intestinos, doblados en espiral, en forma de volutas, como el *sacatrapos*, el *berbiquí*, el *tubo-serpiente*, el *cerillo*, el *tubo solitario*, apelotonados entre sí como si fueran hilos intrincados. Cada uno de estos géneros se subdivide todavía más; unos son pulidos, otros ondulados, o arrugados con espinas vivas, arenosos o erizados de puntas; otros tienen estrías o canalillos. Sus dimensiones son igualmente diversificadas; algunos están sueltos o desligados como hilos menuetos, otros tienen más de una pulgada de diámetro en su abertura; varios tienen también una longitud que sólo alcanza a algunas líneas, mientras otros tienen varias pulgadas; cada uno de estos mariscos se diversifican todavía por los tintes diferentes de sus conchas: blanco, rojo, encarnado, rosa, púrpura, amarillo, verde, tinte marmóreo, castaño, negruzco. Sus hábitos no están menos maravillosamente diversificados; unos viven adheridos a las rocas limosas y allí se amontonan; otros nacen y se multiplican en las conchas de las ostras, del mejillón, de la bocina o buccino, etc., o aislados o amontonados, o los cubren en forma de red; otros se pegan a las plantas marítimas o a los restos de vegetales terrestres, viven en su superficie sin herirlos, o se entierran allí entremezclándose en todas partes, y van, viajando con estos vegetales, a propagar sus razas en el seno de los mares más lejanos.

El *tubo de órgano*, este tubo recto, forma primitiva de todos los otros tubos cilíndricos, doblados, encorbados y enrollados, es al mismo tiempo el tipo de las formas de todos los otros univalvos, cualesquiera que sean sus diversidades aparentes: todos son tubos que se alejan más o menos de la forma cilíndrica para tomar la de tubos cónicos, más o menos ensanchados a su entrada y que también se diferencian entre sí por circunvoluciones, por protuberancias, asperezas, desigualdades y colores.

Por qué este avance tan sencillo y tan fecundo de la naturaleza no ha sido seguido por los conchiliólogos en sus clasificaciones de los testáceos o animales que tienen concha? D'Argen-



ville y otros, conforme a este sabio, colocan en la última clase los *tubos* que deberían ocupar la entrada de la ciencia, y mezclan en medio de esta clase los *tubos de órganos* por los cuales debería comenzar. En esta confusión de su método, el espíritu turbado no puede captar el conjunto del plan de la naturaleza, no puede seguirlo en sus modificaciones admirables. En medio del desorden de las cosas, hay que amontonar dolorosamente con desagrado bellezas que ya no lo son por su discordancia y hay que sobrecargar la memoria de nombres, de definiciones, de géneros, de especies ideales y de variedades fantásticas. *No hay más ciencia que la de la naturaleza*; no la sigamos, pues, más que a ella para que nos ilumine.

Al recorrer los contornos de la ciudad, caminaba por la costa del mar sobre rocas desnudas. Me quedé sorprendido al encontrar allí en gran número estos gusanos cilíndricos incorporados a estas rocas con las cuales se habían petrificado. Es necesario que estas rocas-gangas o matrices de esos testáceos estuviesen entonces en estado de arcilla blanda ;pero para que el mar las haya depositado a tan gran altura, para que uno las encuentre a alturas diferentes en el interior de esas masas de rocas, como se ve por las piedras rotas o talladas, es necesario que esos depósitos de conchas-tubos se hubiesen formado por la lenta sucesión de los tiempos, a medida que el mar elevaba esas rocas que entonces se hallaban en el fondo, colocando capas delgadas una sobre otra a medida que las iba elevando. Las olas empujaban entonces, de vez en cuando, troncos y ramas gruesas de árboles que se hundían en el agua con la enorme cantidad de testáceos que llevaban encima. Qué otra sucesión de tiempo ha sido necesaria para que estas rocas, depósitos de los mares, que se hallaban bajo ellos, que formaban su base, se hayan levantado por encima de su superficie, a más de treinta pies de altura, como se hallan ahora?Cuál es, pues, la causa que disminuye gradualmente el nivel de los mares, observado por tantos viajeros y que yo mismo he observado también, especialmente en la Isla d Yla, al Oeste de Escocia, donde, a orillas del mar, una roca grisácea que se parece a la pizarra, me ofrece, a unos veinticinco pies de altura, un bloque de cuarzo de un bello color blan-



co, de forma cuadrada, redondeado en sus esquinas, de más de un pie de largo por un poco menos de ancho. Esta roca rota dejaba ver también todo el espesor del bolque que no hubiera sido difícil arrancar de su seno. Más recientemente, costeando la Isla de Martinica, de Fort Royal a la ciudad de Saint-Pierre, vi masas de rocas muy elevadas sobre el nivel del mar, compuestas casi totalmente de grandes piedras rodadas que en el destrozamiento de la roca quedaron aprisionadas como partes salientes e íntegras en sus gangas. ¿Sería, pues, cierto que el frío, que condensa más y más las aguas bajo los polos, las amontonaría allí para disminuir su retorno al depósito o cuenca de los mares? O esta disminución gradual de los mares se operaría por sus balanceos, por sus corrientes, por sus tempestades que, gastando el fondo lo ahondan insensiblemente? O sería que innumerables volcanes, que sin duda tienen todos entre sí comunicaciones subterráneas, estallando a veces bajo el lecho de los mares, abren a las aguas inmensos abismos donde una parte de ellas se volatiliza y va a parar al aire, mientras que la otra, al condensarse, pierde su estado líquido por ese mismo arte maravilloso que la química moderna descompone ese fluido encerrándolo en un tubo de hierro que entrega al fuego? Puede ser también que esos innumerables vegetales que cubren la superficie de la tierra, como otros laboratorios químicos donde se forman y se combinan, donde se crean y se modifican todos los metales, donde se avivan y se neutralizan todas las sales, sirvan también, repetimos, para crear las aguas por su emanación. Ellos disminuyen esas aguas a medida que se mueven las arenas y la mano destructiva de los hombres disminuye la cantidad de esos vegetales que surgen de la tierra. Tal vez, en fin, cada una de esas causas concurra a esa disminución sucesiva de los mares que, dejando más tierra en descubierto, extiende el imperio de los hombres. Pero ah! para qué les sirven tan inmensas regiones adornadas con todos los atractivos de una naturaleza vivaz y generosa, donde podrían florecer tantos imperios afortunados, puesto que prefieren seguir amontonados para entregarse a la lucha por librarse de los combates sangrientos y corromperse en sus ciudades devoradoras!



CAPITULO XXII

Partida de Santo Domingo. Idea de la Colonia francesa de Santo Domingo

Yo no podía dejar de admirar el sitio ocupado por Santo Domingo, su belleza general, el encanto de su clima y las riquezas vegetales que esta tierra virgen ofrece por todas partes. Cuántas interesantes observaciones que hacer para el naturalista, bajo el cielo limpo y puro, donde todo despierta su curiosidad por el atractivo del placer, donde, sintiendo menos necesidades que laj o nuestros climas desiguales, puede darse más a las investigaciones, al estudio y a la meditación. Si la felicidad está en la tierra, me decía yo, dónde mejor podría encontrarla? Sin embargo, yo suspiraba en medio de estos goces, de estas reflexiones, después del momento de mi partida; yo quería alejarme de estos lugares, donde dos razas de hombres, animadas por la sed de la venganza, querían destruirse hasta lo último; yo quería llegar a una tierra de paz, donde la naturaleza, igualmente virgen, igualmente fecunda, desplegaría ante mis ojos todavía mejor sus caracteres primitivos y me dejaría penetrar más y mejor en sus importantes secretos, objeto de mis investigaciones.

Finalmente conseguimos el permiso para salir después de muchas solicitudes y largas esperas; todos estábamos igualmente impacientes por partir, bajo el temor de que nuevos motivos hiciesen revocar el permiso que teníamos y que con tanto trabajo conseguimos; pero el viento que sopla desde la tierra, necesario para salir del puerto, se levanta raras veces por la no-



che; las vueltas o rodeos de este puerto y los rompientes que lo bordean hacen su salida, al acercarse la oscuridad de la noche, extremadamente peligrosa. El viento es más constante y más animado por la mañana, de suerte que nos fue necesario, a pesar de nuestra impaciencia, esperar hasta el día siguiente. A la hora del alba, ya acusábamos de pereza al piloto que debía presidir nuestra salida. Llegó, y súbitamente nos creímos libres. Se procede a preparar las velas con gran rapidez; el cabrestante gira para levar anclas; todos ponemos nuestras manos para ayudar en este trabajo; pero uno de los cables se rompe y el ancla que sostiene no tiene boya para reconocerla; no aparece un zambullidor para amarrarla y quedamos reducidos a tener que buscarla al azar; pasan más de dos horas antes de encontrarla y sacarla. Finalmente nos hicimos a la vela: dejamos atrás la garganta del río, y de repente cesa el viento y nos vimos obligados a echar el ancla. Luego se levantan algunas turbonadas, nos agitan, nos empujan hasta cerca de esas rocas negruzcas contra las cuales hogan furiosas las olas; prontamente levantamos el ancla, y nos sentimos muy felices de volver a encontrarnos en ese puerto que nos sentimos algunos instantes antes muy contentos de haber abandonado. Con nueva inquietud tuvimos que esperar hasta el día siguiente, cuando un viento más favorable nos permitió salir sin peligro.

Seguimos costeano por el Sur de la gran isla de Santo Domingo, cuyas costas poco elevadas, agradablemente onduladas, sólo nos mostraban de cuando en cuando, en el fondo de la perspectiva, elevadas montañas cónicas y aisladas; por ellas juzgamos la extensión de los valles y llanos que las rodean, su fertilidad y las riquezas que producirían si los hombres tuvieran más interés en cultivarlos que en arrancárselos de las manos los unos a los otros.

Nos acercamos bastante a tierra; pero cuando estuvimos a lo largo de la costa de la parte de Santo Domingo, antiguamente francesa, nos mantuvimos más alejados, pues habíamos sabido que muchos negros insurgentes se mantenían por estos parajes, ocultos en las ensenadas con sus botes o piraguas, y que llegaban inesperadamente a los barcos que pasaban dema-



siado cerca, asaltándolos sobre todo cuando el viento era débil, apoderándose de ellos y no les daban cuartel a los infelices que encontraban aun sin defensa.

La superficie total de la Isla de Santo Domingo es de cinco mil doscientas leguas cuadradas, cuya parte francesa no constituye, más o menos, más que una tercera parte, más montañosa que la parte española. Fue allí donde los aventureros audaces, guerreros, piratas, cazadores y agricultores fundaron por medio de luchas de todo género y hasta del trabajo, esta reina de las colonias, para una patria que los vejaba, los despojaba, les encadenaba su industria y les aplastaba su valor con el pretexto de protegerlos. Fue ahí donde, en el espacio de siglo y medio, la población, a pesar de las trabas del gobierno, a pesar de la esclavitud impuesta por el régimen, ya en 1789 se elevaba a quinientos veinte mil habitantes (*Véase Descripción de la Parte Francesa de la Isla de Santo Domingo, por M. Moreau de Saint Méry, Tomo I. Los muchos detalles que contiene esta obra, publicada en Filadelfia en 1797, han salvado del olvido eterno los más importantes esclarecimientos sobre esta colonia, los cuales sería ya imposible volver a encontrar en esto momentos*) de los que había cuarenta mil blancos, veintiocho mil libertos o descendientes de libertos y cuatrocientos cincuenta y dos mil esclavos, lo que daba una proporción de cerca de doce esclavos contra un blanco, de doscientos sesenta individuos por legua cuadrada; mientras que la parte española, que data mucho más tiempo de habitada, más rica en grandes llanos y mejor regada por numerosos ríos, no tenía proporcionalmente más que cerca de un sexto de esta población, es decir, casi solamente cuarenta y tres individuos por legua cuadrada.

En esta parte francesa había entonces setecientos noventa y tres trapiches o fábricas de azúcar, tres mil ciento cincuenta fábricas de indigo, ciento ochenta y dos destilerías de aguardiente o "tafiá", veintiseis tejares o fábricas de tejas y ladrillos, seis tenerías, trescientos diez hornos de cal, veintinueve alfarerías y cincuenta cacaotales; independientemente de los granos, de las frutas y de las raíces harinosas que se cultivaban y de las aves y otros animales que se criaban allí, contaban ade-



más con cuarenta mil caballos, cincuenta mil mulos, doscientos cincuenta mil bueyes, vacas, carneros, cabras y cerdos que servían para la explotación de las manufacturas o para el consumo de los habitantes.

Las riquezas que esta colonia vaciaba en la metrópolis se elevaban anualmente a más de ciento cincuenta millones de libras tornesas, o sean libras acuñadas en Tours; y en ese estado de cosas, debían aumentar con mayor rapidez. Nada que se le parezca se encuentra en la historia del mundo, y las colonias de las naciones, rivales nuestras, se habían quedado a este respecto muy atrás de nuestra Santo Domingo. No era solamente a la buena calidad del suelo que debía esta superioridad, sino a esos genios activos e industrioses que, así como su coraje y su espíritu emprendedor, elevarán siempre a los franceses por encima de los otros pueblos cuando la rapacidad fiscal y el yugo de la tiranía no se opongan a sus intereses y a sus esfuerzos. Esos ingleses que falsamente han dicho ser superiores a nosotros en su agricultura, porque los propietarios y los agricultores suyos, más acomodados, pueden hacer mejor las innovaciones indispensables, pero que están lejos de tener nuestro ardor en los trabajos y nuestra tenacidad en su ejecución, que no tienen, como lo tenemos nosotros, un suelo tan variado por el clima, por la situación, por la diferencia de sus vetas y capas de tierra, que exigen en el cultivo los conocimientos y la sagacidad que no podrían dar ni los libros ni las carreras, y que forman en todos nuestros campos hombres raros, pero demasiado pobres, con cuya observación me he quedado tantas veces maravillado; esos ingleses, digo yo, deben el mejoramiento del cultivo de sus colonias y particularmente el perfeccionamiento de la fabricación del azúcar, a esos infortunados colonos escapados de las matanzas de Santo Domingo.



INDICE

DE PERSONAS, LUGARES Y MATERIAS

A

Agricultura 15, 130
Aguas termales 83
Albert 77
Alimentos 220
Aljibes 145
Altamira 108
Amina 181
Archivos Nacionales, París 7
Armas 17, 109
Artibonito 28, 173
Artillería 95
Asentamientos 86
Aussenac 20
Azlor, Manuel 12, 21, 22
Azúcar 127
Azua 21, 25, 26, 47, 49, 55, 153,
154, 155, 159, 161

B

Bánica 28, 82, 83, 85, 161
Bani 24, 49, 82, 83, 85, 151, 152,
161, 177
Banister 13, 14, 200
Bayaguana 86
Bayajá, río 29
Bayajá 84
Beata, Isla 26, 203
Bermejo, río 182, 189
Bía, río 36
Blancos 129, 217
Bohíos 138
Bojorca, hato 32
Bojorca, río 162
Bourgoing 77
Boya, La 172

Boyá 86
Bucaneros 214

C

Caballería 9
Caballos 28
Cabo Cabrón, Cabo Francés 14
Cabo de las Salinas 26
Cabo Engaño 31
Cabo Haitiano 29, 47, 135, 161
Cacao 10, 11, 66, 67
Cacique 107
Café 128
Calderas 152, 153
Clima 138, 229
Caminos 40, 52, 106
Camú 11, 33, 184
Canarias 25 200
Caoba 204
Capital de la República 132
Carácter de los vecinos 84
Carne 219
Carruajes 106
Casa Colón 17, 144, 212, 217
Casas coloniales 145
Casas de piedra 210
Catedral de S. D. 211
Cepicepi 51, 52
Cerro de la Vigía 25
Cesión a Francia 77, 113, 126,
146
Cevicos 34, 69
Cibao 25, 28, 31, 33
Colón, Bartolomé 147, 207
Colón, C. 147, 207, 218
Colón, Diego 217
Colón, restos 144



Comunicaciones, vías 40
 Constanza, Manuel 122
 Costumbres 219
 Cotuí 10, 12, 61, 68, 85, 143,
 179
 Cuba 197, 202
 Curazao 196, 203
 Cribepalata (?) 72, 182, 189

CH

Charlevoix 144
 Chaussade 162, 178

D

Dajabón 9, 10, 14, 33, 86, 89, 98,
 99, 109, 137, 179
 Defensa de la Isla 198
 Defensa militar 89
 Del Monte, Leonardo 120
 Delille, Mapas 204
 Devastaciones 1805 y 1806 84
 Diezmo 124
 Don Pedro, Hato 173
 Dondón 29, 161
 Du Portail 204

E

Economía política 113
 Ejército 105
 Elgorite 54, 168, 169
 El Puerto 35
 El Seibo 41, 43, 86
 Escalante, sabana 62, 191
 Escipión, naufragio 201
 Esclavos 129, 220, 231
 Espafia 203
 Espailat 107, 120
 Esperanza 110, 137
 Espinosa, Sernando 85
 Estaing, Gral. 74, 204

F

Faro 81
 Fertilidad 13
 Ferrand 8
 Fort Dauphin 9, 77
 Fort Liberté 89
 Fortaleza de S. D. 18
 Fortificaciones 86, 211
 Fuente de Colón 212

Fuerzas armadas 105
 Francia 7
 Franceses 143
 Frutos 11, 141, 212

G

Ganado 12, 82, 125, 232
 Garrido, Victor 27
 Godoy, Ml. 77
 Gonaives 151
 Guajaba 29, 33
 Gurabo 63, 180
 Guridi, Nicolás 195
 Guayubín 111
 Guayamuco 29
 Guaynamoca 108
 Guzmán Comprés 207

H

Haina 21, 22, 47, 82, 83, 85, 164
 Hamaca 219
 Hateros 114, 126, 138-140
 Hato del Medio 110, 137
 Hatos, 41, 42, 50, 52, 55, 57, 58,
 113, 127, 162, 167, 176
 Henríquez, Estancia de 110
 Hincha 29, 82, 86, 161
 Higüey 41, 43, 86
 Historia natural 225
 Hobes, río 32
 Hospital 99
 Hospital, hato 180
 Huracán 144

I

Ibara, Tábara 32
 Incháustegui, J. M. 77
 Industrias 231
 Ingenieros 135
 Ingenios 15, 83, 86, 153, 232
 Ingleses 198
 Insectos 129
 Isabela, río 19, 35, 72, 74
 Isabela, ruinas 92, 93
 Isleños. Ver San Carlos 16, 25,
 27, 29, 72, 181

J

Jacmel 158
 Jácuba 180, 192



Jamaica 199
 Jima 184
 Jinova 54
 Jobos. (Ver Hobes) 14
 Juana Méndez 97, 109, 193
 Jura, río 153

K

Kerverseau 131

L

La Caleta 150
 La Cumbre 108
 Ladrillos y tejas 73, 231
 Laguneta, hato 56, 57, 166
 La Merveillere 74
 La Vega 10, 11, 33, 61, 66, 83,
 85, 141, 179, 184
 Las Caobas 83, 85
 Las Ermitas 86
 Legumbres 219
 Lescallier, Daniel 9, 31, 74, 195,
 199
 López Villanueva 121
 Louverture 77, 212
 Los Ingenios 85
 Los Isleños (San Carlos) 190
 Los Minas (San Lorenzo) 82, 85
 Luisiana 207, 209
 Lujo 219

M

Machado Báez, M. A. 121
 Mantegazza 77
 Manzanillo 9, 82, 83, 89, 90, 95
 Mao 180
 Marina 13
 Marina de Francia 13
 Masacre 9, 61
 Martín, Don Pedro, hato 50, 173
 Martinica 197, 207, 214
 Martínez Valdez 121
 Médicos 143
 Mestizos 16, 217
 México 202
 Mijo, río 168
 Milicias 96, 105
 Militares, aspectos 42
 Militar, reconocimiento 89
 Miseria 130, 219
 Montaña 33-36

Monte Cristi 9, 81, 83, 86, 89-92,
 102, 103, 113, 122
 Monte Plata 86
 Moreau de St. Mery 74, 231
 Morel de Santa Cruz 120
 Morel, Gregorio 120
 Morel, Tomás 121
 Morel, Yoryi 121
 Mota, Juan Pablo de la 120
 Mujer 123
 Muñoz, Andrés 120
 Murallas de S. D. 10, 210

N

Najayo 48, 64
 Negros 16, 122, 129, 130, 214,
 217
 Neive 131
 Neyba 26, 27, 82, 85, 154, 155
 Nigua 48, 151, 164
 Nizao 31, 49, 151
 Nueva Orleans 202
 Núñez Molina 27

O

Ocoa 19, 26, 46, 50, 51, 79, 165,
 172
 Oleaecha Labayen 120
 Ouanaminthe. Ver Juana Méndez
 Ovando 27
 Oyarzabal, ingenio 151
 Ozama 16, 19, 35, 73, 144, 213

P

Paquol 178
 Palmar de Ocoa. Ver Ocoa
 Platanales 11
 Pardavé 34, 70, 71, 182
 París 7, 84, 130
 Paya 49, 151, 164
 Pérez, Luis 105, 120
 Perros 140
 Población ciudades, pueblos y aldeas 16, 78, 85, 100, 103, 126-128,
 231
 Port au Prince 31
 Puerta de El Conde 72
 Puerta Nueva 72
 Puerto de S. D. 146, 149
 Puerto Hermoso 26
 Puerto Plata 10, 81, 86, 89, 93-
 95, 101, 113, 128, 129, 143



Puerto Príncipe (Port au Prince)
52, 56
Puerto Viejo 158
Puerto Republicano 156-158
Puigsegur 204

R

Ramón y Cajal 77
Riqueza 130, 142
Río Verde 34
Ríos de la Isla 27, 35, 37, 162,
167
Roberts 77
Robin 7, 207
Rodríguez Demorizi, Silveria 8
Rojas, Carlos de 122
Roma 208
Rossier, Paul 74
Roume 136, 150
Rubio, Fr. Vicente 7

S

Sabana Buey 152
Sabana de la Mar 80, 86, 201
Sabana Grande 49
Sabana Larga 180
Sabanas 35, 44, 50, 53
Sabaneta, La Vega 184
Sánchez Ramírez 20
Sánchez Valverde 161, 200, 201
Sainaguá 48
Saint Kitts 214
Samaná 10, 13, 15, 33, 80, 81,
86, 87, 142, 185 y sig.
Samaná, río 29, 174
San Carlos 19, 85, 181
Sangosto, río 35
San Jerónimo 20, 22, 47, 79, 151
San Juan 27, 32, 47, 83, 85, 161
San Miguel 83, 86
San Nicolás, Mole 182
San Pedro, Sabana 144
San Rafael 29, 47, 83, 86, 161,
177

Santiago 10, 65, 83, 85, 99, 109,
113, 132, 141, 179
Santo Domingo, ciudad 15, 72,
73, 79, 85, 144, 207
Sequia 125
Silverio, Diego 122
Sociedad colonial 219
Sorret 161
Soulastre, Dorvo 161

T

Tabaco 10
Tábara, ható 168
Tábara (Ibara) 35, 36, 166
Tafiá 231
Talanquera 180
Temblores tierra 138
Tende, Luis de (ható) 61
Terrenos 138, 213
Thomany 136
Tolentino R, Vicente 9
Torre Homenaje 17, 18
Trabajo 220
Trapiches 231
Tratado de 1697 97

U

Ugarte, María 17
Urrutia, Gobernador 195
Utrera, Fr. C. de 7

V

Vaublanc 136
Velázquez, Diego 27
Vía, río 36, 166
Vincent 113, 125, 133, 160

Y

Yuca, río 182, 189
Yagua 138, 141
Yuna, río 13, 81, 202
Yaque del Sur 171
Yaque, río 31, 33, 83
Yásica 128



INDICE GENERAL

Liminar	7
Lescallier, Nociones sobre los principales lugares de la Colonia española, por un Ingeniero francés, 1764	9
— Ensayo topográfico y militar, 1764	31
— Itinerario desde Santo Domingo a Cap-Francais y desde esta ciudad hasta San Rafael, pasando por Azua y San Juan, 1764	74
— Itinerario desde el río Masacre a Santo Domingo, por Santiago, La Vega y Cotuí, 1764	61
Anexo. Noticias de Lescallier	74
Albert, Reseña topográfica de la parte de Santo Domingo habitada por españoles, (1795)	77
Vincent, Reconocimiento militar de las comunes de Dajabón, Santiago, Puerto Plata y Monte Cristi, 1797	89
— Reflexiones de Economía Política sobre las jurisdicciones españolas de Monte Cristi, Santiago y Puerto Plata, su unión a la República, 1797	113
— Resumen del viaje hecho del Cabo a Santo Domingo, a comienzos del mes de Brumario, año 7 (1798). Por Vincent	135
Sorret, Camino principal desde Cap a Santo Domingo (1798)	161
Consideraciones sobre la Bahía de Samaná, 1800	195
C. C. Robin, Viaje por Luisiana, Florida, y por las Islas de Martinica y Santo Domingo, 1806	207
Índice de personas, lugares y materias	233



Puerto Príncipe (Port au Prince)
52, 56
Puerto Viejo 158
Puerto Republicano 156-158
Puigsegur 204

R

Ramón y Cajal 77
Riqueza 130, 142
Río Verde 34
Ríos de la Isla 27, 35, 37, 162,
167
Roberts 77
Robin 7, 207
Rodríguez Demorizi, Silveria 8
Rojas, Carlos de 122
Roma 208
Rossier, Paul 74
Roume 136, 150
Rubio, Fr. Vicente 7

S

Sabana Buey 152
Sabana de la Mar 80, 86, 201
Sabana Grande 49
Sabana Larga 180
Sabanas 35, 44, 50, 53
Sabaneta, La Vega 184
Sánchez Ramírez 20
Sánchez Valverde 161, 200, 201
Sainaguá 48
Saint Kitts 214
Samaná 10, 13, 15, 33, 80, 81,
86, 87, 142, 185 y sig.
Samaná, río 29, 174
San Carlos 19, 85, 181
Sangosto, río 35
San Jerónimo 20, 22, 47, 79, 151
San Juan 27, 32, 47, 83, 85, 161
San Miguel 83, 86
San Nicolás, Mole 182
San Pedro, Sabana 144
San Rafael 29, 47, 83, 86, 161,
177

Santiago 10, 65, 83, 85, 99, 109,
113, 132, 141, 179
Santo Domingo, ciudad 15, 72,
73, 79, 85, 144, 207
Sequia 125
Silverio, Diego 122
Sociedad colonial 219
Sorret 161
Soulastre, Dorvo 161

T

Tabaco 10
Tábara, ható 168
Tábara (Ibara) 35, 36, 166
Tafiá 231
Talanquera 180
Temblores tierra 138
Tende, Luis de (ható) 61
Terrenos 138, 213
Thomany 136
Tolentino R, Vicente 9
Torre Homenaje 17, 18
Trabajo 220
Trapiches 231
Tratado de 1697 97

U

Ugarte, María 17
Urrutia, Gobernador 195
Utrera, Fr. C. de 7

V

Vaublanc 136
Velázquez, Diego 27
Vía, río 36, 166
Vincent 113, 125, 133, 160

Y

Yuca, río 182, 189
Yagua 138, 141
Yuna, río 13, 81, 202
Yaque del Sur 171
Yaque, río 31, 33, 83
Yásica 128







COLOFON

Se terminó de imprimir esta obra de Emilio Rodríguez Demorizi, *Viajeros de Francia en Santo Domingo*, el día 30 de Marzo de 1979, en la Editora del Caribe, C. por A., de Santo Domingo, República Dominicana.